

HISTORIA  incógnita



LOS MEJORES  
**REYES**  
FUERON  
**REINAS**

La fascinante historia de siete ilustres monarcas femeninas protagonistas de reinados admirables y periodos de prosperidad y gloria para sus pueblos

**Vicenta Márquez de la Plata**

**Los mejores reyes  
fueron reinas**

# **Los mejores reyes fueron reinas**

VICENTA MÁRQUEZ DE LA PLATA



**Colección:** Historia Incógnita

[www.historiaincognita.com](http://www.historiaincognita.com)

**Título:** *Los mejores reyes fueron reinas*

**Autor:** © Vicenta Márquez de la Plata

**Copyright de la presente edición:** © 2018 Ediciones Nowtilus, S.L.

Camino de los Vinateros 40, local 90, 28030 Madrid

[www.nowtilus.com](http://www.nowtilus.com)

**Elaboración de textos:** Santos Rodríguez

**Diseño y realización de cubierta:** Universo Cultura y Ocio

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

**ISBN edición digital:** 978-84-9967-983-9

**Fecha de edición:** octubre 2018

**Depósito legal:** M-29162-2018

# Índice

## A modo de prólogo

Tz'u-hsi

Catalina la Grande

María Teresa de Austria

Cristina de Suecia

Isabel Tudor

Catalina de Médicis

La reina de Castilla, Isabel la Católica

## Capítulo 1. La emperatriz viuda, Tz'u-hsi (1835-1909)

Sus orígenes y familia

La llegada al Palacio Imperial

El imparables camino ascendente de Yehenara

Una conspiración

La lucha por el poder. Desenlace

Los inicios del Poder. Primera regencia

Tongzhi, el hijo de la emperatriz

Un nuevo heredero, Guangxu

«Los cien días de las reformas». La reacción de la emperatriz

Guerra entre China y Japón

La rebelión Bóxer

Los cambios iniciados en China y respaldados por Cixí

La resistencia a tales cambios

Fin de la emperatriz

## Capítulo 2. Catalina la Grande, zarina de Rusia

El tiempo que le tocó vivir a Catalina la Grande

Orígenes de Catalina, nacida Sofía de Anhalt-Zerbst

Un matrimonio frío. Personalidad del joven Pedro

La difícil sucesión. Amantes, amores y amoríos

La conspiración de Catalina. La suerte del zar

Otros amantes de Catalina

El gobierno de Catalina. Sus contradicciones

[El Imperio Ruso](#)  
[El origen del Hermitage](#)  
[Política exterior de Catalina la Grande](#)

### [Capítulo 3. La emperatriz María Teresa de Austria \(1717-1780\)](#)

[Nacimiento, educación y familia](#)  
[Matrimonio de María Teresa](#)  
[El Corregente. El Sacro Imperio Romano Germánico](#)  
[La herencia y la guerra de sucesión](#)  
[Consecuencias del Tratado de Aquisgrán](#)  
[La continuación de la guerra de sucesión. La guerra de los Siete Años](#)  
[Vida familiar de la soberana](#)  
[El asunto de María Antonieta. La guillotina](#)  
[La relación matrimonial de la emperatriz María Teresa](#)  
[Religiosidad de la emperatriz](#)  
[La opinión de María Teresa en cuanto a judíos y protestantes](#)  
[Reformas realizadas por la emperatriz](#)  
[Derechos civiles de los ciudadanos](#)  
[El fin del reinado de la emperatriz](#)

### [Capítulo 4. Cristina de Suecia \(1626–1689\), una reina ilustrada](#)

[Nacimiento y familia](#)  
[Educación de cristina](#)  
[El siglo XVII. El inicio de la guerra de los Treinta Años](#)  
[Coronación de la reina de Suecia](#)  
[La reina, Descartes y otros eruditos](#)  
[Pretendientes y amoríos](#)  
[El asunto del matrimonio. Su conversión al catolicismo y renuncia al trono](#)  
[De un lado para otro](#)  
[La última estancia en Roma](#)  
[Su obra literaria](#)

### [Capítulo 5. Isabel I, reina de Inglaterra e Irlanda \(1558-1603\)](#)

[Nacimiento e infancia de la princesa Isabel](#)  
[El primer pretendiente de Isabel](#)  
[Muerte del joven rey Eduardo. Jane Grey y su efímero reinado](#)  
[El reinado de María Tudor](#)  
[El advenimiento de Isabel Tudor. Organización del Estado](#)  
[El asunto de María Estuardo. Desenlace y muerte de la reina de Escocia](#)  
[Relación con España y Felipe II. Como surgió la Grande y Felicísima Armada](#)  
[La Grande y Felicísima Armada. Causas de su fracaso](#)  
[Candidatos a la mano de la reina. Favoritos y galanes](#)  
[Isabel y su reinado](#)  
[La literatura isabelina](#)  
[Muerte de Isabel I](#)

### [Capítulo 6. Catalina de Médicis. Reina de Francia \(1519-1589\)](#)

[Primeros años de Catalina](#)  
[La fastuosa boda de Catalina](#)

[Catalina en la corte de Francia](#)  
[Cambio de suerte](#)  
[Catalina, reina legítima y Diana de Poitiers, amante oficial](#)  
[El reinado de Enrique. Catalina, reina regente](#)  
[El problema de los hugonotes](#)  
[Carlos IX. Catalina, regente de Francia](#)  
[Las guerras](#)  
[La Miguelada y años siguientes](#)  
[El nuevo rey de Francia](#)  
[Juicio crítico sobre Catalina de Médicis](#)  
[Algunas curiosidades](#)  
[Catalina como reina regente](#)

#### [Capítulo 7. Isabel la Católica \(1451-1504\)](#)

[Una heredera inesperada](#)  
[Semblanza y retrato de la reina Isabel](#)  
[Pretendientes de doña Isabel](#)  
[El siglo en el que le tocó vivir. Inestabilidad social](#)  
[La acción de Isabel en el cambio de costumbres en la Iglesia](#)  
[Otros objetivos del reinado](#)  
[La reina Isabel. Su familia](#)  
[El cónyuge, don Fernando](#)  
[Isabel, la hija mayor. Princesa de Asturias \(1470-1498\)](#)  
[Juan, el heredero \(1478-1497\)](#)  
[Juana \(1479-1555\)](#)  
[La infanta doña María \(1482-1517\)](#)  
[La infanta doña Catalina \(1485-1536\)](#)  
[Reina mecenas. Algunas notas sobre el Renacimiento bajo la reina Isabel](#)

#### [Bibliografía](#)

## A modo de prólogo

Al escribir este libro la autora tuvo la intención de buscar y reunir en un ejemplar la vida y obra de los mejores soberanos que han reinado en Europa, e incluso de fuera de ella. Aquellos que, además de una personalidad relevante, durante de su reinado proporcionaron o bien prosperidad o bien gloria a sus pueblos, o ambas cosas.

Pronto se hizo patente que las personalidades más fascinadoras y sugestivas y que los reinados más admirables, eficientes y útiles, si es que puede usarse ese adjetivo refiriéndose a reinados, fueron las de algunas reinas. Ha habido muchas menos reinas con *autoritas* que reyes, sin embargo, el resultado es abrumador a favor de estas. Entre los mejores monarcas, ellas gobernaron mejor y su personalidad fue más interesante. ¿Casualidad? ¿Circunstancias? No entraremos en eso, simplemente hablaremos de ellas y que el lector juzgue.

Para presentarlas en algún orden, hemos empezado por la más cercana a nuestro tiempo: la emperatriz de la China: Tz'u-hsi (quien normalmente es conocida como Cixí en Occidente) la cual reinó con plenos poderes desde 1835 hasta 1890.

Cronológicamente le siguen Catalina la Grande de Rusia (1729-1796), la emperatriz María Teresa de Austria (1717-1782), Cristina de Suecia (1626-1689), Isabel I de Inglaterra (1558-1603), Catalina de Médicis, reina de Francia (1519-1589) y por último, cerrando esta ilustre lista está nuestra Isabel la Católica (1451-1504).



## TZ'U-HSI

Última emperatriz de la China. La emperatriz viuda Tse-hsi ([1835-1908](#)) fue primero concubina y llegó a emperatriz, posteriormente emperatriz viuda, que ejerció el poder efectivo en China desde el año [1861](#) hasta su muerte en [1908](#). También desempeñó varias veces el cargo de [regente](#) del emperador. Su etapa en el poder coincidió con los años de declive de la [dinastía Qing](#) o manchú, la última dinastía imperial china. Aunque en un principio se resistió a los cambios, fue una gran reformadora que llevó a China, decaída después de la segunda guerra del Opio, a un período de modernización y crecimiento económico hasta el día de su muerte. Su nombre de pila era Orquídea, pero pasó a ser llamada Yehenara (el nombre del clan manchú al que pertenecía) al ser nombrada concubina imperial y más tardíamente se la denominó Tz'u-hsi.

## CATALINA LA GRANDE

Catalina la Grande (1729-1796) cuyo nombre verdadero al nacer fue Sophie Friederike Auguste von Anhalt-Zerbst, era hija del general prusiano Christian Augusto, príncipe de Anhalt-Zerbst, un noble de segunda línea. Fue elegida como esposa del futuro zar, Pedro, para fortalecer la amistad entre Prusia y Rusia.

En 1762 Pedro subió al trono y con él Catalina. Tras varios errores el zar se retiró del poder y al poco tiempo fue asesinado. El vacío fue llenado por la zarina viuda: Catalina. En su política interior y exterior intentó una europeización (modernización) del país, y otorgó a la nobleza un puesto relevante.

En el interior fracasó su intento de regir el país bajo las ideas de Montesquieu. En el exterior se centró en la expansión territorial. La llamada Semíramis del norte fue considerada como una mujer inteligente, culta, sagaz, muy hábil, apasionada y con una vida privada un tanto peculiar. Mantuvo una gran amistad y comunicación con los grandes ilustrados franceses, como Diderot, Montesquieu o Voltaire, o con el escritor belga Charles-Joseph de Ligne.

En su reinado se introdujeron novedades en la agricultura y la industria, basándose en el pensamiento de las Luces. Trajo la vacuna, una novedad que ella misma probó. En pocas palabras: fue un gran reinado que intentó armonizar Rusia con Europa.

## MARÍA TERESA DE AUSTRIA

Reina-emperatriz de Austria. Fue la primera y única mujer que gobernó sobre los grandes dominios de los Habsburgo y la última jefa de esta casa, pues a partir de su matrimonio la [dinastía](#) pasó a llamarse Casa de Habsburgo-Lorena. Fue archiduquesa y soberana de Austria, Hungría, Bohemia y Croacia. Duquesa de Milán, Mantua, Galitzia, Lodomeria, Parma y los Países Bajos austriacos. Gracias a su influencia (y ya que ella no podía ser nombrada emperatriz por ser mujer) hizo nombrar a su marido, Francisco Esteban de Lorena, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, con lo que ella vino a ser emperatriz, cosa que en realidad era más que el esposo.

Gobernó con sabiduría y se la puede considerar una déspota ilustrada de primera línea. A su muerte la emperatriz María Teresa dejó un imperio revitalizado, lo que influyó al resto de [Europa durante el siglo XIX. Sus descendientes siguieron su ejemplo y dieron continuidad a las reformas que ella había instituido, lo que influyó en la grandeza de su país en los años venideros.](#)

## CRISTINA DE SUECIA

Hija única de Gustavo II de Suecia y de Leonor de Brandenburgo, nació el 19 de diciembre de 1626 en el castillo Tre Kronor, en Estocolmo, Suecia. Siempre tuvo una relación conflictiva con su madre. Huérfana de padre a los seis años, el canciller Oxenstierna se hizo cargo de educar a Cristina en asuntos de Estado y política, y el obispo Johannes Matthiae Gothus se encargó de instruir a Cristina en idiomas, filosofía, historia, teología y astronomía, entre otras materias. También era muy diestra en los deportes como equitación, la caza y la esgrima. Solía dormir poco y dedicaba muchas horas del día a la lectura. En 1650, una joven Cristina de poco más de veinte años era coronada como reina de Suecia. Fue en su reinado cuando se firmó la Paz de Westfalia. Durante un breve período de cuatro años, Cristina gobernó con eficacia su país. En 1654 anunció oficialmente su deseo de abdicar del trono y seguidamente se convirtió al catolicismo. Su primo Carlos Gustavo fue nombrado rey de Suecia.

Durante toda su vida conservó su soltería. Fue mecenas de las artes y las letras y trabó amistad con los sabios de su tiempo. Ha merecido el nombre de «la erudita libertina» y «la reina errante», como veremos luego.

## ISABEL TUDOR

También conocida como Isabel I de Inglaterra fue sin duda la personalidad más vigorosa de su tiempo en su país y quizás en toda Europa. A ella se enfrentaron grandes figuras como Felipe II, pero ella no perdió de vista que la gloria y el honor de su nación estaban en juego y que ella era la primera responsable. No quiso compartir el poder para no ser ensombrecida por un marido que quisiera eclipsarla o dominarla y permaneció soltera en unos tiempos en que ello era insólito. A ella deben los ingleses el engrandecimiento de su nación por tierra y sobre todo por mar. De ella dijo Walter Raleigh en *The Age of Elizabeth* que «la época isabelina es la más gloriosa y en cierto modo la más significativa de la historia inglesa». De hecho, la época isabelina es el verdadero Siglo de Oro en las islas británicas.

## CATALINA DE MÉDICIS

Reina de Francia, hija de Lorenzo de Médicis y Magdalena de la Tour. Cuando llegó a Francia como esposa del segundo hijo del Francisco I, no estaba destinada a reinar, pero la muerte del delfín cambió su destino. Su esposo, con una amante de toda la vida, le relegó al papel de consorte oficial sin prestarle ninguna atención, mientras la favorita, Diana de Poitiers, era la reina efectiva de Francia y la luz de la corte. La prematura muerte de su marido le entregó el poder, pues reinó con sus sucesivos hijos a los que la muerte persiguió. Reinó en un tiempo turbulento: el de las guerras de religión. Ella intentó ser contemporizadora y, aunque católica, permitió una cierta libertad a los hugonotes; pero su política conciliadora fue interpretada como debilidad. A pesar de todos sus esfuerzos la reina no logró unir al dividido reino. Tampoco logró resolver la desesperante falta de ingresos de la Hacienda, pero sí acabar con los abusos judiciales, eliminar aduanas internas y unificar pesos y medidas. Asimismo, se acordó la reunión de los Estados al menos una vez cada cinco años.

Bajo su reinado tuvo lugar la noche de San Bartolomé, que ella no pudo evitar. Fue una mujer enérgica al par que prudente, sin ella los Valois hubieran desaparecido del trono de Francia mucho antes.

## LA REINA DE CASTILLA, ISABEL LA CATÓLICA

Organizó de un mosaico de naciones un solo reino, terminó la Reconquista y patrocinó el Renacimiento desde su corte. Fue la reina con más poder y territorios que hasta entonces hubiera reinado, sus dominios se extendieron del uno al otro confín del mundo conocido hasta al otro lado del océano. Casó a todos sus hijos para asegurar la supremacía e influencia de España en toda Europa y con ello intentar cortar las alas al creciente poder de Francia. Otra cosa es que el destino se opusiera de plano a sus proyectos matrimoniales. Las bases de la organización que Isabel y Fernando pusieron en pie han sujetado el edificio de la nación española durante siglos.

# Capítulo 1

## La emperatriz viuda, Tz'u-hsi (1835-1909)

Cuando la emperatriz Cixí murió, en 1908, los gobernantes que la sucedieron quisieron transmitir la idea de que era una persona incompetente y muy conservadora, para así arrogarse el mérito de la modernización de China



## SUS ORÍGENES Y FAMILIA

Cuando nació en noviembre de 1835, la que luego sería emperatriz autócrata en China recibió el nombre de Orquídea, el cual cambiaría por Yehenara (apellido familiar) al llegar a la Ciudad Prohibida.. La familia de esta niña era de nobles orígenes, descendía en línea recta del príncipe Yang-ku-un, jefe de uno de los más antiguos clanes manchúes. En el seno de esta familia de rancios orígenes nació la que habría de mandar sobre millones de seres humanos, ser tres veces regente de China, ejercer un poder sin límites y poner en jaque al Imperio británico.

Su padre, Huizheng, a pesar de su reconocida nobleza, solo ostentaba el rango de capitán del cuerpo de las Ocho Banderas, que eran las divisiones administrativas en que se colocaban todas las familias manchúes. Ellos proporcionaban el marco básico para la organización militar manchú.

Murió el padre de familia cuando ella tenía trece años y el sostén de la casa recayó sobre un pariente de nombre Muyangga, que estuvo en situación de apoyar a los suyos una vez que una de sus hijas ingresó en la corte del emperador Daoguang, y suponemos que con estas relaciones sus medios económicos serían superiores a los de la viuda de Huizheng.



慈禧太后（1835-1908年）

Yehenara

La madre de Yehenara, del clan Manchu Fuca, sobrevivió muchos años al esposo. Vivía en la calle del Estaño, cerca del barrio de las Embajadas. Lo que de ella se dice es que su inteligencia y energía eran notables, incluso en esta familia donde las mujeres destacaron más que los hombres. Cuando falleció fue enterrada junto a su esposo en el cementerio de la familia.

Señalemos de paso que cuando su hija llegó a emperatriz hizo nombrar a su madre duquesa imperial. Cerca del cementerio en donde fue enterrada su madre, la emperatriz hizo elevar un arco de honor y poner las tradicionales lápidas de mármol. La costumbre de piedad filial exigía que cuando los hijos pasasen cerca del cementerio de sus padres se detuviesen y arrodillasen, esto le ayudaba a cumplir dicha costumbre cuando la emperatriz pasaba cerca del dicho cementerio. Como no le era posible cuando pasaba en tren, muchas veces hizo que el tren imperial diese un gran rodeo para no pasar cerca del enterramiento de su madre, pues no era viable detener el tren para rendir tributo a sus antepasados. Este detalle gustaba mucho a los habitantes de la ciudad, que se hacían lenguas de la piedad de la emperatriz.

Pocas cosas se saben de la niñez de Yehenara, solo detalles sueltos, por ejemplo que uno de sus camaradas de juegos infantiles era un niño pariente suyo, de nombre Jung-Lu, al cual encontraremos más adelante en la historia de la emperatriz. Algunos autores dicen que este Jung-Lu era el hombre que sus padres habían escogido como esposo de Yehenara cuando ella tuviese edad para contraer matrimonio, otros dicen que ella mantuvo relaciones íntimas con él antes de ser emperatriz, pero nada de esto puede ser probado.

La joven recibió la educación tradicional de su clase, aprendió a pintar y a componer versos, a los dieciséis años terminó sus estudios chinos y manchúes y era versada en la historia de las veinticuatro dinastías. Fue por su excepcional inteligencia que la joven se pudo elevar por encima de esta cultura tan superficial; por su inteligencia, sí, y por la gran ambición que mostró a lo largo de toda su vida.

Cuando en 1850 le llegó la hora de morir al emperador Daoguang, tenía la joven Yehenara quince años. El hijo mayor de Daoguang, Xianfeng que tenía diecinueve años, heredó el trono.

## LA LLEGADA AL PALACIO IMPERIAL

Durante el período de luto por la muerte del emperador, estaba prohibido casarse, pero trascurrido este, que duraba veintiocho días, ya se podía efectuar cualquier boda. Mediante decreto se llamó al Palacio Imperial a todas las jóvenes manchúes que fuesen bellas y de edad núbil para poder elegir entre ellas a las que habían de configurar el harén del nuevo soberano. El que ahora iba a ser emperador de la China ya había tomado por esposa a una doncella, que no era otra que la hija mayor de Muyangga, el protector de la familia de Ye-ho-na-la. Desgraciadamente ella había muerto antes de que su marido subiese al trono. Entre las jóvenes damas que acudieron al llamamiento del emperador —más bien de la madre del emperador, que era la que escogía a las adolescentes— estaban la segunda hija de Muyanga, de nombre Niohuru y la prima de esta, Yehenara.

Como hemos apuntado someramente, era costumbre que la madre del emperador examinase a las muchachas que optaban al honorable puesto de concubina del soberano. El 14 de junio de 1850, desfilaron unas sesenta muchachas ante la mirada atenta de la viuda de Daoguang. De las que eligió veinticuatro. No terminaba ahí el papel de la viuda, había de adjudicar a cada una su rango en la jerarquía de las esposas. Estas jerarquías eran cuatro: las *fe*, las *pen*, las *kueyeng*, y las *tch'ang tse*. Niohuru fue admitida como *pen* y Yehenara como *kueyen* o 'persona honorable'.

No dejaremos de mencionar que las concubinas, salvo excepciones, eran algo más que servidoras de la viuda y dependían de su buena voluntad para ascender hacia el emperador. En los asuntos domésticos la viuda ejercía una autoridad sin límites, aunque a veces el emperador podía elegir entre las concubinas.



Palanquín chino

A Yehenara, como honor particular, se le envió un palanquín cerrado. Una dama de palacio, cuyo nombre era Yi, fue enviada a mediodía, tal y como previamente se les había anunciado a los

parientes de la joven por medio de un eunuco. Los vecinos de la familia al verla así encumbrada salieron a ambos lados de la calle para alegrarse con el gran honor y distinción que se otorgaba a una de sus conciudadanas y vecinas.

Cuando llegó el palanquín los eunucos rogaron a la dama Yi que descendiera, y así lo hizo, entró en la sala principal y ocupó el sitio de honor. Todos se acercaron a saludar a la matrona y se arrodillaron, menos la madre de la escogida joven y los parientes ancianos. Seguidamente se sirvió un banquete y se colocó a Yehenara en un sitio más alto que el de su madre en señal de su ascensión en la escala social. Tras el banquete, a la caída de la tarde, la dama Yi advirtió que era la hora de partir, la honorable persona se despidió de su familia con sentidas muestras de afecto y tras dejar un regalo a cada uno partió hacia palacio. Antes de partir, la dama acompañante advirtió a la madre de Yehenara que siempre que quisiera podía visitar a su hija en la Ciudad Prohibida, su hija en cambio no podría salir de allí salvo por algún motivo muy relevante. La vida de la joven había cambiado trascendentalmente.

## EL IMPARABLE CAMINO ASCENDENTE DE YEHENARA

El modo de ascender en el palacio real era ganándose el afecto de la emperatriz viuda, en este caso la viuda de Daoguang y Yehenara hizo lo posible por ganarse a la viuda, cosa que consiguió haciéndole ver que quería aprender de ella, cada día, sus obligaciones y el protocolo de palacio.

Un día la concubina fue llamada a la cama del Hijo del Cielo. Entró en la habitación del emperador y vio que este representaba bastante más edad de la que tenía, pues apenas estaba en la treintena. Su rostro tenía color enfermizo y se presentaba macilento y desagradable. Su cuerpo era fofo, propio de un hombre que no hacía ejercicio ni llevaba una vida sana. Olía a opio y a cuerpo descuidado. Tres días y sus noches se quedó en el cuarto del emperador, y cuando por fin fue a sus aposentos, tuvo que guardar cama enferma de asco y decepción.

Cuando el emperador la volvió a llamar, ella se negó a ir y los eunucos no sabían cómo decírselo al Hijo del Cielo. Yehenara dijo que se tragaría sus pendientes de oro si se la obligaba. El jefe de eunucos, An Te Haih, estaba tan desesperado que hasta habló con Niohuru, su prima de más edad y prestigio, para que convenciera a Yehenara. Finalmente esta accedió porque conocía lo que sucedía en palacio. Cuando las dos primas se encontraron, Yehenara le confesó su horror y su asco, pero Niohuru la persuadió de que no le quedaba más remedio que acceder a los deseos del emperador porque en la Ciudad Prohibida era fácil que una concubina que manifestase desagrado, y más sobre el emperador, muriese envenenada o acabase con sus huesos en el fondo de un pozo.

Afortunadamente para ella, de estos encuentros salió embarazada y la noticia de tal suceso provocó gran alegría en la corte y en todo el reino. Cuando en abril de 1856, la honorable Yehenara, dio a Xianfeng un hijo varón, su situación se vio asegurada. Mientras era cuidada como una piedra preciosa durante su gestación, ella pidió leer los documentos que se remitían al emperador. Pronto la inteligente Yehenara se arrogó el derecho de leer y valorar las memorias que recibía el Hijo del Cielo. Todo esto le sirvió para ir conociendo a su pueblo y sus necesidades y problemas.

En marzo de 1853 llegó una carta en que se comunicaba al emperador que había un levantamiento y que los rebeldes, encabezados por Te-Ping, habían tomado Nankín. Yehenara, enterada del suceso, rogó al emperador que para sofocar la rebelión escogiese como general en jefe a Tseng Kuo-fan. También se preocupó de obtener los recursos necesarios para la campaña y gracias a ello, y también a la ayuda del general Gordon, se sofocó la peligrosa revuelta. El acierto de Yehenara fue celebrado, pues si de acuerdo a las tradiciones el general Zeng Guofan no habría podido dirigir la campaña por estar de luto por su madre, la concubina opinaba que antes que el luto estaban los intereses del Estado, y acertó.

Gordon nació en Woolwich, Londres, hijo del mayor general Henry William Gordon (1786-1865) y de Elizabeth (Enderby) Gordon (1792-1873). Fue educado en la escuela Fullands, en Taunton, Somerset y en la Real Academia Militar de Woolwich. Alumno de la Academia Militar de Woolwich, sirvió en

Crimea. Después intervino en la campaña de China de 1860 durante la Rebelión Taiping contra los emperadores. Charles Gordon entró al servicio de China. A la cabeza de un grupo de europeos, reorganizó el ejército imperial. Permaneció con las fuerzas británicas que ocupaban el norte de China hasta abril de 1862, cuando las tropas, bajo el mando del general William Staveley, se retiraron a Shanghai para proteger el enclave europeo de los rebeldes taiping que amenazaban la ciudad. Reconquistó las insurgentes provincias de Suzhou y Wankin. El ejército de Gordon, *el ejército siempre victorioso*, salvó a la dinastía manchú que parecía perdida y acabó rápidamente con los rebeldes.

En 1863, Gordon, a pesar de las brillantes ofertas de los chinos, volvió al servicio del Reino Unido con el grado de teniente coronel.



Mapa de la provincia de Guangxi, donde se inició el levantamiento Taiping



Salón del palacio en donde vivió la emperatriz

En 1855 había muerto la emperatriz viuda de Daoguang. La prima de Yehenara, Niohuru (que pasó a llamarse Zhen), había pasado a ser emperatriz consorte y ella ascendió en la escala de palacio; de concubina *kueyeng* pasó a ser concubina *peng*, o sea de la tercera categoría ascendió a segunda. Con el triunfo sobre los taiping y el nacimiento de un heredero, el hijo de Yehenara, se acrecentó el prestigio de emperador... y también el de su concubina porque el monarca, casado ya por dos veces a los veintiséis años, no había engendrado un varón hasta que llegó la concubina *kuenyeng*.

Quiso la suerte —mala para el emperador y buena para Yehenara— que el soberano sufriese una grave parálisis y que la concubina *kuenyeng* en calidad de madre del futuro emperador, y por su enorme energía, pasara a encarnar el Gobierno efectivo del imperio. Afortunadamente para ella la verdadera emperatriz, Zhen, no mostraba ningún deseo de gobernar. Por entonces Yehenara fue de nuevo ascendida y pasó a ser concubina de primera categoría.

Al nacimiento del heredero en 1856, la joven fue elevada de nuevo a otro rango, uno que la igualaba en estatus al de la emperatriz, su prima Zhen, y desde entonces se cambió de nombre y recibió el de Tz'u-hsi (Cixí, españolizado) en vez de Yehenara, el nuevo apelativo quiere decir 'la emperatriz del este' porque con este motivo fue trasladada a un palacio en la parte este de la Ciudad Prohibida.



El príncipe Kung, profesor de Cixí

Allí tenía su propia pequeña corte, sus servidores, sus músicos, sus eunucos y también sus murmuraciones, habladurías de palacio y comentarios. Ella, sin que otros lo supieran, se enteraba de muchas cosas.

En poco más de dos años la joven inexperta que se llamaba Yehenara pasó a estar a la altura de la emperatriz de la China y con más prestigio que ella.

Pero esto no era suficiente. Yehenara, dándose cuenta de sus insuficiencias pidió que se le enseñara todo lo necesario sobre el gobierno del Imperio por lo que pudiese suceder, ya que su hijo había sido nombrado heredero del trono. Ante esta petición se eligió al príncipe Kung (la tradición era elegir al sexto tío del heredero por línea paterna) para que la enseñase y adiestrase. Kung destacaba por su sabiduría y honradez, y enseguida supo ver la inteligencia de Ye-ho-na-la, ahora Cixí. La concubina, para evitar habladurías, solicitó estar acompañada en cada lección por algunas de sus damas y alguno de sus eunucos, que más tarde jugaron un papel muy importante en su vida. Desde entonces, todos los asuntos del imperio estuvieron en sus manos, una mujer sin experiencia, concubina, de veintidós años.



## UNA CONSPIRACIÓN

Aunque aún andaba en la treintena, la salud del emperador Xianfeng no era buena, con seguridad su afición al opio había minado su resistencia física y su voluntad. Se había decidido que en la primavera de 1861 abandonaría el lugar en que estaba y regresaría a Pekín, pero su enfermedad impidió que se moviese de Jebol, que era el sitio en que se encontraba entonces. No se sabe exactamente por qué o cómo, aunque se dice que por su fragilidad y salud ya muy debilitada, se dejó aconsejar en muchos asuntos por el príncipe Tse-Yuen (también conocido como Yi), el cual, aliado con otros miembros de la familia imperial, decidió adueñarse del poder, ya que estaba seguro de que el fin del emperador estaba cerca y de que pronto atravesaría la Puerta del Dragón. Tal vez con un poco de ayuda...

Aunque nominalmente, por su prestigio, el príncipe Tse-Yuen encabezaba la conjura, en realidad el miembro más activo y el organizador de la conspiración era un tal Sushun, hermano de leche del jefe de las ocho familias principales de manchúes. Sin ser originariamente nadie, Sushun, como hermano de leche de un poderoso manchú y de su mano, había llegado muy alto hasta considerarse él mismo como perteneciente a la familia imperial.

El poderoso manchú, el hermano de leche de Sushun, era un verdadero príncipe de sangre real. Se llamaba Tse-Chen y podía, al igual que Tse-Yuen, aspirar al trono si el emperador fallecía y ambos se movían con rapidez, mientras que el brazo ejecutor, Sushun, era solo un instrumento en manos de los dos ambiciosos príncipes.

Para lograr su fin, Sushun fue vivamente recomendado por los dos príncipes al debilitado emperador y este lo trajo junto a sí en calidad de ayudante al ministro de Hacienda. También acontecía que Sushun, como solía suceder con los arribistas y aduladores de los poderosos, era vicioso y disipado. Para no dejar el cuadro inconcluso era así mismo ambicioso, avaro y cruel.

La concubina Yehenara, ahora ascendida a emperatriz del este, se percató de la nefasta influencia de este personaje, que para entonces era el primer secretario adjunto, y trató de contrarrestar su poder y la dependencia que el enfermizo soberano empezó a manifestar por este personaje.

Con el favor del soberano, Sushun, elevado al cargo de Gran Mandarín, instituyó un verdadero régimen de terror y cualquiera que se opusiese a sus deseos era desterrado o degradado. En poco tiempo amasó una inmensa fortuna a base de enormes multas a los funcionarios, sobre todo a los de Hacienda o a los de otras administraciones, pues los acusaba de engañar y defraudar a las reales arcas, cosa que podía ser cierta, pero que él explotaba en beneficio propio. Con este dinero él y los príncipes esperaban financiar su proyecto de llegar al poder por el camino más directo. Sin embargo, había un problema: la emperatriz del este intentaba influir en el emperador para que alejase al favorito y esto no podían permitirlo, puesto que Sushun era el que, con malas artes, proporcionaba la financiación del proyecto.



El palacio de Jebol, residencia de verano de la familia imperial

Empezaron a propagar calumnias sobre ella y al soberano le manifestaron que Yenehara lo engañaba con un apuesto militar que había estado prometido a ella antes de que entrase en palacio. Al mismo tiempo difundieron los rumores de que el príncipe y maestro Kung estaba en convivencia con los diablos extranjeros (las potencias occidentales). Todo ello hizo que el soberano separase al niño heredero de su madre, la emperatriz del este, y ordenara que lo entregasen a la madre de Tse-Yueng, el gran conspirador, para su educación y crianza. Con el heredero en su poder los conspiradores ya estaban más cerca del trono. La idea de los dos príncipes era hacer matar a todos los europeos residentes en Pekín y también a los otros hermanos del emperador. Incluso habían preparado el documento que justificaría tales acciones.

En todo esto estaban cuando el séptimo día de la séptima luna la concubina Yenehara envió un mensaje urgente a su maestro el príncipe Kung haciéndole saber el mal estado de la salud del Hijo del Cielo, su real esposo. Asimismo le rogaba tomar medidas para proteger al niño heredero y a ella misma, y no menos a sí mismo, toda vez que los conjurados eran también enemigos a muerte del príncipe Kung. Para ello le pedía que enviase urgentemente un destacamento formado por militares del clan de la emperatriz del este, es decir, por sus simpatizantes, no adeptos a los dos príncipes.

Los sucesos se precipitaron: el 16 de junio de 1861, un grupo de los partidarios de Tse-Yuen entraron violentamente en el dormitorio del moribundo emperador y, tras expulsar a la emperatriz Zhen y a la concubina real, obligaron al Hijo del Cielo a firmar un documento en que nombraba a Tse-Yuen, Tuan Hua y Sushun, los tres conspiradores, regentes tras su posible muerte, lo que les quitaba a las dos mujeres toda autoridad sobre el rey niño, Tongzhi. La ley hasta entonces prescribía que la emperatriz y la madre serían las tutoras legales del rey en minoridad, los conspiradores intentaban quitar esta prerrogativa de las dos mujeres y apoderarse del niño y a través de él del poder supremo.

A la mañana siguiente murió el rey Xianfeng y Tongzhi, de apenas cinco años, era el nuevo emperador. Los conspiradores habían preparado su acción por medio de varios decretos ya escritos, pero se hallaron con una dificultad insalvable, el sello real que había de dar legitimidad a los documentos, no aparecía por ninguna parte y sin él no se podía legitimar documento alguno.

En espera de que apareciese se leyó el testamento en que se nombraba regentes a los conspiradores y no se hacía mención de las mujeres: madre y emperatriz viuda.

El 25 de agosto el príncipe de Kong anunciaba que «el emperador había partido en la jornada del 22 montado en el dragón para entrar en los países de lo alto y que en consecuencia las relaciones oficiales debían ser interrumpidas durante un tiempo». De momento, las relaciones con Occidente quedaron en suspenso.

## LA LUCHA POR EL PODER. DESENLACE

En este período la joven Ye-ho-na-la demostró su capacidad de dirigir los acontecimientos sin levantar sospechas. Con la ayuda y complicidad de su eunuco, Ngan Te-he, enviaba informes diarios al príncipe Kung, que estaba en Pekín, y le mantenía al corriente de lo que sucedía. Por otro lado manifestaba al príncipe Tse-Yuen el mayor respeto y consideración. Aparentaba tranquilidad mientras lo trataba con estudiada deferencia, lo que hizo que este se confiase sin sospechar que la paciente concubina estaba tejiendo su tela de araña. No estaba ella dispuesta a dejarse arrebatarse el poder que quería ejercer, aunque fuese en nombre de su hijo Tongzhi.



Retrato de Jung-Lu, primo de Yenchara y luego general y consejero

Tras el período fijado por la etiqueta el entierro del emperador se debía llevar a cabo con toda solemnidad, siguiendo el tradicional protocolo. El féretro debía ser llevado a hombros hasta el lugar en que el difunto había de ser enterrado, que distaba del sitio en que había muerto a unas ciento cincuenta millas del lugar (una milla equivale a 1609 metros, es decir, más de un kilómetro y medio). Todos los personajes del Consejo de Regencia habían de acompañar al catafalco y como este era pesado solo se podrían hacer el equivalente a treinta kilómetros al día en el mejor de los casos. Esto le daba a Cixi un período de unos diez días sin ser espiada por los príncipes y el Gran Mandarín. En sus planes ella ya había contado con ello, pues el protocolo pedía que las emperatrices habían de adelantarse a palacio y ofrecer oblacones y plegarias por el difunto soberano; allí habían de esperar el regreso de la comitiva funeraria y ofrecer de nuevo junto con

los mandatarios otras oraciones y presentes al difunto. Se dieron prisa, pues ambas emperatrices tenían que volver a Pekín y actuar antes de que los dos conspiradores estuvieran presentes, pero el príncipe Tse-Yuen, desconfiado o previsor, también se imaginaba que la emperatriz madre podía estar fraguando alguna trampa o artimaña para arrebatarle el poder si llegaba a Pekín antes que él, esa soberanía por la que él tanto había trabajado. A fin de solucionar el asunto de las emperatrices de forma definitiva se las arregló para integrar en el cortejo de las dos señoras algunos fieles que pertenecían a su guardia de corps para que durante su viaje las mataran. Pero Cixi también contaba con uno de sus fieles en el cortejo de Tse-Yuen: su primo Jung-Lu, quien se enteró de las intenciones de los príncipes y del Gran Mandarín y así, en un punto cerca del lugar en que sabía se había de realizar el crimen, se separó del cortejo fúnebre y acudió con sus hombres a proteger a las dos emperatrices, Zhen y Cixi, antes de que se llevara a cabo el mortal atentado.

Jung-Lu (1836-1903) era el primo con el que en principio, habían pensado en casar a la joven Yenehara. Luego llegó a general y consejero de la emperatriz Cixi, su pariente, con su apoyo fue nombrado virrey de Zhili. Acabó con los proyectos reformistas del emperador Kuan-siu (período de los cien días) con el apoyo del ejército y restauró en el poder a la emperatriz Cixi.

Llegados todos sin ningún otro incidente a Pekín, según el protocolo el nuevo emperador, el niño Tongzhi, su madre y la emperatriz Zhen, su tía, acudieron a las puertas de la ciudad para rendir tributo al difunto. Allí, tras intercambiarse cortesías y saludos, la concubina destituyó a los pretendidos tres regentes, no sin darles las gracias, eso sí, por los servicios prestados. En ese momento el príncipe Tse-Yuen tuvo la audacia de decirle a la emperatriz del este que ella no era nadie para destituirle de un cargo que le había dado el difunto emperador, entonces la emperatriz le mandó tomar preso, orden que fue obedecida por sus hombres. Tarde se dieron cuenta los conjurados de que las calles estaban ocupadas por las tropas adeptas a Cixi y que cualquier resistencia hubiera sido inútil. Aquí se probó que la inteligencia de la inexperta emperatriz del este había sido superior a la astucia de los experimentados príncipes y todo su poder; la muchacha ignorante que había venido hacía seis años desde la calle del Estaño se movía como pez en el agua por los vericuetos de palacio.

Sin perder un instante, las dos emperatrices regularizaron la situación haciendo firmar al niño-emperador los decretos necesarios para formalizar su tutoría en forma legítima, lo que se hizo y selló con el sello real, el llamado «de la autoridad legítimamente transmitida». Era una ficción legal, pero ello legalizó la situación y la regencia pasaba ahora, como decía la ley y la costumbre, a las dos mujeres.



Trajes chinos en el siglo XIX

En adelante las dos emperatrices gobernaron aconsejadas por Kung y otros hombres de confianza, en nombre del pequeño emperador. Desde ese momento, aparecieron siempre detrás de un biombo con cortinas de gasa, sin presentarse abiertamente ante las miradas masculinas.

La mayoría de los días, el pequeño monarca también asistía a las audiencias, aunque cuando se cansaba a menudo acababa la sesión sentado en el regazo de una de sus madres, o tirado en el suelo, jugando con las alfombras, hasta que un eunuco se lo llevaba en brazos.

En cuanto a los dos príncipes revoltosos, Tse-Yuen y Tuan Hua, se les autorizó para quitarse la vida por su propia mano, salvándose así del descuartizamiento que era la pena por traición y su cómplice, Sushun, fue destinado la peor de las muertes: la de los mil cortes; aunque al final la emperatriz del este accedió a que muriese de otro modo. El Gran Mandarín Sushun, «por la gran bondad de la madre del emperador», fue solamente degollado, eso sí, lo hicieron públicamente para humillarlo más. Su cabeza rodó por el mercado entre las verduras marchitas.

De esta forma, la emperatriz del este, antes Yenhara, pasaba a ser la emperatriz viuda y de ahí en adelante su nombre sería Cixí.

## LOS INICIOS DEL PODER. PRIMERA REGENCIA

Durante la primera regencia la emperatriz Cixí intentó pasar casi desapercibida. Todos los decretos se dictaron en nombre del emperador niño, mientras que la verdadera emperatriz viuda, la dama Zhen, no interfería en el Gobierno, aunque se suponía que en teoría ella compartía en todo la tutoría con la dama Cixí. La acompañaba en las audiencias y confirmaba los decretos en nombre del pequeño soberano. Pero la realidad es que no tomaba parte en nada ni en ninguna decisión.

Al tiempo que se proclamó el nuevo reinado apareció un edicto de las dos emperatrices:

Nuestra elevación a la regencia ha sido enteramente opuesta a nuestros deseos; mas nos hemos rendido a las vivas instancias de los príncipes y de los ministros, pues comprendemos que es necesaria una autoridad superior a la cual puedan referirse. Tan pronto como acabe la educación del Emperador, dejaremos de intervenir en los asuntos de Gobierno que se ejercerá de nuevo según el sistema prescrito por todas las tradiciones de nuestras dinastías. Todos deben saber que ejercemos contra nuestro gusto la dirección de los asuntos públicos. Esperamos de los dignatarios del Estado una leal colaboración en la difícil tarea que hemos emprendido.

La primera regencia duró de 1861 a 1873 y puede ser considerada como una preparación para el siguiente paso en el poder. A las dos emperatrices se les otorgaron diversos títulos honoríficos y cada uno tenía anejo una pensión de 100 000 taeles al año. Zhen recibió el título de maternal y apacible y Cixí el de maternal y propicia. A los setenta años Cixí llegó a recopilar más de dieciséis títulos.



Traje de gala de la emperatriz Cixí

En esta primera regencia ya se manifestó la ambición de Cixí y, aunque al principio de su reinado dependía en gran parte de los sabios consejos de su maestro, el príncipe Kung, poco a poco adquirió confianza y también fue capaz de moverse por sí misma en los asuntos de Estado. Cada vez le resultaba más incómoda la presencia del príncipe Kung y sus consejos —pensaba— más innecesarios. Los eunucos, que anotaban en un libro cada falta de protocolo cuando se celebraban las audiencias, anotaban faltas cometidas todos los días por el príncipe Kung, pues este se consideraba a sí mismo el hacedor de la emperatriz y un colaborador necesario. Entraba y salía de palacio sin haber sido llamado, cosa impensable para cualquier otro visitante, y atendía a las audiencias junto con las emperatrices. Sus consejos no siempre eran solicitados y a veces eran contrarios a las opiniones de Cixí, el ambiente era cada vez más tenso.

Un día, en abril de 1865, el consejero Kung se levantó repentinamente en un acto, lo que estaba prohibido expresamente para evitar un ataque repentino por parte de algún colaborador o mandatario. La emperatriz fingió un súbito sobresalto ante este hecho y los guardias se llevaron al atrevido príncipe. Tras esto Kung recibió órdenes de apartarse de palacio inmediatamente. Pronto por un decreto se le relevó de sus funciones tanto de consejero de Gobierno como de miembro del Gran Consejo y jefe del Ministerio de Asuntos Exteriores. El decreto decía que Kung «ha demostrado ser indigno de la confianza de Sus Majestades», se hablaba de su «nepotismo escandaloso», de sus «tendencias a la rebelión» y otras acusaciones veladas.

Sin embargo, este decreto por el que se prescindía del príncipe molestó al pueblo, pues Kung era muy acreditado y apreciado y Cixí vio tambalearse su propia popularidad, así que unas semanas después repuso a Kung en sus puestos tras anunciar que este «había llorado amargamente por sus errores y pedido perdón». El príncipe volvió formar parte del Gran Consejo pero no se le reintegró su título de consejero de Gobierno, con ello se recortaba su autoridad y se le hacía sentir el poderío de la emperatriz. Era algo más que un toque de atención.

Por fin termina el sepulcro del difunto emperador Xianfeng que se había demorado cuatro años en su construcción. En otoño de 1865 se celebró el funeral, con el difunto se enterró a su primera esposa que había fallecido en 1850 y cuyos restos descansaban desde entonces en el templo de su pueblo, a siete millas de la capital.

Terminada la primera regencia que podemos fechar en 1873, desde 1875 a 1889 las cosas cambiaron para Cixí; aunque su nombre solo figura de tarde en tarde en los decretos imperiales, ella se cuidó mucho de guardarse la decisión última en nombramiento de los funcionarios, reparto de recompensas y castigos, así como otros asuntos administrativos. Esto le aseguraba la fidelidad, interesada o no, del personal administrativo y de palacio, así como la del ejército.

Tras esa larga experiencia ejerciendo el poder, Cixí inició su tercera regencia, en donde ya sin miedo alguno usurpó todos los signos externos del poder que en realidad pertenecían a su hijo, Tongzhi. Recibió audiencia diariamente en el salón grande de palacio y decidía sin el concurso de nadie en los asuntos de Estado. La emperatriz era sin duda autócrata, en nombre de Tongzhi, pero él en verdad no actuaba ni arbitraba. Su presencia era simplemente protocolaria y su actuación nominal.



## TONGZHI, EL HIJO DE LA EMPERATRIZ

Los comienzos de la regencia de la emperatriz fueron duros, pero su ambición le prestó fuerzas. Se levantaba al amanecer, se bañaba y desayunaba.

Enseguida atendió a las audiencias en el Salón de Audiencias, allí permaneció toda la mañana. Si surgían había de resolver los difíciles problemas y tenía que hacerlo con acierto, pues la dinastía manchú no estaba firme en el trono. Por doquier surgían los descontentos y bastaba un año de malas cosechas para que todo el mundo se levantase en sublevaciones. Ella, Cixí odiaba a los extranjeros, los odiaba y recelaba de ellos.

Durante la última hora de la tarde, si tenía tiempo, gustaba de pasear por sus jardines, cortar las flores que tanto la cautivaban o incluso pintar. Su vida como mujer no existía; era viuda y se dice que amaba a un hombre, aquel al que había estado prometida desde la cuna; pero sabía que le estaba prohibido. Se conformaba con leer los informes a la luz de las velas e irse a la cama a medianoche, cuando su eunuco entraba en el gabinete y le tocaba levemente en el hombro para recordarle que era hora de acostarse. Su hijo prefirió siempre a su otra madre legal, la emperatriz Zhen, porque a ella la veía más a menudo y porque su carácter era consentidor y cariñoso, y en cambio era a Cixí a quien le tocaba prohibir, marcar horarios y tareas y reñir cuando hacía falta. El niño había crecido y se había convertido en un adolescente, mimado, consentido, y que pasaba excesivo tiempo con los eunucos.

Con demasiada frecuencia los eunucos, que eran los encargados de distraer a los príncipes, solo les ayudaban a ser peor de lo que hubiesen sido por sí mismos, transformándolos en seres caprichosos, mimados y consentidos, cuando no en degenerados y viciosos. La personalidad de los eunucos era confusa de entender porque se les privaba de su masculinidad y a veces se veían obligados a llevar una vida difícil, de lo cual solían vengarse influyendo en demasía en las personas a las que servían, de manera que era complicado saber quién era el esclavo y quién el amo.

El joven Tongzhi no se caracterizaba por su responsabilidad y sus ganas de trabajar por el bien del país, ese es un apartado que dejaba totalmente a su madre. Él prefería distraerse, gandulear con los eunucos, jugar con trenes que le traían de tiendas extranjeras y además, según se decía en voz baja en los pasillos de palacio, salir por la noche fuera de la Ciudad Prohibida a visitar los mejores burdeles de Pekín, donde le daba igual acostarse con hombres que con mujeres.

La homosexualidad o la bisexualidad nunca ha sido algo extraño en la cultura china y se dice que el anterior emperador, Xianfeng, también disfrutaba por igual con hombres y mujeres. La emperatriz Cixí, al enterarse de las inclinaciones de su hijo, sabiendo cómo acabó el padre, decidió cortar aquellas tendencias y para ello nada mejor que buscarle esposa aun cuando el joven solo tenía dieciséis años.



Salón en la Ciudad Prohibida

Desde luego Cixí no permitió que fuera su hijo el que eligiera consorte y ella fue la que se arrogó el compromiso de hallar la compañera legal conveniente al futuro Hijo de Cielo. Al fin se decidió por una joven de la misma edad que su hijo, la dama Alute, hija de un influyente manchú. Con este matrimonio la emperatriz esperaba contener las inclinaciones de su hijo dentro de los deberes conyugales y al tiempo distraerlo con una esposa mientras ella continuaba ejerciendo el poder. Sin embargo, las cosas no resultaron como la emperatriz había calculado, la dama Alute le resultó respondona, no se avenía a obedecer a la emperatriz y aun le faltaba al respeto. Además sucedió algo con lo que no contaba la soberana: los jóvenes se enamoraron, con lo que el joven Tongzhi, daba la razón a su esposa y no a su madre. Todo esto era un contratiempo para la autócrata Cixí.

Deseando alejar a su hijo de la ahora pernicioso compañía de la dama Alute, la emperatriz empezó a enviar al joven la compañía de concubinas hermosas, pues esperaba que estas le apartasen de la dama Alute, la legítima esposa, que tan ingrata se mostraba con ella al no respetar sus órdenes.



La dama Alute, esposa de Tongzhi

Cixí sabía mejor que nadie que su hijo era débil y que no resistiría las tentaciones. Él compartía el lecho con las concubinas que le enviaba su madre y cuando podía también regresaba a sus antiguas costumbres de salir a visitar los peores sitios de Pekín, con estas costumbres pronto contrajo la sífilis y al parecer también contagió a su esposa, la joven Alute. A resultas de esta vida y el mal contraído, su salud era cada vez más débil, oficialmente se dice que contrajo viruela, pero la verdad es que la sífilis acabó rápidamente con su vida. Al fin, sin que las medicinas pudieran hacer algo por él, falleció en 1875.

La situación de Alute al morir su esposo era peliaguda, puesto que se había enfrentado a su suegra y ella jamás se lo perdonaría. Cuando los funerales terminaron, la emperatriz la llamó a su presencia y le dijo fríamente que si ella se encontrase en la misma situación, seguiría el camino de su esposo hacia las Fuentes Amarillas (mundo subterráneo donde acababan las almas), ya que no había un heredero.

Ella entendió el mensaje y aquella misma noche puso fin a su vida ingiriendo veneno. Nada ni nadie podían detener a la emperatriz cuando se empeñaba en seguir el camino que se había marcado. El poder seguiría en sus manos por otros cuantos años, tantos como necesitase el nuevo heredero para ser mayor de edad.

## UN NUEVO HEREDERO, GUANGXU

Muerto el hijo de Cixí, el trono necesitaba un nuevo heredero antes de que los clanes manchúes empezasen a inquietarse. El sucesor lógico era el hijo del quinto tío paterno, pero Cixí se las ingenió para que favorecer al menor del séptimo tío paterno, quien además era su sobrino (hijo de su hermana). El niño tenía cuatro años, por lo que Cixí fue de nuevo elegida como regente, junto a la emperatriz Zhen. A este pequeño, Guangxu, lo sacó de su casa y se lo llevó a palacio para empezar a educarlo como a un futuro emperador. Muy pronto corrió la voz de que el pequeño no gozaba de buena salud, tartamudeaba y sufría de ataques de epilepsia.

Las dos emperatrices quisieron al pequeño, aunque Zhen lo mimase y su tía carnal fuese más dura con él para hacerle fuerte. Pero nunca lo fue y creció débil tanto de cuerpo como de mente. Una vez más los eunucos fueron, en parte, los culpables de su mala educación, porque lo consentían y lo maltrataban a escondidas por igual. A pesar de las órdenes de su tía de que comiera de manera sana, lo alimentaban con dulces y grasas, y cuando sentía dolor en el vientre, se le permitía fumar opio. El resultado fue que Guangxu llegó a ser un emperador débil, como lo habían sido su primo y su tío.

El Trono del Dragón no dejó de sufrir conspiraciones. Uno de los conspiradores más conspicuos era el príncipe Zaiyi, hijo del príncipe Kung, que se creía con derecho a que su hijo mayor fuera el sucesor si algo le pasaba al emperador y moría sin descendencia.



La dama Tzu-An, hermana de Cixí



El príncipe Guangxu

En palacio sucedían desgracias inesperadas, a los cuarenta y cuatro años, la dama Tzu-An, hermana de Cixí, enfermó de la noche a la mañana, aunque su salud siempre había sido buena, y a los dos días murió. Esto bastó para que en la corte y en las embajadas extranjeras, empezasen a correr los rumores de que Cixí la había envenenado. Nunca se ha podido probar nada, pero, como dice el refrán, habla que algo queda. Mientras tanto el emperador había llegado a la edad de dieciocho años, y se hizo evidente que debía casarse.



El eunuco Li Lien Ying



Fotografía real de las candidatas a concubinas

Naturalmente, la responsabilidad de esta elección recaía de nuevo sobre la emperatriz, pero esta vez decidió hacerse aconsejar por su eunuco favorito: Li Lien Ying. Este le recomendó a una sobrina de la soberana, prima hermana del emperador, ya que era hija del duque Guixiang, hermano de Cixí.

No era una joven guapa ni siquiera elegante, pero lo que importaba es que era totalmente fiel a las ideas de su tía y la emperatriz no deseaba otra joven como la dama Alute, que fuera capaz de tomar decisiones o peor aún, discutir sus órdenes. No quería una joven que pensase por sí misma e influyera en el emperador; una muchacha educada, amable y circunspecta sería perfecta. Como principales concubinas se eligieron a las dos hijas del virrey de Cantón, Perla y Jade, que eran hermosas pero bobas, o al menos eso creían la emperatriz y su eunuco. Sin embargo, las cosas no resultaron bien: el emperador despreciaba la compañía de la legítima esposa y buscaba la compañía de Perla, que al fin resultó menos tonta de lo que parecía. La vieja emperatriz se ocupaba de la reconstrucción de uno de los palacios que los diablos extranjeros habían destruido en una de las guerras y, cuando parecía querer retirarse, le llegaron noticias de que el emperador, bajo la influencia de su antiguo tutor, confiaba en algunos intelectuales chinos los cuales le habían persuadido para que aceptase cambios en la manera de gobernar.

Entre esos cambios figuraba el de permitir a los chinos que se cortaran la coleta, que era la manera de representar la sumisión a la dinastía manchú. Para empezar con las innovaciones, se promulgaron algunos edictos en lo que se conoce como «los cien días de las reformas». La concubina Perla le secundaba en todo, mientras la consorte espiaba para su tía, la emperatriz. Cixí, desde su nuevo palacio, no perdía detalle de lo que estaba sucediendo y esperaba pacientemente.

## «LOS CIEN DIAS DE LAS REFORMAS». LA REACCIÓN DE LA EMPERATRIZ

La idea de acometer reformas venía ya de lejos, muchos intelectuales como de Kang Yousei y Liang Qichao veían la necesidad de emprender una puesta al día en el Gobierno y administración del Estado, tal y como se estaba haciendo en Rusia y en Japón, sobre todo para mejorar los sistemas de trabajo político y social bajo el poder imperial.

Kang Yousei fue un académico, figura clave en el desarrollo intelectual de la moderna China. Destacó en el campo de la caligrafía y especialmente como reformista social. Kang abogaba por el fin de la propiedad y de la familia, en aras de un idealizado futuro nacionalismo chino a la vez que citaba a Confucio como un reformista y no como un reaccionario, tal y como hacían muchos de sus contemporáneos. En el exilio se opuso a la revolución; en cambio, favoreció a la reconstrucción de China mediante la ciencia, la tecnología y la industria. Regresó en 1914 y participó en un intento de reinstauración del emperador mediante un golpe de Estado fallido en 1917. Terminó envenenado en 1917.

La reforma, que terminaría siendo llamada de los Cien Días, debido a su corta duración, ganó el apoyo del emperador Guangxu y comenzó en 1898. En ese año Guangxu, lanzó un programa de reforma que incluía la modernización del Gobierno, la consolidación de los servicios armados y la promoción de la autonomía local. También se inauguró la Universidad de Pekín.

El decreto de la reforma rezaba así:

En estos últimos años muchos de nuestros ministros han recomendado una política de reformas, y hemos publicado, en consecuencia, algunos decretos relativos a la organización de Exámenes Especiales de Economía Política, a la supresión de tropas inútiles, a la reforma de los exámenes para los grados militares, así como a la fundación de colegios. Ninguna decisión en estas materias ha sido tomada sin atenta reflexión. Pero nuestro país carece aún de luces y difieren los criterios sobre el camino que debe seguir la reforma.

Los que se llaman Patriotas y Conservadores, consideran que deben ser mantenidas las tradiciones, y repudiadas sin contemplaciones las nuevas ideas. Estas opiniones extremas carecen de valor. ¡Considerad las necesidades del tiempo presente y la debilidad de nuestro país! Si el Imperio continúa yendo a la deriva, con un ejército sin entrenamiento, unas finanzas desorganizadas, unos letrados ignorantes, unos artesanos sin instrucción técnica. ¿Qué esperanza tenemos de mantener nuestro rango entre las naciones y salvar el abismo que separa al débil del fuerte? Estamos convencidos de que una situación inestable crea en el pueblo la desconfianza hacia la autoridad y causa descontentos, que a su vez, determinan en el Estado la formación de partidos tan opuestos como el fuego y el agua. [...] haremos un estudio de todas las ramas de la educación europea que respoden a necesidades reales. No seguiremos repitiendo servilmente teorías superficiales y palabras retumbantes y vacías; nuestra finalidad es la eliminación de las cosas inútiles y el progreso de los estudios...



Al mismo tiempo que se proclamaba este decreto se publicó otro que recomendaba a los miembros del clan imperial que se fuesen a estudiar a Europa, y hasta a los príncipes de sangre real se les recomendaba que lo hiciesen.

La reforma introdujo cambios radicales en el atrasado Gobierno chino y sobresaltó seriamente a los manchúes, el clan del Gobierno, que por primera vez veía amenazada su supremacía. La recién iniciada reforma, desde luego, desagradó a sectores conservadores (los llamados «patriotas» y «conservadores»), temerosos de perder el poder debido a la influencia de los reformistas. La figura más destacada de la facción conservadora, la emperatriz viuda Cixí, puso fin a las reformas y dio orden de ejecutar a Kang, quien tuvo que huir a Japón.

Ciento tres días después de iniciarla, la reforma fue abortada cuando los conservadores en la dinastía efectuaron un golpe de Estado. Aunque muchos reformistas fueron exiliados todavía quedaban aquellos que deseaban tener una monarquía constitucional parecida a la del Reino Unido, lo que permitiría que la familia imperial permaneciese en el sistema político, pero con el poder político orientado al gobierno democrático.

La emperatriz, hondamente xenófoba, que odiaba y despreciaba por igual a los *diablos extranjeros*, no podía dejar que la obra de su vida fuese influenciada por esas ideas modernas copiadas, como creía, de los diablos extranjeros. Tras intentar que su sobrino entrase en razón y al ver que al fin no era posible, ella misma fue a la Ciudad Prohibida y tomó de nuevo las riendas del Gobierno. No encarceló al emperador, como han dicho algunos de sus biógrafos, pero sí fue relegado a la condición de mera figura decorativa. Entonces, definitivamente, ella tomó las riendas del poder. Ya no se presentaba ante los ministros velada tras un biombo, se exhibía ante ellos con todo su poderío y decisión, sentada sobre un trono acompañada en escaños inferiores por sus funcionarios y fieles.

Hay que anotar que tras el nombramiento de su sobrino como emperador, la emperatriz había pensado en retirarse a su palacio favorito, aunque en verdad nunca abandonó del todo su tutela sobre los acontecimientos, pero al ver en marcha aquellas reformas que ella consideró como el declive, fin de su país tal y como ella lo había conocido y entendido, salió al paso para barrerlas de un solo plumazo. Las reformas de los Cien Días serían solo una ráfaga en la eternidad. Nada digno de recordar.



### Ajusticiamiento de los promotores de las Reformas de los Cien Días

Para que las ideas reformistas no volvieran a resurgir, la emperatriz, como primera providencia, hizo apresar al antiguo tutor del emperador, el sabio Weng Tonghe, a quien odiaba porque creía que había infundido ideas erróneas al emperador y le había conducido por caminos equivocados.

Weng Tonghe (1830-1904) era hijo de un primer secretario y había aprobado con honores en 1856 los exámenes de jinshi (al ser un de los tres mejores recibió el título zhuàngyuán). Fue tutor imperial durante veinte años y profesor de historia de la emperatriz, también desempeñó un alto cargo en lo que diríamos Ministerio de Hacienda en la sección de impuestos. En su opinión, China no podría sobrevivir como una gran nación si no iniciaba reformas. Fue expulsado del Gobierno y, aunque se le acusó de varios crímenes y de aceptar sobornos, no se pudo probar nada. Murió seis años después de su destitución.

## GUERRA ENTRE CHINA Y JAPÓN

La primera guerra chino-japonesa (del 1 de agosto de 1894 al 17 de abril de 1895) se libró entre la dinastía Qing de China y el naciente Imperio del Japón, principalmente por el control de Corea. Después de más de seis meses de victorias ininterrumpidas del Ejército imperial y la Marina japonesa, así como de la toma del puerto chino de Weihai; China, humillada, hubo de solicitar la paz en febrero de 1895.

Por primera vez, el dominio regional en el este de Asia pasó de China a Japón y el prestigio de la dinastía Qing, junto con la tradición clásica en China, sufrieron un duro golpe. La bochornosa pérdida de Corea como Estado vasallo de la dinastía Qing provocó una protesta pública sin precedentes. En China, la derrota fue un catalizador para una serie de revoluciones y cambios políticos dirigidos por Sun Yat-Sen y Youwei Kang. Estas tendencias se manifestarían más tarde en la revolución de 1911 que acabó con la monarquía. Pero no adelantemos acontecimientos, prosigamos con nuestra relación. En marzo de 1895, se firmó el Tratado de Shimonoseki entre Japón y China por el cual esta cedía Taiwán, las Islas Pescadores y Liaodong al Imperio del Japón.

Durante los dos siglos anteriores al suceso que estamos relatando, el Japón había limitado el comercio que realizaba a muy pocas naciones. Entre ellas Corea (a través de Tsushima), la China de la dinastía Qing (a través de las Islas Ryukyu) y Holanda (a través del puesto comercial de Dejima).

Las otras naciones europeas estaban excluidas de cualquier comercio con el Imperio del Sol Naciente y el Shogunato nunca había pensado en comerciar con aquellas naciones que consideraba bárbaras y en todo caso enemigas. Sin embargo, el comodoro Matthew Perry obligó a abrir los puertos japoneses.

En 1854, bajo la amenaza implícita del uso de la fuerza, abrió Japón al comercio global. Este acto de fuerza fue sin embargo una puerta que se abrió al Japón para un período de rápido desarrollo del comercio exterior y de la occidentalización del país. Tras el período de expansión, los japoneses enviaron delegaciones y estudiantes a todo el mundo para aprender y asimilar las artes y las ciencias occidentales, con el objetivo de no solo evitar que Japón cayera bajo la dominación extranjera, sino permitir a Japón competir en igualdad de condiciones con las potencias occidentales.

Sintiéndose una potencia, Japón quiso emular a las occidentales y buscó tener colonias. Con este fin centró su atención en Corea para anexionarla a sus territorios o, al menos, asegurar la independencia efectiva de la península mediante el desarrollo de sus recursos y la reforma de su Gobierno conforme a los intereses japoneses. No deseaba que ninguna otra potencia, sobre todo europea, se hiciese con el control de Corea, pues el Imperio opinaba que ello sería una seria amenaza para Japón. Por otra parte deseaba asegurarse los recursos naturales de ese país: yacimientos de carbón y mineral de hierro, que eran codiciados en Japón para su propio desarrollo industrial. Por estas razones, entre otras, se decidió poner fin a la milenaria soberanía china sobre Corea. China, por su parte, trataba de mantener su control sobre el último, mayor y más antiguo de sus Estados vasallo.



El comodoro Matthew Perry en Japón

El 7 de febrero de 1876, Japón impuso el Tratado Japón-Corea por el que se obligaba a Corea a abrirse al comercio con Japón y otras potencias, además de proclamar su completa independencia de China. Para China esta fue una nueva humillación, ya que Corea había sido tradicionalmente nación vasalla y durante el reinado de Cixí había continuado siéndolo; ahora China, debilitada por las derrotas de las guerras del Opio en 1839 y 1856, no podía impedir la pérdida de su soberanía sobre Corea y Japón reemplazaba la influencia china por la suya.

Los japoneses provocaban a China sin cesar y se atrevieron a asesinar a la reina Min en Corea, lo cual desencadenó una serie de enfrentamientos que acabaron mal para los chinos. Nadie se atrevió a reprocharle nada a la emperatriz, aunque en secreto la culpaban de descuidar el Ejército y sobre todo la Armada china. Y para colmo de males, el emperador despreciaba a su consorte y se divertía con la concubina Perla, que al final no resultó ser tan incauta y simple como pensaba la emperatriz. Parecía que Cixí nunca podría descansar; cuando no eran los diablos extranjeros, eran los enanos de las islas cercanas o era su propia familia la que no le daba tregua.



Huída de la delegación japonesa a bordo del *Flying Fish*

Menos mal que tenía a su diosa particular, Guanyin, a la que podía contar sus penas y creía que se podía comunicar en sueños con ella. El forcejeo entre Japón y China por la influencia sobre

Corea no cesó y por fin tras una hambruna en Corea la masa de hambrientos atacó a la delegación japonesa que tuvo que escapar a Chemulpo y después a Nagasaki a bordo del buque de investigación británico *Flying Fish*.

En respuesta los japoneses enviaron cuatro buques de guerra y un batallón de tropas a Seúl para salvaguardar los intereses japoneses y exigir una compensación. Los chinos también desplegaron cuatro mil quinientos soldados para hacer frente a los japoneses. Por fin se firmó un tratado denominado Tratado de Chemulpo, firmado en la tarde del 30 de agosto de 1882. Por él se establecía que los conspiradores implicados serían castigados y que se pagaría una indemnización de cincuenta mil yenes a las familias de los japoneses que murieron durante el incidente. El Gobierno japonés recibió además quinientos mil yenes, una disculpa formal y permiso para establecer cuarteles y estacionar sus tropas en sus delegaciones en Seúl. China quedaba, una vez más, desairada. Todo esto llegó a producir una xenofobia que aumentaba de día en día.

## LA REBELIÓN BÓXER

No entraremos en la historia del movimiento Bóxer, toda vez que este no es el sitio adecuado, solo resumiremos su génesis. El general Jung-Lu, de quien tantas veces hemos hablado, dirigió una carta al virrey del distrito del Fu-Kien, Ju-Ying-kue, que empieza así: «Los bóxeres comenzaron a organizarse en dieciocho pueblos del distrito de Kuan y recibieron al principio el nombre de Puños de la Flor del Ciruelo, cuando [en 1895] Li Bingheng era gobernador de la provincia, lejos de oponerse a su acción los enroló en la milicia...». Es decir, que desde el principio estos rebeldes contaron con apoyo de hombres del Gobierno, quienes, lejos de detener sus embestidas y desmanes, los alentaron y ayudaron en lo posible, pues veían en ello verdaderos patriotas que los salvarían de las intromisiones extranjeras. En último término sus acciones estaban encaminadas a aterrorizar y expulsar a las potencias extranjeras y a eliminar a los cristianos chinos, pues creían que esta religión disolvería la cultura china y sus tradiciones. La sociedad secreta de los bóxers reforzaba sus campañas jurando que mataría a todos los extranjeros «hombres peludos primarios» y a sus simpatizantes chinos «hombres peludos secundarios».



El barón Klemens August von Ketteler, embajador alemán asesinado por los bóxers

También era una especie de venganza por las humillaciones a que los hombres enanos (japoneses) les habían sometido en más de una ocasión. También sobrevino al tiempo una gran hambruna que segó casi una cuarta parte de los habitantes del país, todo ello hizo que los ánimos se caldearan y se buscara un enemigo común, los extranjeros y los cristianos, en quienes descargar su ira y su resentimiento.

Finalmente, las acciones de los bóxers fueron tuteladas, si no instigadas, por Cixí, la emperatriz viuda, que ostentaba el poder. Siguiendo la iniciativa de la emperatriz, varios gobernadores provinciales apoyaron la violenta resistencia de los bóxers en sus jurisdicciones. El asesinato del embajador alemán Von Ketteler disparó los ánimos, y los extranjeros tomaron esta afrenta muy en serio. Los chinos por su parte realizaron actos salvajes, como la quema de algunas iglesias cristianas con todos los fieles dentro. Jung-Lu acudió a hablar con la emperatriz para que parase a los bóxers, pero la anciana dama no quiso escucharle. La guerra estaba servida.

Fortalecidos por el apoyo de la emperatriz, los bóxers habían saqueado el campo, destruido las estaciones de ferrocarril y las líneas de telégrafos y asesinado a 231 extranjeros y a millares de chinos cristianos.

El barón Klemens August von Ketteler (Münster, 22 de noviembre de 1853 - Pekín, 20 de junio de 1900) fue un diplomático alemán. Fue educado para ingresar en el ejército, pero renunció a ello en favor de las delegaciones diplomáticas en 1882. Representó al Gobierno alemán en China, Estados Unidos (donde se casó con una estadounidense) y México. En 1899 regresó a Pekín como plenipotenciario. El 20 de junio de 1900, la embajada alemana fue asaltada por los rebeldes bóxers. Klemens von Ketteler recibió un disparo mortal por parte de un sargento de tropas irregulares Kansu. Al conocerse su muerte, el Imperio alemán y otras siete naciones más declararon la guerra a China e invadieron Pekín y Manchuria entre 1900 y 1901, hasta que la rebelión bóxer fue destruida.

El 21 de junio de 1900, la emperatriz, impulsada por su patriotismo, declaró la guerra a todas las potencias extranjeras que «interferían en la vida política china por intereses egoístas». Ante tal peligro, los extranjeros se refugiaron en el barrio de las Legaciones y los bóxers iniciaron un asedio de dos meses a las embajadas en Pekín. Las naciones que sufrieron el ataque, incluyendo Japón, fueron: Rusia, Alemania, Gran Bretaña, Estados Unidos, Austria-Hungría e Italia. Rápidamente se agruparon en una fuerza internacional con la que llegaron a Pekín el 14 de agosto y vencieron fácilmente a los bóxers.



La rebelión bóxer

El ejército de rescate de los aliados se componía de unos 54 000 hombres a las órdenes del general británico Alfred Gaselee, de los cuales unos 5000 eran chinos contrarios a los bóxers, 20 840 japoneses, 13 150 rusos, 12 020 británicos, 3520 franceses, 3420 estadounidenses, 900 alemanes, 80 italianos y 75 austro-húngaros. En julio desembarcaron cerca de Tianjin y pusieron sitio a la ciudad, que cayó el día 14. También capturaron los fuertes Taku, situados en el estuario del río Hai He, y cuatro destructores chinos, labor en la que se destacó el barón Roger Keyes. Tras asegurar la zona, el ejército de Gaselee partió hacia Pekín (a 120 kilómetros de distancia) el 4 de agosto. La marcha fue sorprendentemente fácil a pesar de que en el recorrido se encontraban estacionados unos 70 000 soldados imperiales y un número aproximado de rebeldes armados, que prefirieron evitarlos.

La emperatriz era una mujer muy terca, siempre segura de sí misma y nada dispuesta a dar su brazo a torcer. No escuchó al único que le hablaba sin interés y con el corazón, el virrey Jung-Lu, y al dar su confianza a los bóxers selló su desgracia. Debería haber sabido que Occidente no perdonaba sus ofensas y por cada uno de sus nacionales muertos, ellos se vengarían matando cuatro chinos. A tal punto llegaba el peligro que, para salvar sus vidas, Cixí y su sobrino, el emperador, se vieron obligados a huir hacia el norte disfrazados de campesinos. La emperatriz solo pudo llevar dos damas y durante los tres meses que duró el viaje, habitó en posadas de mala muerte y, cuando pudo hacerlo, durmió en camas llenas de chinches. Sus comidas fueron cosas impensadas para la vieja emperatriz, col y arroz de mala calidad, como la campesina que fingía ser en su huida.





China fue condenada a pagar 333 millones de dólares tras la guerra de los bóxers en concepto de indemnización

Otro dolor le hirió: se enteró de que su amado palacio de verano, al que dedicó tanto tiempo y dinero en reconstruir, había sido devastado. Hasta su cuarto personal fue saqueado. Menos mal que ella tuvo la precaución de mandar hacer un falso tabique tras el que escondía los objetos de más valor que no pudo llevarse. Pero aún así, la pérdida fue enorme, sobre todo por el orgullo herido.

Cuando por fin pudo volver a la Ciudad Prohibida, lo hizo como una mujer derrotada aunque su dignidad le impidiese mostrarse débil.

Por el contrario, parecía tal cual que fuera ella la que había perdonado a los vencedores y les concedía la gracia de su sonrisa.

Los términos del protocolo bóxer, el tratado de paz que finalizó con la rebelión, fueron extremadamente duros: China fue condenada a pagar una indemnización de 333 millones de dólares; las tropas extranjeras dejaron guarniciones desde Pekín hasta el mar; los exámenes del servicio civil fueron suspendidos durante cinco años; tres oficiales simpatizantes de los bóxers fueron ejecutados y un cuarto fue empujado al suicidio. El káiser Guillermo II, cuyo embajador había sido asesinado por los bóxers, proclamó triunfante: «Nunca más, ningún chino se atreverá a mirar con desdén a un alemán».



Retrato de Kang Youwei, alrededor de 1920

Tras la firma del protocolo bóxer en 1901, las tropas permanecieron allí. En tres años, su presencia provocó la guerra ruso-japonesa. Internacionalmente el prestigio de China llegó a su punto más bajo. La indemnización consumía la mitad del producto nacional y debilitaba a la dinastía Qing. Además, la ocupación de Manchuria por Rusia había trasladado a miles de soldados a la región durante la rebelión.

Alguna cosa buena podía surgir de la rebelión bóxer, después de algún tiempo, el Gobierno liderado por la emperatriz viuda, Cixí, comenzó por llevar a cabo las reformas pedidas por Kang Youwei y Liang Qichao en la Reforma de los Cien Días. Entre los cambios, el único con gran influencia fue la abolición de los exámenes imperiales el 2 de septiembre de 1905. El Gobierno comenzó a construir nuevos colegios, de los que llegaron a existir cerca de sesenta mil al momento de estallar la Revolución Xinhai (la rebelión contra la última dinastía imperial china). Después de la abolición, la gente no podía conseguir buenos puestos en el Gobierno solamente con tener éxito en la examinación, lo que cambió drásticamente el ambiente político.

Al fin la emperatriz, ahora conocida como el Viejo Buda, se dio cuenta de que no le quedaba más remedio que abrir la mano y hacer concesiones.



Suplicio de un misionero francés. Muerte de los mil cortes.

Otra derogación muy celebrada en el exterior, fue la abolición de la tortura, y sobre todo de la muerte de los diez mil cortes, que era un terrible tormento que podía durar semanas e incluso meses de insufrible dolor hasta que el condenado moría.

## LOS CAMBIOS INICIADOS EN CHINA Y RESPALDADOS POR CIXÍ

Tras volver a Pekín tras su exilio, la emperatriz hizo publicar un decreto que empezaba así:

[...] desde que hace un año salí súbitamente de la capital, no he dejado un momento de meditar en nuestros infortunios. [...] Cuando pienso en las causas de nuestra ruina y de nuestra debilidad, deploro sinceramente no haber introducido desde hace tiempo las reformas indispensables; más ahora estoy absolutamente decidida a poner en vigor todas las medidas necesarias para la regeneración del Imperio. Tenemos que olvidar todos nuestros prejuicios y adoptar los mejores métodos europeos de Gobierno estoy firmemente decidida a emprender reformas [...] Publico, pues, el siguiente decreto declarando solemnemente que la situación del Imperio no permite seguir eludiendo o aplazando esas reformas. [...] Tenemos, como madre e hijo, un solo propósito: queremos devolver a nuestro Imperio su antiguo esplendor [...].

Al fin Cixí había comprendido la inmensa superioridad de las fuerzas materiales del mundo occidental y el poder que la cultura y los medios de comunicación podían ejercer en Europa.



Yuan Chi-kai

Los manchúes, orgullosos e ignorantes, tendrían que verse con los europeos más tarde o más temprano; más valía aprender de ellos para al menos saber cómo enfrentarse a ese peligro cierto. En primer lugar había que abandonar todos o algunos de sus privilegios, pues eran un anacronismo en esos años. Para evitar a los manchúes su destrucción era mejor alentar la fusión de las razas, lo

que derogaba aquella ley que prohibía el matrimonio entre manchúes y chinos (raza Han), que en las nuevas leyes pasaron a estar categóricamente recomendados. Si China había de sobrevivir, la emperatriz comprendió que se debería más a los chinos que a los manchúes.

Había que unificar la lengua, pues chinos y manchúes hablaban diferentes lenguas; por otro lado prohibió una costumbre que los extranjeros consideraban bárbara: la de comprimir los pies de las mujeres chinas para hacerlas más atractivas, la emperatriz la calificó de inhumana y la proscribió. Cixí reconoció la ignorancia de sus cortesanos y permitió que todos los nobles y miembros del clan imperial saliesen a estudiar al extranjero.

El Gobierno pensionaría a un grupo de manchúes jóvenes, de entre quince y veinticinco años, para que saliesen a estudiar fuera de China. En cuanto al pueblo y su educación, tras discutirla con Yuan Chi-kai y con Tchan Tchi-tung, llegaron a la conclusión de que el obstáculo para toda reforma era el sistemas de exámenes y que había que encauzarlos como en Occidente. A este tenor en 1904 emitió un mandato que abolía los exámenes clásicos, solo tras aprobar los nuevos exámenes se podría optar a un cargo público.

Yuan Chi-kai (Hunan, 1859 - Pekín, 1916). Político y militar chino. Pertenecía a una de las familias militares chinas con más tradición. Fue protagonista de las profundas transformaciones por las que pasó China desde la transición de su estructura medieval y tradicional hacia la construcción del Estado moderno. Yuan consiguió una brillante carrera militar y política, aun sin haber conseguido altas graduaciones. En 1882 fue enviado a Corea, donde permaneció hasta 1894 con la orden de evitar y controlar la penetración japonesa en la zona. Tras el derrocamiento del último emperador Puyi, perteneciente a la dinastía Qing, pasó a ser el primer ministro de la nueva República de China, tal y como había sido decretado por el emperador.

Otro de los decretos más importantes entre los que se dictaron fue el de la supresión del comercio del opio, que dio para la total liquidación un plazo de diez años. Se creó un nuevo Ministerio, muy necesario, el de Correos y Comunicaciones, pues estos servicios hasta entonces eran poco operativos, casi inútiles, por la corrupción y la dejadez de los encargados de este quehacer. También intentó, la vieja emperatriz, la reorganización de la justicia, declarándose contraria al uso del tormento y a cualquier abuso sobre las personas. Mientras todo esto entraba en vigor en todos los lugares, la pena máxima sería la degollación, suprimiendo el descuartizamiento, la mutilación, la marca con hierro al rojo y hacer pagar las penas a la familia en lugar del reo si este no podía ser apresado. Todos estos abusos se prohibieron en teoría, en teoría, porque en los lugares remotos seguían existiendo. Con todos estos mandatos esperaba la emperatriz instituir las bases de un Gobierno aceptable para los occidentales, a quienes consideraba el germen de un gobierno constitucional. Para demostrar su buena voluntad Cixí envió una comisión presidida por el duque Tse-Tse a estudiar los sistemas políticos en los países extranjeros y sus resultados, a su regreso el duque daría razón de sus estudios y se tomarían las decisiones pertinentes, eso sí, como conviniese. Según la soberana: «[...] cuando los funcionarios y el pueblo hayan comprendido qué es el poder ejecutivo en un Gobierno, la nación estará preparada para una Constitución».

Los artículos chinos tenían gran demanda sobre todo en Gran Bretaña, mientras que los productos de los europeos no tenían demanda ni mercado en China, por ello el comercio entre uno y otro era deficitario sobre todo en Inglaterra. Los ingleses descubrieron que llevando opio a China desde la India, donde se cultivaba, podían equilibrar su balanza, pues el opio proporcionaba ganancias de 1 a 400. Cuando los chinos protestaron ante la emperatriz Victoria, su respuesta fue enviar a las tropas para proteger el comercio de esta droga, de esta actitud surgió la llamada guerra del Opio. Fue un comercio indigno de una nación civilizada.

## LA RESISTENCIA A TALES CAMBIOS

Naturalmente tal abundancia de cambios atrajo el descontento de muchos. Ni siquiera la emperatriz, con todo su prestigio, podía proponer tantas transformaciones sin levantar recelos y resistencias. Los antiguos funcionarios y burócratas continuaron aferrados a sus costumbres ancestrales y la resistencia se manifestó en un obstinado apego a lo habitual, lo tradicional, lo de siempre. De no ser porque los mandatos emanaban del Viejo Buda, seguramente la resistencia hubiese tomado una forma violenta, pero todos la temían y se guardaron muy mucho de exteriorizar su oposición o descontento.

En Pekín no había prensa, sobre todo prensa crítica, pero en las provincias del sur, en Shanghai y en Hong Kong, los periódicos desaprobaban abiertamente las medidas adoptadas por la emperatriz. Fue acusada de seguir al pie de la letra los mandatos de los diablos extranjeros, de los hombres peludos primarios y de los enanos del Japón; sin apreciar su inteligencia que le hacía ver lo necesario de esos cambios, que por otra parte odiaba. Acusaron a la emperatriz viuda de querer destruir las esencias del pasado y la tradición milenaria. No apreciaron su talento y astucia para manejar una situación explosiva a corto plazo.

Por otro lado, los extranjeros, Inglaterra, Alemania, Francia, Austria, Rusia, sospechaban que la emperatriz los engañaba con fingidos propósitos; recordaban su actitud anterior de franca hostilidad a todo lo extranjero, su conocida xenofobia y por ello no se creían que las intenciones de la soberana fuesen verdaderas. En realidad nadie le daba el crédito que necesitaba para llevar a cabo su envite por la modernidad. Ni unos ni otros comprendieron la energía y la virilidad de esta mujer anciana. Había tenido errores, pero no por ello dejaba de ser un político de primera fila, un conductor de hombres, un talento dirigente, un gobernante experimentado.

Los periódicos de Shanghai y de Hong Kong publicaban cada día diatribas a los menores actos de la emperatriz. Un crítico escribía:

Es poco creíble que a su edad pueda cambiar todas sus costumbres y hacer nuevas amistades tan contrarias a su educación y su carácter. ¿No se preguntarán los extranjeros si Su Majestad puede sinceramente sentir el menor afecto a unas gentes que han saqueado su palacio y la han obligado a entregar al verdugo [el tratado de paz tras el levantamiento de los bóxers establecía el compromiso del Gobierno chino de ejecutar a 10 oficiales implicados en la revuelta] a sus colaboradores más fieles y más seguros?

En todo caso, Cixí estaba convencida de la bondad de su proyecto y continuó el camino que se había trazado para sacar a China de su marasmo de siglos. Tenía que vencer prejuicios por ambas partes, entre los nacionales y los extranjeros, además existían alianzas y pactos de intereses en ambos lados, era una obra formidable, incluso para una personalidad como la suya. Necesitaba tiempo, aun con el empuje de toda una mujer de talento, pero tiempo era precisamente lo que no tenía el Viejo Buda. La nave del Estado iba a la deriva, había controversia de todos los lados, sin su mano el Estado encallarían en las dificultades que presentaba este modo nuevo de gobernar que deseaba implantar la emperatriz.

## FIN DE LA EMPERATRIZ

Cuando la emperatriz iba a cumplir setenta y tres años, el pueblo se preparaba para las celebraciones. Una función teatral que duraría cinco días había de celebrarse en palacio, mientras las calles de la ciudad eran engalanadas. Los dignatarios y el Dalai Lama, que se hallaba a la sazón de visita, irían a saludar humildemente a la señora. El emperador, que estaba muy enfermo, no acudiría a los banquetes que se celebrarían, donde se hizo representar por un príncipe de sangre real.

El mismo día del cumpleaños de la emperatriz, el emperador hizo un esfuerzo y salió de sus habitaciones para dirigirse al salón del trono, pero su aspecto estaba tan deteriorado que alarmó a los circunstantes, tanto fue así que la emperatriz ordenó que se lo volviesen a llevar en su palanquín y le dispensó de estar presente.

Dos días más tarde, el 5 de noviembre, ni el emperador ni la emperatriz estaban bien de salud y no pudieron cumplir las obligaciones, y todos los asuntos de Gobierno quedaron en suspenso durante un par de días. El día 9 de noviembre ambos dirigentes estaban algo mejorados y pudieron asistir al Gran Consejo. Poco después visitaron al emperador cuatro médicos, también la emperatriz estaba enferma. El informe médico sobre la salud de Sus Majestades fue pesimista.

El Gran Consejo, alarmado, envió un mensaje al príncipe K'ing y cuando este llegó, el día 13, halló al emperador en muy mal estado, mientras que la emperatriz decía sentirse restablecida. Sacó fuerzas de su flaqueza, la indomable señora se hizo acicalar y celebró una audiencia en el salón de los Fénix. Ante los consejeros y príncipes ella anunció que era hora de escoger un heredero al trono. Si el emperador Guangxu moría había de sucederle un príncipe de la sangre. Ella, dijo, había hecho ya su elección, pero deseaba contrastarla con la de sus consejeros. Los consejeros, por su parte, propusieron al príncipe Pu-Luen, que era el primogénito de los biznietos de Daoguang (el emperador que había sido el consorte de la Cixí cuando ella era solo la concubina Yenehara, y con quien había tenido su hijo, Tongzhi, fallecido hacía años). La emperatriz manifestó que ella había casado a la hija de Jung-Lu, su fiel ayudante y consejero —y se dice que amante— con el hijo del príncipe Chun. El hijo varón que naciese de este matrimonio debía ser emperador, ella —explicó— se lo debía al fiel Jung-Lu. Chun sería nombrado regente, con el título de príncipe colaborador del Gobierno.

Algunos de los espectadores se opusieron a este nombramiento, pero ella, con gran fortaleza dado su estado, replicó:

Pensáis que soy vieja y chocheo, pero deberíais saber bien que cuando yo decido una cosa, no hay nada que pueda impedirme realizarla. En una época crítica un soberano niño es sin duda una causa de debilidad para el Estado más no olvidéis que yo estaré aquí para dirigir y asistir al Príncipe Chun —entonces se dirigió a los escribientes— redactad enseguida en mi nombre dos decretos: el primero nombrando a Xiaofeng, Príncipe Chun, Príncipe Colaborador del Gobierno, y el segundo ordenando que Pu-Yi, hijo del Príncipe Chun sea trasladado inmediatamente al palacio para recibir en él una educación imperial.





El dragón símbolo de la dinastía Qing

Mientras tanto seguía la gravedad del emperador que no llegaba a los cuarenta años. Además de enfermo estaba sumido en una profunda depresión, solo sobrevivió unas horas a esta decisión de Cixí, era el 14 de noviembre de 1908 cuando el Hijo del Cielo abandonó la tierra. La vieja emperatriz que ya se esperaba este desenlace, volvió a palacio para leer enseguida el testamento del difunto emperador. Esa noche Cixí se acostó y pareció mejor que en días anteriores, pero al día siguiente a mediodía, tuvo un síncope y notando que se acercaba su fin hizo llamar a palacio a la nueva emperatriz viuda (Long-Yu, la legítima esposa del difunto emperador) que ahora tendría que ser regente del joven Pu-Yi; también convocó al Regente (el Príncipe Chun) y al Gran Consejo, y una vez reunido, con gran calma dictó sus disposiciones ultimas: «[...] sintiéndome enferma de una afección mortal, y sin esperanzas de curación, ordeno ahora que en lo sucesivo el gobierno del Imperio pase por entero a manos del Regente [...]».

Sin duda Cixí había pensado en vivir aun unos cuantos años y gobernar con Pu-yi como lo había hecho antes con su hijo y con Guangxu, quien, por cierto, se dijo en algunos mentideros que había muerto envenenado. Las últimas investigaciones sobre los restos del emperador confirmaron la presencia de arsénico en su cuerpo.

A las tres de la tarde, mirando al sur, como debe hacerlo un soberano chino, murió Yehenara, la hermosa muchacha que había llegado con apenas quince años al Palacio Imperial y que convertida en Cixí, había regido el imperio chino con mano de acero durante cincuenta años. Dejó su cuerpo en la tierra para volar a la residencia de las Nueve Fuentes.

Apenas sobrevivió un día al emperador Guangxu.

## Capítulo 2

### Catalina la Grande, zarina de Rusia

Con una gran voluntad de poder, Catalina dio un golpe de Estado y se convirtió en autócrata durante treinta y cuatro años, pero en vez de disfrutar de la situación se dedicó a modernizar el país, a aumentar su territorio, a multiplicar su prestigio y su poder en todos los sentidos, y además a hacerlo con su esfuerzo personal, directo y constante. Recomendamos la lectura de *Catalina la Grande, retrato de una mujer*, de Robert K Massie.

## EL TIEMPO QUE LE TOCÓ VIVIR A CATALINA LA GRANDE

Los rasgos distintivos de la sociedad rusa en esta época (siglo XVIII) eran la servidumbre campesina, el dominio de la nobleza, la debilidad de las clases medias y la autocracia de los soberanos.

La nobleza media poseía de cien a quinientos siervos, los grandes señores más de mil de promedio mientras que los pequeños nobles se contentaban con menos de cien. Desde finales del siglo anterior, se permitía vender a los campesinos sin la tierra y castigarlos con el látigo (*knut*), tratamiento que hasta entonces se había reservado para los esclavos personales. También se permitía hacerles cambiar de residencia o deportarles a Siberia o a las minas (derecho que se confirmó de nuevo en el siglo XIX, 1806). Los siervos habían estado obligados a prestaciones personales de tres días semanales, en el transcurso del siglo XVIII estos tres días se vieron duplicados y la obligación se extendió a seis días, de modo que todos los días de la semana pertenecían al amo, y al siervo solo le quedaba el domingo para cultivar su propia tierra.



*Catalina la grande de Rusia, de Virgiluis Eriksen*



Escenas de la vida rural en Rusia en el siglo XVIII

Imposiciones (medievales) que en Europa ya habían sido abolidos hacía siglos aún estaban vigentes en Rusia, tales como la obligación de pedir permiso al amo para contraer matrimonio, sin el cual el siervo no podía casar.



Yemelian Pugachev

Además, las familias podían ser separadas al arbitrio del señor. Estas exigencias explican de por sí las continuas rebeliones campesinas como las de Pugachev en toda la región del Volga y los bajos Urales.

Nacido en una familia de cosacos, a los dieciocho años Yemelián Pugachev fue reclutado a la fuerza por el ejército ruso y separado de su familia. Combatió contra los prusianos en la guerra de los Siete Años (1756-1763). En septiembre 1773, tras haber desertado del ejército ruso después de participar en tres guerras, disgustado por el Gobierno de la zarina Catalina la Grande, lideró una revuelta de los cosacos del Don en la cuenca del Volga y el bajo Ural. En sus correrías se hacía pasar por el fallecido zar Pedro III, ya que a miles de kilómetros de distancia de San Petersburgo nadie conocía la apariencia del zar que había muerto asesinado casi diez años atrás.



Русские бояре XVI-XVII вв.

Boyardos en el siglo XVIII

Una flamante nobleza de servicio apareció al amparo de los zares; esta se formaba por la burocracia y los mandos del ejército, esta nueva nobleza se fusionó con la antigua, la llamada de los Boyardos.

Pedro el Grande ya había establecido una estrecha alianza con la aristocracia, a aquellos otorgó grandes poderes sobre los campesinos y el poder de la administración local. Más tarde, como veremos, Catalina confirmó esta situación de privilegio.

A más de su posición frente al campesinado y a los privilegios políticos y territoriales, se unieron otros que pusieron en manos de la nobleza la dirección de la industria y el comercio.

Así, la nobleza podía explotar libremente, no solo la tierra, sino el subsuelo, establecer fábricas, comerciar y exportar productos agrícolas y manufacturados. Todo esto hacía la competencia a los escasos mercaderes de las ciudades. Algunos de estos mercaderes lograron prosperar uniéndose a algún noble para formar empresas, fábricas o compañías exportadoras.

En realidad gran parte del país vivía aún en una economía autosuficiente, una economía cerrada, los dominios señoriales producían lo necesario para los habitantes, por tanto, era la agricultura la principal fuente de riqueza y esta estaba en mano de los nobles, boyardos o señores nuevos.

El emperador, zar (forma derivada de la palabra *caesar*) de Rusia era un verdadero autócrata, un oligarca, dictador, amo y dueño, soberano de vida y muerte. Su mismo título lo decía: zar autócrata.



Pedro I el Grande

El zar Pedro I intentó regularizar la sucesión según el modelo sueco para evitar la confusión que seguía a la muerte de cada soberano, o las guerras que surgían cuando este se aproximaba a su fin. De tal modo era la confusión por la herencia del zar que se decía que en el siglo XVIII la sucesión no era hereditaria ni electiva, sino ocupativa. En último término, como en la Roma imperial, la guardia imperial tenía la última palabra en la sucesión. Según el que fuera protegido por la guardia, así era el elegido.

Este fue el país al que llegó una joven alemana sin gran preparación específica, la que habría de convertirse en la zarina de todas las Rusias, Catalina la Grande, que intentó modernizar ese inmenso país, con resultados desiguales.

## ORÍGENES DE CATALINA, NACIDA SOFÍA DE ANHALT-ZERBST

En 1742 la emperatriz rusa Isabel I, al no tener hijos, proclamó heredero a su sobrino, hijo de Ana, su hermana mayor. Se llamaba este Carlos Pedro Ulrico de Holstein-Gottorp (28 de febrero de 1728), el cual con catorce años fue bautizado en la fe ortodoxa con el nombre de Pedro.



La zarina Isabel de Rusia

Parece ser que el príncipe, aunque de ilustre familia, no era demasiado inteligente; por conveniencia dinástica le casaron con Sofía de Anhalt-Zerbst. La aristócrata alemana para poder reinar junto con su prometido, igual que él había hecho, se convirtió a la fe ortodoxa, abandonó el nombre de Sofía y en el bautizo tomó el de Catalina.

El padre de Sofía-Catalina, llamado Christian Augusto, era príncipe de Anhalt-Zerbst y gobernaba la ciudad de Szczecin en nombre del rey de Prusia. Era sin duda un noble, pero de segundo rango y la familia de Sofía nunca hubiese soñado en que su hija se convirtiese en la zarina de todas las Rusias. En realidad no tenía doce años todavía cuando se habló de casarla con su tío Jorge Luis de Holstein-Gottorp, que estaba muy enamorado de ella. Y es posible que el proyecto se hubiera realizado si antes, en 1744, no hubiese llegado al palacio de los Anhalt (apellido de su familia) una carta procedente de Rusia.

Aquella misiva procedía de la mano de la zarina Isabel que había tomado su decisión y escogía a la joven como esposa del futuro zar. De más está decir que los príncipes alemanes dispusieron prestamente el viaje y, aunque desearon que nadie supiese el motivo de tan raudo desplazamiento, al parecer a su llegada a Rusia la gente estaba ya enterada de todo. A su llegada a la ciudad ya había multitudes que los esperaban, quizás con la intención simplemente de ver a la futura zarina, la que ellos ya consideraban la prometida del *zarevich*. Según pasaba la joven era aclamada por los ciudadanos. A primeros de febrero de 1744 Sofía y su familia eran recibidas por la zarina en el palacio de Ammenhof, entonces ocupado por la familia imperial.



Federico de Prusia

La elección de Sofía como la futura esposa del zar (Pedro de Holstein-Gottorp) se debió a la gestión diplomática entre el conde Lestocq y Federico II de Prusia, a cuyo servicio había estado hasta entonces el padre de Sofía-Catalina.

No había recibido Catalina ninguna educación especial que le capacitara para ser emperatriz. Apenas Sofía comenzó a caminar, su madre se había ocupado de llevarla a bailes, banquetes o fiestas de disfraces en las casas más importantes de la región, para que se desenvolviera en un ambiente de etiqueta. Juana era fría con su hija y el padre distante. Tal y como se acostumbraba en las casas elegantes de la nobleza, los niños habían de ser educados por una *mademoiselle* francesa, una gobernanta que asegurase al menos el conocimiento del francés, la lengua culta de entonces.

Sofía solo recibió afecto de su gobernanta Babette Cardel, una joven francesa paciente y tierna con ella, que le enseñó a leer, escribir y hablar francés. De su *mademoiselle*, la misma soberana diría que «era la clase de gobernanta que todo niño debería tener». Nunca refrenó el espíritu alegre de su alumna, sino que la alentaba a la conversación y celebraba su vivacidad e inteligencia. Ella le hizo leer a Corneille, Racine y Moliere, cosa que influiría en su futuro.

El matrimonio con el *zarevich* se llevó a cabo porque tanto el conde Lestocq como Federico de Prusia querían fortalecer la amistad entre Prusia y Rusia para así debilitar la influencia de Austria y, al tiempo, arruinar al canciller Alekséi Bestúzhev-Ryumin, consejero de la zarina Isabel y que era un conocido partidario de la alianza ruso-austríaca.

Además, a la emperatriz le agradaba emparentar con esa familia porque ella, en su juventud, había estado prometida al tío de Sofía, hermano de su madre, Carlos Augusto de Holstein-Gottorp, el cual había muerto de viruela en 1727 antes de que la boda se llevara a cabo. El matrimonio entre los dos jóvenes se celebró en 1745.



## UN MATRIMONIO FRÍO. PERSONALIDAD DEL JOVEN PEDRO

El matrimonio fue un fracaso desde la noche de bodas. El gran duque se acostó al lado de su esposa, sin mirarla, y se quedó dormido.

Las noches siguientes tampoco la tocó. Pedro demostraba que su esposa no le interesaba como mujer en absoluto. Quizás el joven no se había desarrollado aún lo suficiente para saber cuáles eran los deberes conyugales, o simplemente la esposa no le atraía en modo alguno. En todo caso no nos equivocaremos si decimos que el fracaso del matrimonio fue debido a la impotencia y la inmadurez del gran duque Pedro, que no pudo, o no quiso, consumarlo durante los doce años siguientes.

Catalina escribiría en sus memorias: «Mi querido esposo no se ocupaba de mí y pasaba todo el tiempo con sus lacayos, jugando con sus soldados de plomo; yo me veía obligada a representar mi papel [de esposa]». El gran duque permanecía indolente, entregado a sus particulares pasatiempos. Otra de las pasiones de su esposo era tocar el violín (sin saber) y meter a sus perros en el cuarto matrimonial, que corrían y saltaban sobre la cama ladrando. La vida de Catalina era un infierno. Su esposo era alcohólico, estaba perturbado y era impotente, tenía fimosis y se había negado a ser operado. Catalina pensó en la posibilidad de suicidarse, pero después buscó alivio en la lectura y en montar a caballo.

En sus memorias, escritas a su hijo Pablo y también para su nieto Alejandro, Catalina se explaya sobre los motivos de su posterior comportamiento para con su esposo. El gran duque era no solo infantiloides, sino abiertamente necio y perverso al tiempo. Catalina describe extravagantes episodios en que aparece un Pedro que podríamos calificar de desequilibrado, por no decir loco.

Una firma manuscrita en tinta negra, que parece leerse 'Catalina', con un inicio decorativo en espiral.

Firma autógrafa de Catalina



Pedro III de Rusia

No se sabe a ciencia cierta si lo que describe Catalina es cierto en toda su extensión, pero en lo que sí están de acuerdo los historiadores y los que vivieron aquel tiempo es que todo es, al menos, verosímil.

Relata, entre otras cosas, que el gran duque, su esposo, se divertía en sus habitaciones con el concurso de un lacayo o ayuda de cámara de origen ucraniano, tan disoluto y necio como él y que este la proporcionaba licores y juguetes. A este servidor apreciaba el *zarevich* como a un colega, un igual. Este comportamiento era inimaginable en un futuro zar, estar en connivencia o complicidad con un lacayo era algo no aceptado como normal o natural y menos aún si provenía del *zarevich*.

Qué sucedía en las fiestas y bacanales que organizaba el joven con ayuda de su cómplice, Catalina no lo sabía, pero se imaginaba lo peor. Tal era el descrédito de su marido que los criados incluso le faltaban al respeto. En voz baja comentaban sus extrañas preferencias sexuales sobre todo porque una vez, en una de sus borracheras, se ofreció para pervertir y ser pervertido por sus lacayos y bufones.

En una palabra, para Catalina la vida con semejante sujeto no se ofrecía halagüeña. Así como tampoco era prometedora para Rusia.

## LA DIFÍCIL SUCESIÓN. AMANTES, AMORES Y AMORÍOS

Lo requerido, como en todas las monarquías, era un heredero y si el gran duque era incapaz o no quería engendrar uno, había que recurrir a métodos extremos.

En la vida de Catalina entró entonces el joven y apuesto Sergei Saltykov, un aristócrata que la misma zarina había escogido para suplir a su sobrino en el tálamo de Catalina. Ante las dudas de la gran duquesa de que el esposo notase enseguida la infidelidad, la zarina le contestó que seguramente ni lo notaría. El joven Sergei la cortejó por insinuación de la zarina, pero al principio Catalina no se mostró de acuerdo, hasta que, finalmente, ante la falta de esposo en la vida real quedó embarazada del joven Sergei. Desgraciadamente para todos, aunque quedó en estado dos veces, las dos veces abortó espontáneamente, con lo que la zarina no obtuvo lo que deseaba: un heredero a toda costa.

Tras el fracaso de los planes para dar al trono un heredero, y a pesar de haber tenido ya dos embarazos, la zarina decidió mudar de candidato para evitar que hubiese maledicencias si la relación continuaba, por lo que Sergei Saltykov fue alejado de la corte. Es entonces, cuando la joven Catalina ya había probado la pasión y podía compararla con la convivencia con un marido insulso que Catalina comienza a su lista de amantes con un rosario de nombres.



Sergei Saltykov, quien suplió al esposo falto de iniciativa



Pablo Petrovich de joven

Mientras Saltykov fue alejado de Rusia y enviado en misión diplomática a Suecia, su esposo el *zarevich*, por órdenes de la zarina, fue circuncidado. A partir de su circuncisión, el gran duque reclamó a su esposa sus derechos conyugales y ella accedió, pero con total aversión.



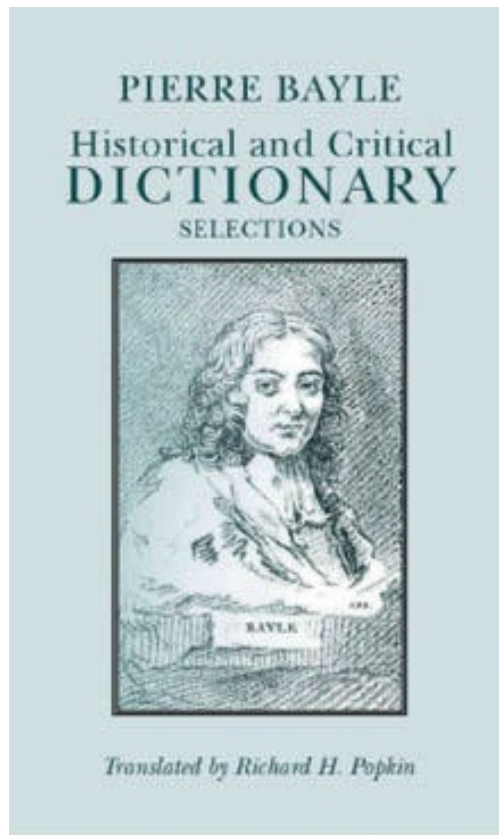
Corona Imperial Rusa

El 20 de septiembre de 1754 nació Pablo Petrovich. La emperatriz Isabel se veía radiante, el protocolo indicaba que ella misma se ocuparía de la crianza y educación del nuevo heredero de los Romanov, ese día se aseguró la dinastía, quizás por esta razón arrebató el niño a su madre para criarlo según ella entendía que se había de educar y formar a un futuro zar.

No había posibilidad alguna de saber si el niño era hijo de su esposo o fruto de la relación extramatrimonial con Sergei, Catalina siempre dijo que era hijo de su amante, el hombre que tanto amó, incluso lo hizo saber por escrito en su diario, ella amaba a Sergei y que su hijo fuese fruto de ese amor la hacía feliz, aunque fuese momentáneamente. De pequeño fue considerado inteligente y hermoso, pero luego el joven sufrió un ataque de tifus (1771) que le afeó las facciones de por vida.

Tras el nacimiento del niño, los siguientes días fueron muy duros para Catalina, confinada a reposar en un cuarto oscuro en donde solo contaba con la compañía de sus damas, lejos de su amante y de la pomposa corte imperial, lo único que le quedaba era escribir e imaginar días mejores.

Abandonada a sí misma, Catalina se volcó sobre la lectura intensiva y se transformó en autodidacta. Gradualmente, sobre su escritorio, las novelas fueron sustituidas por los escritos de los filósofos franceses de la Ilustración que eran los maestros del pensamiento europeo.



Porta de el *Dictionnaire Historique et Critique* de Pierre Bayle

Las obras de Montesquieu, Diderot, Rousseau y, particularmente, Voltaire, derrumbaron todos sus prejuicios sobre el mundo y la encaminaron a estudiar profundamente la historia, la filosofía, la economía y la jurisprudencia. Entre los libros favoritos de Catalina se encontraban las obras de Platón y Tácito, el *Dictionnaire Historique et Critique* de Pierre Bayle, las memorias de Pierre de Bourdeille, abate de Brantôme, la vida de Enrique IV por Hardouin de Perefrix (*Histoire du roy Henry le Grand*), las obras del jurista inglés William Blackstone y las cartas de *madame* de Sevigny. Sin embargo, durante muchos años, el primer lugar fue ocupado por las obras de su amado profesor, Voltaire.

En tanto, la zarina estaba tan satisfecha por este nacimiento del heredero que recompensó a los padres con oro. Aprovechando este inesperado regalo, el *zarevich* empezó a tener amantes, o al menos estas se hicieron más notables y se comentaba por todas partes su relación amorosa con Yelizaveta Vorontsova. Pertenecía la Vorontsova a una distinguida familia que había llegado a lo más alto del poder bajo el reinado de la zarina Isabel, cuando su tío Mikail llegó a ser canciller imperial, mientras su padre, el general Román Vorontsov, gobernaba cuatro provincias, aunque sin gran habilidad ni eficiencia. Los comentarios que nos han llegado de la amante del *zarevich* nos la presentan como una mujer tosca, rolliza y mal hablada. El historiador Klaus nos dice: «juramentaba como un soldado, olía mal, sus ojos bizqueaban y salpicaba de saliva cuando hablaba». El barón de Breteuil la comparaba con una moza de la más baja extracción, y Catalina la describió como «muy fea, extremadamente sucia con la piel olivácea». Sin embargo, Pedro había desarrollado por esta mujer una dependencia que nadie se explicaba. De la Vorontsova

tenemos por todos lados un retrato poco halagüeño, en verdad. Llegados a este punto de la convivencia, cada uno de los cónyuges, Pedro y Catalina, hacía su vida por su lado.



Yelizaveta Vorontsova, amante del gran duque Pedro, el zarévich. «Mujer tosca, rolliza y mal hablada».

Un año después del nacimiento de su primer hijo, Catalina conoció a Estanislao Poniatowski, secretario del cónsul Británico, y al parecer se enamoró de él. Nacido en 1732, Estanislao Antonio Poniatowski pertenecía a una gran familia, era hijo del conde palatino Estanislao Poniatowski, de Cracovia, y de la princesa Constanza Czartoryska.

Hombre de talento, desempeñó cargos diplomáticos importantes desde su juventud, destacaba entre la *szlachta* por su ingenio, inteligencia y ambición y por la influencia de sus tíos de la aristocrática familia Czartoryski. *Szlachta* era el nombre de la nobleza en el reino de Polonia y el gran ducado de Lituania. La unión de ambos países formó la llamada República de las Dos Naciones. Surgió en la Edad Media y existió a través de los siglos incluidos el siglo XIX y principios del siglo XX.



Estanislao Poniatowski, amante de Catalina

Por la importancia de estos, en 1755, fue enviado a San Petersburgo en el séquito del embajador británico sir Charles Hanbury Williams, donde se hizo amante de la princesa Catalina Alexeievna, la futura emperatriz; al año siguiente quedó Catalina embarazada de Estanislao y en 1757 nació una hija a la que llamaron Ana. Tras este suceso, una vez más el *amigo* fue enviado lejos.

Desprovista de su amante, no podía pasar mucho tiempo sin que se enamorase de nuevo, este nuevo enamorado fue el militar Grigori Orlov, a quien conoció en 1759.

Era este un apuesto oficial de artillería, hijo del gobernador de Novgorod. El joven Grigori había sido educado en el Cuerpo de Cadetes en la ciudad de San Petesburgo, y comenzó a tener experiencia militar en la guerra de los Siete Años, mientras estuvo destinado en la capital despertó el interés de la gran duquesa Catalina. Ella le ayudó a escalar puestos de mando, lo nombró conde y lo elevó al generalato, también le hizo nombrar director general del cuerpo de ingenieros y al fin general en jefe.

Se denomina guerra de los Siete Años o guerra Carlina a la serie de conflictos internacionales desarrollados entre 1756 y 1763, para establecer el control sobre Silesia y por la supremacía colonial en América del Norte e India. Tomaron



parte, por un lado, Prusia, Hannover y Gran Bretaña junto a sus colonias americanas y su aliado Portugal. Por la otra parte Sajonia, Austria, Francia, Rusia, Suecia, y España, esta última a partir de 1761. (Ver «La emperatriz María Teresa de Austria» en este mismo libro).

De los amores de Catalina y Orlov nacieron dos niños: Yelizaveta (1761) y luego Alexei (1762), que nació secretamente. Se dice que la duquesa acarició la idea de casarse con Grigori Orlov, pero fue convencida de lo contrario por la influencia de su consejero Nikita Panin. Este fue un influyente hombre de Estado y mentor político de Catalina la Grande en los primeros dieciocho años de su gobierno. Defendió la Alianza del Norte, mantuvo fuertes lazos con Federico el Grande de Prusia y su acérrima oposición a las Particiones de Polonia llevó a su reemplazo por el más obediente príncipe Bezborodko.

La salud de la zarina Isabel (quien había nacido en 1709) empezó a decaer en 1750 cuando apenas había superado los cuarenta años. Empezó a sufrir una serie de mareos y desmayos cuya causa no fue descubierta, probablemente las medicinas prescritas no mejoraron su salud por lo que la zarina se negó a seguir tomándolas.

Tenía miedo a fallecer y, por lo tanto, se negaba a que le hablaran de nada que tuviera que ver con la muerte, al extremo de que prohibió usar esa palabra en su presencia. En sus últimos momentos la zarina Isabel pidió la presencia de un pope para confesarse y rezar con los suyos la oración de los moribundos.



Alexei Razumovsky, supuesto esposo morganático de la zarina Isabel

A su lado pidió en este trance tener junto a sí a su sobrino, el *zarevich*, a Catalina y a los dos condes Kirill y Alexei Razumovsky. De este último se ha especulado que se casó con la zarina Isabel en secreto en una iglesia rural de Perovo (hoy parte de Moscú). Esto habría sucedido en el otoño de 1742, por esta boda al presunto esposo se le conoce como el Emperador de la Noche. Como quiera que fuese, a los dos años de esta supuesta boda recibió por parte del emperador del

Sacro Imperio, Carlos VII, la merced de un condado y en el mismo año fue nombrado conde en Rusia. En 1745 fue nombrado teniente capitán de los guardias de la zarina y en 1748, teniente coronel de los mismos. En septiembre de 1756 fue ascendido al rango de mariscal de campo.

El 25 de diciembre de 1761, falleció la zarina. Tras seis semanas de ritos funerarios, fue sepultada en la catedral de San Pedro y San Pablo en San Petersburgo.



Catedral de San Petesburgo en donde está enterrada la zarina Isabel

Tras la muerte de la zarina Isabel, Pedro subió al trono, en enero 1762, como Pedro III de Rusia. Catalina se convirtió así en emperatriz consorte de Rusia.

## LA CONSPIRACIÓN DE CATALINA. LA SUERTE DEL ZAR

Aunque nominalmente se había convertido a la fe ortodoxa se decía que Pedro no había abandonado sus creencias originales, el credo protestante, esto y la fama de sus extraños gustos en lo sexual, sus juegos con los lacayos y toda su extravagante conducta, su admiración por todo lo prusiano, no hicieron del nuevo zar una figura amada por sus nuevos súbditos. Para los nobles patriotas rusos el tratado de paz que Pedro III firmó con Prusia olía a traición, la decisión enfureció incluso aquellos que estaban más cerca del soberano. La guardia imperial también se sintió ofendida porque el zar cambió el color de su uniforme, del verde ruso al azul prusiano. También ofendió a la Iglesia, pues pretendía, de forma secreta pero muy visible a ojos de algunos, instaurar el luteranismo en detrimento de la religión ortodoxa. Esto estaba muy mal visto por la Iglesia oficial y por buena parte de la población. Para complicar más el asunto, el zar intervino en una disputa entre Holstein y Dinamarca sobre la provincia de Schleswig, apoyando al primero, su país natal, y despertando la impopularidad entre la nobleza ante una guerra muy alejada de los intereses de Rusia. No es de extrañar que alrededor de la zarina se reunieran los descontentos del zar, arguyendo que este solo pensaba en divertirse, en mascaradas y banquetes.



Uniformes prusianos con los colores de Prusia adoptados por el zar

Por otro lado el zar se entretenía con su amante, Yelizaveta Vorontsova, y parece ser que Pedro III pensó en divorciarse de Catalina y casarse con Yelizaveta. Todo esto se murmuraba y enrarecía el ambiente. En el curso de un banquete en palacio, el zar, borracho, se fue de la lengua. Amenazó a su esposa con enviarla a un convento después de llamarla tonta ante la atónita mirada de la corte. Los Orlov lo tomaron como una señal de que Pedro III planeaba deshacerse de Catalina. Grigori Orlov y su hermano fueron cruciales para la seguridad de Catalina desde el momento en que la relación con su marido empezó a deteriorarse rápidamente. Eran sus protectores, sus conspiradores.



La princesa Dashkova, hermana de la amante del zar, conspiradora contra este

De todos modos el zar se dio cuenta de la rivalidad de intereses que se agrupaban alrededor de Catalina, y si el zar pensaba encerrarla en un convento, no tuvo tiempo para ello. Sospechaban algo los adictos a Catalina, que por su parte no se privaba de exhibir a sus amantes, y decidieron dar un golpe antes de que Pedro decidiese algo irremediable.

Como el zar ofendía todas las capas de la sociedad rusa y era profundamente odiado, los regimientos de la guardia empezaron a planear la subida al poder de Catalina. En los apartamentos privados de la emperatriz consorte se comenzó a perpetrar una conjura. En dicha conspiración figuraban buena parte de los elementos aristocráticos rusos, entre ellos los hermanos Orlov y la princesa Dashkova, la propia hermana de la amante del zar, que por otro lado era amiga de la zarina Catalina.



Palacio de Ropsha donde fue asesinado Pedro III

En la mañana del 9 de julio de 1764, Alexei Orlov condujo a Catalina al cuarto de la guardia, en donde algunos oficiales fieles ya estaban enterados de lo que iba a suceder. Catalina, vestida con su uniforme de teniente, se puso al frente de cuatro regimientos de la guardia imperial, que la aclamaron como la zarina y, con el apoyo de la nobleza rusa, dio un golpe de Estado.

Aclamada por su guardia, Catalina fue a coronarse zarina autócrata en la catedral de Kazán. Mientras tanto, otro grupo iba a atacar el palacio de Petershof en las afueras de San Petersburgo, residencia favorita de Pedro III. Él no se rebeló y se dejó tomar prisionero y cuando le pidieron que abdicase al trono, no opuso resistencia. En realidad, manifestó el depuesto zar que lo que quería era volver en paz a su patria alemana. Estuvo de acuerdo en escribir una comunicación en la que reconocía que no era adecuado para gobernar y que sería mejor que Catalina se convirtiera en la emperatriz y finalizaba el escrito solicitando que le dejaran tranquilo en sus Estados patrimoniales de Holstein en país natal. Lo único que quería conservar era a su amante, a su perro, a su violín y a su criado negro. Pero esto no era una opción para los rebeldes, en cualquier momento se le podía ocurrir volver o tratar de recuperar el trono desde el extranjero. De momento se le llevó a su residencia de Ropsha, donde quedó recluso a expensas de noticias. El 17 de julio, siete días después de su derrocamiento, Pedro III apareció muerto en su celda.

La explicación que se dio para justificar su fallecimiento fue vaga: un fallo multiorgánico debido a una mala digestión. Su cuerpo, sin embargo, delataba una muerte violenta: apareció lleno de hematomas y se dijo que los hermanos Orlov usaron la correa de un fusil para estrangularle.

## OTROS AMANTES DE CATALINA

Aunque sin ánimo de ser exhaustivos, no debemos dejar de nombrar la lista de hombres que pasaron por la vida de la zarina. Ya hemos mencionado, por su importancia, a los tres primeros: Sergei Saltykov, de quien parece era su primer hijo, más que de su esposo el zar; Estanislao Poniatowski, de quien tuvo una niña que falleció a los pocos meses; y Grigory Orlov, de quien tuvo dos hijos y la ayudó a obtener el trono. A pesar de su larga relación, diez años, y de tener dos hijos con él, ella nunca quiso casarse con su amante.

Tras la salida de Grigori de su vida, Catalina tuvo un breve devaneo con Alexis Vasilchik, pero en 1774 lo reemplazó con el oficial de caballería Grigori Alexandrovich Potemkin. El primer encuentro entre Catalina y Potemkin se dio cuando este le obsequió su insignia de la espada para que la de ella estuviera completa.

Potemkin le propuso matrimonio a Catalina, pero ella no lo aceptó, aunque no faltan quienes juran que se casaron en secreto. Cuando se terminó la magia, Potemkin tomó sobre sí —según el decir del pueblo— la tarea de proporcionar amantes a Catalina.



Grigori Potemkin

En 1776 Pedro Zavodovsky sucedió a Potemkin como favorito de turno, pero a poco fue sucedido por Simón Zorich (entre 1777 y 1778). También el abuelo de Nicolai Rimsky-Korsakov, Iván Rimsky-Korsakov, fue favorecido por la zarina tras la pérdida de afecto hacia Zorich.



Platon Zubov, último amor de Catalina

Catalina habría de enamorarse plenamente de nuevo al conocer a Alexis Lanskoi en 1780. Bello, ágil, amante de los niños, erudito y dulce, este hombre era distinto a las avasalladoras personalidades a las que nos tiene acostumbrados la zarina. Hasta los criados de la corte le querían, era benévolo con todos y el alma de las fiestas. Pero en 1784 Lanskoi moriría de una violenta afección estomacal que provocó que muchas malas lenguas dijeran que Potemkin, celoso, lo hizo envenenar. Catalina creyó morir de dolor tras la muerte de Lanskoi en sus brazos. Tras un período de un año en que zarina pareció sufrir la pérdida de Lanskoi, se enamoró de Alexis Ermolov. Ermolov solo gozó de un año de los favores de la zarina, quizás porque a Potemkin le caía muy mal.

Ermolov fue suplantado por Alexis Mamonov, pero cuando este se aburrió de Catalina (quien ya tenía cincuenta y siete años) pidió permiso para casarse con la princesa Sherbatov. Catalina les dio una buena boda y los despachó cargados de regalos. El último amor de Catalina sería el hermosísimo teniente de caballería Platón Zubov, quien la acompañó desde 1786 hasta que ella murió. Catalina lo terminó de educar, lo llamaba «jilguero» y acabó por tratarlo casi como a un hijo. En 1796, Catalina moriría de un derrame cerebral mientras se duchaba, y Zubov la lloró como un niño en su funeral.

## EL GOBIERNO DE CATALINA. SUS CONTRADICCIONES

Catalina, mientras fue gran duquesa, había creado una red de fieles y simpatizantes, entre los cuales estaban la nobleza, la temible guardia imperial y los poderosos hermanos Orlov. Estaba decidida a mandar en Rusia: «gobernaré o moriré», escribió a Charles Williams y ello refleja su espíritu decidido.

De 1747 a 1750, Charles Hanbury Williams fue el embajador británico de Dresden. En 1748 viajó a Polonia y conoció el Sejm polaco, donde frecuentó a los miembros de la influyente familia de los Czartoryski (August Alexander Czartoryski). Cuando el rey de Polonia, Estanislao Poniatowski, tuvo que recibir tratamiento médico en Berlín, conoció a *sir* Charles, que estaba ahí como embajador (1750-1751). Hanbury se hizo parte de la historia rusa y polaca al presentar a Estanislao Poniatowski a la gran duquesa Yekaterina Alexeyevna, futura Catalina la Grande, emperatriz de Rusia.

El tiempo que había sido relegada a un segundo plano por su marido en la corte rusa ella lo había empleado en leer y en documentarse sobre los asuntos del país; cuando ella subió al trono, sus súbditos de ahora se hallaban ante una reina que sabía lo que sucedía. Ya dijimos que sus autores favoritos fueron Racine, Corneille, y Molière en lo literario, y en lo filosófico era admiradora y seguidora de Voltaire, con quien mantuvo correspondencia. De este último se mostró entusiasta partidaria en lo que se relacionaba con los ideales renovadores. Del mismo modo era admiradora, como veremos, de Montesquieu y Cesare Beccaria. De todos estos pensadores de la Ilustración intentó aprovechar algo en beneficio de su país, con la idea de europeizarlo, es decir, continuar la senda de Pedro el Grande y llevarlo a la modernidad.



El Hermitage de San Petesburgo



El interés de Catalina por todas las artes era sobradamente conocido. Instauró la Academia de las Artes Plásticas y conformó la colección del museo Hermitage en San Petersburgo como explicaremos más ampliamente luego. Su creencia en la importancia de la lengua rusa la llevó a crear la Academia de la Lengua Rusa, al frente de la cual puso a su amiga personal Yekaterina Dashkova. La gran mujer que fue Catalina también ejerció la pluma, se puede decir que escribió mucho. No solo escribió una *Memorias*, sino que su gran creatividad literaria la llevó a componer obras de teatro, cuentos para niños, relatos históricos, artículos, cartas y notas autobiográficas.

Pensándolo bien se puede decir que la emperatriz tenía una personalidad contradictoria, o quizás el tiempo en que le tocó vivir no le permitió actuar según sus más íntimos ideales. Como veremos seguidamente, las medidas que tomó Catalina eran prácticamente incompatibles: no era posible aunar la visión liberal y las aspiraciones autoritarias mientras ella misma censuraba el sistema de la servidumbre.

La zarina manifestaba el espíritu del siglo declarando, como Fenelon y otros autócratas como ella, que «el monarca debe ser para el pueblo, no el pueblo para el monarca», pero si en teoría era partidaria del gobierno liberal, Catalina vivió lo suficiente para ver la aplicación de sus doctrinas en la Revolución francesa, y entonces, como autócrata ofendida, no pudo por menos que protestar. A pesar de mantener antiguos contactos como Voltaire y Rousseau, se mostró implacable contra los republicanos franceses. Hubiera incluso llegado hasta la misma Francia, de no ser porque el 16 de septiembre dejó de latir su corazón. De este modo dejó de existir una de las mujeres más poderosas e importantes de todos los tiempos: Catalina la Grande, Catalina II de Rusia.



Princesa Yekaterina Romanovna Vorontsova-Dashkova, directora de la Academia de la Lengua Rusa

Tal y como había hecho el zar Pedro el Grande también en su afán de modernizar la inmensa Rusia, Catalina llevó a cabo diversas reformas: en 1762 apoyó la idea de crear en Rusia el primer centro de formación profesional y en 1764, dos años más tarde, fundó en la capital el primer centro de enseñanza para mujeres, adjunto al monasterio de Smolny.

En 1763 reorganizó el Senado (dividido en seis departamentos), perdió con la reforma su auténtico poder legislativo, encabezó el aparato estatal y se convirtió en la institución superior administrativa y judicial.

En 1764 abolió el poder del Hetman Este era el título del segundo mayor comandante militar (después del monarca) en Polonia, Ucrania y el Gran Ducado de Lituania, territorios conocidos desde 1569 a 1795 como la Rzeczpospolita. Como se ve, en los primeros años de su reinado las reformas fueron continuas.



Yemelián Pugachov, aspirante al trono de Rusia que lideró un levantamiento de los cosacos.

Entre 1763-1764 para superar dificultades financieras llevó a cabo una secularización de las tierras de la Iglesia, que de ser propiedad de los monasterios, pasaron al fisco imperial. Con ello se perseguía un doble fin: aumentar la riqueza del fisco y neutralizar el poder de los prebostes como fuerza política tal y como ya lo había pensado Pedro I.

Dándose cuenta de que había que contar con el gran poder que tenía la nobleza, Catalina hubo de otorgarles diversos beneficios, para ello estableció la sociedad libre económica, llamada a contribuir con una discusión libre a solucionar el problema del campesinado ruso. Por las ideas de Montesquieu, censuraba el sistema de la servidumbre, pero al mismo tiempo no ignoraba que la nobleza consolidada no le permitiría restringir sus derechos de posesión.

En 1767 la joven emperatriz fundó la Comisión Constituyente para la composición del proyecto de la reforma del sistema jurídico. Para poner en práctica dicho proyecto fueron utilizadas *Las Instrucciones* extraídas de los escritos de los pensadores de la Ilustración como Montesquieu y Cesare de Beccaria. Sin embargo, la Comisión resultó poco dócil y manejable ante la monarca, así que poniendo como pretexto la guerra con Turquía, al fin prefirió llevar a cabo su disolución.

Tras modernizar el aparato de gestión administrativa, la zarina impulsó unas condiciones favorables para la libertad de empresa, condiciones muy necesarias si la emperatriz deseaba una expansión económica y la creación, en el futuro, de una sólida clase media. Entre las disposiciones que amparaban la libertad de empresa estaban: la anulación de los monopolios en el comercio y la industria (1762); en 1775 extendió el permiso, para que todos los que lo desearan, incluso los siervos, pudieran llevar negocios de tejido y costura. En el aspecto financiero, tras la secularización, se implantó una novedad muy importante: la circulación del papel moneda.

Gracias a su interés por los avances científicos de la época, la emperatriz fue la primera que en 1767 hizo vacunar a su hijo y se hizo vacunar a sí misma contra la viruela, mostrándose como ejemplo a seguir a sus súbditos. En 1786 firmó el decreto sobre la creación de las escuelas públicas. La difusión durante el último año de su reinado de las reuniones de la nobleza local y provincial se puede calificar como un paso hacia la formación de la sociedad civil.

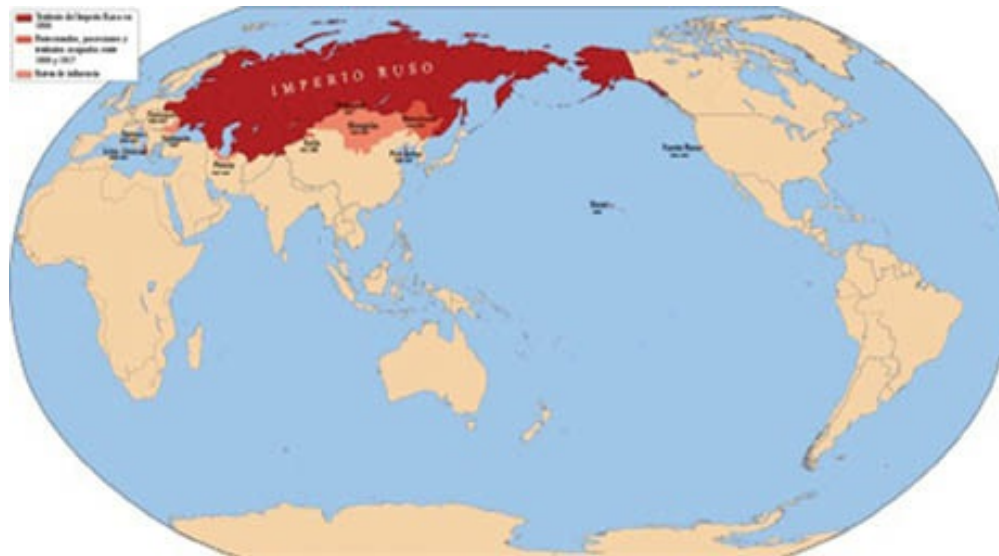
La insurrección capitaneada por Yemelián Pugachov (un aspirante al trono de Rusia que lideró el levantamiento de los cosacos) fue una verdadera prueba para la incipiente ilustración de su Gobierno. Este revolucionario, entre 1773 y 1775, retiró «el velo de la tolerancia y supuesto liberalismo» de la política de la emperatriz ilustrada, y dejó al descubierto un despotismo ordinario en el país. Para evitar un nuevo golpe de Estado, Catalina efectuó en 1775 la reforma de la dirección local, abasteciendo hasta las provincias lejanas de un «máximo control sobre las mentes».

Pero a pesar de su intento por ser una soberana ilustrada, la época de Catalina podría calificarse como el siglo de oro de los terratenientes. Las concesiones hechas a la nobleza y la aristocracia rusa en 1762 exoneraron a los nobles de la obligación de servir en el Ejército o en la administración estatal. Otra ley dividió a los ciudadanos en cinco capas sociales: la nobleza, el clero, los mercaderes, la pequeña burguesía (llamada entonces «el género neutro de las personas») y los siervos de gleba.

Respecto a este último, ni siquiera tras la revuelta de Pugachov, la emperatriz se atrevió a anular los decretos de 1763, 1765 y 1767 que prescribían que los campesinos debían pagar de su propio bolsillo los gastos derivados del apaciguamiento de las posibles rebeliones y les prohibían quejarse de los terratenientes bajo la amenaza de trabajos forzosos en Siberia.

## EL IMPERIO RUSO

Los emperadores rusos, más conocidos como zares, llegaron al poder en 1721, junto con la proclamación del Imperio ruso. Los primeros años bajo los breves mandatos de varios zares y zarinas fueron bastante tranquilos, lo que permitió la exploración marítima de la costa pacífica, y la llegada a la península de Kamchatka, ruta que encontraron a través del estrecho de Bering para llegar a América.



Mapa del Imperio Ruso

Pero no fue hasta la llegada al poder de Catalina II, en 1764, cuando comenzó la expansión en forma de conquista. En la campaña europea, Catalina II se hizo con gran parte de la República de las Dos Naciones —una mancomunidad creada por Lituania y Polonia que había perdurado durante más de un siglo— y al enfrentarse al Imperio otomano consiguió avanzar hasta conseguir una salida al mar Negro. También consiguió hacerse con gran parte del Cáucaso, tomó el control del río Volga.

Tras la muerte de Catalina II, la exploración marítima rusa se recuperó, y fue entonces cuando el Imperio ruso se hizo con el control de Alaska. De este modo, en 1866, el Imperio ruso alcanzó su máxima extensión con 22,9 millones de kilómetros cuadrados, más de un 15 % de la extensión terrestre.

Bajo el gobierno de Catalina la Grande, el Imperio ruso creció en más de doscientas mil millas cuadradas, y más de siete millones de súbditos, pero esto no se debió a una súbita prosperidad, sino más bien al reparto de Polonia entre Prusia, Austria y Rusia.

## EL ORIGEN DEL HERMITAGE

El hoy famoso Museo Hermitage tiene sus orígenes en las colecciones de arte de Catalina la Grande. Hoy día, sus fondos están formados por más de tres millones de piezas, abarca desde antigüedades romanas y griegas, a cuadros y esculturas de la Europea Occidental, arte oriental, piezas arqueológicas, arte ruso, joyas o armas.

El Hermitage se encuentra situado en el corazón de San Petersburgo, entre el malecón del río Neva y la Plaza del Palacio. Ocupa cinco edificios unidos (el Palacio de Invierno, el Teatro de Hermitage, el Hermitage Pequeño, el Hermitage Viejo y el Nuevo Hermitage) que forman un hermoso conjunto arquitectónico.

Hay quien sostiene que la historia del Hermitage se inicia con Pedro el Grande cuando adquirió varias obras de arte, entre las que se encontraban *David despidiéndose de Jonatan*, de Rembrandt y *La Venus de Táurida*.

Su pinacoteca está considerada una de las más completas del mundo. Desde luego no todo esto fue adquirido por Catalina, pero ella fue la que fundó el complejo y adquirió las primeras colecciones. Cuando la emperatriz llegó al poder, una de las primeras cosas que hizo fue establecer su residencia en el recién construido Palacio de Invierno.

En el año 1764, Catalina compró una colección de doscientos veinticinco cuadros de pintura holandesa y flamenca en Berlín a Johann Ernst Gotzkowsky. Fue entonces cuando comenzó a decorar el palacio con todo tipo de obras de arte que iba adquiriendo provenientes de Europa Occidental. Solo el comedor estaba adornado con noventa y dos cuadros. Los diplomáticos rusos en Europa estaban encargados de comprar todo tipo de objetos, cuadros, joyas, libros, documentos, para llevar al Palacio de Invierno.



Vista de la escalera del Hermitage

A partir de entonces Catalina se dedicó, además de a la construcción del complejo arquitectónico que forma el actual Hermitage, a aumentar su colección de manera importante; para ello compró todas las colecciones en venta que pudo encontrar. En 1769 compró su colección al conde Heinrich von Brühl, con obras de Rubens y Rembrandt. En 1772 compró la del barón Pierre Crozat. Esta incluía obras de Rafael, Rubens o Van Dyck entre otros. En 1779 adquirió la colección de Robert Walpole, considerado como el primer ministro del Reino Unido, que comprendía obras de Murillo, Rembrandt, Rubens o Van Dyck. En 1781 compró la colección del conde de Baudouin, que abarcaba ciento diecinueve obras de artistas flamencos, holandeses y franceses, y en 1787, la colección de escultura de John Lyde-Brown, director del Banco del Reino Unido, que contenía trescientas esculturas, entre las que se encontraban varias esculturas romanas, una griega y esculturas renacentistas. Además, Catalina se interesó por las antigüedades, y encargó diversas obras para que se las trajeran desde Roma.

Su colección llegó a tener 38 000 libros, más de 10 000 esculturas y más de 10 000 dibujos y grabados, aunque debemos decir que todas estas obras eran la colección privada de Catalina y no estaba abierto al público. Esto consta en una carta enviada por Catalina a Melchior Grimm.



Vista del Hermitage desde el río

Fue el zar Nicolás I de Rusia quien decidió en el año 1852 convertir al Hermitage en un Museo Imperial, al ver que en Europa empezaba a afianzarse el sistema de museos estatales. Mandó construir una entrada para el público y ordenó la decoración del museo para que pudiera ser abierto al público, incluyendo la construcción de nuevas estancias para poder depositar los objetos y cuadros, decoración e interiores que se han mantenido intactos hasta la actualidad.

## POLÍTICA EXTERIOR DE CATALINA LA GRANDE

Astuta y fina en el arte de la diplomacia, para Catalina los únicos enemigos irreconciliables fueron los turcos, como buena rusa veía en ellos a los sucesores de los tártaros. Los generales de Catalina los vencieron e hicieron retroceder por tierra, y hasta sus buques lograron la victoria en la batalla naval de Cheshmeh. La armada rusa mandada por Potemkin había zarpado de Kronstadt y circunnavegando casi toda Europa había llegado a las costas de Grecia.

En la política exterior cada vez se hacía más evidente la envergadura imperial de la soberana. Ella tenía dos objetivos: quitarle a Turquía zonas esteparias adyacentes al mar Negro, la península de Crimea y el Cáucaso del Norte y arrebatarse a Polonia sus tierras ucranianas y bielorrusas occidentales. Ambos retos fueron conseguidos sin perder ninguna guerra durante todo su reinado. Las triunfantes contiendas contra Turquía (1768-1775 y 1787-1791) posibilitaron la expansión del poder imperial ruso a las zonas de la cuenca del mar Negro, Kubán, Crimea y el acceso a los estrechos mediterráneos. Los brillantes éxitos de los diplomáticos de Catalina ayudaron a avanzar en el Cáucaso del Norte (el Tratado Georgievski con Georgia de 1783) y hasta Alaska (el comienzo de la población del fuerte Ross en Estados Unidos). La participación en la división de Polonia en 1773, 1775 y 1792 devolvió a la composición del Imperio ruso parte de sus tierras en el noroeste.



Bandera de Rusia

Catalina siempre era muy precavida en lo que concernía a los asuntos e intereses estatales. Siguiendo el ejemplo de Pedro I, sabía distinguir a las personas que la rodeaban con dotes administrativas y no tenía miedo de situarlos en los puestos importantes de la gobernación estatal. Gracias a sus dotes psicológicas la emperatriz pudo descubrir el talento político de los condes Orlov y de los nobles Rumyantsev, Potemkin y Bezborodko entre otros.

Habiendo tenido una vida amorosa tan agitada es notable que ninguno de sus amantes influyese de manera decisiva en la política de la emperatriz y aunque llegado el caso se sirvió de ellos como colaboradores, nunca cedió a un valido o favorito las riendas del poder. En su

correspondencia con Diderot, D'Alambert, Voltaire o Federico de Prusia, trataba de asuntos políticos y no olvidaba que es la autócrata del mayor imperio de Europa.

«Todos dicen que trabajo mucho mientras que a mí me parece que he hecho muy poco cuando miro en lo que me queda por hacer», escribía la emperatriz, cuyo día siempre empezaba a las seis de la mañana y estaba planeado al minuto. Decían que poseía una salud de hierro y envejecía más despacio que los demás. «En Francia, cuatro ministros no trabajan tanto como esta mujer, que tiene que ser admitida en la serie de las grandes personas», dijo sobre ella, tras conocerla, el rey de Prusia Federico II. Probablemente esta entrega apasionada al trabajo, de esa alemana que fue más rusa que los rusos, dejó huellas en su salud. Su vida a los sesenta y siete años de edad finalizó abruptamente debido a una hemorragia cerebral el 6 de noviembre de 1796 en Tsárskoye Seló. La emperatriz Catalina II fue enterrada en la catedral de San Pedro y San Pablo en San Petersburgo.



## Capítulo 3

# La emperatriz María Teresa de Austria (1717-1780)

Más vale una paz relativa que una guerra ganada

María Teresa de Austria

## NACIMIENTO, EDUCACIÓN Y FAMILIA

María Teresa de Austria fue la segunda hija de Carlos VI (1685-1740), emperador del Sacro Imperio Romano Germánico y de su legítima esposa Isabel Cristina de Brunswick-Wolfenbüttel (1691-1750).

Nació la princesa en la mañana del día 13 de mayo de 1717 en la Palacio Imperial de Viena. Había nacido antes un hermano mayor de nombre Leopoldo (1716-1717), quien hubiese sido el heredero de la corona, pero desgraciadamente había fallecido ya antes del nacimiento de la nueva princesa. Siendo así, la recién nacida era, por el momento, la heredera del trono del Imperio. Quizás por esta razón la niña fue bautizada el mismo día de su nacimiento, tal vez para atraer sobre ella, cuanto antes, las bendiciones del cielo. Fueron sus madrinas dos distinguidas damas: su abuela, la emperatriz Leonor Magdalena del Palatinado-Neoburgo (1655-1720), viuda de Leopoldo I, y una de sus tías, la emperatriz Guillermina Amalia de Brunswick-Luneburgo (1643), viuda del emperador José I.

Recibió una educación metódica que hacía hincapié sobre todo en el respeto por los valores tradicionales de la monarquía tal y como los entendía la Casa de Austria: responsabilidad, tradición y religión católica.

Para complementar estas ideas y responsabilidades, el emperador don Carlos, su padre, hacía asistir a la princesa María Teresa y a su hermana María Ana, a las sesiones de Gobierno para que se fueran familiarizando con las responsabilidades de un monarca. María Teresa acompañaba al emperador a las reuniones de los Consejos de Estado y así participaba del conocimiento y de la solución de los problemas que surgían en la administración de tan complejos territorios y, aunque la joven María Teresa era testigo de estas actividades se sabe que el emperador no le permitía tomar ninguna iniciativa, simplemente observaba, aunque para entonces era ya obvio que María Teresa había de ser la heredera del reino.



## Escudo de Carlos VI



María Teresa de Austria en su madurez

María Teresa fue en su infancia una niña reservada que gustaba de la música y también le agradaba disparar con arco y flechas. Curiosamente, su padre le impidió practicar la equitación, aunque en el futuro hubo de aprender a montar a caballo para poder ser coronada como reina de Hungría, pues la ceremonia incluía una revista a las tropas montando a caballo.



### Escudo de María Teresa de Austria

En la familia real eran aficionados a la ópera que se representaba en el Palacio Imperial, incluso había veces que el director de la ópera representada era el mismo Carlos VI y en estas ocasiones también la princesa tomaba parte, dicen que con entusiasmo, en el reparto de papeles de la obra.

Su educación en muchos aspectos fue supervisada por los jesuitas y, aunque los contemporáneos de la princesa opinan que su latín era bastante bueno, en general los jesuitas no cumplieron del todo su misión educativa: su ortografía dejaba que desear, al igual que su puntuación, que era al menos poco convencional, según sus críticos. No tenía el don de la palabra, no atinaba a pronunciar buenos discursos ni le gustaba hablar en público.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Leopoldo', with a long horizontal flourish underneath.

Firma de Leopoldo I



Escudo de Leopoldo I

Para su papel futuro, bien de reina o de esposa de rey, recibió lecciones de etiqueta de la condesa Marie Karoline von Fuchs-Mollard, con quien estableció unos fuertes lazos de amistad. Otras asignaturas fueron: dibujo, pintura, música y baile, adornos todos de una princesa o de una reina.

El abuelo de María Teresa, Leopoldo I (1640-1705), se había casado con Margarita Teresa de España (1651-1673) con la que tuvo cuatro hijos. Su segunda esposa fue Claudia Felicidad del Tirol, quien le dio dos hijas. Por último casó con Leonor del Palatinado con la que tuvo diez hijos. Desgraciadamente pocos llegaron a la edad adulta.

Su hijo y sucesor, el también emperador José I (que reinó desde el 1705 al 1711) solamente tuvo hijas y este fue sucedido por su hermano, Carlos VI (rey desde 1711 hasta 1740), el padre de nuestra María Teresa. A la muerte de Leopoldo en 1705, reinó José I, pero su reinado fue corto, de apenas seis años. De su matrimonio con Guillermina de Hannover tuvo dos hijas y un hijo varón, quien falleció al año de haber nacido. Le sucedió entonces (1711), como ya apuntamos, el siguiente en la línea: su hermano Carlos (VI).

Había una cierta dificultad en dilucidar cuál era la línea más propinqua para la trasmisión de la herencia al trono porque Leopoldo I había dictado un decreto, firmado y corroborado por todos sus hijos, en el que para la herencia se daba prioridad a las hijas de José I. Todo hubiese sido más fácil a Carlos hubiese tenido un heredero varón, por lo que el nacimiento de María Teresa fue una decepción no solo para la real familia, sino también para Austria entera, pues esto parecía presagiar días turbulentos, como así sucedió.

## MATRIMONIO DE MARÍA TERESA

Al no haber herederos varones al trono de Austria, el asunto del matrimonio de la princesa era de la mayor importancia, no solo para la familia, sino para el reino entero. La heredera había nacido en 1713 y ya entonces se empezó a especular con un posible marido, se eligió a Leopoldo Clemente de Lorena (hijo del duque Leopoldo I de Lorena y de Isabel Carlota de Borbón-Orleans), quien había de trasladarse a Viena en 1723 para conocer a la novia, pero esto nunca sucedió, pues el candidato murió aquejado de viruelas, cosa nada rara en aquellos tiempos.

En lugar de Leopoldo Clemente se invitó a Viena a Francisco Esteban (1708-1765) y, a pesar de que este era el candidato favorito a la mano de la archiduquesa, el emperador, su padre, no dejó de considerar otros aspirantes: uno de ellos era Federico de Prusia, pero las diferencias religiosas (él era calvinista) eran una cortapisa para pensar en una posible boda. En 1725 la prometió al infante Carlos de España y la otra hija, Ana María, se prometió al infante Felipe, también de España.

Sin embargo, las potencias europeas no vieron con buenos ojos estos enlaces, se temían que ambas potencias unidas, España y Austria, causarían un desequilibrio en la balanza del poder en todo el continente, por lo que el emperador hubo de renunciar a la promesa que había hecho a la reina Isabel de Farnesio y los proyectados matrimonios españoles nunca se llevaron a cabo. Mientras tanto, la joven María Teresa parecía haberse inclinado por la candidatura de Francisco Esteban y la ruptura de su presunto matrimonio con el español no le afectó demasiado.



Banquete de boda de María Teresa y Francisco Esteban

Francisco Esteban permaneció en Viena hasta 1729, cuando hubo de alejarse pues había heredado el ducado de Lorena y había de posesionarse del mismo. Francisco Esteban era gran duque de Toscana en aquel momento, pero ese país no formaba parte del Sacro Imperio Romano Germánico desde la Paz de Westfalia. Sus únicas posesiones eran el ducado de Teschen y el

condado de Falkenstein. Con todos estos sucesos no se oficializó el compromiso de María Teresa y Francisco Esteban hasta el 31 de enero de 1736, ya la novia tenía diecinueve años y el prometido veintiocho. Una vez que la promesa de matrimonio fue definitiva el rey Luis XV de Francia le exigió a Francisco Esteban que entregara el ducado de Lorena como compensación a su suegro —Luis XV de Francia estaba casado con María Leszczyńska, hija de Estanislao I Leszczyński y de Catalina Opalinska—, Estanislao I Leszczyński (rey de Polonia y Lituania) que había sido depuesto. Carlos VI, padre de María Teresa, obligó a Francisco a que renunciase a sus derechos sobre el ducado de Lorena con aquellas palabras que han pasado a la historia: «Sin renuncia, no hay archiduquesa». La ceremonia de la boda se celebró el 12 de febrero de 1736.



Francisco Esteban de Lorena

El amor que María Teresa sintió por su esposo, Francisco Esteban, fue verdadero y perdurable, los mayores disgustos de la emperatriz en su reinado fueron las infidelidades de su esposo, sobre todo por la relación que mantuvo este con la princesa María Guillermina, la más conocida de sus amantes.

En relación con el esposo de María Teresa, en términos generales, se puede decir que él era encantador a ojos de la corte vienesa. Indulgente y amoroso con sus hijos y afable fuera de los actos ceremoniales, su presencia era una relajación para los austeros usos de los Habsburgo, los cuales, de acuerdo con María Teresa, decidió cambiar. Empezaron por descartar la sombría vestimenta negra que tanto se había estilado en España y sustituirla por trajes coloridos y festivos, con flores y encajes. Fue el emperador Francisco hombre culto y refinado, poseía una valiosísima biblioteca, mandó instalar un zoológico en el Palacio Imperial y también un jardín botánico. En cuanto a los asuntos de Gobierno, él lo dejó en manos de su esposa sin interferir a destiempo. A pesar de las infidelidades del esposo, la relación entre ambos siempre fue buena y se profesaron un profundo amor conyugal. Cuando Francisco Esteban murió repentinamente, María Teresa se vistió de luto para el resto de sus días.

## EL CORREGENTE. EL SACRO IMPERIO ROMANO GERMÁNICO

Ya que las mujeres no podían ser elegidas soberanas del Sacro Imperio Romano Germánico, María Teresa deseaba asegurar la dignidad para su marido, lo cual era harto difícil, pues Francisco Esteban no poseía grandes territorios ni una posición destacada entre los príncipes electores.

Para que pudiera ser considerado elegible al trono imperial y tuviese derecho al voto como elector de Bohemia (lo que ella no podía hacer por ser mujer), María Teresa decidió convertir a su esposo Francisco Esteban en corregente de las tierras de Austria y Bohemia (21 de noviembre de 1740). Aun así, la Dieta de Hungría tardó más de un año en aceptar al príncipe como corregente.



El Parlamento de Hungría, antigua Dieta de Hungría

A pesar del amor que sentía por su marido y de que lo había elevado a la posición de corregente, María Teresa nunca permitió que su marido decidiese sobre los asuntos de Estado y, aunque él asistía a las reuniones del consejo, muchas veces, lo echaba de las mismas cuando él manifestaba no estar de acuerdo en algún punto. Aunque él se viera encumbrado nominalmente, ella era la verdadera soberana del Imperio austrohúngaro.



## LA HERENCIA Y LA GUERRA DE SUCESIÓN

Desde su matrimonio en 1708, Carlos VI y su esposa [Isabel Cristina](#) no habían tenido hijos varones y fue Carlos el único sobreviviente masculino de la [Casa Habsburgo](#). También su hermano mayor [José I](#) había muerto sin dejar descendencia masculina, por lo tanto, heredase quien heredase, sería una mujer, ya que no había varones supervivientes.

Puesto que la [Ley Sálica](#) impedía dicha herencia, Carlos VI necesitaba tomar medidas extraordinarias para evitar una disputa sucesoria como había sucedido en [España](#) a la muerte de Carlos II el Hechizado. Carlos VI, de hecho, fue sucedido por su hija mayor [María Teresa](#) (nacida en 1717). Para allanarle el camino se dictó la Pragmática Sanción.

Sin embargo, a pesar de la promulgación de este edicto, su ascenso al trono en 1740, devino en el estallido de la [guerra de sucesión](#) austriaca como veremos luego.

Para asegurar una pacífica llegada al trono de su hija María Teresa, Carlos VI promulgó un edicto en 1713 la ya nombrada y conocida comúnmente como la Pragmática Sanción (en latín *Pragmatica Sanctio*) con el objetivo de asegurar que las posesiones hereditarias de la Casa de Habsburgo pudieran ser heredadas por una descendiente del sexo femenino, además de su indivisibilidad. El edicto no afectaba al cargo de emperador del Sacro Imperio: aunque fue por siglos encabezada por Habsburgo, la corona imperial seguía siendo electiva y no hereditaria.

En un principio la Pragmática Sanción había sido aceptada por muchas naciones: Gran Bretaña, Francia, Polonia-Sajonia, la Provincias Unidas, España, Venecia, los Estados de la Iglesia, Prusia, Rusia, Dinamarca, Savoya-Sardinia, Baviera, la Dieta del Sacro Imperio, todos ellos en un principio aceptaron la Pragmática Sanción, pero a la larga Francia, España, Polonia-Sajonia, Baviera y Prusia se negaron a cumplir lo prometido.

Tan pronto murió Carlos VI (quizás por haber comido setas envenenadas) los monarcas que habían firmado la Pragmática pensaron que María Teresa era una gobernante débil y decidieron no reconocer su derecho al trono.



Edicto firmado por Carlos VI. La Pragmática Sanción.

Isabel Farnesio y Carlos Alberto de Wittelsbach (elector de Baviera) que estaba casado con una prima hermana de María Teresa, María Amelia de Austria, clamaron que la legítima heredera era María Amelia, en cuanto que hija mayor del emperador José (hermano mayor a su vez de Carlos VI) y de su esposa Guillermina. Doña Guillermina consiguió que se uniera a su petición el rey Carlos Manuel III de Cerdeña, el cual, de todos modos, no había aceptado la Pragmática Sanción.

Para poner las cosas más difíciles, en diciembre de 1740, el rey de Prusia, Federico II, invadió Silesia y pidió la posesión de este territorio bajo amenaza de aliarse con los enemigos de María Teresa si esta se negaba a esta cesión. Pero se dio el caso de que los territorios de Silesia son conocidos por su extraordinaria riqueza en minerales, por lo que ceder tal territorio era ceder la perla de la corona. Federico cedió un tanto y propuso que al menos se le cediera una parte de ese rico Estado, él a cambio defendería los derechos de la reina ante las peticiones de sus enemigos. Al esposo de María Teresa no le parecía mal el trato, pero la reina se negó pues se tenía que al pasar por alto una parte de la Pragmática Sanción, todo el documento quedase sin validez. A la muerte de Carlos VI, Austria no tenía generales con experiencia, ni tenía dinero en las arcas reales. La situación de María Teresa era apurada. En su *Testamento Político*, años más tarde ella consignó: «[...] me encontré sin experiencia, sin crédito, sin ejército ni conocimiento de mi condición y sin nadie para aconsejarme pues todos esperaban ver cómo evolucionaban las cosas [...]».



Federico II de Prusia

Como Austria no contaba con un plantel de generales experimentados, María Teresa acudió al mariscal Guillermo de Neipperg, que en tiempos de su padre había luchado contra los turcos, este

asumió el mando de las tropas y al año siguiente fue duramente derrotado en la batalla de Mollwitz.

En esta batalla se calculan las bajas prusianas en 4580 hombres; otros hablan de 2500 muertos y unos 3000 heridos. Sobre los austriacos se dice por algunos que sufrieron 4550 bajas, que otros elevan a 7000 muertos y 1200 prisioneros, entre ellos 180 oficiales, junto con 7 cañones y 3 banderas. En todo caso un desastre sin paliativos.

Federico, que había huido del peligro en un caballo gris, resultó ser más agradecido con los animales que con los hombres.

El garañón gris que le había permitido huir del campo de Mollwitz fue relevado del servicio real y durante su larga vida fue dejado a su libre albedrío por los jardines de Potsdam. Federico solo volvió a montarlo ocasionalmente. Federico más tarde admitiría su humillación por esta huida nada heroica y más tarde afirmaría «Mollwitz fue mi escuela».



Federico de Prusia en la batalla de Mollwitz

En las semanas posteriores a la batalla, Francia y Prusia firmaron un acuerdo secreto por el que Francia garantizaba las posesiones prusianas en Silesia. Federico, aprovechó la ocasión y llegó a un acuerdo con los austriacos el 9 de octubre que en la práctica le garantizaba la posesión de Silesia: urgido por la necesidad de tropas en otros frentes, el ejército de Neipperg fue retirado de Silesia al día siguiente, lo que demostró en cierto modo la fiabilidad del rey de Prusia como aliado. La Baja Silesia fue cedida y se permitió acantonar tropas prusianas en la Alta Silesia. Neisse (Nysa) capituló el 31 del mismo mes, lo que en la práctica fue una farsa acordada entre prusianos y austriacos para dar a entender a los franceses que la lucha continuaba en Silesia. Poco

después comenzó el bloqueo de Glatz (Kłodzko). Sin embargo, no era una paz sincera ni cómoda para ninguno de los contendientes. Meses después se reanudó la guerra.

Tras este suceso Francia elaboró un plan para repartir las posesiones austriacas entre Prusia, Baviera, Sajonia y España. La situación era más difícil por momentos y en Viena cundió el pánico cuando se supo que el francés mariscal Charles Fouquet, duque de Belle-Isle, se había unido a las huestes de Federico II.

Si Carlos Alberto de Baviera (yerno de José I) había reclamado Bohemia, Augusto de Sajonia (también yerno de José I) reclamaba Moravia; Carlos Manuel de Cerdeña reclamaba el Milanesado; el duque de Belle-Isle, favorito de Luis XV respaldaba a los Bávaros y el de Prusia perseguía la posesión de Sajonia. Los territorios de María Teresa parecían desmoronarse por todas partes.

Federico de Prusia finalmente conquistó Silesia en dos campañas: la primera entre 1741 y 1742 y la segunda campaña entre 1744 y 1745. En territorio italiano se enfrentaron españoles y franceses contra tropas austriacas. Jorge II de Inglaterra, que libraba una guerra con España (1739) conocida como la guerra de Asiento, aprovechó la ocasión para tratar de desgastar al enemigo (España) y entró también en la guerra de sucesión Austriaca.

En la guerra de Asiento se produciría la mayor derrota en una acción naval británica, en la que fue la mayor operación anfibia que vería la historia hasta el desembarco de Normandía siglos más tarde: la humillante derrota del almirante *sir* Edward Vernon en el sitio de Cartagena de Indias. Este importante acontecimiento apenas ha sido divulgado pues el rey Jorge II prohibió a sus cronistas hacer mención alguna de tal suceso.

Inesperadamente, María Teresa recibió apoyo desde Hungría. Su coronación como soberana (rey) de los húngaros se llevó a cabo el 25 de junio de 1741 en la catedral de San Martín en la ciudad de Bratislava. Al mes siguiente (julio de 1741), el elector de Sajonia, que había sido aliado de la reina, se pasó al enemigo, mientras por influencia del rey Jorge II de Gran Bretaña, el elector de Sajonia se declaró neutral. De nuevo la soberana necesitó la ayuda de Hungría y para obtenerla concedió favores a los nobles húngaros. Como apuntamos antes, ya había logrado su apoyo anteriormente, cuando llegó a Bratislava en septiembre de 1741.

Al alcanzar sus objetivos, demostró sus dotes teatrales abrazando triunfalmente a su hijo y heredero José ante la Dieta, con lo que consiguió la simpatía de los nobles. En ese mismo año de 1741 las autoridades austriacas informaron a María Teresa de que la población de Bohemia en lugar de a María Teresa prefería a Carlos Alberto de Baviera —Carlos Alberto VII de Baviera, elector, el cual se hizo elegir emperador del Sacro Imperio Romano Germánico (1742-1745)— como soberano.



María Teresa Coronada *rey* de Hungría



Retrato de María Teresa como *rey* de Hungría

Desesperada y cansada por el embarazo, le escribió a su hermana: «No sé si la ciudad seguirá siendo mía durante mi parto». En una carta al canciller de Bohemia, el conde Philip Kinsky, la reina a pesar del delicado estado de sus finanzas prometió amargamente no escatimar en gastos

para defender su reino: «Me he decidido. Tenemos que poner todo en juego para salvar Bohemia».



Carlos (VII) Alberto, rey de Bohemia. Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico 1742-1745.

El 26 de octubre, el elector de Baviera ocupó Praga y se autoproclamó rey de Bohemia. María Teresa, entonces en Hungría, lloró al saber la pérdida de otra posesión, pero pronto reaccionó. Mientras Carlos Alberto era elegido emperador por unanimidad el 24 de enero de 1742, la soberana, que consideraba tal elección como una catástrofe, insistió en hacer una campaña de invierno y fue una buena idea, pues cogió desprevenidos a los enemigos, así que el mismo día que Carlos VII era elegido emperador, las tropas austriacas dirigidas por Ludwig Andreas von Khevenhüller tomaron Múnich, la capital de Baviera. María Teresa había hecho un emocionado llamamiento a los húngaros y estos habían respondido con entusiasmo, así que el ejército austriaco que llegó a Munich estaba reforzado por un gran contingente húngaro, lo que ayudó en grado sumo a la victoria de los hombres de María Teresa.



El general Ludwig Andreas von Khevenhüller, quien tomó Múnich en nombre de la emperatriz

María Teresa, finalmente, hubo de reconocer la pérdida de Silesia en diciembre de 1745. La guerra continuó tres años más, con combates en el norte de Italia y en los Países Bajos austriacos. El Tratado de Aquisgrán (1748), que puso punto final al conflicto de ocho años, reconoció los derechos de Prusia sobre Silesia y finalmente determinó la cesión del ducado de Parma a Felipe V, pero en realidad a su esposa Isabel Farnesio.

## CONSECUENCIAS DEL TRATADO DE AQUISGRÁN

El Tratado de Aquisgrán puso fin a la guerra de sucesión y a la guerra del rey Jorge II y con él se estableció que todas las conquistas fueran devueltas a sus dueños originales. Por eso, Louisbourg (Canadá) fue devuelto a Francia y Madrás (India) fue entregado a los británicos.

Sin embargo, María Teresa conservó sus territorios, salvo Silesia, que fue cedida a Prusia. Felipe V consiguió los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla.



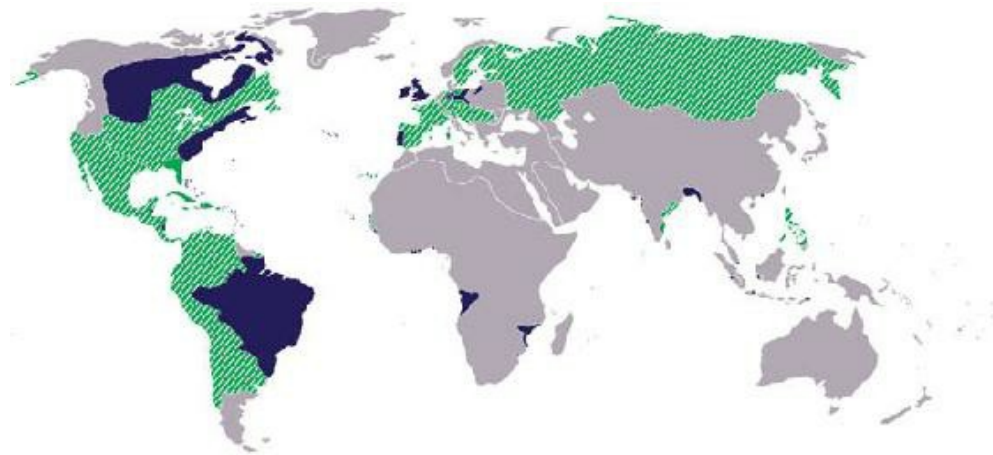
## LA CONTINUACIÓN DE LA GUERRA DE SUCESIÓN. LA GUERRA DE LOS SIETE AÑOS

La decisión de Austria de recuperar Silesia llevó a la guerra de los Siete Años (1756-1763), que dio continuación al conflicto entre Francia y Gran Bretaña por sus colonias en América e India. No entraremos en este otro conflicto por ser una verdadera guerra mundial y aunque en un principio empezó por la disputa sobre Silesia a la larga combatieron el reino de Prusia, el Reino de Hannover y el reino de Gran Bretaña, esta junto a sus colonias (americanas y asiáticas) y a su aliado el reino de Portugal (también con sus colonias), por otra parte el reino de Sajonia, el Imperio austriaco, el reino de Francia, el Imperio ruso, Suecia, y a partir de 1761, el reino de España.

Sin entrar en detalles diremos que en la llamada guerra de los Siete Años se produjo un cambio de coaliciones con respecto a la [guerra de sucesión Austriaca](#), si bien el conflicto de Silesia y la pugna franco-británica siguen siendo las claves.

La guerra terminó con el Tratado de París entre Francia, España y Gran Bretaña y el Tratado de Hubertusburg entre Sajonia, Austria y Prusia en 1763. Se caracterizó en Europa por el asedio e incendio de pueblos, así como por batallas abiertas con masivas pérdidas de vidas humanas; en total entre 900 000 y 1 400 000 personas perdieron la vida.

La denominación de la guerra cambia dependiendo de los diferentes países y escenarios: La guerra franco-india para los Estados Unidos, para la Canadá francoparlante es conocida como la guerra de la Conquista, mientras que para la Canadá angloparlante es la guerra de los Siete Años (1754-1763), la guerra Pomerania (con Suecia y Prusia entre 1757 y 1762), la tercera guerra carnática (en India) y la Tercera guerra silesiana (con Prusia y Austria entre 1756 y 1763).



Participantes en la guerra de los Siete Años. Oscuro: Reino de Gran Bretaña, Reino de Prusia, Reino de Portugal y aliados. Rayado: Reino de Francia, Reino de España, Imperio austriaco, Imperio ruso, Reino de Suecia y aliados.

## VIDA FAMILIAR DE LA SOBERANA

A lo largo de veinte años, la emperatriz dio al trono y a su esposo abundante descendencia, nada menos que dieciséis hijos, trece de los cuales sobrevivieron más allá de la infancia, y diez llegaron a la edad adulta. Su primera hija, María Isabel (1737-1740), mientras vivió fue heredera de los títulos de reina de Hungría y Bohemia. Nació poco después del primer año de su boda y el hecho de no ser un varón causó gran decepción en ella y en el Estado, decepción que continuó con los siguientes nacimientos de dos hijas más.



María Teresa y su marido, Francisco Esteban de Lorena

Sus descendientes fueron:

María Ana (más conocida como Mariana) (1738-1789). Al fallecimiento de su hermana María Isabel fue heredera de los títulos de reina de Hungría y Bohemia, de 1740 a 1741, hasta que nació su hermano: José. Mariana entró en religión y fue abadesa del imperial y real convento para damas nobles de Praga. No dejó descendencia.

María Carolina (1741-1742), quien murió en la infancia.

José (II) (1741-1790). Fue el primer varón —¡por fin!— nacido de la emperatriz, como tal sucedió a su madre como rey de Hungría y Bohemia, además, fue elegido emperador del Sacro Imperio entre 1780 y 1790 como José II. Se le bautizó con el nombre de José, pues a san José se había encomendado la emperatriz para tener el ansiado heredero. José II solo tuvo dos hijas.

María Cristina (1742-1798), fue gobernadora de los Países Bajos entre 1778 y 1798. Se casó con Alberto de Sajonia-Teschen, duque de Teschen y virrey de Hungría (1738-1822), con quien tuvo una única hija.

María Isabel (1743-1808), entró en religión al igual que su hermana María Ana, y fue abadesa del convento teresiano de Innsbruck.

Carlos José (1745-1761), murió a los 16 años aquejado de viruela, sin poder dejar descendencia.

María Amalia (1746-1804), estuvo prometida a Fernando I de las Dos Sicilias, pero finalmente se casó con el duque Fernando de Borbón-Parma (1751-1802), con quien tuvo nueve hijos.

Leopoldo (1747-1792). Gran duque de Toscana, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico y rey de Hungría y Bohemia entre 1790 y 1792, cuando sucedió a su hermano José II. El Gran Duque contrajo matrimonio con María Luisa de Borbón con quien tuvo dieciséis hijos.

María Carolina (1748-1748). Murió a poco de nacer.

María Juana (1750-1762). Estuvo prometida a Fernando de las Dos Sicilias, pero murió tempranamente a causa de la viruela sin sucesión.

María Josefa (1751-1757). Sufrió el mismo destino que su hermana María Juana, tras morir esta, María Josefa fue la prometida de Fernando de las Dos Sicilias, pero murió a los ocho años enferma de viruela.

María Carolina (1752-1814). Fue reina consorte de Nápoles y Sicilia. Se casó con Fernando de las Dos Sicilias con quien tuvo dieciocho hijos.

Fernando (1754-1806) duque de Brisgovia. Llegó a poseer los títulos de archiduque de Austria, virrey de Lombardía y duque consorte de Módena y Reggio, el último título gracias a su matrimonio con María Beatriz de Este, quien le dio dieciocho hijos.

María Antonieta. (1755-1793). Casada con Luis XVI, fue reina consorte de Francia y Navarra, pero murió guillotizada durante la revolución francesa. Antes de que estallara logró concebir cuatro hijos..

Maximiliano Francisco (1756-1801). Abrazó la vida religiosa y fue arzobispo elector de Colonia.



La soberana con su marido e hijos

El último hijo nació cuando la soberana tenía treinta y nueve años. María Teresa se implicó siempre en la vida de sus hijos, de tal modo que incluso cuando estaban casados se permitía darles consejos. A los que estaban lejos les escribía todas las semanas, sobre todo a María Antonieta, que ya era delfina y luego reina de Francia y a María Amalia, duquesa de Parma. A pesar de sus muchas responsabilidades siempre procuró mantener la armonía en el círculo familiar, aunque procuró que sus hijos fueran capaces de asumir las responsabilidades a las que hubieran dado lugar sus altos puestos en la vida y las obligaciones que se derivaban de la realeza. Por sus niveles de exigencia se dice que fue una madre intolerante, mientras sus contemporáneos la califican de mujer de carácter agradable, amable y sincero. Lo cierto es que su severidad hizo sufrir mucho a sus hijos.

No debemos pasar por alto un defecto de la emperatriz, su devoción por su hija María Cristina. Era esta muy inteligente y hermosa y tenía grandes dotes artísticas.

La predilección de la emperatriz causó intensos celos y resentimientos en sus hermanos y hermanas, especialmente en el futuro emperador José II. Esta parcialidad fue todavía más allá al permitir a María Cristina escoger a su marido, cosa que no se le permitió a ningún otro de sus hijos, a los que casó según las necesidades o conveniencias del Imperio.



María Cristina de Habsburgo-Lorena, la hija favorita de la emperatriz

La repentina muerte de su padre, Francisco I, y la depresión que sobrevino a su madre, María Teresa, después de su viudez, influyó en que María Cristina fuese capaz de convencer a su madre, vulnerable y sentimental, para que autorizase su boda por amor y no por razones de Estado.



Alberto de Sajonia-Teschen, marido de María Cristina

Ella fue, como ya apuntamos, la única hija que lo logró. Eligió como esposo a su primo segundo, el príncipe Alberto de Sajonia-Teschen, que no poseía notables riquezas ni un trono para

la joven archiduquesa. Preocupada por proveerles un establecimiento digno se les nombró gobernadores de los Países Bajos Austriacos, y se les dio el ducado de Teschen. Sin duda esta predilección por una de sus hijos fue una tacha en la conducta de la emperatriz que hizo sufrir al resto de sus hijos.

Los hermanos de María Cristina, especialmente sus hermanas, nunca se reconciliaron con ella, incluso después de la muerte de su madre. Los problemas de carácter de Cristina, además del hondo resentimiento creado por María Teresa, dio como resultado que tras una discusión nunca más volviera a tener contacto con su hermana María Amelia. La reina María Antonieta, su hermana menor, la ignoró cuando visitó Francia y en su estadía en Versalles fue tratada como cualquier otra visita de Estado.

Otra hija que sufrió si no desprecio por parte de su madre, al menos poca estima, fue la hija mayor: Mariana. Aunque en los retratos se ve a una joven bastante agraciada y elegante, en realidad se trataba de una muchacha raquítica, de apariencia triste y pésima salud. No se podía negociar con ella ninguna alianza conveniente, pues cualquier país se habría ofendido si hubiesen pretendido darle como consorte a una muchacha tan poco agraciada y enfermiza. Mariana, que a pesar de sus limitaciones físicas contaba con una aguda inteligencia, se sintió desgraciada al verse completamente relegada en los afectos maternos a favor de sus hermanas, que, por su aspecto físico y por no padecer ningún achaque, resultaban más interesantes desde el punto de vista dinástico, algo tremendamente importante a los ojos de María Teresa. Se decidió entonces que lo mejor sería que entrase en la religión. Su alto rango impedía que profesase como una simple monja: directamente sería abadesa del convento imperial y real fundado en Praga para damas de origen noble que tomaban los velos. El convento se beneficiaba de tener a esa abadesa de la casa imperial, pues de este modo se le asignaba una renta anual impresionante para la época. En una etapa ulterior de su vida, ya resignada a su destino, Mariana sería abadesa de Klagenfurt, en Carintia.



María Isabel de Habsburgo-Lorena, profesó como religiosa tras perder su belleza debido a un ataque de viruelas

Otra de las hijas, María Isabel, que era de gran belleza y cualquier rey le parecía poco para su gran beldad, creía poder aspirar al mejor trono, al rey más poderoso. Desgraciadamente contrajo la viruela y su belleza se esfumó detrás de las cicatrices que le dejó la enfermedad. Tras este incidente se consideró que ya no se le podía ofrecer como consorte y también se le destinó a la vida religiosa, se fue al convento de su hermana en Klagenfurt.



Mariana de Habsburgo-Lorena, poco agraciada en la realidad y a quien se le hizo profesar como religiosa en el Convento Imperial de Praga

Otra hija, María Amalia, fue obligada a casarse con el duque de Parma, Fernando, que era seis años menor que María Amalia; este todavía jugaba con soldados de plomo y admitía sinceramente que sus dos ocupaciones favoritas eran asar castañas en otoño y echar al vuelo las campanas de cualquier iglesia.



María Amalia de Habsburgo-Lorena

Finalmente María Amalia, la joven duquesa de Parma, se distrajo con jóvenes de la corte, se divertía bailando con los tenientes de la guardia y en aquellos tiempos todo ello era escandaloso.

Conocedora de esta conducta, María Teresa mandó a dos hombres de su confianza, el barón Knobel y el conde Rosenberg, a intentar meter en cintura a María Amalia, pero estos fracasaron estrepitosamente.



María Carolina de Habsburgo-Lorena



El resultado fue que María Amalia respondió con violencia a las nada veladas amenazas de María Teresa, entonces la emperatriz, considerándose ultrajada, dejó de escribirse con su hija y prohibió que el resto de hijos e hijas se cartearan con la hermana díscola.



John Acton, amante de María Carolina

Solo con el tiempo volvió María Amalia a sostener correspondencia con sus hermanos y hermanas, en especial con las menores, María Carolina y María Antonieta.



Emma Hamilton, de costumbres livianas, esposa de William Hamilton

Al igual que María Carolina, sufrió mucho cuando la Revolución francesa llevó a la guillotina a su hermana pequeña y a su cuñado. Cuando la República Francesa envió a Bonaparte a hacerse con el control de Italia, Fernando, el esposo de María Amalia, murió.

María Amalia, viuda, huyó apresuradamente hacia Viena. Al poco prefirió establecerse en Praga; allí falleció solo dos años después que su marido, al que nunca había amado pero al que había llegado a apreciar.

María Carolina, muchacha de carácter fuerte y apasionada en extremo no se resignó a un matrimonio puramente de conveniencias así como insatisfactorio con el rey Fernando I de las Dos Sicilias. La primera carta que María Carolina remitió a su madre María Teresa era asombrosamente franca: su esposo era rematadamente feo y lo único de lo que podía congratularse era de que, al menos, no olía mal.

Pronto se extendieron por todo el continente rumores que no dejaban precisamente bien parada la reputación de María Carolina. Tal y como ya había hecho antes su hermana María Amalia en Parma, María Carolina se había rodeado de una camarilla que apostaba fuerte en cuestiones políticas.

Se dejó dominar por un partido inglés que trataba de cambiar y fracturar la tradicional influencia franco-española en la zona. Las Cortes borbónicas, que le habían reprochado muy severamente a María Teresa que María Amalia actuase contra sus intereses en Parma, volvieron a protestar porque María Carolina hacía lo mismo en Nápoles. Los tres principales amigos ingleses de María Carolina eran el embajador británico William Hamilton, la escandalosa esposa de este, Emma, y John Acton, quien, para colmo, se convirtió en amante de la reina.

María Teresa llegó a ponerse muy violenta con esta nueva hija díscola. La amenazó con prohibir cualquier clase de contacto entre ella y su hermana pequeña, a esas alturas ya *dauphine* en la corte francesa. Pero nadie pudo evitar que María Carolina siguiese con su conducta poco apropiada inclusive para la pervivencia de su linaje.

No obstante la emperatriz sufrió dos serios reveses en su vida: nunca logró sobreponerse a la tragedia de María Antonia y, en la posterior época napoleónica, hubo de buscar refugio, como exiliada, en la corte de Viena; el colmo de los colmos, para ella, fue que una de sus sobrinas Habsburgo, María Luisa, hubiese tenido que casarse con Napoleón por razones de Estado.

## EL ASUNTO DE MARÍA ANTONIETA. LA GUILLOTINA

Durante su reinado, la emperatriz María Teresa deseaba una mayor influencia y amistad con Francia, por ello se arregló el matrimonio de su hija María Antonia con el delfín de Francia. Cuando María Antonieta cumplió trece años, la emperatriz ya viuda se esmeró en la educación de la joven con el fin de casarla en Francia. La archiduquesa tomó lecciones de clave con Gluck y de baile francés con Noverre.

Preocupada por la enseñanza del idioma francés, la emperatriz contrató a dos actores para darle clases de dicción y de canto; enseguida el embajador francés protestó oficialmente por esta elección, ya que le parecía indigno que una princesa adquiriese su pronunciación de parte de «personajes poco recomendables». Deseando complacer al embajador, María Teresa le pidió entonces que nombrase a un preceptor que fuese grato a la corona de Francia, este preceptor resultó ser el abad de Vermont, admirador del Siglo de las Luces y aficionado a las bellas artes, quien, enviado a la corte imperial, iba a subsanar las lagunas en la educación de la joven archiduquesa y comenzar a prepararla para sus futuras funciones. Vermont, además de sus clases, se ganó la confianza de la emperatriz y de María Antonieta, de modo que cuando ella se fue definitivamente a París, el abad la acompañó a modo de confesor y amigo.



María Antonieta camino de la guillotina

El 13 de junio de 1769, el marqués de Durfort, embajador de Francia en Viena, realizó la petición de mano para el delfín. María Teresa I aceptó de inmediato. Por entonces en Francia ya había quien llamaba, despreciativamente, a la futura delfina y reina «la Austríaca», sobrenombre que le había sido dado por las hijas del rey Luis XV.

El matrimonio tuvo dificultades desde el principio y pasaron siete años antes de que se consumara. Sin duda la joven delfina no supo ganarse a sus súbditos por su conducta frívola y su manera de gastar dinero en futilidades.

Al estallar la Revolución francesa, y muerto ya el esposo, ella fue también guillotinado, lo que causó gran consternación, primero en su familia y luego en las casas reales europeas.

## LA RELACIÓN MATRIMONIAL DE LA EMPERATRIZ MARÍA TERESA

En cuanto al matrimonio de la emperatriz María Teresa, parece ser que siempre estuvo enamorada de su esposo y que padeció de celos, no sin motivo, pues el consorte, Francisco Esteban, como ya adelantamos, no se privó de mantener amantes, de las cuales la más famosa fue la princesa María Guillermina, de Auersperg, quien era treinta años menor que él. Era Francisco Esteban de buena planta, no demasiado activo, más bien holgazán pero sofisticado, acorde con los gustos de su época. Era también un mujeriego empedernido, a pesar de todo la relación entre ambos esposos fue siempre buena y el respeto recíproco. Ella amaba a su esposo al extremo de que cuando él murió ella entró en depresión, se cortó el pelo y ya nunca volvió a ir al teatro.

Era la condesa María Guillermina hija del conde Guillermo Reinhard de Neipperg y de María Francisca Teresa de Khevenhüller-Frankenburg. Su padre era profesor y amigo del emperador Francisco I y ella apareció en la corte en 1755. Pronto el emperador se prendó de la condesa María Guillermina. María Teresa, la esposa, ya había tenido dieciséis hijos y el interés del Emperador por su consorte había disminuido. En realidad ya había perdido el interés por ella. La bella condesa permaneció como amante del emperador hasta su muerte.



La condesa María Guillermina de Auersperg, conocida amante de Francisco Esteban

En los aniversarios (cada mes) de la muerte de Francisco Esteban, ella se encerraba en su cuarto sin compañía, lo que finalmente redundó en su salud mental.

## RELIGIOSIDAD DE LA EMPERATRIZ

Como lo habían sido a lo largo de la historia los miembros de la Casa de Austria, la emperatriz María Teresa era devota católica. Era de la opinión de que un país con una religión unificada tenía muchas más posibilidades de tener paz interior que uno con diferentes religiones. En virtud de esta creencia rechazaba de plano la idea de una tolerancia religiosa en sus tierras. En una carta a José II, la emperatriz escribió:

[...] ¿Sin una religión dominante? Tolerancia, indiferencia, son exactamente los medios correctos para minarlo todo... ¿Qué otra restricción habría? Ninguna. Ni la horca, ni la rueda... Hablo como política, no como cristiana. No es tan necesario ni beneficioso para la religión. ¿Tú permitirías que todos actuaran conforme a su imaginación? Si no hubiera un culto oficial, sin unión a la Iglesia, ¿dónde estaríamos? La ley del más fuerte podría hacerse con el mando.

Es de notar que, aunque mantuvo excelentes relaciones con la Iglesia y la Santa Sede, no permitió que esta interfiriese en su forma de gobernar o influyese en sus leyes, pues consideraba que todo ello era solo una prerrogativa exclusiva del monarca y no del poder eclesiástico. Ella elegía a los obispos y arzobispos, e incluso a los abades. En todo caso ella, en su vida privada, era conocida por su modo de vida austero al punto de que en algunos cuadros que retratan a la familia real se les ve como una familia burguesa, sin demasiados lujos. La austeridad se convirtió en un modo de vida sobrio y frugal a partir de la viudedad de la emperatriz y hasta su muerte.

En cuanto a su relación con los jesuitas, fue bastante confusa y hasta complicada: ella había sido educada (sin mucho éxito) por los jesuitas, pero sus inclinaciones eran jansenistas, cuyas ideas chocaban con las de los jesuitas. Ella al principio de su reinado les permitió ser poderosos, pero con el correr del tiempo sus ministros y consejeros la convencieron de que los jesuitas eran un peligro para la monarquía, así que finalmente redactó un decreto por el que los retiraba de todas las instituciones del reino. Asimismo la emperatriz prohibió la publicación de la bula *Apostolicum pascendi múnus* (favorable a los jesuitas) del papa Clemente XIII y también confiscó todos sus bienes cuando Clemente XIV suprimió la orden.

Las discusiones del Concilio sobre el papel de la libertad y su relación con la gracia divina no habían terminado con la controversia *De Auxiliis*. Jansenio pensó encontrar en los escritos de san Agustín una respuesta más satisfactoria y escribió su libro *Augustinus*. El papa Urbano VIII prohibió la reimpresión del *Augustinus*, pero el libro se siguió imprimiendo ya que había sido dedicado al cardenal Fernando, infante de España, quien permitió y popularizó la publicación. Incluso en Roma se hizo una edición en 1643, pero ya varios documentos y la Inquisición habían prohibido el libro. El primero fue la bula *In eminenti* de Urbano VIII (1642). Luego vino la constitución *Cum occasione* del papa Inocencio X (1653) y otra constitución publicada por el papa Alejandro VII, *Ad sacram beati Petri sedem*. La teología propuesta por Jansenio está basada en una interpretación literal de los textos de [Agustín de Hipona](#). Sin embargo, se vio influida por el desarrollo histórico y las peripecias de sus defensores. Así, en Jansenio encontramos la teología de la gracia; hay otros seguidores como

Arnauld, que se centra en la teología sacramental; Saint Cyran, en la disciplina y Quesnel, en su unificación con el galicanismo.

## LA OPINIÓN DE MARÍA TERESA EN CUANTO A JUDÍOS Y PROTESTANTES

María Teresa consideraba a los judíos y a los protestantes peligrosos para el Estado y en consecuencia intentó librarse de ellos. La emperatriz heredó todos los prejuicios tradicionales de sus antepasados, a los que agregó nuevos debido a su profunda devoción religiosa. Sobre ellos escribió en 1777: «No conozco mayor plaga que esa raza debido a que su falsedad, su usura y su avaricia nos está llevando a la ruina. Por lo tanto, en la medida de lo posible, los judíos deben ser aislados y evitados». Con esta idea impuso elevados impuestos a sus súbditos judíos y, en 1744, propuso su expulsión de todos sus dominios. Su primera intención era expulsarlos el 1 de enero, pero aceptó el consejo de sus ministros, que estaban preocupados por el número de personas que iban a ser expulsadas, y atrasó sus planes hasta junio. De todos modos, unos veinte mil judíos fueron expulsados, al menos temporalmente, de Praga y de toda Bohemia. También envió a los protestantes de Austria al Banato, Backa y Transilvania. Igualmente disminuyó el número de días festivos religiosos y de órdenes monásticas. En 1777, María Teresa desistió de su intento de expulsar a los protestantes de Moravia porque José II, su hijo y corregente, que se oponía en rotundo, la amenazó con abdicar como emperador y cogobernante de Austria. Finalmente, la emperatriz fue obligada a concederles cierta tolerancia y les permitió la práctica de cultos privados. José II consideraba la política religiosa de su madre «injusta, impiadosa, imposible, perjudicial y ridícula».

Culto y refinado, José II está considerado como uno de los representantes del Despotismo Ilustrado. A él se deben una serie de reformas: intentó completar la unificación y centralización del poder cosa que había iniciado su madre, y para ello estableció un Estado absolutista. José II abolió la servidumbre del campesinado (1781), obligó a los nobles y eclesiásticos a pagar impuestos, reestructuró la educación e impuso el alemán como lengua oficial del Imperio (1784), mejoró y creó nuevas universidades, suprimió los privilegios de Hungría, y al reformar justicia, eliminó la tortura (1787). Se enfrentó a los poderes locales para reducir su autonomía y convirtió a Viena en centro del poder y única capital.





María Teresa en 1762, a los 45 años, por Jean-Étienne Liotard

Durante la tercera década de su reinado, influida por su cortesano Abraham Mendel Theben, María Teresa promulgó edictos en los que se ofrecía cierta protección estatal para sus súbditos judíos. En 1762 prohibió la conversión forzada de niños judíos al catolicismo y, al año siguiente, prohibió al clero católico cobrar el llamado impuesto del sobrepelliz a los judíos.

En 1764 ordenó la liberación de los judíos encarcelados por libelos de sangre en Orkuta. A pesar de su fuerte antisemitismo, la emperatriz, por el bien de la nación, acabó apoyando las actividades comerciales e industriales de los judíos.

## REFORMAS REALIZADAS POR LA EMPERATRIZ

María Teresa era tan conservadora en los asuntos de Estado como en los religiosos. A pesar de ello instauró reformas significativas para reforzar el ejército austriaco y conseguir una burocracia más eficiente.

Con la ayuda del conde Federico Guillermo von Haugwitz modernizó el imperio gracias a la creación de un ejército de ciento ochenta mil hombres, cuyo coste de catorce millones de florines provenían de cada una de las tierras de la corona.

El Gobierno central era el responsable del ejército, aunque Haugwitz había introducido la contribución de la nobleza, la cual nunca antes había tenido que pagar impuestos. María Teresa supervisó la unificación de las cancillerías de Austria y Bohemia en mayo de 1749 con vistas a centralizar el Estado.

Sus reformas de índole económica duplicaron los ingresos del Estado entre 1754 y 1764, aunque el intento de gravar al clero y a la nobleza solo tuvo un éxito parcial, estas reformas financieras mejoraron mucho la economía que ella había cogido en ruinas cuando llegó al trono.

En 1760 se creó el consejo de Estado, compuesto por un canciller, tres miembros de la alta nobleza y tres caballeros, que funcionaba como una especie de comité de notables que aconsejaban a la monarca. El Consejo no tenía ningún tipo de poder legislativo o ejecutivo, pero era muy diferente a la forma de gobierno de Federico II, pues María Teresa no era una autócrata que actuaba como si fuera su propio primer ministro. Siguiendo su ejemplo, Prusia adoptaría esta forma de Gobierno después de 1807. En 1771 la emperatriz y José II (este último en teoría, porque era la emperatriz la que decidía en último término) hicieron una reforma que regulaba los pagos por el trabajo de los siervos en las tierras de la emperatriz. Financieramente, en 1775, el presupuesto de la monarquía se había equilibrado por primera vez en la historia.



El conde Federico Guillermo Haugwitz, quien colaboró con María Teresa para modernizar el Ejército austriaco

Ya hemos visto cómo la emperatriz dio a luz a dieciséis hijos, de los cuales solo diez llegaron a la edad adulta, esto da un porcentaje de casi el 41 %, proporción muy alta considerando que los hijos de la emperatriz gozaban de los más exquisitos cuidados, la mejor comida, calor en invierno y toda suerte de comodidades.

En muchos casos la medicina casi no había podido hacer nada por ellos. Entre el pueblo la proporción era considerablemente más alta. Preocupada por el alto índice de mortandad entre los recién nacidos, la emperatriz encargó un estudio sobre el asunto.

Acudió a su médico particular, Gerard van Swieten, que fue contratado para mejorar la medicina en su país además de ser el médico personal de la emperatriz. En esta posición implantó una transformación en el servicio sanitario austriaco y en la educación universitaria de la medicina.

Introdujo la primera formación por experimentación y la observación en medicina clínica en su país. Contrató médicos para los hospitales y para las provincias. En la capital, Viena, fue elegido director de la biblioteca de la corte y allí impartió conferencias, sobre todo de anatomía y fisiología. Creó, Van Swieten, un elegante jardín botánico y un laboratorio de química, que fueron dirigidos por Nikolaus Joseph von Jacquin. El doctor Swieten se ocupó del estudio de la anatomía y de la patología y mejoró el tratamiento de las enfermedades venéreas creando una bebida medicinal que trataba la sífilis, mal muy extendido por entonces debido a las costumbres y a las malas condiciones higiénicas de las prácticas sexuales.



Doctor Gerard van Swieten (1700-1772), quien mejoró la medicina del país gracias a la educación universitaria de la medicina y la observación clínica

Van Swieten también reorganizó las universidades de Praga y Friburgo en sus Facultades de Medicina, se preocupó además de mejorar la situación de los reclusos en manicomios (hasta entonces reclusos en la *Narrenturm* o torre de los locos, hoy museo en Viena), y trató de mejorar la suerte de los huérfanos. Asimismo fue el fundador del Hospital General de Viena (Krankenhaus der Stadt Wien) que aún funciona hoy en día.

El médico ilustrado trató de convencer a la gente de que algunas ideas eran simples supersticiones, así investigó casos tenidos por reales en el este del imperio y en su informe de 1755 aseguró taxativamente que los vampiros no eran seres reales, ni existen, ni existieron. Con este convencimiento la emperatriz dictó una ley que prohibía las profanaciones de tumbas y todo lo que llevaba consigo el rito para acabar con el vampiro: clavar estacas en el cadáver, decapitación, quema del cuerpo del sospechoso, etc. Cosas, todas ellas, bastante comunes en aquellos días.

Al médico, un verdadero adelantado a su tiempo y que participaba de las ideas del Siglo de las Luces, le gustaba investigar todo tipo de temas y se esforzaba en encontrar los métodos científicos y racionales para juzgar tanto casos misteriosos como libros religiosos. Nunca soportó la censura y desdeñaba a los jesuitas que eran los que más censuraban sus investigaciones y experimentos. Imbuido de las ideas nuevas, ayudó a los pobres del imperio y gestionó muchos estudios de alumnos que mostraban talento para la medicina.



Construcción del hospital de la ciudad de Viena (Allgemeines Krankenhaus der Stadt Wien), en el centro la Torre de los Locos (Narrenturm)



Inyección de la vacuna cuya práctica evitó muertes incontables

Siguiendo las recomendaciones del médico, la emperatriz María Teresa expidió un decreto que hacía obligatoria la realización de autopsias en una ciudad (Graz, la segunda ciudad en Austria) para crear un registro que le permitiera saber de qué morían los habitantes, por edades, por zonas, etc. Debido a la falta de higiene en las costumbres funerarias, se prohibió la creación de nuevos cementerios sin previa autorización del Gobierno. Todo ello eran novedades e innovaciones en las costumbres de los habitantes y en las prácticas médicas.

Dado que varios de sus hijos habían muerto de viruela, la emperatriz estaba particularmente interesada en luchar contra esta enfermedad que en muchos casos (más del 30 %) era mortal. Su decisión de permitir la vacuna de sus hijos tras la epidemia de 1767, cuando ella misma sufrió la enfermedad, hizo que los médicos austriacos cambiaran de opinión ante este procedimiento, pues hasta entonces se habían mostrado francamente refractarios a ella. Para hacer la campaña más conocida y notable en toda Viena, campaña que luego debía extenderse a toda Austria. El primer acto fue ofrecer una cena en el majestuoso palacio de Schönbrunn a los sesenta y cinco primeros

niños vacunados, y fue la propia emperatriz María Teresa la que se encargó de recibir a los pequeños invitados para así hacer más notable la ceremonia y la opinión de la soberana. Todas estas medidas en su conjunto tuvieron una favorable repercusión en el estado de salud y bienestar de los moradores del Imperio.



Primera página del *Codex Theresianus*, donde se recogen los derechos civiles de los ciudadanos

En 1775 María Teresa llevó a cabo una reforma de la educación. El nuevo sistema de enseñanza fue recibido con hostilidad en muchos lugares, pero la soberana, decidida a mejorarla, anunció que mandaría a la cárcel a todos aquellos que se opusieran. Aunque la emperatriz se esmeró en que las mejoras se extendieran a todo el territorio, en realidad no tuvieron el éxito esperado pues hasta mediados del siglo XIX, la mitad de la población aún era analfabeta en algunas regiones de Austria.

## DERECHOS CIVILES DE LOS CIUDADANOS

Entre otras reformas, el *Codex Theresianus*, iniciado en 1752 y finalizado en 1766, definía los [derechos civiles](#) en Austria. En 1776, por la insistencia de José II, su hijo y corregente, pero con la oposición de María Teresa, se prohibió quemar en hogueras a las mujeres acusadas de [brujería](#), así como la tortura. Además, por primera vez en la historia del imperio, y siguiendo las ideas progresistas del resto del continente, se retiró la [pena de muerte](#) del [código penal](#), castigo que fue sustituido por [trabajos forzados](#). Más tarde se reintrodujo la pena capital, pero la naturaleza progresista de las otras reformas continuó. En cuanto a su actitud para con la Iglesia católica, ya dijimos que era fervorosa creyente y que a pesar de ello no permitió la intromisión de la Iglesia en las cuestiones de Estado. Un cambio interesante fue el que permitía a los no católicos realizar estudios universitarios así como la introducción de disciplinas seculares (como leyes) en las carreras, lo que supuso el declive de la teología como primer y principal fuente en la educación universitaria.

## EL FIN DEL REINADO DE LA EMPERATRIZ

Francisco I murió el 18 de agosto de 1765, mientras él y toda la corte estaban en Innsbruck celebrando la boda de su segundo hijo, Leopoldo. Esta muerte fue un golpe definitivo para María Teresa que se quedó aturdida y desconsolada. En esas fechas su hijo mayor se convirtió en emperador del Sacro Imperio Romano Germánico con el nombre de José II. Pero nada, ni siquiera ese nombramiento, podía consolar a María Teresa que a partir de la muerte de su marido abandonó todo tipo de adornos; se cortó su pelo rubio del que tan orgullosa se sentía, pintó sus aposentos de negro, vistió de luto durante de resto de su vida, se retiró por completo de la vida de la corte y no volvió a acudir a eventos públicos o al teatro del que tan aficionada había sido.

Todos los años que duró su viudez, en el aniversario de la muerte del emperador pasaba los meses de agosto y los días 18 de cada mes encerrada sola en su cuarto. Ese día lo dedicaba a pensar en el difunto esposo, a llorarlo en solitario y a sentirse desgraciada, lo que afectó negativamente a su salud mental. Ella misma describió su estado tras la muerte de su marido: «Apenas me conozco ahora, pues me he convertido en algo animal: sin vida verdadera ni razón».

Tras su ascenso al trono imperial, José II gobernó menos territorios que su padre en 1740. Creyendo que el emperador debía poseer tierras suficientes para mantener la integridad del imperio, María Teresa, que estaba acostumbrada a ser asesorada en la administración de sus vastos dominios, declaró a José como su corregente el 17 de septiembre de 1765. A partir de entonces, madre e hijo tuvieron frecuentes desencuentros ideológicos. Los veintidós millones de florines que José II heredó de su padre se incorporaron al tesoro imperial. Otra gran pérdida vino a golpear a la emperatriz: en febrero de 1766, murió su amigo y consejero Haugwitz. El mando absoluto de los ejércitos fue entregado a su hijo tras la muerte del conde Leopold Joseph von Daun, uno de los grandes reformadores del ejército austriaco del siglo XVIII, conocido por ser uno de los pocos generales que consiguieron derrotar a Federico II de Prusia.





María Teresa, viuda, en 1773, por Anton von Maron. Último retrato de Estado de la emperatriz.

Según Robert A. Kann, María Teresa fue una monarca con cualificaciones por encima de la media, y que a pesar de todas las reformas que instituyó, «era intelectualmente inferior a sus hijos José y Leopoldo». Kann afirmó que, sin embargo, ella poseía cualidades apreciadas en un monarca, como raciocinio rápido y determinación. Además, estaba dispuesta a reconocer la superioridad intelectual de algunos de sus consejeros y disfrutaba del apoyo de estos, aunque sus ideas fueran contrapuestas. Pero José nunca fue capaz de establecer este tipo de relaciones con los mismos consejeros, aunque su filosofía de gobierno era bastante similar a la de su madre.



José II, el hijo mayor de María Teresa y su corregente, en 1775, por Anton von Maron

La relación entre la madre y el hijo era complicada, ellos se apreciaban y querían pero había un choque de personalidades.

A pesar del intelecto de José II, María Teresa, acostumbrada a mandar y enérgica en sus afirmaciones, hizo muchas veces que él hubiese de ceder. La madre elogiaba abiertamente los talentos y conquistas de su hijo, aunque lo criticaba a sus espaldas. En una carta dirigida a la nuera, escribió: «Ahora no nos vemos nunca, excepto a la hora de la cena... su temperamento es cada día peor... Por favor, quema esta carta... Intento evitar un escándalo público». En otra misiva, también dirigida a la mujer de José II, afirmó: «Me evita... Soy la única persona en su camino y, por ello, un obstáculo y una carga... La abdicación podría resolver el problema».

A pesar de todo María Teresa optó por no abdicar. También José amenazó muchas veces con renunciar como corregente y abdicar como emperador, pero siempre fue convencido de que no lo hiciera. Las amenazas de abdicación de la emperatriz raramente eran en serio, pues creía que el hecho de haberse recuperado de la viruela en 1767 era una señal de que Dios deseaba que reinase hasta la muerte. A pesar de todo era interesante para José II que ella siguiera siendo soberana, ya que la culpaba muchas veces de sus propios errores y evitaba, así, asumir responsabilidades propias de un monarca. Ella hacía de escudo de sus errores como soberano.



La Cripta Imperial de Viena con el sarcófago que la emperatriz mandó construir en vida

José y el príncipe Kaunitz organizaron la [primera partición de Polonia](#) a pesar de las protestas de María Teresa. El sentido de la justicia de la emperatriz le llevó a rechazar esta idea porque perjudicaría al pueblo polaco. No obstante, Kaunitz y José la avisaron de que era demasiado tarde para abortar el proyecto y solo estuvo de acuerdo con el reparto cuando vio que Federico II y [Catalina II de Rusia](#) ya lo habían decidido y lo harían con o sin la participación de Austria.

Reivindicó y tomó finalmente [Galitzia](#) y [Lodomeria](#), una provincia reclamada por monarcas húngaros desde el siglo XIII. En palabras de Federico II: «Cuanto más lloró, más tomó».

Pero el tiempo no pasaba en vano, la emperatriz tenía más de sesenta años y el golpe sufrido por la muerte de su esposo y luego por las sucesivas desapariciones de sus amigos y consejeros habían minado su salud. Por otro lado, dicen los testigos del siglo que ya nunca fue la misma después de sufrir la viruela en 1767. La soberana se vio agobiada por dificultades respiratorias acompañadas de tos y fatiga. Odiaba la idea de la muerte y empezó a padecer de insomnio. En los últimos días sufrió de retención de líquidos, señal de una insuficiencia cardíaca o de mal funcionamiento de los riñones. En todo caso anunciaban que el final se aproximaba.

La emperatriz enfermó el 24 de noviembre de 1780, aparentemente por un resfriado. El doctor Stöck, su médico, constató que su estado era grave. El 28 de noviembre pidió la [extrema unción](#) y, al día siguiente, a eso de las nueve de la noche, María Teresa murió rodeada de sus hijos. Con ella, desaparecía también la [casa de Habsburgo](#), que fue sustituida por la casa de Habsburgo-Lorena. José II, que ya era corregente en los dominios de los Habsburgo, sucedió a su madre.

María Teresa dejó un imperio revitalizado, lo que influyó al resto de Europa durante el siguiente siglo. Sus descendientes siguieron su ejemplo y dieron continuidad a las reformas. La adquisición del reino de Galitzia y Lodomeria dio al imperio un carácter aún más multinacional, que lo acabaría llevando a su destrucción. La introducción de la escolaridad obligatoria, como un medio de germanización, provocó el renacimiento de la cultura checa.

María Teresa de Austria (1717-1780), archiduquesa de Austria, emperatriz del Sacro Imperio Romano Germánico y reina de Hungría y Bohemia, no fue solo la única mujer que ostentó el pleno poder de los territorios de los Habsburgo en los seiscientos cincuenta años de la historia de esa dinastía, sino que además fue una inteligente y enérgica estadista, una entusiasta reformista y una esposa y madre apasionada. Por todo ello, la emperatriz María Teresa está considerada como una de las mujeres más influyentes y poderosas del siglo XVIII.

Los restos mortales de la emperatriz María Teresa de Austria descansan en la Cripta Imperial de Viena en donde espera el último día junto a su marido en un espectacular doble sarcófago que la emperatriz mandó construir en vida.

## Capítulo 4

# Cristina de Suecia (1626–1689), una reina ilustrada

La grandeza no consiste en hacer todo aquello que se quiere, sino en querer todo aquello que se debe.

Cristina de Suecia

## NACIMIENTO Y FAMILIA

Cristina de Suecia nació en Estocolmo el 8 de diciembre de 1626, hija de Gustavo Adolfo II y de Leonor de Brandemburgo. Cristina pertenecía a la dinastía real de los Vasa, iniciada en 1521. Su madre, Leonor, procedía de la dinastía alemana de los Hohenzollern.

El nacimiento de Cristina el 8 de diciembre de 1626 fue bien recibido por su padre, no así por su madre, quien hubiese deseado dar al trono un hijo varón que siguiera los pasos de su padre frente al Ejército.

Afortunadamente ya el año de 1604, el Consejo del reino había acordado aceptar a una mujer como sucesora en el trono si se daba el caso, por lo que Gustavo II Adolfo decidió confirmar a Cristina al año siguiente de su nacimiento como su heredera con todos los derechos a la corona para el caso de que no naciesen hijos varones.

Su padre, Gustavo Adolfo, había modernizado el Estado sueco e hizo de su administración la mejor de Europa de modo que tal modelo fue adoptado por muchas otras naciones. El monarca ilustrado hizo progresar la universidad a la que dotó ricamente. Sin embargo, todas estas actividades tenían su precio, pues además se había visto implicado en sucesivas guerras, de modo que para atender a los ingentes gastos no se le ocurrió otra cosa que multiplicar las ventas, donaciones y empeños de grandes territorios, no solo para afrontar los gastos, sino para contentar a la nobleza y procurarse numerario en un tiempo en que aún se hacían los pagos en especie.



La reina Cristina a caballo

Y el rey hizo aún algo peor: arrendó el cobro de los impuestos que habían de pagar a la corona los campesinos propietarios, esto a la larga produjo la ruina de los campesinos libres al tiempo que disminuían los ingresos del Estado, la burguesía era poco numerosa y la clase dominante era cada vez más la nobleza. Las tierras de los campesinos vinieron a caer en manos de los nobles terratenientes, lo que aumentó su poder.



Reyes y reinas reinantes de Suecia entre 1523 y 1907

Suecia se involucró en 1630 en la guerra de los Treinta Años por el lado protestante, de quien era Gustavo Adolfo un señalado adalid, así que en junio del mismo año, el rey marchó a la guerra que se desarrollaba en el continente europeo y dejó a su hija bajo la tutela del canciller Oxenstierna para que se encargara de la pequeña en caso de que él muriese en la guerra.



Escudo de Suecia

En 1630, tras la victoria del rey de Suecia sobre el Ejército Imperial en Breitenfeld, Gustavo Adolfo pareció ser el campeón indiscutible de los protestantes y su prestigio creció como la espuma, empezó a trazar planes de gran envergadura para formar una coalición o más bien una

unión federal con todos los Estados protestantes de Alemania bajo la autoridad, como no, de Suecia.

Para ello se pensó en casar a la heredera, Cristina de Suecia, con el hijo del elector de Brandemburgo, futuro gran elector. Pero Alemania no respondió a los planes del sueco como este habría deseado, los alemanes en estos planes vieron el designio de Gustavo Adolfo en erigirse en emperador, cosa a la que no estaban dispuestos a tolerar.



Gustavo Adolfo II de Suecia, padre de Cristina

En los últimos meses de 1632 el elector de Sajonia se vio amenazado por los imperiales y Gustavo Adolfo acudió en su ayuda. Así el 6 de noviembre del año de 1632 cayó Gustavo Adolfo en la batalla de Lützen, donde nada quedó resuelto. La muerte de Gustavo Adolfo fue la consecuencia más importante de la batalla y las secuelas al fin fueron para Suecia. Con esta muerte se terminaba la idea de Gustavo Adolfo de convertir su sistema de alianzas en una institución política permanente bajo su dirección, y aunque había asegurado que no planeaba desmembrar el Imperio, sí era claro que pensaba debilitar la autoridad imperial y de la Iglesia católica, así como restringir la influencia de los Habsburgo a sus dominios. Ahora todo quedaba en el aire y Suecia en manos de una reina que aún no tenía ni seis años.





El Palacio de las Tres Coronas, residencia de los reyes de Suecia. *Tre Kronor* es el nombre que Gustavo Vasa dio al palacio, se refiere a las tres coronas que son las armas del reino, se cree que se usaron por primera vez por Alberto de Mecklemburgo para simbolizar sus derechos como soberano de Suecia, Dinamarca y Noruega

El canciller Oxenstierna cumplió con los deseos del rey, tomó a Cristina bajo su protección y comenzó muy cuidadosamente a preparar su educación.

## EDUCACIÓN DE CRISTINA

Cuando nació, Cristina era la tercera criatura nacida de los reyes, antes habían nacido dos niñas que no habían sobrevivido. Al ser la criatura una nueva niña, su nacimiento fue una decepción no solo para la corona, sino, como ya apuntamos anteriormente, para la madre, María Leonor de Brandemburgo, que no fue nunca cariñosa con ella ni le mostró ningún apego. La madre de Cristina, de la familia alemana de los Hohenzollern, consideraba bárbaros a los suecos y solo soñaba con abandonar ese país para irse a vivir a Dinamarca, cosa que finalmente consiguió. Solo consintió volver para la coronación de Cristina.

Aunque su madre mostró su desencanto por el nacimiento de esta criatura, su padre le mostró constantemente su cariño y Gustavo Adolfo la llevaba consigo siempre que le era posible, inclusive cuando era aún muy pequeña y parece, según cuentan los cronistas, que la pequeña disfrutaba con el sonido de los disparos, aunque fuesen cañones.

En todo caso, sabemos que Cristina contó con el afecto incondicional de su padre, el cual estaba convencido de que en su hija se reunían todas las capacidades y virtudes para ser una buena reina, útil al reino.

Por esta razón cuando la niña solo tenía cuatro años no dudó en presentarla oficialmente como su heredera, un gesto que fue recibido con no poca sorpresa en varias cortes europeas, acostumbradas como estaban a la llamada Ley Sálica, la cual dificultaba el acceso de las mujeres a la jefatura del Estado.



El fiel canciller Axel Oxenstierna, educador de doña Cristina

Cumpliendo el encargo que le había hecho Gustavo Adolfo, el canciller Oxenstierna tomó bajo su amparo a la niña y se hizo cargo de la educación de la jovencísima reina, para quien nombró como jefe de estudios al famoso teólogo Johannes Matthiae Gothus (1592-1670).



María Leonor de Brandemburgo, madre de Cristina

El canciller le instruía en los asuntos de Estado y la administración del reino, mientras que las demás asignaturas eran vigiladas por el teólogo. Bajo su supervisión, estudió historia, teología, filosofía, idiomas y astronomía así como en el conocimiento de las escuelas artísticas del pasado y del presente.



Justo Lipsio

Entre todos los preceptores le impartieron la educación propia de un príncipe heredero. La soberana comenzaría así a convertirse en una de las mujeres más cultivadas del continente europeo.

Como había de ser reina debía entender la organización del ejército y así como el uso de las armas (dícese que era una espadachín de primer orden). Recibió instrucción militar en sus varias vertientes.

Mujer de gran inteligencia y responsabilidad, los cronistas subrayan como en sus tiempos de educanda, la futura reina pasaba doce horas al día estudiando y en un tiempo récord logró dominar varios idiomas, era bilingüe en sueco y alemán, y aprendió el francés, que era la *lingua franca* del momento, también hablaba el holandés, el español, el italiano y el latín. Quiso además aprender griego para leer a los filósofos y dramaturgos de esta lengua en su propio idioma. Llegó asimismo a tener un conocimiento básico de hebreo. En todo triunfó por su gran inteligencia, pero también por su perseverancia ante los estudios.

Vista su habilidad para los idiomas y sus ganas de aprender, Oxenstierna le regaló las obras de Julio César y Tácito, cosa que a la princesa le agradó en grado sumo, así como se familiarizó con las comedias de Terencio y la poesía de Marcial, Lucano y Tácito.

Estudió las obras de Justo Lipsio, cuyo manual sobre el arte de gobernar se había convertido en pieza de estudio obligatorio para todos los jóvenes príncipes de Europa. Según Justo Lipsio, la monarquía era la forma ideal para el gobierno de los pueblos, aunque en realidad este manual era una recopilación de los textos de Tácito, Cicerón, Salustio y otros autores griegos y romanos. Quizás es en estos textos donde halló el axioma: «Los reyes solo temen responsabilidad ante Dios y la fama». Durante un tiempo se vio influida por la doctrina de los estoicos y desde entonces junto con el Nuevo Testamento, las obras de Epicteto y de Marco Aurelio fueron su lectura favorita.

Justo Lipsio, filólogo, erudito y filósofo belga, nacido en Overysse (1547) y muerto en Lovaina (1606), su nombre original fue Joost Lips (Justus Lipsius, en latín). Se dedicó al estudio de las letras bajo la protección del cardenal Granvela, quien lo nombró su secretario. Pasó en Roma algunos años visitando las principales bibliotecas y examinando manuscritos de los clásicos latinos y tras un viaje literario por Alemania, fue nombrado profesor de Elocuencia en la Universidad de Jena, aunque algunas envidias le obligaron a renunciar a su empleo. Pasó algún tiempo en Lovaina, y luego desempeñó la cátedra de Historia en la Universidad de Leiden durante doce años. Las cuestiones religiosas hicieron que se viera en la necesidad de abandonar aquella residencia y en medio de los más ventajosos ofrecimientos de las principales cortes de Europa, aceptó la cátedra de Historia de Lovaina. Se convirtió en el máximo representante del estoicismo renacentista. Centró su interpretación del estoicismo en el ámbito moral, y llegó a la conclusión de que la esencia de la filosofía consiste en la sabiduría práctica, capaz de resolver el problema de la vida. Las ideas fundamentales del estoicismo lipsiano se resumen en la identificación de la filosofía y la moral, de la virtud y la felicidad, al tiempo que interpreta la apatía estoica con el desprecio cristiano del mundo.

También cabe añadir que era muy diestra en los deportes, gustaba de la caza y de la equitación, además de la esgrima. Lo que no le hizo descuidar el estudio de la música y de la danza.

Su afición a las artes venatorias la hizo acreedora de más de un poema admirativo:

Gran fulminadora de Aves,

Sin que les valga el sagrado

De las nubes, pues en ellas

Las mata a pistoletazos...

En cuanto a su habilidad para la natación:

Que se chapuza en el mar

Y vuelve a salir nadando

Sin dar lugar a Neptuno

Que la descalce un zapato.

*Deidad del Norte*

Conde de Rebolledo

Bajo la tutoría y asesoramiento del canciller, a los dieciséis años empezó a asistir a las reuniones del Consejo para obtener experiencia antes de tomar las riendas del país cuando cumpliera la mayoría de edad.

No debemos dejar de señalar que todo ese tiempo la relación con su madre fue difícil y dejó de verla a los trece años y, como adelantamos, ya no volvería a verla hasta su coronación.

## EL SIGLO XVII. EL INICIO DE LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS

Las circunstancias en las que Cristina llegó al poder fueron complicadas. El profesor Diego Arbulú desarrolló un estudio muy resumido, y a la par perfectamente estructurado, de este período del cual nos hemos servido parcialmente para sintetizar el proceso. En 1618 estalló la guerra de los Treinta Años que enfrentó en Europa a dos bandos divididos por motivos religiosos y políticos. Por un lado los católicos, como el Sacro Imperio, el papa y España, y por el otro los protestantes, como los insurrectos en el Imperio, los daneses, los holandeses y los suecos. En un principio las victorias se inclinaron por el lado católico (etapa Bohemia) con la derrota de los protestantes en la batalla de la Montaña Blanca. La batalla de la Montaña Blanca, librada el 8 de noviembre de [1620](#), fue una de las primeras confrontaciones militares en la [guerra de los Treinta Años](#). En ella, un ejército de 20 000 [checos](#) y mercenarios bajo el mando de [Cristián de Anhalt](#) se enfrentó en las cercanías de [Praga](#) a 25 000 hombres de los ejércitos combinados del [Sacro Imperio Romano Germánico](#) de [Fernando II](#), dirigido por el [conde de Bucquoy](#), soldados de [España](#) y los Países Bajos Españoles y de la [Liga Católica de Alemania](#), al mando del conde. La batalla marcó el fin del [período bohemio](#) de la guerra de los Treinta Años al entrar las tropas imperiales en la capital de [Bohemia](#) y someter a los [protestantes](#).



Cuadro que representa la Batalla de la Montaña Blanca

Cuando los protestantes volvieron a ser derrotados por las tropas imperiales, Gustavo Adolfo decidió participar. Se inició así el período sueco de la guerra de los Treinta Años. Las tropas suecas, encabezadas por su brillante líder, aplastaron a las fuerzas del emperador en Breitenfeld, en 1631. Gustavo Adolfo pasó a controlar el norte de la actual Alemania. Para mayor fortuna, desde entonces contó, además, con el respaldo de Francia.

Francia, que hasta entonces se había abstenido de participar de forma abierta en el conflicto, decide tomar partido. En esos momentos quien en realidad gobierna la nación gala es el cardenal Richelieu, y a pesar de que como príncipe de la Iglesia el cardenal era católico, en un alarde de realismo político, dejó de lado su religión y decidió apoyar al bando protestante. Sabía que así

debilitaría a sus dos principales rivales: el Sacro Imperio y España. Se cuidó de no participar directamente, pero sí auspició la expedición de Gustavo Adolfo. Era importante conservar las apariencias, y excusándose en los asuntos internos del Gobierno francés (como la lucha contra los hugonotes en La Rochelle), las tropas francesas no participaron en aquel momento a favor de ninguno de los dos bandos.



Muerte de Gustavo Adolfo en la batalla de Lützen

Pero el oro de las arcas francesas sí estaba activo y servía para equipar al magnífico ejército de Gustavo Adolfo. El emperador, que sabía que su causa peligraba, reunió otro ejército y lo envió a una nueva campaña contra el rey sueco.



El Cardenal Richelieu, que apoyó a los protestantes en la guerra de los Treinta Años

Las fuerzas chocan en Lützen, en 1632. Nuevamente los suecos se quedaron con la victoria, pero sería un triunfo pírrico, ya que su adalid, el rey Gustavo Adolfo, encontró la muerte en el campo de batalla.

Con su desaparición, la intervención de Suecia en el conflicto disminuye, pero sigue siendo importante hasta el final de la guerra, en 1648. A la muerte de su padre en Lützen, Cristina no había cumplido seis años, así que hubo de tener un regente, como ya adelantamos, lugar ocupado por Axel Oxenstierna, su educador, quien se hizo cargo del país y ejerció el poder con eficiencia y honradez hasta la llegada de la mayoría de edad de la reina. No obstante, hemos de anotar como mácula en su administración que puso a muchos de sus familiares en los puestos claves de la gobernación.

En unas memorias incompletas escritas de su mano y cuyo título completo es *La vida de la reina Cristina hecha por ella misma, dedicada a Dios*, ella nos dice: «Era yo tan niña que apenas comprendía ni mi infortunio ni mi fortuna. Recuerdo sin embargo que estaba encantada de ver a mis pies a todas aquellas gentes que me besaban la mano». Tal vez en ese momento ella se dio cuenta de que era diferente a las demás personas y con esa idea vivió toda su vida.



## CORONACIÓN DE LA REINA DE SUECIA

En 1650 la joven es coronada reina, Cristina había diferido la ceremonia de la coronación, pues era reina efectiva desde hacía cinco años, ya que a partir de 1654 era mayor de edad y había tomado las riendas de su país. Antes de la coronación había solucionado el asunto de la Paz de Westfalia, sobre la cual había mantenido diferencias de opinión con su canciller, Axel Oxenstierna. La reina era una clara partidaria de una solución inmediata y pacífica. La tensión entre el canciller y la reina era notable, si bien se salvó con la victoria de la segunda, con la que dio la joven reina un golpe de autoridad.

La llamada Paz de Westfalia en realidad se refiere a dos tratados de paz: el de Osnabrück y el de Münster, firmados el 15 de mayo y el 24 de octubre de 1648 respectivamente. Estudios modernos han reivindicado la Paz de Westfalia como el primer congreso diplomático moderno que inició un nuevo orden en Europa central basado en el concepto de soberanía nacional. Allí se instauró el principio de que la integridad territorial es el fundamento de la existencia de los Estados, idea opuesta a la concepción anterior de base feudal por la cual los territorios y pueblos constituían un patrimonio hereditario. Westfalia marcó el nacimiento del Estado-nación, una idea moderna y revolucionaria. Con la Paz de Westfalia finalizó la [guerra de los Treinta Años](#) en Alemania y la [guerra de los Ochenta Años](#) entre España y los [Países Bajos](#). En estos tratados participaron el emperador del [Sacro Imperio Romano-Germánico](#) ([Fernando III de Habsburgo](#)), los [reinos de España](#), [Francia](#) y [Suecia](#), las [Provincias Unidas](#) y sus respectivos aliados entre los príncipes del [Sacro Imperio Romano Germánico](#).

Pero volvamos a la coronación de la reina. Llegado ese momento, Cristina deseaba que la ceremonia se celebrase con todo esplendor. Tanto el vestido de la coronación como la carroza y los trajes de los lacayos habían sido encargados a Francia, de donde se suponía venía el lujo máximo. En todo caso merece la pena anotar que el costo de todo ello fue motivo de comentarios no solo en París, sino también entre los súbditos que consideraron este gasto descomunal.

Era costumbre que las coronaciones en Suecia se celebrasen en Upsala, pues esta ciudad, aunque no muy grande, cuenta con una espléndida catedral, una famosa universidad y un alcázar monumental, es más, se consideraba de buena suerte que el rey —reina en este caso— se coronase allí, y por el contrario se decía que una coronación en Estocolmo auguraba un corto reinado.

Haciendo oídos sordos a estas creencias y contra todo consejo, la reina escogió la capital pues deseaba que acudiesen multitudes y que el esplendor brillase al máximo en un lugar que pudiese albergar tanta grandeza.

A poca distancia de Estocolmo, el gran condestable de Suecia, Jacobo de la Gardie poseía una residencia y la reina se alojó allí desde el 14 de octubre. Allí también se iniciaron las fiestas. Tres días duraron los festejos y los invitados veían atónitos cómo de las fuentes de los jardines en lugar de agua brotaba vino, tanto blanco como tinto, había música y comida para todos.

El 17 de octubre salió desde Jacokbsdal (la residencia del condestable) la comitiva de la coronación, una multitud de carrozas, nobles a caballo, soldados, música y lacayos marchaban detrás de la reina, eso sin contar la multitud de personas que no deseaban perderse el espectáculo y que eran una verdadera muchedumbre.

Todo era jolgorio y alboroto. Las lujosas carrozas de los nobles tenían sus armas esmaltadas en las puertas y eran acompañadas por heraldos y trompetas. Había tambores y cánticos. Todo aquello era al gusto de la reina.



Jacobo de la Gardie, Gran Condestable de Suecia

En el puerto, para dar lucimiento al día, había anclados no menos de cuarenta barcos de guerra que llegado el momento hicieron sonar sus bocinas y dispararon salvas. Acorde a la moda del tiempo, en la ciudad se habían levantado tres arcos del triunfo, en uno de los cuales se habían pintado frases laudatorias en honor a Su Majestad. No faltaban en los arcos cuadros de escenas de batallas de la pasada guerra de los Treinta Años donde quisiera que los suecos hubieran obtenido un triunfo. Por la noche hubo un banquete para los asistentes y un enorme castillo de fuegos artificiales que hizo las delicias del pueblo.

El 20 de octubre fue un hermoso día de otoño. Las carrozas rivalizaban entre sí a la hora de formarse en comitiva, tanto rivalizaban que estuvieron a punto de organizar un conflicto. Los grandes generales que habían combatido en la guerra de los Treinta Años se consideraban con más derecho a presidir la comitiva que los senadores o nobles, y estos consideraban a los militares de rango inferior y que, por lo tanto, no había de precederles en el cortejo nupcial, sino seguirles. Finalmente se llegó a un acuerdo en las diferencias de protocolo y todo salió bien.

Tras la coronación la reina regresó a palacio en una carroza tirada por caballos blancos herrados de plata. Un magnífico banquete cerró la ceremonia, pero en la nación las celebraciones prosiguieron durante tres meses durante los cuales se celebraron multitud de bodas. También se celebraron fiestas para el pueblo como peleas de animales bravos, por ejemplo, entre un oso y un toro bravo, o entre un oso y un león, etc. Puede decirse que la reina debió de estar satisfecha, había logrado su propósito: una coronación magnífica, esplendorosa, que agrandaba su figura ante el pueblo y hacía hincapié en la idea de que ella era diferente. Las celebraciones no habían de olvidarse en mucho tiempo.

## LA REINA, DESCARTES Y OTROS ERUDITOS

Aunque la reina gobernó sus territorios con sabiduría y era una gran trabajadora, al extremo de enfermar de tanto trabajar, lo que más interesaba a la reina no eran los menesteres de la política, sino la cultura.

Trató a los filósofos y sabios del momento. Un año antes de su coronación, en 1649, había invitado a Estocolmo a uno de los filósofos más destacados de su tiempo y a quien mucho admiraba: el francés René Descartes (1596-1659), con quien se había carteadado desde hacía tiempo, y este se presentó en Estocolmo en octubre de aquel año, justo cuando comenzaban a bajar las temperaturas para dar paso al crudo invierno nórdico. Cristina tenía la ilusión de crear una academia de sabios en la capital sueca y había concebido la idea de que Descartes era la persona ideal para redactar sus estatutos.

Según parece la relación entre la reina Cristina y el filósofo Descartes dio lugar a murmuraciones de todo tipo. Algunos decían que el filósofo distraía a la reina de sus obligaciones de Gobierno, pues esta invertía en disquisiciones eruditas el tiempo que debía invertir en los deberes de su cargo.

Otros temían que la influencia del francés fuera nefasta, toda vez que el admirado pensador era católico y la reina era, y debía seguir siendo, protestante. Las autoridades religiosas se temían una influencia de la Iglesia de Roma y el Gobierno no deseaba que la reina se apartase de sus deberes.

Como quiera que fuese, cinco meses después de su llegada, el 11 de febrero de 1650, René Descartes fallecía oficialmente de neumonía a causa del frío del invierno sueco, con temperaturas de varias decenas de grados bajo cero, lo que habría sido demasiado para la frágil constitución del filósofo, pero el historiador y médico alemán Eike Pies (1941) expuso en *El homicidio de Descartes* (publicado en los años ochenta del siglo xx) la teoría de que Descartes tal vez fue asesinado, ya que los síntomas que presentaba no eran característicos de una neumonía sino más bien de un envenenamiento por arsénico. ¿Fue un asesinato para impedir que siguiera influyendo en la reina y sus creencias? En todo caso nada está probado y lo dicho no es más que una hipótesis.



René Descartes

Otro de los personajes admirados por Cristina fue el pintor Sébastien Bourdon, el cual fue a la corte y trabajó para la reina desde 1652 hasta 1654. Asimismo, vino el jurista y teórico político holandés [Hugo Grotius](#), que actuó de embajador de Suecia en Francia desde [1635](#) por deseo del canciller Oxenstierna.



La reina Cristina de Suecia y Descartes en la corte sueca

Tanto Estocolmo como la ciudad universitaria de Upsala, fueron el centro de atracción de filósofos, coleccionistas, bibliotecarios, poetas, latinistas y eruditos de todas clases y Suecia se convirtió en centro del Humanismo europeo y su reina Cristina fue llamada «la Minerva del norte».



Descendimiento de la Cruz, por Sébastien Bourdon

Mantuvo la reina correspondencia con algún español, entre ellos con el conde don Bernardino de Rebolledo, el cual en su libro *Ocios*, impreso en Amberes en el año de 1660, en su tomo I, dedica un poema a la reina Cristina que comienza así:

Minerva, qu' a las márgenes del Meler

Pasaste los laureles del Peneo,

Que s'arrojan ambiciosamente

A ceñir el Olimpo de tu frente

Y te siguen en forma de trofeo

Por la difícil vía

Que te conduce a la filosofía...

No fue este el único español que tuvo contactos con la reina, se ha conservado alguna misiva como la que escribió a don Luis de Haro con motivo de una obra que este había realizado «como buen arquitecto de todo lo que toca al servicio de Dios».

Carta de la Serenísima Reina Cristina de Suecia, de su propia mano, al excelentísimo señor don Luis de Haro, en Einspruch el 6 de noviembre de 1655:

Señor Mío y mi primo: Vuestra Excelencia ha tenido tanta parte en mi buena dicha, que no puedo decirle más, sino que ya queda felizmente acabada. Doyos las gracias del cuidado que os ha costado y os encomiendo lo que resta, suplicándoos me conservéis siempre en la memoria del rey y continuéis vuestro afecto. No tengo que ofrecer os sino una verdadera amistad, que no os puede importar mucho, no necesitando de ella cuando tenéis el favor del mayor de los reyes, pero no teniendo otra cosa os suplico la recibáis, de quien es verdaderamente señor mío y mi primo. Vuestra aficionada amiga. Cristina.

Al día siguiente Cristina escribió una carta al rey de España Felipe IV.

Carta de la Serenísima Reina Cristina de Suecia al rey N.S. a 7 de noviembre de 1655. Señor mi hermano: Yo en fin he llegado a la dicha que tanto he deseado, y debiéndose a V. Majestad la gloria deste dichos efecto, no dudo que le causará alborozo, y creo juntamente que tendrá la bondad de no cansarse de mis frecuentes agradecimientos, pues que tampoco jamás se ha cansado de obligarme hasta llegar al estado en que estoy. Esto es cuando yo puedo expresar a V.M. mi reconocimiento, y así como estoy en estado de quedarle toda la vida deudora, le confieso sin arrepentimiento ni vergüenza, porque lo soy al mayor de los Príncipes. Suplico a V.M. me continúe su amistad, creyendo que jamás le seré ingrata, estando resuelta de vivir y morir, Señor mi hermano, vuestra muy aficionada hermana y amiga.



Felipe IV de España

Esta y otras muchas cartas escribió la reina en distintos idiomas como veremos más adelante, pero solo hemos transcrito las que tenemos en español por el especial interés que revisten para nosotros.

## PRETENDIENTES Y AMORÍOS

El primero de los candidatos a la mano de Cristina surgió de la mano de su madre, doña Leonor de Brandemburgo, ella tenía un aspirante en mente: Federico, el hijo del rey Cristian IV de Dinamarca. Los daneses habían mostrado interés por emparentar con los de Suecia, así que primero se había pensado en el hijo menor de los reyes de Dinamarca, Ulrich, y cuando este falleció se ofreció otro hijo: Federico.



Magnus Gabriel de la Gardie

A la petición del rey de Dinamarca el canciller Oxenstierna respondió con una cortés negativa: «[...] como S.M. [Cristina] es aún de edad tan tierna [Cristina tenía a la sazón nueve años], que no puede expresar su voluntad ni dar su consentimiento, Vuestra Majestad, con su bien dotado y regio entendimiento, puede comprender que nadie esté facultado para adoptar tal decisión ni se atrevería a interferir, en el futuro, sea directa o indirectamente, con la libre e ilimitada voluntad de S.M. y mucho menos están autorizados el Gobierno o la Regencia para actuar así [...]» (carta de Axel Oxenstierna a Cristian IV de Dinamarca).

A los dieciocho años parece que se enamoró de Magnus Gabriel de la Gardie, joven un tanto alocado y de cuyas deudas se hizo cargo Cristina más de una vez. El joven Magnus Gabriel no correspondió a la pasión de Cristina y finalmente se casó con otra: María Eufrosina del Palatinado-Zweibrücken, que era prima de la reina. El padre de Magnus Gabriel era el famoso Jacobo de la Gardie<sup>1</sup> y su madre fue Ebba Brahe con la que su padre había casado en 1618.

Otro candidato a su mano fue su primo Carlos (X) Gustavo, con quien en su infancia había convivido durante dos años bajo la tutela y cuidado de su tía Catalina y con quien siempre tuvo buenas relaciones. Este matrimonio era visto con buenos ojos por los suecos y por las autoridades y el consejo, pero Cristina pronto les hizo saber a todos que por razones solo conocidas por ella misma no pensaba casarse.



Magnus Gabriel de la Gardie y su esposa María Eufrosina del Palatinado-Zweibrücken

El 26 de febrero de 1649 Cristina hizo pública su voluntad de permanecer soltera. Parece que su aversión al matrimonio era total y absoluta. Llegó a decir: «las monjas y las casadas son igualmente desdichadas aunque cada una a su manera». La reina se sentía más cómoda en compañía de hombres que de mujeres, a menos —dicen sus biógrafos— que estas fuesen hermosas en cuyo caso apreciaba su compañía.

No se sabe a ciencia cierta si ella mantuvo relaciones plenas con una hermosa dama de la corte a quien por su hermosura se conocía como la bella condesa, sí es cierto que con la bella condesa mantuvo una buena amistad toda la vida y que nunca dejó de escribirse con ella. Nos referimos a Ebba Sparre, una hermosa joven de la alta nobleza que había perdido a sus padres y llegó a ser dama de compañía de la reina. Por su beldad se referían a ella como Bella, pues bien, de esta Bella quedó prendada la reina y de ella se decía generalmente que era persona buena y agradable, «modesta, ocurrente, alegre, virtuosa, de gran belleza y de buen comportamiento». No se puede pedir más. Cristina la apreciaba y creía en ella y en su fidelidad a los secretos a ella confiados y por ello le comunicaba sus más íntimos pensamientos, la amaba. Le escribió numerosas cartas de apasionado amor, según el estilo romántico de aquellos tiempos: «estoy condenada por el destino a amarte para siempre, a quererte siempre y no verte nunca...». Este estilo de epístola es típico del amor cortés renacentista, y puede significar, o no, un amor carnal, pero con toda seguridad al menos un amor platónico, un amor elegante, refinado y tal vez solo espiritual. La intimidad de trato entre Ebba y Cristina hizo correr los rumores de una relación entre mujeres.

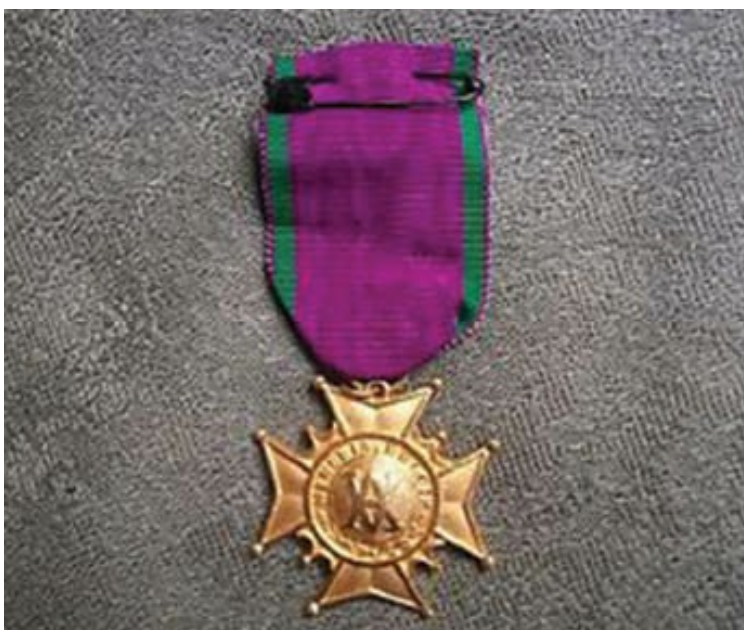




Ebba Sparre, la bella condesa

La mayor parte del tiempo libre de Cristina lo pasaba en compañía de *la belle comtesse* y a menudo la reina llamaba la atención sobre la belleza de su amiga, así, en una ocasión la presentó al embajador inglés Whitelocke como su compañera de cama, y seguidamente aseguró al atónito Whitelocke que la inteligencia de Sparre era tan extraordinaria como la belleza de su cuerpo.

Cuando Cristina dejó Suecia, continuó escribiendo apasionadas cartas de amor a Sparre, en las que le contaba que siempre sería su amante. De todas formas, este tipo de cartas, como decimos, eran relativamente comunes en aquel tiempo, y Cristina usaba el mismo estilo y lenguaje cuando escribía a otras mujeres a las que nunca había conocido, pero cuyos escritos ella admiraba. Sobre este asunto ha escrito la autora Elisabeth Aasen y a ella remitimos al lector.



Distintivo de la Orden del Amaranto

Para rematar la historia diremos que Ebba estuvo comprometida con Bengt Gabrielsson Oxenstierna, pero rompió tal compromiso para, por iniciativa de la reina, casarse con Jacobo Kasimir de la Gardie, hermano del favorito de la reina, [Magnus Gabriel de la Gardie](#). Se casaron en 1652. El matrimonio no fue feliz. Ebba Sparre fue la única favorita de Cristina, y mantuvieron el contacto por carta incluso, como ya hemos comentado, cuando Cristina marchó de Suecia.

En 1653 la reina fundó la Orden del Amaranto y el español Antonio Pimentel fue nombrado su primer caballero.

Con esta ocasión volvieron a correr rumores de que el noble español era su amante. El amaranto es una flor símbolo de la inmortalidad, su nombre significa ‘inmarchitable’. Al fundarse la Orden de Caballería en la corte se sabía que era en honor de don Antonio de Pimentel, y por el símbolo de inmarchitable se sospechaba que correspondía a un amor eterno o algo así.

El distintivo de la Orden era una cinta color de rojo fuego de donde pendía un anillo con dos aes mayúsculas entrelazadas, de diamantes, rodeadas de una corona de laurel, y tenían por divisa, bordada en la cinta, la frase *semper ídem*: ‘siempre lo mismo’, ‘siempre igual’. Los caballeros de tal Orden, al recibir la cinta, si no estaban casados hacían promesa de no hacerlo jamás, y si lo estaban juraban no contraer segundas nupcias en caso de quedar viudos.

Esta Orden en principio constaba de quince caballeros y quince damas, la reina era su Gran Maestre; los caballeros más señalados eran Antonio de Pimentel, el conde de Tott y el conde de Dona. La predilección de la reina por Pimentel tiene muy sencilla explicación, más que de amores se trataba de otro asunto, él había ayudado en la conversión de la reina al catolicismo favoreciendo su instrucción en la fe católica, y ella le mostraba su agradecimiento de este modo espiritual, con una Orden de Caballería en la cual él era el primer caballero.

Al año siguiente de la institución de la Orden del Amaranto, en febrero de [1654](#), la reina comunicó al Consejo del Reino, y a todos los principales, su decisión de [abdicar](#) a la corona. No dio explicaciones, pero dijo que con el tiempo se entenderían sus motivos.

Cuando Cristina se retiró de Suecia le persiguió su reputación, tenía fama de desenvuelta, de vestir descuidada y desaliñadamente, de preferir vestir ropa masculina, de ser impetuosa y valiente y, sobre todo, de tener amantes.

Gran notoriedad ganó el asunto del caballero mayor Monaldeschi. Las cosas sucedieron así. En octubre de 1657, la reina Cristina de Suecia llegaba a Francia procedente de Roma. Pronto se convirtió en el centro de atención: su excentricidad y sus cuestionables modales no pasaban desapercibidos en la corte. Físicamente era poco agraciada: su rostro era demasiado largo, de rasgos muy marcados, nariz aquilina, boca grande, pero tenía unos bonitos ojos llenos de fuego. Era extraña, diferente; según las francesas, no vestía bien, parecía que siempre llevara las ropas mal ajustadas, se empolvaba demasiado y nunca usaba guantes. Para complementar su estrafalaria imagen, llevaba peluca masculina, y a veces sombrero.

*Mademoiselle* de Montpensier contó de ella en una ocasión en que la acompañó al *ballet*:

Me sorprendió mucho, aplaudiendo las partes que le agradaban, jurando, retrepándose en el asiento, cruzando las piernas, pasándolas sobre los brazos de la silla y adoptando otras posturas que jamás en mi vida había visto excepto en Travelin y Jodelet [dos famosos bufones]. Era, en todos los aspectos, una criatura de lo más extraordinario.

Como quiera que fuese, Cristina era de sangre real y Luis XIV la invitó a su palacio de Fontainebleau. En mala hora lo hiciera, seguro que el rey se arrepintió mil veces.

Entre los miembros del séquito de Cristina de Suecia venía su caballero mayor, Gian Rinaldo, marqués de Monaldeschi, un atractivo italiano que había sabido seducirla. Corría la voz de que eran amantes. Eran casi inseparables. Monaldeschi soportaba sus cambios de humor, en los que la pasión se alternaba con períodos de frialdad e incluso de crueldad, pero asumía que era el precio a pagar por tan buena posición.



El Cardenal Mazarino

Sin embargo, el favorito descubrió un día con desagrado que había sido suplantado en el favor de la reina por Sentinelli. Se propuso vengarse de esta traición con otra de diferente índole y comenzó a revelar los secretos de Cristina, quien, por cierto, tenía muchos y grandes. A ella se le

había metido en la cabeza coronarse como reina de Nápoles tras arrebatárselo a los españoles. Con tal fin andaba en tratos con Mazarino y trataba de negociar con Cromwell.

El cardenal Mazarino, favorito de Luis XIV, ya había intentado quitar a España el reino de Nápoles, había fracasado en una primera ocasión pero en una segunda intentona podía tener éxito y la candidata ideal, para coronarse como reina de un Nápoles independiente era Cristina, tal y como lo veía el taimado clérigo. Así que ambos, Cristina y Mazarino, entraron en conversaciones.

Monaldeschi estaba al tanto de todo, no solo por cuanto Cristina le confiaba sino porque también espiaba sus conversaciones privadas con Mazarino. El marqués reveló los planes y, además, falsificó la caligrafía y el sello de Sentinelli para fabricar una serie de cartas comprometedoras, escandalosas e insultantes para con la reina, unas misivas que puso en circulación. Esperaba con ello enemistar a Cristina con su rival y poner fin a aquella relación que lo había postergado. Pero las cartas llegaron hasta ella, que no se engañó ni por un momento acerca del origen de aquella vileza.



Cristina y el conde Monaldeschi

Antes del siglo XIX se pensaba que el enojo de la reina se debía a otros motivos. Según dicha versión, el único crimen de Monaldeschi habría sido escribirle cartas a una dama a la que claramente prefería a su soberana. Pero hoy sabemos, tras el estudio de las cartas cifradas de Cristina, que el servidor se había metido en un juego muy peligroso y que, desde luego, la había traicionado.

Los detalles de lo que sucedió a continuación fueron registrados minuciosamente por el capellán de la reina, el padre Le Bel, y contamos también con un relato escrito por Marco Antonio Conti que confirma la historia. Ambas narraciones fueron publicadas en el año 1865.

Una mañana el padre Le Bel encontró a su puerta a un servidor de Cristina de Suecia. Le dijo que la reina deseaba hablarle. Siguió este al criado y antes de que la reina hablase con él, el criado lo condujo a una antecámara, luego, después de esperar unos minutos, lo condujo al apartamento de la reina, quien, antes de que Le Bel tuviera tiempo de presentarle sus respetos, se acercó y le pidió que la siguiera hasta la galería, donde habría más privacidad. Tras un poco de conversación intrascendente, la reina dijo: «El hábito que lleváis, mi buen padre, justifica que deposite toda mi confianza en que cuanto os revele permanecerá secreto; pero lo que voy a

comunicaros es de tal importancia que debéis prometer solemnemente que guardaréis el mismo silencio que si os lo hubiera confiado en vuestra silla de confesor».



Galería de los Ciervos en Fontainebleau

El clérigo aseguró de manera solemne que nunca lo revelaría, fuese lo que fuese. Ella le entregó un paquete de papeles sin identificar y sellado en tres lugares. «Guardádmelo hasta que os lo pida», dijo la reina.

El padre Le Bel repitió su promesa. Ella le exhortó a cumplir lo prometido y fuese no sin antes decir: «Aseguraos de que anotáis exactamente el día, la hora y el lugar en que os hice entrega de este paquete».

El 10 de noviembre la reina hizo llamar al padre Le Bel y este acudió con el paquete que se le había confiado. Estaban en la llamada Galería de los Ciervos, cuyas pesadas puertas fueron cerradas al entrar el sacerdote con el paquete de la reina en sus manos. Allí había otros tres hombres y uno de ellos era Monaldesco, la reina le pidió su fardel y él lo entregó, ella lo abrió y entregó un paquete de cartas al caballero mayor. «¿Las reconocéis?», le preguntó. El hombre palideció: eran las cartas que él había escrito contando los secretos de Cristina, mejor dicho, copias de sus misivas hechas por la mismísima soberana.

Tras intentar negarlo varias veces el hombre hubo de admitir que él las había escrito, se arrodilló ante Cristina y pidió perdón, pero ella se lo negó. El padre Le Bel se lo suplicó en nombre de lo más sagrado, pero ella no quiso escucharle. Ludovico Santinelli, que era el tercer hombre que se hallaba allí, trató de interceder: «*Madame*, pensad que estáis en el reino de Francia y en casa de su rey». Le habló largo rato explicando que tal sentencia por fuerza había de molestar a su anfitrión. Pero ella hizo oídos sordos. El mismo caballero estuvo más de una hora hablando con la reina, al fin ella se dirigió al padre Le Bel: «Padre, preparad a este hombre que va a morir». Por fin hizo decapitar a su antiguo favorito sobre el suelo de la galería. El asunto había tomado solo tres horas.



Marquis de Monaldesco.

El marqués de Monaldesco

Naturalmente el país se horrorizó y también los reyes se ofendieron. Mazarino, que se halló en una situación incómoda por su amistad con Cristina, para disimular lo sucedido lo hizo aparecer como una venganza entre italianos: Moldesco y Santinelli por una cuestión de celos. De todos modos, el cardenal indagó en la conducta de la reina Cristina. El escándalo se tapó lo mejor que se pudo, pero todos sabían de la intervención de la sueca. La reina, satisfecha, escribió a Santinelli: «[...] finalmente ya está muerto condenando su ignominia y vuestra inocencia [...] pienso que solo tengo que rendir cuentas a Dios». Y es que ante ella misma continuaba siendo la reina Cristina.

Poco después de tal acto recibió la reina una carta de Mazarino en que le notificaba que su presencia no sería bien recibida en la corte. Ello le causó gran indignación y contestó al prelado con esta carta que merece reseñarse:

[...] Los que os han contado las circunstancias de la muerte de Monaldesco están muy mal informados.

Me parece extraño que hayáis ocupado tantas personas para averiguar la verdad sobre este asunto, pero vuestra conducta, aunque alocada, no me sorprende en realidad; si bien nunca hubiese imaginado que ni vos, ni ese niño arrogante que tenéis por amo, osarais manifestarme vuestro resentimiento.

Sabed todos, amos y servidores, grandes y pequeños, que fue mi voluntad actuar como lo hice y que no tengo que rendir cuentas a nadie y menos a bribones como vos.

Os comportáis como cabe esperar de un hombre de vuestra pobre condición, pero no puedo imaginar las razones por las cuales hayáis decidido escribirme, ni me tomaré la molestia de averiguarlo.

Quiero que sepáis e informéis a quien corresponda, que a Cristina le importa bien poco vuestra corte, y vos menos aún, que para hacer justicia no necesito recurrir a vuestro formidable poder; Mi honor requiere que se haga así y mi voluntad es una ley que deberíais respetar.

Vuestro deber es guardar silencio, y algunas personas, a las que valoro tan poco como a vos, harían bien en enterarse de lo que deben a sus iguales, en lugar de darse esos aires ridículos.

Por último, señor cardenal, sabed que Cristina es reina en donde quiera que esté y en cualquier lugar en el que elija residir hay hombres, que aunque puedan ser unos tunantes, aun así son mejores que vos y los vuestros.

Razón tenía el príncipe de Condé al decir, mientras lo reteníais prisionero de un modo inhumano en Vincennes, «ese viejo zorro que ya engañado a Dios y al diablo, nunca dejará de oprimir a los buenos servidores del Estado, hasta que el Parlamento eche o castigue severamente al más ilustre truhán de Pescina».

Seguid mi consejo, Giulio, y comportaos de modo que merezcáis mi favor. Dios os guarde de aventurar una sola palabra indiscreta sobre mí, porque aunque sea el día del juicio final, tarde o temprano, seré informada de vuestra conducta. Yo también tengo amigos y cortesanos a mi servicio, tan hábiles y vigilantes como los vuestros, aunque un poco peor pagados [...].

Muestra un orgullo sin par en toda la misiva y envía una más que velada amenaza al poderoso Mazarino, a quien califica de hombre de pobre condición, bribón y tunante. A Luis XIV lo define como «ese niño arrogante que tenéis por amo», y finalmente le avisa que le tendrá vigilado. Un último rumor corrió por Europa, había fijado su residencia en Roma y su actitud transgresora preocupaba al Santo Padre. Se habló de unos posibles amores de Cristina y el cardenal Decio Azzolino.

Era este purpurado hombre inteligente, nacido en 1623 que rondaba por entonces los cuarenta años. Tenía tres doctorados: en Filosofía, Derecho y Teología. Era el especialista de Roma para desentrañar y transcribir documentos cifrados. En el Vaticano era considerado como valioso investigador, y algunos dicen que espía.



El Cardenal Decio Azzolino

Cuando la reina Cristina decidió vivir en Roma, mientras buscaba acomodo digno de ella, se le permitió habitar en el Vaticano y se le indicó que para ayudarla el cardenal Decio Azzolino sería su guía y colaborador. Ambos, reina y cardenal, llegaron a ser grandes amigos, y su amistad era tan obvia que la gente murmuraba que eran amantes. Ello sobre todo por la fama del cardenal

Azzolino que según se decía había tenido amigas íntimas. Tanto la reina como el purpurado negaron cualquier clase de relación que no fuese una simple amistad.

En todo caso las malas lenguas aseguran otras relaciones y un autor anónimo escribió un libro sobre ellos, *El Concubinato Escandaloso y Público* y otro autor, también escondido en el anonimato, escribió *Historia de las Intrigas Galantes de la Reina Cristina*. Ambas publicadas después de la muerte de la reina. Como quiera que fuese y fuera cual fuera su relación con el cardenal Azzolino, él fue su heredero, cuando hizo testamento a él dejó sus bienes la reina.

De otra persona se dice que se prendó la reina sin trono durante su estancia en Roma: la marquesa de Thianges, a la que escribió cartas ardientes en su peculiar estilo: «Si fuese un hombre caería a vuestros pies lánguido de amor [...]». Es más, se dice que Cristina invitó a la marquesa a Roma y le sugirió que abandonase a su marido «porque ni siquiera el mejor vale nada, es mejor librarse de ellos».

Sin duda a la reina Cristina no le importaban las habladurías.



## EL ASUNTO DEL MATRIMONIO. SU CONVERSIÓN AL CATOLICISMO Y RENUNCIA AL TRONO

Ya hemos visto en el desarrollo de esta biografía cómo Cristina, en su primera juventud, excepto por haber estado enamorada de un joven Magnus Gabriel de la Gardie, no tuvo intención de unirse a ningún hombre, al menos en matrimonio.

No se guardó de hacer público su desagrado ante las ataduras del vínculo matrimonial, en sus propias palabras: «El matrimonio suscita en mí una repugnancia tal que todavía ignoro cuándo podré vencerla». Obviamente nunca venció esta desazón y ello, unido a otras razones, hizo que Cristina nunca considerase seriamente el matrimonio para sí misma.

Era una extraña mujer. Arrogante, descuidada, malhablada, pero culta, estudiosa y deseosa de conocimientos. La reina más culta que ha tenido Suecia y una de las más cultas de Europa.

Como soberana cumplía con su trabajo escrupulosamente como con un sagrado deber, las horas de estudio y el tiempo que invertía en su correspondencia privada se las robaba al sueño y de tanto estudiar cayó enferma de agotamiento. En su mente cavilaba sobre las verdades últimas, cuestión espinosa esta. Parece que durante años estuvo sopesando las verdades que conocía y comparándolas con otras que iba conociendo. Se le oyó decir a menudo: «los tontos son más peligrosos que los ateos».

En algún momento la reina comenzó a dudar de la validez del protestantismo, el culto oficial de su país, y empezó a sentir una evidente simpatía por el catolicismo. Era algo incomprensible en un país cuyo rey Gustavo Adolfo, padre de Cristina, había sido el paladín del protestantismo y había perdido la vida en su defensa. Ella, sin embargo, comenzó a separarse de aquellas ideas para reflexionar sobre otras que por entonces eran consideradas doctrinas del enemigo.

Durante su reinado mantuvo contacto con filósofos seculares y religiosos así lo demuestra su correspondencia con el jesuita italiano Paolo Casati (1617-1707), a quien se le había encomendado que examinase la verdadera conversión de Cristina al catolicismo.

Tal vez como secuela de esta progresiva conversión religiosa —la reina admiraba especialmente de la doctrina católica el celibato—, Cristina comenzó a defender su derecho a no contraer matrimonio, institución que le desagradaba profundamente, tal y como ella subraya en su autobiografía en la que también afirma que su obsesión por el estudio no le dejaba tiempo para cuidarse o ser coqueta con el sexo opuesto.



Carlos X Gustavo de Suecia

Aunque la reina hubiese mantenido algún amorío esporádico, cosa por otra parte nunca comprobada, parece que nunca pensó seriamente en casarse. Finalmente hizo saber al Parlamento de manera oficial que nunca se casaría, y así lo anunció el 26 de febrero de 1649, cuando declaró solemnemente que había tomado la decisión de mantenerse soltera; en cuanto a la transmisión de la corona, nombraba como sucesor al trono a su primo Carlos (X) Gustavo (1622-1660).

En 1654 anunció que había decidido abdicar. Aún hoy en día los historiadores se preguntan cuál fue la razón que llevó a la reina Cristina a abandonar el trono. La versión más fiable es la que apunta a que la corona era un obstáculo insalvable para su conversión al catolicismo. Los suecos no admitirían una reina católica y el resto de los países protestantes tampoco.

Vemos, pues, como los motivos de su conversión tienen que ver con su sed de conocer la verdad, profundizar en los conocimientos, filosofar. En su corte estuvieron algunos embajadores de países católicos, hombres preparados para hablar con tal reina que era al tiempo pensadora. Estos fueron el embajador francés Pierre Hécctor Chanut, el religioso Antonio Macedo de Portugal y el embajador de España desde 1652 que fue el general Antonio Pimentel del Prado. Este último le puso en contacto con sacerdotes jesuitas que pudieron acelerar su conversión. A raíz de la amistad de Cristina con el embajador Pimentel, surgió el rumor de que eran amantes. Por fin la reina abdicó.

Quería ser totalmente libre. El acto de abdicación y cambio de rey se produjo el 6 de junio de 1654 en el castillo de Upsala. La reina se despojó de sus insignias y se las entregó a su primo, que asumió la corona de Suecia con el nombre de Carlos X Gustavo. Nadie se atrevió ni quiso quitarle la corona, así que tuvo que hacerlo ella misma.

Al día siguiente, en una impresionante ceremonia, Cristina se despidió del nuevo rey, de los miembros del Consejo, de los nobles y de las damas de la corte. Enseguida se alejó de Suecia y

tras pasar por Nyköping, donde se hallaba su madre, embarcó con dirección a Hamburgo. Miró hacia atrás y dijo «¡Soy libre!» El precio de la libertad era una corona y al parecer lo había pagado gustosa.

Al llegar a Innsbruck, Cristina hizo el anuncio oficial de su conversión al catolicismo abjurando del luteranismo en el que se había criado. Desde allí inició el camino a Roma, que era su destino final. De todos modos a veces hay que creer que su conversión no fue del todo verdadera. Más tarde ella misma escribiría:

Abracé el catolicismo sin devoción; abjuré de los dogmas de la reforma y entré en la Iglesia católica porque no creía en nada [...] Me persuadí de que si un día me expatriaba en Italia, estaría loca si no me unía radicalmente a alguna creencia o no me inclinaba por las suyas. En fin, ya no escucho sermones, desprecio a todos los oradores; después de lo que dijo Salomón, todo lo demás son tonterías, pues cada cual debe vivir contento, comiendo, bebiendo y cantando. [¿No nos recuerda demasiado esto a Corintios 15:32?] Si como hombre batallé en Éfeso contra fieras, ¿qué me aprovecha? Si los muertos no resucitan, comamos y bebamos, porque mañana moriremos.

## DE UN LADO PARA OTRO

Una vez en Roma, Cristina empezó a buscar obras de arte para ampliar el conjunto que había traído de su país. Algo le impidió comprar todo lo que deseaba: el dinero. Tras haber dispuesto de fondos inextinguibles no estaba preparada para no gastar más de lo que tenía o de lo que le era posible. Ella recibía una pensión de su país, pero esta no siempre llegaba a tiempo y los asuntos de la guerra con Polonia y Dinamarca hicieron mella en la situación económica de su patria. Fue el cardenal Azzolini el que la ayudó a racionalizar sus gastos nombrándole un administrador experimentado y capaz a la par que honrado.

Llegado el año de 1660, aconteció en Suecia que su nuevo rey, Carlos X Gustavo, falleció de improviso y dejó como heredero a un niño (Carlos XI), que solamente tenía cuatro años. El caos amenazaba al país. La viuda de Carlos X, Eduvigis-Leonor de Holstein-Gottorp, en cumplimiento del testamento de su marido, se convirtió, con el beneplácito del Parlamento, en miembro de la regencia ayudada y aconsejada para el desempeño de esta misión por cinco miembros notables de la nobleza del país. Tras enterarse de estos sucesos y ante la nueva situación, la exilada Cristina decidió volver a su país para velar por sus intereses, o al menos esto dijo.

Su estancia tuvo éxitos y fracasos: logró renovar las condiciones bajo las cuales recibía sus rentas que se le habían asignado para vivir lejos de su país, pero se le retiró el poder que tenía para nombrar las autoridades eclesiásticas en las tierras que poseía. La otrora reina ya no era protestante y mal podía elegir a eclesiásticos de una religión que ya no era la suya.

Ofendida y molesta hizo gala de su nueva religión celebrando misas en su domicilio, cosa que enfureció a muchos suecos.

Tras una estancia en Johannisborg, una de sus propiedades, abandonó Suecia en 1661 y viajó a Hamburgo, en donde ya había estado antes y allí permaneció cerca de otro año; espíritu inquieto, se interesó entonces por la alquimia. Cristina ya desde joven se había interesado por la alquimia y el hermetismo. Cuando todavía era reina de Suecia, había recibido a alquimistas y autores de textos herméticos. Cristina no solo se dedicaba a lecturas de textos herméticos, sino que también se dedicó a la práctica alquímica en el laboratorio. Hay constancia de ello al menos desde 1656, en Pesaro, Italia; en 1657, en Fontainebleau, Francia; en 1666 y 1667, mientras residía temporalmente en Hamburgo. Trabajaba también en su propio laboratorio en Roma, donde tenía a su servicio a diversas personas para que le ayudasen en la experimentación, como Pietro Antonio Bandiera, Federico Gualdo y una mujer alquimista, con el pseudónimo de Sibila, que vivía en el propio palacio.

La doctora Susana Akerman (doctora en Humanismo y Filosofía en la Universidad de Estocolmo, autora de un estudio sobre la mujer y la alquimia) señala que el interés de la soberana en los estudios de los textos herméticos, su fascinación por la astrología y la práctica alquímica, no son sino actividades que pertenecen al mismo campo de pensamiento: la unicidad del universo y de la materia que lo constituye, ya que la alquimia propone una teoría unitaria sobre la creación de la materia y las entidades biológicas, y una correspondencia efectiva, operativa, entre el cosmos y los seres humanos a través de lo que en la época se denominaba «alma del mundo», el elemento central del pensamiento hermético, inspirado en la filosofía estoica y en el neoplatonismo. Pensamientos todos en la órbita de la filósofa y pensadora que había en Cristina.



Carlos XI de Suecia

Otros estudiosos de la reina Cristina no ven en este interés más que la relación que puede tener la alquimia con la transmutación de los metales, el plomo en oro para solucionar sus problemas económicos. En todo caso, tras un año de estancia en Hamburgo regresó a Roma.

Durante la regencia de Carlos XI las relaciones con los regentes fueron tensas.

La figura principal era aquel Magnus Gabriel de la Gardie, de quien ella había estado enamorada de joven y con quien chocaba continuamente. Magnus además era tío del joven rey y decía que velaba por sus intereses. Toda la década de los sesenta de aquel siglo estuvo dominada por estos desencuentros y sus dificultades económicas.

Hacia 1666 decidió volver a Suecia y entonces desde su patria recibió la prohibición de llevar consigo sacerdotes católicos. Se acordaban de las misas que había hecho celebrar en su palacio en su estancia anterior, con gran disgusto de sus parientes, de los suecos en general y sobre todo de los clérigos. Ella aceptó la prohibición, pero asistía a misa muy frecuentemente en la embajada francesa, que era territorio exento donde no podían prohibirle visitas para lo que ella quisiese, todos sabían que era para asistir a misa, pero no podían impedirlo.

En realidad la reina Cristina había ido a su patria a ver si podía arreglar en algo sus finanzas, logró arrendar un par de propiedades con lo que tuvo desde entonces unas entradas fijas. Sintiendo que en su tierra no era bien recibida, molesta y desencantada, en 1668 abandonó Suecia para nunca más regresar. Volvió a Roma vía Hamburgo y restableció su corte en la Ciudad Eterna.

## LA ÚLTIMA ESTANCIA EN ROMA

Mientras Cristina estaba ausente de Roma, había fallecido (en mayo de 1667) el papa Alejandro VII; fue elegido como siguiente papa el cardenal Julio Rospigliosi, con el nombre de Clemente IX.

Tanto el amigo de Cristina, el cardenal Azzolino, como ella misma, habían apoyado activamente la elección de Rospigliosi, con lo que la exreina contaba con la simpatía del Santo Padre. Clemente era también un hombre ilustrado y su simpatía y agradecimiento a la noble dama se concretaron en unas rentas anuales para ayudarle en sus proyectos, y es que Cristina, amante como era de las artes, había pensado en revivir la actividad cultural de aquella ciudad, para ello deseaba reunir a artistas, científicos e intelectuales en su residencia y les dio una estructura básica en forma de [academias](#), donde se podía discutir y crear. A los miembros más destacados les asignó un estipendio de su propio dinero y en algunos casos una pensión. Una de sus academias, llamada Academia Real, estaba inspirada en la Academia Francesa.

Su intención última era preocuparse de mejorar el idioma poético italiano, el cual consideraba proclive a la exuberancia y a lo barroco y la hipérbole; ella tenía en mente transformarlo gradualmente en uno más sencillo.

Puede decirse que tuvo éxito tras su muerte en 1690, pues el proyecto se transformaría en la llamada Pontificia Accademia degli Arcadi, o Academia de la Arcadia. Entre los miembros de dicha Academia se hallaba un joven literato, Giovanni Francesco Albani, el futuro papa Clemente XII, pero eso sería otra historia.

En cuanto a la alquimia, no olvidó su interés. Entre su círculo de alquimistas en Roma destacan Franco María Santinelli, que bajo el pseudónimo de Marc-Antonio Crasselame escribió la obra *Lux Obnubilata* (la luz saliendo por sí misma de las tinieblas), publicada en 1666, y, sobre todo, Massimiliano Savelli, marqués de Palombara, que estuvo al servicio de Cristina desde 1677 hasta su muerte en 1685. Fue el autor de la obra alquímica *La Bugía*, cuyo manuscrito se encontraba entre los documentos personales de Cristina.



Clemente IX



Juan Lorenzo Bernini, protegido de Cristina

Susan Akerman nos señala que en relación con la alquimia es sugestivo reflexionar sobre los intereses herméticos de Cristina, y sobre el entorno social y religioso en el que se desarrollaban sus actividades en Roma, centro del catolicismo universal.



El jesuita Atanasio Kirchner

Salvo que se pretendiese poner en cuestión aspectos doctrinales del catolicismo, o sus intereses políticos, esas actividades se desarrollaban generalmente sin provocar conflictos serios con la Iglesia católica. Es más, el examen del pensamiento del que era sin lugar a dudas el erudito católico más influyente de la época y residente en Roma, el jesuita Athanasius Kircher (1602-1680), que conoció a Cristina, nos revela no pocos aspectos que podrían interpretarse también a la luz del hermetismo, al considerar la existencia de vínculos reales entre todos los elementos de la creación, en una cadena de influencias que se extiende desde el Creador a sus criaturas, a través de la cual aquel interviene de manera efectiva en los asuntos mundanos.





Arcángelo Corelli

Sus interpretaciones del magnetismo y la luz, por ejemplo, están fuertemente teñidas de neoplatonismo, que a menudo eran compartidas por personalidades relevantes de la cultura romana, como Bernini, a quien solía visitar en su taller, y que también disfrutó del mecenazgo de Cristina, también colaboró con Kircher y otros jesuitas en diversas empresas artísticas y editoriales.

La expatriada reina se interesaba por todos los ámbitos de la cultura y la creación: con su no muy rico peculio hizo incursiones en la arqueología y financió algunas excavaciones. Amante de la escultura reunió una excelente colección de esculturas antiguas, como un grupo de musas que luego sería adquirido por el Museo del Prado. En su palacio hizo construir un observatorio astronómico y allí pasaba horas observando el cielo, para aprender sobre ello contrató los servicios de astrónomos para que le explicasen lo que allí se veía.

Su sistema de academias atrajo a científicos tan notables como el [fisiólogo Giovanni Alfonso Borelli](#), a músicos como [Bernardo Pasquini](#), [Alessandro Scarlatti](#), [Arcángelo Corelli](#) y [Alessandro Stradella](#) entre los más destacados, y a poetas como [Carlo Alessandro Guidi](#) y [Vincenzo da Filicaja](#).

Por no seguir con este tema diremos que pocos reyes, por no decir ninguno y mucho menos reinas, igualaron en cultura y afán de saber de esta asombrosa mujer, que igual protegió al teatro, a la ópera, a la filosofía que a la teología. Mantuvo copiosa correspondencia con varios teólogos, incluso con algunos que eran incómodos a la Santa Sede, como Antonio Vieira, que estaba en conflicto con el Tribunal de la Herética Parvedad; a este sacerdote ofreció un puesto en su corte de Roma.

## SU OBRA LITERARIA

Gran parte de esta obra se halla en la abundante correspondencia que mantuvo con personajes de primera fila en el siglo. Aficionada como era a la teología y a la filosofía, mucha de su obra, casi siempre en francés, se halla en esta correspondencia mantenida con notables teólogos y filósofos. A los interesados se les puede decir que gran parte de esta producción se halla en la Biblioteca Vaticana, así como repartida por toda Europa.



Enterramiento de Cristina de Suecia

Empezó también a escribir unas *Memorias* que parece empezó a redactar en 1660 y quedaron inconclusas y apenas sí pasan de sus años de niñez.

En 1665, Françoise de la Rochefoucauld publicó un libro que intituló *Reflexiones o Sentencias y Máximas Morales*, el libro debió haber impresionado a Cristina que inició un intercambio de correspondencia con el noble francés y al fin se sintió motivada para escribir sus *Aforismos*, que al fin se concretaron en tres volúmenes: *Les Sentiments Heroiques*, *L'Ouvrage de Loisir* y *Les Sentiments Raissonables*. En total llegan a mil trescientos aforismos, breve expresión del pensamiento.

Sus últimos años fueron de dificultades económicas, aunque el rey de Suecia, Carlos XI, hizo lo posible por mantener sus gajes, la guerra hizo imposible mantener lo prometido. Mermadas sus entradas se vio en la tesitura de abandonar muchos de sus mecenazgos, como el de Arcángelo Corelli, su maestro de Capilla.

Por entonces su salud comenzó a quebrantarse notablemente. El 13 de febrero de 1689 sufrió una pérdida de consciencia y esto se repitió unos días más tarde. A primeros de marzo recibió la extremaunción e hizo su testamento dejando como heredero al cardenal Azzolino.

También le escribió una carta al papa Inocencio XI solicitando con humildad su perdón por las diferencias que habían tenido. El papa, que también se encontraba enfermo, recibió la misiva con emoción y le respondió por medio de un cardenal, que daba por terminadas sus diferencias y le daba la absolución. En sus últimos días tuvo la compañía de su amigo Azzolino, que también se hallaba enfermo y moriría el 6 de junio del mismo año.

En su testamento, Cristina escribió que deseaba ser amortajada de blanco y sepultada en el Panteón de Agripa, sin exhibición de sus restos y rechazando cualquier pompa o vanidad. Su epitafio debería ser tallado en una piedra sencilla y solo con la inscripción «D.O.M. Vixit Christina annos LXIII» ('Deo Óptimo Máximo vivió Christina 63 años').

A las seis de la mañana del 14 de abril, reposando en su lecho y solo en compañía del cardenal Azzolino y su confesor, Pater Slavata, Cristina llevó su mano izquierda al pecho y expiró.

Aunque ella había manifestado que no quería más que un entierro sencillo, no se respetó su voluntad.

El cardenal Azzolino y el papa Inocencio XI decidieron darle un funeral de Estado. Su cuerpo amortajado se expuso durante tres días en su palacio para recibir los últimos respetos de numerosos visitantes. Al atardecer del 22 de abril, en un carro abierto, fue trasladada en un cortejo iluminado por antorchas y rodeada de su guardia palaciega, a una iglesia designada por el cardenal Azzolino. Al siguiente día se celebró una misa de responso en presencia de todo el colegio cardenalicio. Terminada esta, se inició una enorme procesión que llevaría los restos de la reina hasta la basílica de San Pedro. Allí fue depositado su cuerpo en un ataúd de ciprés junto a su corona y cetro. El ataúd, a su vez, fue colocado en otro de plomo y finalmente en otro ataúd de madera. Este fue depositado en las llamadas *Grotte vecchie*. En este lugar espera la resurrección del último día junto a otras tres mujeres que merecieron el honor de ser sepultadas en el Vaticano: Carlota de Chipre, María Clementina Sobieska y Matilde de Canossa.

En el siglo xv, Carlota se ganó ese privilegiado puesto después de haber sido expulsada del trono de su país por su propio hermanastro y llegar a Roma, donde entabló una excelente relación con Sixto IV y su sucesor Inocencio VIII, siendo este último el que pagó el fastuoso funeral de la que había sido reina de Chipre.

[María Clementina Sobieska](#) fue una princesa polaca y de las más ricas herederas europeas del siglo xviii. Sus generosas aportaciones económicas a la Iglesia y el incondicional apoyo al papa Clemente XII, fue lo que le otorgó el exclusivo derecho de recibir un entierro de Estado y tener una sepultura en tan insigne lugar.

En medio de la llamada querrela de las investiduras apareció Matilde de Canossa, una noble italiana de gran poder e influencia que se posicionó del lado de Gregorio VII, lo que fue decisivo para los intereses papales. La mediación e intachable colaboración de Matilde de Canossa hizo que finalmente el rey fuese a suplicar clemencia y perdón al papa,teniéndolo durante tres días (y sus correspondientes noches) arrodillado a la intemperie bajo la lluvia y nieve del

frío mes de enero del año 1070. Esa humillación del monarca ante el pontífice, gracias a la mediación de la noble, hizo que en 1645 (más de cinco siglos después de haber fallecido), el papa Inocencio X mandase trasladar los restos de Matilde de Canossa hasta una sepultura esculpida por el gran Bernini en la basílica de San Pedro del Vaticano (aunque todos los trámites fueron iniciados una década antes por el papa Urbano VIII).

<sup>1</sup> Jacobo [de la Gardie](#) nació en [Reval](#) (la actual [Tallin](#)) que entonces era parte del [Imperio sueco](#). Era hijo de [Pontus de la Gardie](#) y [Sofia Johansdotter Gyllenhielm](#), hija ilegítima del rey [Juan III de Suecia](#). Su madre murió dando a luz, y su padre murió dos años más tarde.

## Capítulo 5

### Isabel I, reina de Inglaterra e Irlanda (1558-1603)

*No oblivion shall smother her glory. For her most happy memory liveth and so shall live in men's minds to all posterity*

El olvido no borrará su gloria. Su feliz memoria vive y vivirá en la mente de los hombres para siempre

William Camden

## NACIMIENTO E INFANCIA DE LA PRINCESA ISABEL

Tas repudiar en 1533 a la reina Catalina de Aragón, la primera de sus seis esposas, el rey Enrique VIII de Inglaterra contrajo matrimonio con su amante, la intrigante y calculadora Ana Bolena. El rey tenía prisa por desposarla porque esta estaba ya esperando un hijo del rey que se anhelaba fuese un varón que pudiese heredar el trono. Para ello era necesario que el niño fuese legítimo, al menos nominalmente y naciese dentro de matrimonio. El rey hizo lo posible casándose cuanto antes con la feliz madre. Poco le importaba que este casamiento no hubiese sido reconocido por la Iglesia de Roma y que esta le enviase, en lugar de parabienes, una excomunión por su pecaminosa rebeldía. Él dictaminó que este matrimonio era legítimo y sus autoridades eclesiales estuvieron de acuerdo, los que no, perdieron la cabeza.

Fue una gran desilusión para todos porque el heredero resultó ser heredera: Isabel. Con ello el rey tenía dos hijas: María, hija de Catalina de Aragón, e Isabel, hija de Ana Bolena. Más tarde ambas fueron reinas de Inglaterra.



Isabel I de Inglaterra

Con el nacimiento de esta segunda niña los esfuerzos que había hecho el rey por perseguir a toda costa su legitimidad fueron vanos; no solo eso, fue lo peor que pudo hacer porque al ir contra Roma explícitamente se obligó a romper, sin vuelta atrás, contra la iglesia de Roma y declarar la supremacía de la Iglesia Anglicana. ¡Todo por un príncipe que nunca llegó!

Dos años más tarde los reyes esperaban un niño, pero este nació muerto. Con ello, Ana Bolena perdió todo prestigio ante el rey y su amor, si es que este fue verdadero alguna vez. Al poco se le acusó de adulterio y fue decapitada. Su hija Isabel fue declarada bastarda y quedó en la misma

situación que su hermanastra María, hija del primer matrimonio de Enrique VIII con Catalina de Aragón y diecisiete años mayor que ella. Ambas fueron desposeídas de sus legítimos derechos hereditarios al trono de Inglaterra. La situación de la herencia del trono era cada vez más complicada. Ahora no había ningún heredero legítimo.

Desaparecida Ana Bolena, se casó el rey con la amable Juana Seymour, la única que le dio un heredero varón, el futuro rey Eduardo VI. Con este niño parecía que la herencia del trono quedaba definitivamente resuelta.

Muerta Juana Seymour, le sucedió la pintoresca Ana de Cleves y luego la insubstancial Catalina Howard. Estas fueron por fin relevadas por una dama (dos veces viuda a los treinta años) que iba a ser para el monarca, ya valetudinario y enfermo y en la última etapa de su vida, más enfermera que esposa: la amable y bondadosa Catalina Parr. En 1543, poco antes de la sexta boda del rey, los decretos de bastardía de María e Isabel fueron revocados y ambas fueron llamadas a la corte; los deseos de Catalina Parr pesaban mucho para el viejo soberano y ella deseaba que aquellas niñas, que al fin y al cabo eran hijas de Enrique, estuvieran en su compañía y fueran tratadas como princesas.



Isabel I de joven

Isabel tenía diez años cuando regresó a Greenwich, donde había nacido y en cuya corte estaba instalada. Los que nos hablan de ella nos dicen que por entonces era una hermosa niña, despierta, pelirroja como todos los Tudor y esbelta como Ana Bolena.

Allí, de manos de mentores cercanos al protestantismo, recibió una educación esmerada y una sólida formación humanística. Algo más que amor y compañía debió agradecer Isabel a su madrastra Catalina Parr: una buena formación, para lo que la reina Catalina trajo a la corte una serie de distinguidos tutores, de los cuales el más renombrado es el humanista de Cambridge, Roger Ascham. Bajo su tutoría Isabel recibió la severa educación reservada normalmente a los herederos varones, insistiendo en el conocimiento de las lenguas clásicas, sobre todo del latín, que era el idioma de la diplomacia y el conocimiento; le seguirían en importancia la historia, el griego, retórica y filosofía moral. Ascham admiró su capacidad de estudio y concentración: «Su mente no tiene debilidad femenina [...]. Su perseverancia es igual a la de un hombre y su memoria

retiene lo que rápidamente recibe». Seguramente al compararla favorablemente con un hombre creía estar haciéndole un cumplido.



Catalina Parr

Se dice que además de griego y latín, Isabel podía hablar fluidamente en francés e italiano, logros de los cuales estaba orgullosa y que en los años posteriores le serían muy útiles en la diplomacia. Sumergida en el saber secular renacentista, la inteligente princesa también estudió teología, entrando en contacto con los principios del protestantismo inglés en su período formativo. Se interesó por la Reforma Anglicana, pero más como una forma de consolidar su poder que como auténtica inclinación religiosa no obstante este interés labró el curso futuro de la nación. En todo caso los que la conocieron dicen que su verdadera inclinación eran las lenguas, más que la religión y sus dogmas.

Era el tiempo en que en todas las cortes europeas era de buen tono la educación humanística, sobre todo el conocimiento del latín y otros idiomas, ello sin olvidar la historia, la geografía y la música. De su hermana, María Tudor, sabemos la educación exquisita que recibió de parte de su madre Catalina y de su mentor Luis Vives, quien escribió especialmente para ella un tratado sobre la educación de las mujeres. María Tudor no necesitó la educación que aún requería Isabel, cuando María volvió a la corte ya tenía veintiún años y su educación la había completado en tiempo de su madre, Catalina de Aragón.

Catalina Parr fue con Isabel como una madre hasta la muerte de Enrique VIII, quien antes de expirar dispuso oficialmente el orden sucesorio: primero Eduardo, su heredero varón; después María, la hija de Catalina de Aragón; por último Isabel, hija de su segunda esposa.



## EL PRIMER PRETENDIENTE DE ISABEL

Tres años atrás, antes de su matrimonio con el rey don Enrique, Catalina Parr había estado en relaciones con el hermano de la difunta Jane Seymour, Thomas Seymour; escogida como esposa por el rey, Catalina hubo de renunciar a esta relación y matrimoniarse a Enrique VIII, como dijo, «era su deber».

Parece ser que no había olvidado a aquel primer amor y a la muerte de Enrique, Catalina Parr mandó apresurar los funerales, luego se sintió libre y relevada de aquel deber y quince días después se casó con Thomas Seymour. Haberse casado con este hombre, reputado seductor, conquistador y mujeriego, se dice que fue la única insensatez cometida en toda su vida por la prudente y discreta Catalina Parr.

Por extraño que parezca, Thomas Seymour ambicionaba ser rey y al parecer había sopesado todas las posibilidades. Aunque Catalina Parr lo amaba sinceramente, él solo la veía como un escalón en su meditada ascensión hacia el trono.

Ya que el joven Eduardo VI era un muchacho enfermizo y la siguiente sucesora, María Tudor también adolecía de mala salud, Thomas Seymour se propuso seducir a la joven Isabel, cuyo vigor presagiaba una larga vida y cuya cabeza parecía la más firme candidata a ceñir la corona en un próximo futuro. Las dulces palabras, los besos y las caricias aparentemente paternales no tardaron en enamorar a Isabel.

El almirante (Lord High Admiral), que tal era el cargo de Thomas Seymour, solía presentarse en las habitaciones de Isabel a darle los buenos días y al tiempo darle unas palmaditas que de cariñosas pasaron a eróticas y de la espalda «pasaron a las nalgas. En otras ocasiones, sabiendo que ella no estaba vestida del todo entraba en su cámara [...] estando en Hanworth participaron los esposos y la hijastra en una especie de juego y el juego terminó cuando Catalina y Thomas se permitieron cortar en pedazos el traje negro<sup>2</sup>» que vestía Isabel, aún de duelo por su padre.

En esto Catalina quedó encinta y sin que la princesa se lo explicara hizo que Isabel fuera alejada de la corte y confinada en el castillo de Chestnut, al norte de Londres, pero quizás ya era tarde y las sensuales familiaridades del libertino comenzaron a circular por boca de los cortesanos hasta llegar al pueblo llano. Sin duda esto fue un duro golpe para Isabel y también una humillación.

El embarazo de Catalina no terminó bien. El 30 de agosto dio a luz a una niña a la que llamó María, pronto Catalina empezó sentirse mal, antes de una semana se le declararon unas fiebres que la devastaron y, el 7 de septiembre de 1548, murió antes de cumplirse dos años de su matrimonio. Ella estaba al parecer sana y su edad no hacía presagiar tan súbita desaparición. Sorprendió a todos que Catalina falleciese tan inesperadamente y se empezó a rumorear si no habría sido *ayudada* a viajar al otro mundo por su infiel esposo. Las murmuraciones apuntaban hacia sus presuntos amoríos con la princesa Isabel, devaneos en los que estorbaba la presencia de la esposa, inclusive se preguntaban en secreto si la princesa no tendría algo que ver en ello. Entonces estalló el escándalo, en las navidades del año 1548 corrió el rumor de que Su Gracia, la princesa Isabel, estaba embarazada del Lord High Admiral.



Thomas Seymour y Catalina Parr

Lo cierto es que tan pronto la esposa desapareció, el viudo se dedicó a cortejar sin disimulo a la princesa asediándola constantemente, mientras la gobernanta Kate Ashley repetía a Isabel todas las veces que podía que todo serían ventajas si se desposaba con tan apuesto y poderoso señor. ¿Estaba esta gobernanta pagada por el «apuesto señor»?



El joven Eduardo VI

En los planes de Thomas estaba desbancar de su puesto al lord protector, su hermano, duque de Somerset, que dada la minoridad del rey Eduardo, ostentaba el poder. Se descubrió entonces una conjura secreta que debía terminar con la vida del lord protector, conjura fraguada por Thomas Seymour.



Eduardo Seymour, hermano de Thomas Seymour

Pero las cosas no sucedieron como Thomas habría deseado. El 17 de enero de 1549, Thomas Seymour fue acusado nada menos que de treinta y tres cargos de alta traición, entre ellos de «mantener relaciones con Su Gracia la princesa Isabel» y de «conspirar para casarse con ella, puesto que, como hermana de Su Majestad Eduardo, tenía posibilidades de sucederle en el trono». El proceso subsiguiente dio con los huesos de Seymour en la lóbrega Torre de Londres, antesala (cinco días) para una breve pero definitiva visita al cadalso.

Pero también con ello se cernía un peligro cierto para la joven princesa, a la que se acusó de escándalo y llevar en sus entrañas a un hijo del ambicioso Seymour (quien iba ufanándose de ello e intentó atraerse a algunos nobles para derrocar a su hermano), rompiendo así la posible línea de sucesión al trono, pero ella se defendió con gran energía y con una inteligencia superior a lo que se pudiera esperar en una joven de quince años, salió indemne del escándalo que por poco le hizo seguir los pasos hacia el cadalso que había hecho Thomas Seymour. Este había sido ejecutado el 20 de marzo de 1549, fue decapitado. Isabel se limitó a decir fríamente: «Ha muerto un hombre de mucho ingenio y poco juicio». Mucho se ha dicho que la aversión al matrimonio que demostró toda su vida la princesa tuvo su origen en la desgraciada experiencia que esta tuvo de adolescente con el pervertido Thomas Seymour. También en esa ocasión hubo de aprender el disimulo, la frialdad y el fingimiento que tanto le ayudaría a sobrevivir más adelante.

Tres años después de la muerte del almirante, el que había sido lord protector, Eduardo Seymour, duque de Somerset, siguió los mismos pasos que su hermano y de la Torre pasó al cadalso.

## MUERTE DEL JOVEN REY EDUARDO. JANE GREY Y SU EFÍMERO REINADO

Hemos hablado someramente de Eduardo VI, hijo de Enrique VIII y de su tercera esposa, Juana Seymour. Había este nacido en Hampton Court (antigua residencia del cardenal Wolsey) el 12 de octubre de 1537. Diez años más tarde fue nombrado duque de Cornualles, es curioso pero nunca fue nombrado príncipe de Gales.

Era el príncipe el orgullo de su padre, que veía en él al varón que continuaría la línea de los Tudor, pero el niño había nacido con una enfermedad congénita. Eduardo fue un niño extremadamente enclenque. Parece ser que desde su nacimiento padecía de una forma congénita de [sífilis](#) o de [tuberculosis](#), cosa nada rara dadas las costumbres licenciosas de su padre.

A pesar de todo, el niño recibió una buena educación y según la moda renacentista del momento aprendió latín y griego además de alemán.

Su padre Enrique VIII murió el [28 de enero](#) de [1547](#). Como el príncipe solo tenía diez años, antes de morir, el monarca nombró a dieciséis tutores que actuaron como un consejo de regencia hasta la mayoría de edad de Eduardo. No llegó el joven a su mayoría de edad, pues falleció a los quince años por lo que se supone un tumor supurante en el pulmón derecho.

Educado como protestante no deseaba que su hermana María Tudor heredase el trono ya que era abiertamente católica así que escogió como heredera a [Frances Brandon](#), pariente de Enrique VIII. Frances, a su vez, renunció a sus derechos a favor de su hija, [Juana Grey](#). Era Juana Grey nieta de [María Tudor, duquesa de Suffolk](#) y [reina de Francia](#), bisnieta de [Enrique VII de Inglaterra](#), sobrina nieta de [Enrique VIII](#) y por tanto, sobrina segunda de su predecesor [Eduardo VI](#) y de las reinas sucesoras, [María I](#) e [Isabel I de Inglaterra](#).



[Miniatura](#) de Eduardo VI por un artista anónimo (c. 1543-1546)

La muerte de Eduardo se mantuvo en secreto durante unos días para poder preparar la subida al trono de Juana. Las autoridades juraron su fidelidad a la nueva reina el día 10 de julio. Sin embargo, el pueblo no estaba conforme con esta sucesión que calificaba de inicua y vergonzosa y

enseguida levantó un ejército a cuya vista la nueva reina se retiró, mejor dicho, lo hizo su valedor, el duque de Northumberland. El reinado de Juana Grey duró exactamente nueve días. Fue detenida y condenada a muerte por traición como cómplice en la conspiración de Thomas Wyatt, un movimiento destinado a impedir el matrimonio de María I con su sobrino Felipe (el futuro Felipe II de España), pero en realidad con el fin de evitar la previsible reacción católica y para eliminar un posible obstáculo o contratiempo en el reinado de María.



Ajusticiamiento de *lady* Juana Grey

La ejecución tuvo lugar en la Torre de Londres. Juana tenía solamente 16 años de edad. Aquel mismo día fue ejecutado también su esposo Guilford Dudley. Once días más tarde, el 23 de febrero, el padre de Juana, Enrique, la seguía al cadalso. Así empezó el reinado de María Tudor, *Bloody Mary*, María la Sanguinaria.

En este caso de Juana Grey, Isabel apoyó a María I frente a la efímera reina Juana. Se investigó largo tiempo sobre las posibles derivaciones y complicidades del caso y durante las indagaciones Isabel estuvo encarcelada durante algunos meses en la torre de Londres, ya que su inclinación por la doctrina protestante la hizo sospechosa a ojos de su hermanastra, pese al apoyo que Isabel le había brindado. Finalmente, María hizo que la soltaran a instancias de Felipe II.

## EL REINADO DE MARIA TUDOR

El inicio del reinado de María Tudor se celebró con fiestas y salvas. Los londinenses recordaban cuánto tuvo que sufrir la amada reina Catalina de Aragón, madre de María, y cuán duro había resultado al fin el reinado de Enrique VIII, cuánta sangre derramada por la llamada «cuestión del rey», cuánta gente había sido ajusticiada acusados de *præmunire* (rebajar la autoridad del rey invistiendo la representación papal, en la práctica equivalía a alta traición y se castigaba con la muerte), que era el pretexto para deshacerse de cualquier oposición. Ahora creían que se podría restaurar la calma y dejaría de correr sangre. Del joven fallecido Eduardo no se sabía cuál hubiera sido su reinado, pues era su tío el lord protector, duque de Somerset, el que había gobernado y este, calvinista<sup>3</sup> de corazón había terminado la obra de Enrique VIII destruyendo las iglesias y monasterios que aún se habían salvado. Somerset también había ordenado la demolición de imágenes y adornos de todas clases. En el cuerpo doctrinal no se negaron los sacramentos, pero se vaciaron de contenido.



Escudo de Felipe II y María de Inglaterra

En una generación la gente no había olvidado aún la religión de sus padres, por ello deseaban más tolerancia. Pero todo cambió de signo cuando se supo que la reina María planeaba contraer matrimonio con un candidato español. España había sido, si bien la plataforma de los Tudor<sup>4</sup> para entrar en el círculo de los reyes de Europa, el enemigo y competidor por el poder en los mares. Además era la potencia que defendía a la que ellos llamaban «the roman catholic church», como opuesta a la Iglesia reformada.



María Tudor

Tras haber sufrido persecución y desprecios en su niñez y juventud y haber visto a su madre morir sola y abandonada, María decidió volver las cosas a donde habían estado antes del reinado de su padre, Enrique VIII, y persiguió a la Iglesia reformada ganándose la enemistad de todos los obispos protestantes y su jerarquía y, lo que es peor, de sus súbditos, cansados ya de tanta persecución de uno y otro lado. Para empeorar las cosas el matrimonio de María con el joven Felipe (II) no fue visto con buenos ojos por parte de los ingleses<sup>5</sup>. Creían que ella miraba más por los intereses de España que por los de su país.

Su alianza con España indignó a los ingleses, sobre todo porque condujo a una guerra desastrosa contra Francia en la que Inglaterra perdió Calais y la evolución económica del país fue desfavorable. En 1558 murió María sin descendencia y, de acuerdo con el testamento de Enrique VIII, debía sucederla Isabel.

## EL ADVENIMIENTO DE ISABEL TUDOR. ORGANIZACIÓN DEL ESTADO

A pesar de que el testamento de Enrique VIII había especificado que los derechos dinásticos, tras María, pertenecían a Isabel, la hija de Ana Bolena, el partido católico no estuvo de acuerdo y alegó la ilegitimidad de la princesa y decidió apoyar las pretensiones de María Estuardo<sup>6</sup>, pero al fin, ya que la mayoría temía que se renovasen las persecuciones por materias de religión, se decantaron por Isabel, cuyas convicciones religiosas parecían más bien tibias. Por otro lado, su aspecto saludable les prometía un largo reinado sin los sobresaltos de los últimos años.

El día de su coronación la princesa se sentó en la silla bajo la cual estaba la piedra de Scone, sobre esta se había coronado a todos los reyes ingleses desde que esta fuese tomada como botín de guerra por Eduardo I a los ejércitos de William Wallace en el siglo XIII. Allí fue proclamada cuatro veces reina, ella juró respetar las leyes y defender a la Iglesia, ser justa y piadosa. Luego fue revestida con las insignias de la realeza: la túnica, la espada, el cetro, el globo, los guantes, el manto, los borceguíes, el cinturón, las sandalias, las espuelas y el anillo. Según la leyenda oficial de los reinos de Escocia e Inglaterra, la piedra de Scone fue la que utilizó Jacob para apoyar la cabeza en el pasaje del Génesis en el que sueña con la llamada Escalera de Jacob. Hoy día la piedra está en Escocia, aunque se sigue usando en las coronaciones de los reyes de Inglaterra.

A los veinticinco años Isabel heredó un país en bancarrota, dividido por cuestiones religiosas y de legitimidad, con enemigos al otro lado del canal, y con una gran carestía de la vida que había empobrecido a las clases bajas hasta la miseria.



Firma de Isabel I





Sir William Cecil, secretario de Estado con Isabel I

La reina estaba segura de dos cosas: de su legitimidad para reinar y de su capacidad para hacerlo; una de las primeras cosas que hizo, con gran acierto, fue escoger como primer secretario de Estado a *sir* William Cecil, un hombre procedente de la alta burguesía que compartía la prudencia y la tolerancia de la reina. En todo caso, Isabel no era partidaria de cambiar de asesores y funcionarios así como de los otros hombres que ya constituían el Consejo de Estado, de este modo su consejo privado estuvo formado por las mismas personas durante casi todo su reinado. Fueron estas: el canciller Bacon; William Cecil y luego su hijo Robert Cecil; *sir* Francis Walsingham, secretario de Estado (creador de una vasta red de espionaje)<sup>7</sup>, Thomas Gresham, que se ocupaba de los temas financieros y los asuntos religiosos fueron a descansar sobre los hombros del arzobispo de Canterbury. Para poner al día la justicia, tan desacreditada después de Enrique VIII y María Tudor, se instituyeron dos cámaras: la de Ludlow, en el País de Gales y la cámara de justicia de York que se ocupaba de los condados del norte. Estas dos, junto a la Cámara Estrellada de Londres, completaban el sistema judicial.

Unos jueces de paz elegidos por la corona (designados entre propietarios territoriales que tuviesen una renta al menos de veinte libras) velaban por la aplicación de las *Poor Laws* ('leyes de pobres') de 1597. Designaban a los recaudadores de impuestos a los pobres, y repartían asignaciones entre los necesitados, tullidos y minusválidos, al tiempo que ponían a trabajar a los pobres ociosos y, en general, velaban por las obras públicas y la asistencia. Las *Poor Laws* fueron un sistema de ayuda a los pobres en Inglaterra y Gales que se desarrolló a partir de la Edad Media tardía y de las leyes Tudor, antes de ser codificado entre 1587 y 1598. Este sistema existió hasta el surgimiento del Estado de bienestar moderno después de la Segunda Guerra Mundial.

En 1563, el Parlamento encargó a los jueces de paz la elaboración de un baremo o escala salarial en cada una de sus circunscripciones, y también en ese mismo año les encargó que velasen por los derechos de la Corona frente al papado. Quizás por esa razón, en 1563, la reina mandó a

los obispos la elaboración de una encuesta o información sobre la actitud de estos en materia de religión. La pesquisa arrojó los siguientes resultados: un cincuenta y tres por ciento de los jueces de paz era favorable a los cambios de religión introducidos por Isabel. Un quince por ciento se mostraba indiferente y un treinta y dos por ciento francamente hostil. Se calcula que desde su coronación la reina substituyó entre un treinta y un cincuenta por cien de este colectivo de jueces<sup>8</sup>. ¿Serían acaso los desafectos? En todo caso la reina usó de la religión para consolidar su poder y aunque adoptó un anglicanismo oportuno y útil en ese momento, fue flexible en materia de liturgia. La religión estaba a su servicio para consolidar su poder, como en tiempos de su padre, todos los funcionarios habían de jurar la supremacía eclesiástica de la soberana.

Isabel I mantuvo la independencia insular y se esmeró en reforzar la identidad nacional haciendo que esta identificación se confundiese con su persona; ella misma, más que reina, quería parecer ante sus súbditos «una simple chica inglesa» para favorecer así el sentimiento de pertenencia al mismo grupo: el de los ingleses, con exclusión de cualquier otro grupo o conjunto, y menos aún con los del continente, pues estos fueron considerados como potenciales enemigos extranjeros.



En ocasiones Isabel I gustaba de presentarse con gran lujo casi como un icono, una figura lejana llena de autoridad y poder

Sin embargo, la reina era consciente de la insuficiente fuerza de su Inglaterra para enfrentarse de verdad con los que ella consideraba sus enemigos, que no eran otros que sus competidores por la hegemonía europea, léase Francia y España. A estos procuró por todos los modos posibles erosionar y perjudicar a fin de disminuir su poder en lo posible. Para ello no solo permitió que los hombres de su *navy* actuaran como verdaderos piratas de la mar, sino que sobre todo actuó ofreciendo ayuda a los insurrectos de los Países Bajos para desestabilizar a la Corona española, y lo mismo hizo con los Hugonotes de Francia. Además sus puertos ofrecieron refugio a los barcos

(rebeldes) y siempre que pudo ayudó con dinero y predicadores a extender el descontento económico o religioso por las tierras que consideraba competidoras de Inglaterra. Por otro lado, la navegación en curso satisfacía las ambiciones de una nobleza que con ello hallaba una entrada saneada de ingresos y una fuente de honores, al tiempo que Isabel alejaba a estos aventureros de la nobleza de su presencia en la corte, en donde solo provocarían dificultades a su reinado.

En cuanto a un posible matrimonio, de la princesa (ya reina) puede decirse que alentó las esperanzas de uno y otro pretendiente sin tener deseo en modo alguno de contraer nupcias y mucho menos con candidatos que podían anular su poder, tales como Felipe II, cuyo poderío era infinitamente más grande y real que el de Isabel. No deseó supeditarse a varón alguno, era posible que *él*, quienquiera que fuese, le quitase autoridad o al menos se la recortase. Ella había nacido para gobernar y no deseaba ceder esta prerrogativa a nadie ni siquiera compartirla.

En su acción de gobierno protegió el tejido comercial e industrial del reino; por influencia de *sir* William Cecil se limitaron las importaciones y se trató de apoyar las exportaciones como medio de compensar las entradas y salidas de dinero, frenado en lo posible el uso excesivo de artículos de lujo.

La guerra con Francia drenaba los recursos del país e Isabel vio que lo más sensato en aquellas circunstancias era buscar la paz, pues las condiciones militares y financieras de su país no permitían tales dispendios. Parecía que había comenzado con buen pie, pero había aún muchas dificultades, muchas piedras en el camino, de las cuales no era la menor la cuestión de la reina de Escocia.

## EL ASUNTO DE MARÍA ESTUARDO. DESENLACE Y MUERTE DE LA REINA DE ESCOCIA

Dos fueron los personajes que turbaron el reinado de Isabel: Felipe II y María Estuardo, hija esta de Jacobo V y María de Guisa. María Estuardo fue prometida, de muy niña, con el delfín Francisco de Francia. Jacobo V falleció a poco de nacer la niña y María de Guisa, la reina viuda, decidió que lo mejor para su hija era casarla cuanto antes con un buen (léase poderoso) consorte que le garantizase el trono de Escocia en el futuro.



Jacobo V y María de Guisa



Enrique II de Francia, padre del Delfín Francisco

El reino de Escocia hubiera preferido, con mucho, que el heredero hubiera sido un varón, pero les nació una niña. Poco antes de morir, el agonizante monarca, ansioso del nacimiento de un heredero que estabilizara la sucesión al trono escocés, al saber del nacimiento de su hija (8 de diciembre de 1542) exclamó: «¡El diablo me lleve! ¡Comenzó con una mujer, terminará con una mujer!». Esto era una alusión a que la familia Estuardo había obtenido el trono escocés gracias a Marjorie (hija de Roberto I Bruce). Jacobo creyó en verdad que el nacimiento de María marcaba el final del reinado de los Estuardo sobre Escocia. Pero, irónicamente, mediante el hijo de María, la familia Estuardo llegó al cenit de su poder al unirse el reino de Escocia y el reino de Inglaterra, gracias a su hijo Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra.



María Estuardo

Pero volvamos a lo nuestro: como María Estuardo estaba prometida al delfín Francisco fue enviada a Francia, en donde se crió en la corte de Enrique II como si fuese una verdadera francesa, ajena a las costumbres y tradiciones de su natal Escocia y entre el lujo y la pompa de las celebraciones y fiestas de sus *parientes*.

A mediados de 1558, la joven María era: reina de Escocia, delfina de Francia, y por disposición papal la única heredera legal al trono de Inglaterra como sucesora de María Tudor, pues el único matrimonio reconocido como legítimo por el papado había sido el de Enrique VIII con Catalina de Aragón, cualquier descendiente de Ana Bolena (en este caso Isabel I) era ilegítimo y por tanto incapaz de reinar legítimamente. Para la Iglesia católica el único árbol genealógico genuino era el de María Tudor, muerta, como sabemos, sin descendencia directa.

Ahora bien, Felipe II estaba en una tesitura difícil. Permitir que María Estuardo casara con un francés era añadir poder al enemigo: Francia, y por otro lado no podía negar la legitimidad de María Estuardo, como católico que era y sobrino nieto de Catalina de Aragón.

Por ese lado tenía que reconocer los derechos de la Estuardo al trono de Inglaterra. Pero si ella casaba con el francés, este podía aspirar al trono de las islas en razón de los derechos de su mujer. Entonces Escocia, Inglaterra y Francia, unidas, presentarían un frente formidable a Felipe II. Tan difícil le pareció la situación al rey de España, que decidió pedir la mano de la reina Isabel, a fin de estorbar una hipotética unión de los mencionados países a través de María Estuardo.

La idea de una nueva unión Inglaterra-España levantó entre los súbditos de Isabel un sentimiento en contra. Se habían acostumbrado en tiempos de Enrique VIII a ver en lo español un enemigo abierto contra Inglaterra y el previo matrimonio de Felipe con María Tudor no había servido ni siquiera a los súbditos católicos, mientras que los protestantes se habían visto hostigados y perseguidos por María la Sanguinaria. El sentimiento era que nada bueno podía salir de una boda entre su reina y Felipe II. Les parecía ver ya la Inquisición y otros males en su tierra.

Don Felipe tampoco veía con agrado esta boda, pero estaba dispuesto a sacrificarse. De una carta al duque de Feria respecto a sus sentimientos, entresacamos unas líneas:

[...] he decidido dejar de lado todas las demás consideraciones que pudieran pesar en contra y estoy dispuesto a hacer este servicio a Dios y ofrecer casarme con la reina de Inglaterra y haré cuanto pueda por llevar esto a efecto. [...] Lo primero y más importante es que os aseguréis de que la reina profesará la misma religión que yo tenga y tendré siempre. [...] Tendrá que obtener la absolución secreta del papa y la dispensa necesaria para que sea católica cuando me case con ella [...] de este modo será evidente y manifiesto que sirvo al Señor casándome con ella y que se ha convertido por mí.



Francisco II y María Estuardo

Nada parecido a la declaración de un futuro esposo ni siquiera en un matrimonio de conveniencia. Si para Felipe era un servicio a Dios, para los ingleses era una verdadera amenaza.

Isabel nunca tomó en serio esta ni ninguna otra proposición de matrimonio y solo fingió que se lo estaba pensando mientras no vio segura la corona sobre su cabeza, una vez que se sintió firme pudo decir definitivamente que no se casaría con el pretendiente español. En 1558, María Estuardo casó con Francisco II de Francia, cuando eran ambos muy jóvenes. No fue fructífero este matrimonio, pues María Estuardo quedó viuda a los diecisiete años y volvió a su patria, Escocia.

Se pensó en una alianza de la joven viuda con España mediante un matrimonio con el príncipe don Carlos, pero al fin casó por segunda vez con su primo hermano Enrique Estuardo, duque de Albany y conocido como lord Darnley de buena figura, sin ningún otro merecimiento. En 1566 tuvieron su primer hijo, el futuro Jacobo VI.

Por un asunto de celos el rey hizo asesinar a un juglar y la reina María a su vez hizo asesinar a Darnley, primero lo intentó poniéndole un barril de pólvora bajo la cama en donde yacía enfermo, lo cual no tuvo el resultado esperado, pues Darnley escapó, pero entonces lo estrangularon a poca

distancia de la casa de donde había huido. Corrió la noticia de que era la misma reina la que había organizado el atentado.



Enrique Estuardo, duque de Albany. Esposo de María Estuardo

Como quiera que fuese, el asesinato era el rey consorte y su muerte causó un revuelo y una gran conmoción entre católicos y protestantes. Como si este suceso no fuese lo suficientemente escandaloso como perder el trono, la reina al cabo de tres meses se casó con uno de los asesinos del anterior esposo, James Hepburn, conde de Bothwell. La nobleza obligó a Bothwell a huir al extranjero pero eso solo no satisfizo a los escoceses, la reina fue encarcelada en el castillo de Loch Leven. En el verano de 1567 fue forzada a abdicar en su hijo Jacobo.

María Estuardo logró escapar de su cautiverio, pero era tan formidable el eco de su desvergüenza que, estigmatizada por todos como adúltera y asesina, en 1568, cruzó la frontera para pedir auxilio a su prima Isabel. El secretario de Estado William Cecil y la reina Isabel de Inglaterra seguramente verían con una mezcla de alegría y preocupación cómo aquella que les había amenazado con su legitimidad y su catolicismo venía ahora a caer en su poder, mejor dicho a ponerse ella misma bajo el jurisdicción de Isabel. Nominalmente, se le concedió asilo en un castillo, pero a la petición de una entrevista por parte de María, Isabel, taimada, le contestó que no podía entrevistarse con ella hasta que no justificase la inocencia de las acusaciones que le hacían sus súbditos. Mientras, el regente de Escocia, Jacobo Estuardo, conde de Moray (regente entre 1567 y 1570) entregó a Isabel un cofrecillo con unos documentos altamente comprometedores para María, nada menos que una carta dando instrucciones para la *voladura* de Darnley. La culpabilidad de María era patente e Isabel tenía ahora a la reina de Escocia a su merced.





Ejecución de María Estuardo

A Isabel le había puesto el destino todas las cartas en la mano. Nadie dudaba ya de la complicidad de María Estuardo en la muerte de su esposo. La reina de Escocia hubiera podido liderar un levantamiento católico, no solo eso: también habría podido formar parte de una coalición europea contra Inglaterra. Barcos enemigos hubieran podido desembarcar en los estuarios escoceses si su reina lo hubiese autorizado y luego los ejércitos invasores habrían podido avanzar por tierra hacia Inglaterra. Nada de esto sucedió ni podía suceder ahora con María desacreditada ante todas las naciones y prisionera de Isabel.

Con la reina cautiva, el consejo de regencia de Escocia no se atrevía a tomar ninguna decisión. En 1586 los conspiradores consiguieron la complicidad de la Estuardo, quien desde su cautiverio firmó la abdicación de sus derechos a las coronas de Inglaterra y Escocia a favor de Felipe II, pero la correspondencia fue interceptada y la conspiración fracasó.

Un tribunal de cuarenta y seis jueces se constituyó en el castillo-prisión de María, tras diecinueve años de prisión, en 1587, María Estuardo fue condenada por alta traición y ejecutada. Fue enterrada en la catedral de Peterborough, pero tiempo después era trasladada a la abadía de Westminster, y hoy yace a pocos metros de la sepultura de Isabel. La orden la dio el rey Jacobo I, hijo de María, quien heredó las coronas de Escocia e Inglaterra.

## RELACIÓN CON ESPAÑA Y FELIPE II. COMO SURGIÓ LA GRANDE Y FELICÍSIMA ARMADA

Mientras todo esto sucedía, y sintiéndose cada vez más afianzada en el poder con el apoyo de los ingleses, Isabel empezó a desafiar la hegemonía de España.

Para desgastar a este país reforzó su ayuda a los piratas, no solo a los ingleses, sino también a los de Flandes, aquellos que se hacían llamar pordioseros del mar<sup>9</sup>, que no eran otra cosa que una banda de piratas que desde 1569 hostigaban a España con la autorización de Guillermo de Orange. Al tiempo se redoblaron los ataques de los piratas ingleses contra los galeones españoles.

La protección de Inglaterra a estos ataques era tan descarada que al fin, en 1569, se hubo de declarar la guerra. Felipe, aunque declarada la guerra, pensaba en otros métodos. Como primera provisión se contentó con enviar dinero a los católicos ingleses para ayudarles en una hipotética insurrección.



Ataque de los pordioseros del mar

Toda vez que en ese momento no se había ajusticiado aún a María Estuardo, Felipe II pensó en casarse con ella, y así se restablecería el catolicismo en Inglaterra y no haría falta acudir a las hostilidades abiertas.



Guillermo de Orange, noble rebelde y Estatúder de Holanda y Zelanda e instigador de la piratería contra España

Destronada la reina protestante y coronada María en lugar de Isabel, todo volvería a su lugar: los tercios españoles entrarían para apoyar esta causa. Se pensó incluso en otra salida: asesinar a Isabel, y en 1571 hubo un plan, aceptado por el papa, en el que el italiano Ridolfi asesinaría a Isabel, María saldría de su prisión y se casaría con el duque de Norfolk, que era católico. Pero se descubrió el complot y el de Norfolk perdió la cabeza bajo el hacha del verdugo. Durante los próximos dos años, la guerra no se concretó en alguna acción armada, pero Isabel salió no solo incólume, sino también engrandecida.



Moneda de Felipe II

Tras la muerte ajusticiada de María Estuardo, Felipe se decidió por la guerra para solucionar de una vez por todas el asunto y se decidió por la invasión de Inglaterra. Hacía ya cuatro años que Isabel había despachado al último embajador de España, Mendoza, era el momento de actuar, pero aun así había varias consideraciones a tomar en cuenta por ambas partes: por un lado Felipe temía que al fin, aun con una victoria de su parte, esta aprovechase más a Francia que a España. Por su lado, Isabel no tenía prisa, pues sus piratas Drake y Hawkins le llevaban un botín espléndido fruto de sus robos y saqueos a los buques que hacían la ruta de las Indias. Tanto fue el atrevimiento de estos corsarios que hasta llegaron a fundar colonias en el Nuevo Mundo para facilitar su maniobrabilidad y aprovisionamiento fuera de casa. La primera de estas colonias fue Virginia, llamada así en honor a la Virgen.

Tras la muerte de María Estuardo no se pudo demorar más la declaración de una guerra abierta contra Inglaterra. Felipe dio órdenes de aparejar la Grande y Felicísima Armada.

## LA GRANDE Y FELICÍSIMA ARMADA. CAUSAS DE SU FRACASO

Al disponer aquella Armada que quizás por ironía o sarcasmo los ingleses llamaron «Invencible» se pensó realmente en una que fuese invencible, en el sentido de que nada podía destruirla si no era la misma naturaleza. Hoy día, los documentos de seguros y consignaciones marítimos, aún aluden a las tempestades, ciclones y terremotos como *acts of God*, ‘actos de Dios’, es decir, la acción formidable de la naturaleza. Pero la derrota de la Grande y Felicísima Armada no solo se debió a la acción de la naturaleza, si bien esta tomó parte en el suceso, sino a la acción de los hombres y a varios errores.

Los buques españoles eran galeones o pinazas, inmejorables para la travesía del Atlántico, pero poco maniobreros en la costa. Los buques ingleses estaban contruidos para el corso y para aguas profundas, eran ligeros y de poca altura. Los buques españoles, diseñados más bien para el transporte, eran de gran altura, se balanceaban sobre las olas y sus disparos, o bien salían hacia arriba o hacia el mar.

También se ha de considerar que los ingleses luchaban en sus aguas que tan bien conocían y en defensa de su patria, mientras que los españoles fueron movidos por una política. Salvando las distancias se repitió la batalla de Salamina: un tipo más moderno de embarcación y mejor conocimiento de las costas y las corrientes, unos que invadían y otros que defendían su país.

La batalla de Salamina, 480 a.C., entre persas y griegos marcó un punto de inflexión en las guerras médicas. Tras este combate naval, el Peloponeso, y por extensión Grecia como una entidad, se salvaron de la invasión. Los persas, por su parte, sufrieron un duro golpe a su prestigio y moral, además de grandes pérdidas materiales y humanas.



Caida de La Grande y Felicísima Armada en aguas inglesas

Se ha achacado a Alfonso Pérez de Guzmán, duque de Medina Sidonia, el fracaso de la expedición. En un principio la Armada iba a estar dirigida por don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, de larga experiencia marinera. Fue él quien que escogió el tipo de barcos que habían de constituir la Grande y Felicísima Armada, pero el Almirante falleció y fue sustituido por Medina Sidonia. Durante varios meses el duque intentó no embarcarse en la empresa, pero el rey insistió y hubo de obedecer.

Se enviaron a la guerra 130 buques que desplazaban 47 868 toneladas. Iban embarcados 8000 marineros y 19 000 soldados. Los hombres de la armada inglesa eran soldados y marinos, todo en uno, no se hacía distinción entre soldados y marinería. Felipe, que no estaba embarcado y no tenía experiencia marítima, ordenaba desde su puesto la acción. Había la Armada de ir Flandes y embarcar allí a los Tercios. Tras varias vicisitudes la Armada llegó a Plymouth. Los españoles planteaban una batalla al abordaje y un desembarco; los ingleses, en cambio, habían trabajado para perfeccionar la guerra en la mar. Sus 200 buques, más ligeros y maniobrables, estaban tripulados por 12 000 marineros, y sus cañones (avezados en la piratería) tenían mayor alcance que los de los españoles. Los ingleses, prudentemente, no presentaron una línea de batalla, sino que desde sus posiciones costeras se contentaron con hostigar a los acosadores con escaramuzas que descomponían las líneas de ataque. Sabedores de las corrientes costeras, enviaron pecios ardiendo contra las filas de la Armada y prendieron fuego a muchas de las galeras que no eran lo suficientemente ágiles como para esquivar las naves ardiendo. Solo unos días más tarde hizo su aparición la tormenta, el *acto de Dios*, las fuerzas de la naturaleza, y destruyó al resto de la Grande y Felicísima Armada. Con la derrota de la Armada Invencible comenzó la afirmación del poderío británico que terminaría dos siglos más tarde con Trafalgar. España perdía la supremacía del mar.

## CANDIDATOS A LA MANO DE LA REINA. FAVORITOS Y GALANES

Pese a que una de las constantes de Inglaterra en la época de Isabel I fueron los conflictos dinásticos, la reina nunca contrajo matrimonio. El asunto de la soltería de Isabel ha interesado a generaciones de historiadores. Las explicaciones han sido múltiples y distintas: desde las que atribuyen su soltería a malformaciones físicas, hasta las que buscan explicaciones psicológicas derivadas de sus traumas infantiles. En cualquier caso, Isabel I permitió varias negociaciones matrimoniales, en todas las cuales jugó a fondo la carta diplomática para obtener ventajas para su país. Estas negociaciones podían durar meses y aún años.



Firma de Lord Dudley



Robert Dudley

Tuvo infinidad de aspirantes a su mano, era joven y era una heredera que podía levantar ambiciones. Los pretendientes más notables de Isabel fueron: Felipe II de España, que esperaba renovar el vínculo entre la católica España e Inglaterra y convertir a la reina en católica; el archiduque Carlos de Austria; Erik XIV, rey de Suecia; Enrique, duque de Anjou, que fue más

tarde rey de Francia; Francisco, duque de Alençon y otros. No es este el lugar de estudiar a fondo los merecimientos e inconvenientes de cada uno, simplemente hacemos constar que si no se casó con un marido de su categoría fue porque no quiso dejar su soltería. Solamente hablaremos de los más conspicuos.



*Sir Walter Raleigh*

Es improbable que Isabel se tomara seriamente a alguno de estos aspirantes, pues las desventajas para ella como mujer y reina siempre pesaban más que los posibles beneficios, por lo que hábilmente fue demorando las negociaciones hasta que desembocaban en nada. Ella decía constantemente, y lo repitió ante el Parlamento, que estaba casada con Inglaterra y que cada hombre de su país era su hijo, el pueblo por ello la adoraba y la llamaba la Reina Virgen. No por eso debemos colegir que la reina no tuvo una vida sentimental, pues la tuvo y agitada.

Tuvo numerosos favoritos y amantes; sin ser el primero, nombraremos a su gran escudero lord Robert Dudley. Era este un mozo apuesto, siempre vestido con lujo a la última moda, bravo duelista, hábil jugador de pelota, amante del arte y buen tañedor de laúd, es decir, un perfecto cortesano. Se abrigó la idea de casarse con Isabel, solo había un obstáculo: su esposa.





Milord de Essex, Robert Devereux

Esta murió, convenientemente, al caerse por una escalera, pero la reina entonces tampoco quiso casarse con él.

Otro de los favoritos a quien la reina dispensó especial privanza fue Walter Raleigh, el pirata a quien la soberana ennobleció y llenó de alabanzas. Él le dedicó poesías amorosas nombrándola como Cintia. Tras algunos años la reina le reemplazó por el joven conde de Essex, Robert Devereux, joven apuesto y de gentil figura, de agraciado semblante, bailarín aristocrático, buen jinete y gran cazador y por si todo esto era poco era además hijastro del desaparecido Dudley, a quien la reina tanto había distinguido.

Se comentaba que «Milord de Essex no se marcha de casa de la reina antes de que los pájaros de la mañana hayan comenzado a cantar». Cuando ya no gozaba del favor de la reina, estaba tan seguro de sí mismo y de su situación que se permitió decir: «Su Majestad es ahora una vieja tan asquerosa y retorcida de espíritu como de cuerpo». Esto le valió la venganza de la reina. Con poca reflexión el conde encabezó un golpe de Estado para ponerse a la cabeza del Consejo Real, pero solo halló su ruina. Denunciado el complot, Essex fue declarado traidor y el tribunal que lo juzgaba lo condenó a la pena establecida para tal caso: horca seguida de castración, destripamiento y descuartizamiento. En recuerdo de mejores tiempos, la reina le conmutó la pena por decapitación.

Ni con estos pretendientes domésticos ni con príncipes extranjeros tuvo la reina la menor intención de desposarse. Al Parlamento, que varias veces lo interrogó sobre la conveniencia de hacerlo, al fin contestó desabrida: «[...] os aseguro que todo se hará por vuestra seguridad, mas os aviso que no quiero ser presionada, no hay ejemplo en que los pies se atrevan a dirigir la

cabeza. Os recuerdo que soy vuestra reina y que he sido consagrada y coronada, y no voy a dejarme intimidar como no lo habría hecho mi padre». Con estas palabras daba la intervención del Parlamento por zanjada.



La reina Isabel en su Parlamento

De los compañeros de su intimidad podemos decir que los trató bien y mientras duró la pasión o el capricho los ennobleció y enriqueció; pero más tarde, aun cuando ya no significaban gran cosa para ella, se vengó de cualquier acción que ella creía en menoscabo de su persona, tal como contraer matrimonio con otra mujer o tener noticias de palabras despreciativas sobre su belleza y persona. Varios de sus amantes terminaron sus días bajo el hacha del verdugo, otros al menos conocieron la Torre de Londres.

## ISABEL Y SU REINADO

Sin duda el período isabelino fue de los más brillantes en la historia de Inglaterra. Antes de juzgar los hechos políticos y económicos, echemos un vistazo a su corte. La reina se había consolidado como dueña absoluta del poder, convirtiéndose casi en un ídolo, era presuntuosa, orgullosa y vanidosa y no deseaba que nadie le hiciese sombra, fuese en poder, fuese en belleza o en gracia. Había de vestir mejor que nadie, danzar como nadie lo hacía, incluso preguntaba a los embajadores si los ojos de su prima María Estuardo eran más claros que los suyos, si era más alta, si danzaba con más gracia. Hasta en las cosas más fútiles tenía que quedar siempre por encima de todos. Todo se centraba en ella de tal manera que ni siquiera toleraba que alguien mencionase a sus padres y menos aún hablar de sucesores. Para ella solo existía su presente, que estaba constituido por su poder, su Gobierno y su nación. En pocas palabras: por ella misma.



Símbolos del poder en Gran Bretaña

Orgullosa y muy vanidosa, como decimos, siempre se manifestaba ante los demás con ropas magníficas de ricos colores y complicados bordados y encajes. Además, siempre se presentaba sumamente alhajada, peinada y adornada. Los cortesanos le debían rendir la mayor pleitesía, saludándola con la rodilla en tierra. Los servidores le presentaban las viandas de rodillas o las colocaban en esa posición en la mesa aun cuando ella no estuviera presente.

En las celebraciones solemnes se mostraba en público precedida de un gran cortejo de magnates y caballeros que lucían todo el esplendor de sus insignias, órdenes nobiliarias y condecoraciones sobre sus ricos vestuarios. Todos estos nobles y clérigos, representaciones vivas del poder, desfilaban con la cabeza descubierta en señal de reverencia a su majestad. Tras ellos

iban los portadores de las insignias de la potestad real: el cetro, la espada desenvainada y el gran sello real. Ella se presentaba al final, cerrando el cortejo deslumbrante, luciendo un riquísimo atuendo sobre el que portaba una fastuosa capa recamada con perlas y piedras preciosas, de esta forma se mostraba la imagen de un verdadero ídolo. La muchedumbre congregada a su paso por ver tan brillante comitiva no podía menos que saludarla con vítores y exclamaciones: «¡Dios salve a la reina!».



Los corsarios Drake y Hawkins, que convencieron Isabel I de la conveniencia de atacar a las posesiones españolas de ultramar

En cuanto a la economía, durante su reinado se inició el desarrollo de la Inglaterra moderna. El crecimiento de la actividad comercial y la rivalidad con España redundaron en un gran desarrollo de la industria naval.

Tras la derrota de la Grande y Felicísima Armada, Inglaterra se impuso como potencia marítima y pasó a ocupar el lugar de España en el imperio de los mares; y no debió poco a esa supremacía al pirata ennoblecido, *sir* Francis Drake, al que los españoles llamaban «el Dragón».

La derrota de 1588 fue un hecho trascendental para Inglaterra, ello la ayudó a convertirse en una gran potencia naval, ese triunfo no solo acrecentó el orgullo patrio y la sensación de que cualquier cosa estaba a su alcance, sino que también prestó ánimo a los navegantes y navieros. Una flota mercante cada día más grande abrió rutas comerciales que, por cierto, comprendía el tráfico de esclavos a gran escala.

Otro gran renglón que se consolidó como fuente de riquezas, fue la actividad corsaria apoyada y bendecida por la corona, que fingía no saber nada de ello pero que favorecía y ennoblecía a los famosos piratas como Walter Raleigh, Hawkins y otros que durante el reinado de Isabel no dieron tregua en las rutas comerciales que explotaban España y Portugal en el Atlántico sur y el Caribe. Sin invertir cosechaban lo que españoles y portugueses trasladaban a sus países de origen. No

solo la rutas de la Carrera de Indias sufría los continuos ataques ingleses, sino que estos se trasladaron a la ruta de Manila que trasportaba los preciados productos de Oriente.

No seríamos justos si no dijésemos que el proceso expansionista de Inglaterra había comenzado ya en 1555 con la creación de la Compañía de Moscú a raíz del descubrimiento y la explotación de los grandes bancos de pesca de Terranova. El capital obtenido se invirtió en nuevas empresas comerciales, industriales y financieras por acciones. La Bolsa Real de Londres se creó oficialmente en 1566 y la Cámara de Comercio que se transformaría en 1600 en la Compañía de las Indias Orientales.

La Compañía de Moscovia, o Compañía de Moscú, fue una compañía comercial fundada en Londres en 1555, la primera gran empresa creada como sociedad anónima, precursora de un tipo de negocio que pronto florecería en Inglaterra. Esta corporación tuvo el monopolio de comercio entre Inglaterra y Rusia (Principado o Gran Ducado de Moscú, el nombre entre los siglos XIV y XVI del Estado ruso) hasta 1698 y sobrevivió como empresa comercial hasta la Revolución rusa de 1917.

La Compañía de Indias fue fundada por un grupo de empresas y de influyentes hombres de negocios por una carta real en la que se le concedió el permiso exclusivo para ejercer el comercio con las Indias Orientales durante 15 años. La compañía comerciaba con el algodón, la seda, el índigo y el té.

Su política religiosa permitió que se establecieran en sus dominios numerosos refugiados que huían de la represión en los Países Bajos, lo cual, unido al proteccionismo gubernamental, impulsó la industria de los paños. La habilidad artesana de estos nuevos súbditos, unido al apoyo de la reina dieron por resultado la creación de una industria nacional de la cerámica, el vidrio y la seda, y las más productivas exportaciones de manufacturas de lana que vinieron a sustituir a las tradicionales exportaciones de lana como materia prima.

En cuanto a la religión, Isabel instauró un sistema definido como episcopalismo, que preveía la formación de diócesis en el territorio estatal, con un obispo a la cabeza, este desempeñaba funciones de control político y religioso y se consolidó la política de subordinación de la Iglesia al poder monárquico. Durante todo su reinado los católicos y puritanos fueron perseguidos.

En el reinado de Isabel I se puso fin a la guerra con Francia, por la Paz de Cateau-Cambrésis<sup>10</sup> (1559), e Inglaterra, firmada la paz, pudo iniciar su desarrollo industrial y económico que aumentó tras el fracaso de la Armada Invencible española y la subsiguiente disminución de la navegación española. Con Isabel se reguló el comercio y la industria nacional.

## LA LITERATURA ISABELINA

Como dijimos en otro lugar de este estudio, Isabel, mujer de gran inteligencia, recibió una educación exquisita, amadrinada por Catalina Parr, la última esposa de Enrique VIII, que la hizo educar en los principios del Renacimiento, esta formación humanística de Isabel I la llevó a interesarse por las importantes manifestaciones que se produjeron durante su reinado en el campo del arte.

El llamado Renacimiento isabelino se manifestó en la arquitectura, en la música y sobre todo en la literatura, con escritores como John Lyly, Christopher Marlowe y principalmente William Shakespeare, auténticos creadores de la literatura nacional inglesa<sup>11</sup>.

Lo que se conoce como literatura isabelina es la época del florecimiento literario en Inglaterra, su verdadera edad de oro. Este florecimiento suele datarse desde 1578 y 1660, toda vez que la reina falleció en 1603, vemos que la literatura isabelina se extendió más allá de la vida de Isabel, hasta el reinado de Jacobo I e incluso hasta el de Carlos I. La eclosión literaria inglesa se hizo especialmente sobresaliente en el campo del teatro.



*The Spanish Tragedy, or Hieronimo is Mad Again* de Thomas Kyd

Italia, que ya había iniciado el Renacimiento en tiempos de Dante y luego con Petrarca y Boccaccio, en el campo de la escena hacía tiempo que había vuelto a descubrir el teatro clásico de los griegos y los romanos. Los italianos se dejaron influenciar por Séneca, tutor de Nerón y dramaturgo, pero también se dejaron seducir por Plauto con sus figuras como las del soldado

fanfarrón o la de la viuda falsamente desconsolada. Al final se decantaron por el estilo de Plauto, con violencia, escenas escabrosas de sangre y asesinatos, este estilo y estos modos son los que siguieron los dramaturgos ingleses, quizás porque había una conspicua comunidad de actores italianos afincados en Londres. Las primeras obras isabelinas como *Gorboduc de Sackville y Norton* y *The Spanish Tragedy* de Kyd proporcionaron mucho material al *Hamlet* de William Shakespeare.

Los ingleses profesan, y no sin razón, una inmovible admiración a su más notable dramaturgo: William Shakespeare. En Gran Bretaña se le considera un poeta y dramaturgo no superado. No era un intelectual de profesión, y probablemente solo tuvo una educación básica. No era un abogado ni un aristócrata, como los ingenios universitarios que habían monopolizado la escena inglesa hasta que él empezó a escribir. Hombre de inmenso talento dominaba la escena y los diálogos y superaba a aquellos que se burlaban de él porque, decían, sus escenas eran de bajo origen.



Catalina Parr

Si bien su obra está incluida en la literatura isabelina es verdad que la mejor parte de su creación se desarrolló bajo el reinado de Jacobo I (*Hamlet*, *Otelo*, *El rey Lear*, *Macbeth*, *Antonio y Cleopatra*).



Christopher Marlowe

Otros escritores importantes en el campo del teatro isabelino fueron Christopher Marlowe, Thomas Dekker, John Fletcher y Francis Beaumont. Desgraciadamente Marlowe (1564-1593) murió en una riña tabernaria cuando apenas tenía veintinueve años, nos quedará siempre por saber si habría superado a Shakespeare. Los asuntos que interesan a Marlowe son distintos de los de Shakespeare.



La tragedia de *Doctor Faustus* de Christopher Marlowe

De no haber muerto Marlowe (1564-1593), dice Anthony Burgess, habría rivalizado, cuando no superado, al propio Shakespeare por su talento poético. Es destacable que solo naciera unas pocas semanas antes que Shakespeare y, por tanto, suponemos que debió de conocerlo bien, pues fue su coetáneo.



Sin embargo, la temática de Marlowe se centra en un drama diferente al de Shakespeare: el de la moral del hombre renacentista. Marlowe se sentía fascinado y aterrado por las nuevas fronteras que cruzaba la ciencia moderna. Basándose en una historia alemana, introdujo al doctor Fausto en Inglaterra, un científico y mago obsesionado con la sed de conocimiento y con el deseo de llevar los poderes tecnológicos del hombre hasta sus límites adquiere poderes sobrenaturales, que incluso le permiten viajar en el tiempo para casarse con Helena de Troya, pero al final de su pacto de veinticuatro años con el diablo debe entregarle su alma. Sus héroes oscuros deben tener algo del propio Marlowe, cuya precipitada muerte sigue siendo un misterio. Se sabía que era ateo, homosexual, con una vida dedicada al alcohol y las peleas, y que vivía de los bajos fondos londinenses. Pero muchos sospechan que esto pueda ser una tapadera para sus actividades como agente secreto para Isabel I, que sugieren que la puñalada accidental sufrida en la taberna de Deptford fuera en realidad un asesinato premeditado por parte de los enemigos de la Corona.

En cuanto a la poesía en el período isabelino, se escribió por su propia belleza, como un arte por el arte elegante y erudito. Eran los llamados ingenios universitarios. Se caracterizó por la elaboración del lenguaje y, en la moda y estilo del Renacimiento, con numerosas alusiones a mitos clásicos. Los tres poetas más destacados de la época fueron: John Lyly, Philip Sidney y Edmund Spenser.

John Lyly (1553-1606) es conocido por sus obras *Euphues, the anatomy of wit* (*Euphues, o la anatomía del ingenio*, 1578), y su segunda parte, *Euphues and His England* (*Euphues y su Inglaterra*, 1580). Su estilo lingüístico es conocido como eufuismo o eufuismo.

Sir Philip Sidney (1554-1586) fue famoso como poeta, cortesano y soldado. Es conocido sobre todo como autor de *Astrophil and Stella* (*Astrophel y Stella*, 1581, pub. 1591), *The Defence of Poesy o An Apology for Poetry*, (*Defensa de la poesía*, 1581, pub. 1595), y *The Countess of Pembroke's Arcadia* (*La Arcadia*, 1580, pub. 1590). Murió en la batalla de Zutphen (Países Bajos) luchando contra los españoles.

Edmund Spenser (155-1599), su primera obra poética fue *The Shepheardes Calender* (*Calendario de los pastores*, 1579). Se hizo famoso sobre todo por *The Faerie Queene* (*La Reina de las Hadas*), un poema épico que celebraba, a través de una alegoría fantástica, a la dinastía Tudor y la reina Isabel I; se publicó primero en tres libros en 1590, y más tarde en seis libros en 1596.

Como género independiente se cultivó el de la canción, o mejor dicho, poemas preparados especialmente para ser cantados. En este género destaca el compositor y poeta Thomas Campion. William Byrd y John Dowland recopilaron canciones y tonadas. Los poetas y dramaturgos solían incluir canciones en sus obras. Así lo hicieron, por ejemplo, Spenser en su *Calendario del pastor*, Thomas Lodge en *Rosalinda* o Shakespeare en *Trabajos de amor perdido* o *Cuento de invierno*.

Como últimos géneros poéticos podemos nombrar el de la poesía nacionalista con Samuel Daniel (1562-1619), frío narrador de la guerras civiles de York y Lancáster (*Civil Wars*, ocho

libros completados en 1609) y la poesía bucólica, cultivada por Michael Drayton (1563-1631) con *Nymphidia*.

Era el tiempo de los grandes descubrimientos y viajes transoceánicos, ello se vio también reflejado en la literatura. El llamado género de viajes o literatura de viajes está representado por Richard Hakluyt (1552-1616), famoso por la descripción de sus *Voyages*, que proporcionó material a Shakespeare y otros autores. En 1589 publicó *Navegaciones, viajes y descubrimientos de la nación inglesa* (*The Principal Navigations, Voyages and Discoveries of the English Nation*) que usó, en la medida de lo posible, testigos directos.

Robert Greene (1558-1592) fue uno de los primeros ingleses que se ganaron la vida como escritor. Retrató en sus panfletos, a modo de novelas por entregas, un mundo de libertinos, aventureros y delincuentes.

La primera novela picaresca inglesa se escribe en 1594. *El viajero desgraciado* (*The Unfortunate Traveller*) o *La vida de Jack Wilton*, obra muy influyente en la narrativa inglesa que anticipa las novelas de Daniel Defoe y Tobías Smollet. Describe las aventuras de un paje durante las guerras de Enrique VIII contra los franceses, y sus consiguientes viajes a Italia como paje del conde de Surrey. En sus viajes, Jack es testigo de numerosas atrocidades, que incluyen batallas, una plaga y violaciones. Entre los historiadores, William Camden (1551-1623) fue el primero en realizar una descripción topográfica de la isla de Gran Bretaña (descripción de Britania), comenzada en 1577 y publicada por primera vez en 1586 y el primer relato detallado del reinado de Isabel I de Inglaterra (*Anales de Inglaterra bajo Isabel*), labor que comenzó en 1607.

## MUERTE DE ISABEL I

El fin de Isabel I se aproximaba. El 27 de marzo de 1599 Robert Devereux se dirigía a Irlanda acompañado de un gran gentío. Gozaba todavía del favor de la reina. Con él, que destacaba por su elegancia, garbo y desenvoltura, marchaba un séquito de nobles y un ejército. La hueste zarpó hacia Irlanda en 1599, el conde de Essex había jurado aniquilar al rebelde Tyrone.

Sin embargo, una vez llegado al lugar en que debía llevar a cabo su empresa bélica, comprendió que sería más difícil de lo previsto poder cumplir sus promesas. Llevado por su orgullo y su soberbia, el conde de Essex cometió un grave error: no solo no triunfó con las armas, sino que sin el consentimiento o conocimiento de Isabel, entró en conversaciones con el rebelde irlandés al que reveló que volvería a Inglaterra para deponer al Gobierno e instalarse él mismo en el mejor lugar.



El rebelde irlandés, conde de Tyrone



Muerte de Isabel

Enterada Isabel de la conjura, aunque Essex había sido, quizás, su amado favorito, la reina lo condenó a muerte. Al fin en 1601, a los treinta y cuatro años de edad, fue decapitado en la Torre de Londres. Todo este penoso asunto afectó gravemente la salud de la reina y aceleró su decadencia. Hacia el año 1598, Isabel parecía, según expresión de un mordaz cortesano, «una momia descarnada y cubierta de joyas».



Cortejo funeral de Isabel I

Calva, marchita y grotesca, cuando se mostraba ante ellos pretendía ser aún la encarnación de la virtud, la justicia y la belleza perfectas. Poco a poco fue hundiéndose en las sombras que preludian la muerte.

La agonía fue tétrica. Aunque su cuerpo se cubrió de lesiones y excoriaciones, continuó ordenando que la vistieran lujosamente y la adornaran con sus ostentosas joyas, y no dejó de sonreír mostrando sus descarnadas encías cada vez que un cortesano ambicioso y adulator la galanteaba.

Dos años sobrevivió Isabel I al conde de Essex, pero tras la desaparición del conde la reina enfermó de melancolía. Todo dejó de interesarle. En el año 1603 le llegó la noticia de la muerte de la condesa de Nottingham<sup>2</sup>, una de sus pocas amigas que la habían acompañado durante toda su vida. Ello colmó el vaso, la reina se dejó arrastrar por una tristeza sin remedio ni consuelo, pues era una pena sorda y pesada. Al verla en tan lastimero estado, el embajador de Francia escribió: «la reina se halla cansada de vivir sin nada que pueda contentar su espíritu»; y el escritor John Harington escribió: «Isabel se halla desconcertada y afectada, [...] no cuida su aseo [...] come únicamente pan blando y sopa [...] se mueve de un lado a otro de su habitación, golpeando el suelo con el pie y desgarrando furiosamente la tapicería con una vieja espada [...]». John Harington (1561-1612) era el ahijado de la reina, escritor y maestro de arte. Se convirtió en un miembro prominente de la corte y, debido a su poesía y otros escritos, cayó en desgracia con la reina. En lo anteriormente citado nos habla de una disfunción mental, sin duda la reina había perdido, al menos parcialmente, la razón.

Falleció el 24 de marzo de 1603, siendo su sucesor Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra, hijo de su prima y enemiga, María I Estuardo, lo que inició el proceso de unificación de los dos reinos.

Enrique Sarasa<sup>3</sup> nos dice que «los nobles se apresuraron en propagar una conveniente versión en la que se afirmaba que la reina Isabel había designado en sus últimos momentos de vida a Jacobo VI de Escocia como heredero del trono inglés [...]».

Nunca se ha podido probar este aserto, así que lo aceptaremos porque eso es lo que sucedió. En todo caso los nobles se dieron cuenta de que para evitar una guerra civil, lo mejor era aceptar al más propincuo heredero al trono. Pero no todo salió como calcularon los nobles y el Parlamento. Tras Isabel hubo un período de inestabilidad que terminó con una guerra civil, la ejecución de Carlos I y el advenimiento de la República de Cromwell.

<sup>2</sup> Enrique Sarasa Bara. *Isabel I Reina de Inglaterra*. Edimat Libros. Madrid, 2005.

<sup>3</sup> Calvino y él mantuvieron correspondencia sobre la reforma religiosa que había de asentarse en sus dominios, en sus cartas recomendaba Calvino que el lord protector, influyese en el niño-rey para que en el futuro aceptase estas.

<sup>4</sup> Cuando se concertó la boda de Catalina de Aragón con Arturo se hizo entre otras razones porque ella sí llevaba la sangre de los Plantagenet, como descendiente de Juan de Gante, duque de Láncaester, y no como los Tudor que no la tenían si no es por una coartada legalista.

<sup>5</sup> Felipe se encontró con una fuerte resistencia por parte de los cortesanos y los parlamentarios ingleses, lo que se llegó a manifestar en un intento de asesinato abortado en marzo de 1555 en Westminster.

<sup>6</sup> María Estuardo nació el 8 de diciembre de 1542 en el palacio escocés de Linlithgow. María Estuardo era la cuarta hija del rey Jacobo V de Escocia y su esposa, la francesa María de Guisa. Jacobo V era hijo de Jacobo IV de Escocia y Margarita Tudor. Esta fue hermana de Enrique VIII, luego María Estuardo e Isabel eran parientes.

<sup>7</sup> También la Corona de España organizó su espionaje en Inglaterra por medio de los servicios del embajador don Bernardino de Mendoza (1540-1604). Ver el artículo de Miguel Cabañas Agrela, «Un espía español en la corte de Inglaterra». Revista *Historia*, número 312, enero de 2003.

<sup>8</sup> Michel Péronnet, *De los Grandes descubrimientos a la Contrarreforma*. Editorial AKAL.

[9](#) Mendigos del mar (en neerlandés: geuzen) era el nombre que se daba en Flandes a los piratas, y así se les conoció desde 1566 a los habitantes de los Países Bajos que se opusieron a la administración española.

[10](#) El tratado de paz fue firmado entre España (Felipe II), Francia (Enrique II de Francia) e Inglaterra (Isabel I de Inglaterra) fue el tratado de mayor importancia de la Europa del siglo XVI, por la duración de sus acuerdos, que estarían vigentes durante un siglo, y porque dio lugar a una nueva situación internacional.

[11](#) Por si fuera del interés del lector a continuación, por orden de nacimiento, damos los nombres de los principales literatos ingleses considerados isabelinos: Edmund Spenser (1552-1599); Walter Raleigh (1552-1618); John Lyly (1554-1606); Philip Sidney (1554-1586); Thomas Lodge (1556-1625); George Peele (1558-1633); Roberto Southwell (1561-1595); Samuel Daniel (1562-1619); Michael Drayton (1563-1631); William Shakespeare (1564-1616); Christopher Marlowe (1564-1593); Thomas Nashe (1567-1601); Thomas Campion (1567-1620); Henry Wotton (1568-1639); Ben Jonson (1573-1637); John Donne (1573-1631); John Fletcher (1579-1625); John Webster (1580-1630); Francis Beaumont (1584-1616)

[12](#) Catherine Carey fue condesa de Nottingham desde su casamiento con Charles Howard, estadista y almirante inglés, y primo carnal de la reina Isabel. Catherine era hija de Henry Carey que a su vez era hijo de María Bolena, hermana de Ana Bolena, madre de la reina.

[13](#) Sarasa Bara, Enrique. *Isabel I reina de Inglaterra*. Colección Mujeres en la Historia. EDIMAT Libros. Madrid, 2005.

## Capítulo 6

# Catalina de Médicis. Reina de Francia (1519-1589)

[...] toda la historia, cuyos fragmentos he recogido, está dominada por la gran figura de Catalina de Médicis.

Jean-Baptiste Honoré Raymond Capefigue

## PRIMEROS AÑOS DE CATALINA

En diciembre de 1518, Lorenzo II de Médicis fue a París, el motivo de este viaje no era otro que matrimoniar a la joven Magdalena de La Tour d'Auvergne, una de las jóvenes casaderas más deseables de toda Francia. El padre de Catalina, Lorenzo II de Médicis, fue nombrado duque de Urbino por su tío, el papa León X, pero el título fue heredado por Francesco María della Rovere a la muerte de Lorenzo. Por ello, aunque Catalina era hija de un duque, no era de alta cuna. Sin embargo, su madre Magdalena de la Tour de Auvernia, condesa de Boulogne, pertenecía a una de las más destacadas y antiguas familias de la nobleza francesa, prestigiosa ascendencia maternal que beneficiaría el posterior matrimonio de Catalina como princesa real de Francia.

Catalina nació en Florencia como Caterina María Romula di Lorenzo de Médici en el seno de la familia Médicis, los cuales eran gobernantes de facto de la próspera ciudad toscana, donde comenzaron como banqueros y se hicieron ricos y poderosos con la financiación de numerosas monarquías europeas.

La única hija de esta unión nació el 30 de abril de 1519. Desgraciadamente para la criatura, su padre había muerto antes de que ella naciese, y al dar a luz a la niña, también murió la madre, quedaba la recién nacida huérfana de padre y madre.



Catalina de Médicis

El cuidado de Catalina recayó primero en su abuela paterna, Alfonsina Orsini, esposa de Piero de Médicis, pero a la muerte de esta en 1520 la niña se unió a sus primos y fue criada por su tía, Clarice Strozzi.





Lorenzo de Médici

El fallecimiento del papa León X en 1521 interrumpió brevemente el poder de los Médicis, pero solo hasta la elección pontificia del cardenal Giulio de Médicis como papa Clemente VII en 1523. El nuevo papa, tío de la niña, alojó a Catalina en el palacio Médici Riccardi de Florencia y las gentes de la ciudad comenzaron a llamarla *duchessina* en deferencia a su infructuosa reclamación del ducado de Urbino.



Magdalena de la Tour, madre de Catalina

En 1527 los Médicis fueron derrocados en Florencia por una facción opuesta al régimen representado por el representante de Clemente, el cardenal Silvio Passerini. Catalina fue recluida en una serie de conventos hasta que finalmente acabó en el de la Santissima Annunziata delle Murate, donde vivió tres años, de estos se ha dicho que fueron los más felices de toda su vida.



El papa Clemente VII, Giulio de Médicis, tío de Catalina

Por entonces el papa Clemente no tuvo otra opción que coronar a Carlos I de España como emperador del Sacro Imperio a cambio de su ayuda para retomar la ciudad. En octubre de 1529 las tropas del emperador sitiaron Florencia. Ante la prolongación del asedio algunos pidieron que Catalina fuera asesinada y su cuerpo expuesto desnudo y encadenado en las murallas de la ciudad; otros llegaron a decir que fuera entregada a las tropas como gratificación sexual. El 12 de agosto de 1530 la ciudad acabó por capitular y Clemente pidió a Catalina que abandonara su querido convento para unirse a él en Roma, donde la recibió con los brazos abiertos y lágrimas en los ojos. Luego se dedicó a buscarle esposo.



Carlos V entra en Bolonia para ser coronado emperador por Clemente VII

El papado de Clemente estuvo lleno de sinsabores y agitado por sucesos políticos y guerreros. Si bien Catalina hubo de ver cómo Roma era saqueada por las huestes del condestable de Borbón y a su tío puesto en cautiverio en el castillo de Sant'Angelo, también tuvo oportunidad de conocer a Miguel Ángel, el cual acababa de terminar el sepulcro de Lorenzo y Juliano de Médicis, y conoció al Primaticcio y a Rosso.

Primaticcio, nacido en Bolonia, se formó con Giulio Romano en Mantua y se convirtió en alumno de Innocenzo da Imola. Ejecutó las decoraciones del Palazzo Te en Mantua antes de procurarse un puesto en la corte de Francisco I de Francia en 1532. Junto a Rosso Fiorentino fue uno de los artistas que lideró la obra del Palacio de Fontainebleau (donde él se encontraba dentro del grupo llamado Primera Escuela de Fontainebleau) y pasó allí gran parte de su vida. A la muerte de Rosso en 1540, Primaticcio asumió el control de la dirección artística de Fontainebleau, proveyendo de dibujos a los pintores y estuquistas de su equipo (como Niccolò dell'Abbate). Realizó cartones para tapices y, como todos los artistas cortesanos del siglo XVI, realizó las efímeras decoraciones para las mascaradas y fiestas, de los que solo se conservan los dibujos preparatorios y, a veces, grabados. Francisco confiaba en su criterio y lo envió de vuelta a Italia para realizar compras en 1540 y de nuevo en 1545. En Roma, parte del encargo de Primaticcio fue sacar moldes de las mejores esculturas romanas en la colección papal, algunas de ellas en bronce, para decorar los parterres de Fontainebleau.



Enrique II, esposo de Catalina

Del aspecto de Catalina en su juventud tenemos el testimonio de Brantôme: «era de buen talle, el rostro hermoso y agradable, blanca y gordezuela». De su madre había heredado una tez blanca y delicada y de su padre el aspecto florentino de mármol clásico, una naturaleza vivaracha y locuaz que animaba la corte de Clemente VII.

Brantôme fue el tercer hijo del barón de Bourdeille. Su madre y abuela materna estuvieron ligadas a la corte de Margarita de Valois, tras cuya muerte en 1549 se trasladó a París y, más tarde, en 1555, a Poitiers, para terminar su educación. Se le concedieron muchos bienes clericales, el más importante de los cuales fue la abadía de Brantôme. Pero no tenía vocación religiosa, por lo que se hizo soldado y se relacionó con grandes señores de la guerra. En 1584 sufrió una caída de caballo que le obligó a retirarse a sus tierras, donde empezó a escribir para distraerse las memorias que lo han inmortalizado. Esta obra, a menudo considerada escandalosa, gusta sobre todo por la candidez con que se encuentra escrita y por la vanidad gascona que desprende el autor. En casi todos sus escritos destaca un rasgo común: su amor por las mujeres, especialmente por aquellas que conoció profundamente como la misma Catalina de Médicis.

El rey Francisco I de Francia en sus campañas de Italia había unido su causa a los Médicis, pues al igual que ellos había sufrido reveses al enfrentarse al emperador Carlos V. El Concordato (15 de agosto de 1516) firmado por León X y Francisco I había unido la Santa Sede y la corona de Francia y a partir de entonces sus lazos eran íntimos. Cuando Carlos V y Francisco I estuvieron a

punto de enfrentarse, ambos contendientes desearon asegurarse el apoyo del papa Clemente VII, en esta circunstancia encontró el pontífice momento adecuado para proponer a Francisco I una boda entre su sobrina, Catalina, y el segundo hijo del rey de Francia, el duque de Orleans.

Por su parte, el emperador Carlos había pensado para Catalina en un Sforza, el duque de Milán, lo que aseguraría a Catalina un puesto notable en su vida como duquesa de Milán. El hijo de Francisco I, aunque de gran alcurnia, no estaba destinado a reinar pues había un hermano mayor, el joven delfín, heredero del trono francés. La oferta era: o duquesa de Orleans o duquesa de Milán.

## LA FASTUOSA BODA DE CATALINA

Las negociaciones matrimoniales de Catalina fueron largas. A fines de 1531 se presentaba la primera propuesta de Francia, que solicitaba del papa la investidura del ducado de Milán para el duque de Orleans en el caso de que Francisco Sforza muriese sin descendencia. El papa vacilaba entre favorecer a Francia o a España, las dos potencias que se disputaban las posesiones en suelo italiano. El enviado francés, Gabriel de Grammont, comprometía mientras tanto al papa Clemente difundiendo la noticia de los desposorios, cuando en realidad el papa insistía en que aún no había nada decidido. Finalmente el pontífice aceptó que se celebraran dos matrimonios: el de Catalina con Enrique, hijo del rey de Francia y el de Margarita de Austria, hija natural del emperador Carlos V, con Alejandro de Médicis, duque de Florencia. El arreglo fue poco satisfactorio para el emperador, el cual, no obstante, arrancó al papa Clemente la promesa de adherirse a una liga italiana que defendiese el *statu quo* territorial de la península itálica.



Boda de Catalina de Médicis

Catalina, tras una estancia en Roma, había regresado al palacio de los Médicis en Florencia donde aguardó el momento de su boda. El papa la confió a Octaviano de Médicis y a María Salviati, viuda de Juan de las Bandas Negras, «una mujer buena y honrada que después de la muerte de su marido se consagró por completo a la educación de su hijo», sin dejar de tener para Catalina toda clase de atenciones maternas.

A Catalina se le confió la misión de recibir en Florencia a Margarita de Austria, la futura esposa del duque Alejandro. La hija del emperador, de solo nueve años, se detendría allí durante algunos días camino de Nápoles, donde esperaría la edad del matrimonio. Las fiestas que se realizaron en honor de la princesa Margarita fueron interminables. Catalina, magníficamente ataviada y seguida de doce doncellas de la nobleza, salió a su encuentro hasta la Villa de Cafaggiolo. Hubo fuegos artificiales, banquetes, juegos y torneos de emulación entre las potencias,

unas asociaciones populares con sus estandartes y lanzas a las que Alejandro había concedido ciertas prerrogativas para que el pueblo olvidara la tristeza y los dolorosos recuerdos del pasado.



Alejandro de Médicis, duque de Florencia, esposo de Margarita de Austria

Clemente VII quiso adornar a su sobrina con todo el fasto y riqueza para que no desmereciera en la corte de Francia. El duque Alejandro tampoco quería ser menos y recaudó un nuevo impuesto de 35 000 escudos que gastó en espléndidos bordados, en joyas, ropas, cortinajes de lechos tejidos con oro. Por su parte, el papa también pidió un préstamo al banquero Strozzi, a quien entregó como garantía una capa pluvial de gran ceremonia, adornada con un diamante que talló Cellini.



Catalina de Médicis de joven

La novia, de solo catorce años, llevaba en su ajuar muebles preciosos y blondas finísimas, hilos de perlas, esmeraldas, un cinturón de oro adornado con ocho rubíes y diamantes, y todo siguiendo el gusto exquisito de Isabel d'Este, de quien Clemente se había hecho asesorar. Entre las joyas destacan las grandes perlas en forma de pera que posteriormente Catalina regalaría a María, reina de Escocia, que, por cierto, cuando esta fue decapitada, la reina Isabel de Inglaterra se apropió de ellas, igual que había hecho con la famosa Perla Peregrina, que había sido regalo de Felipe II a María Tudor.

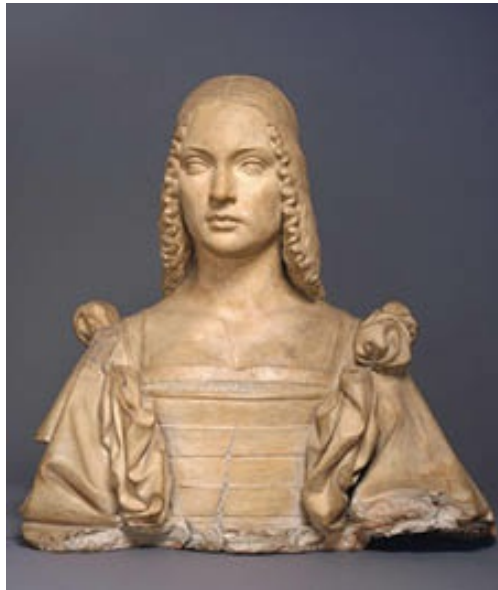
Isabel d'Este (Florencia, 18 de mayo de 1474-Mantua, 13 de febrero de 1539), fue una noble italiana. Fue marquesa de Mantua y es especialmente conocida por ser una gran mecenas de las artes. Hija de Hércules I d'Este y de Leonor de Aragón, hermana de Beatriz d'Este y Alfonso d'Este, se casó con Francisco II Gonzaga, marqués de Mantua. Isabel d'Este y Aragón desciende de Alfonso V de Aragón y es nieta de Fernando I de Nápoles. Es conocida como una gran humanista, y a su alrededor se creó una brillante corte, que se refleja en *El cortesano* de Baltasar de Castiglione. Protegió entre otros a Rafael, Mantegna, y Giulio Romano, arquitecto de Mantua, así como a los músicos Bartolomeo Tromboncino y Marchetto Cara. Fue retratada por Leonardo y Tiziano, en sendas pinturas que se conservan en el Louvre.

Hay que recordar que Catalina era una rica heredera, poseedora en Francia de todos los bienes que habían sido de su madre y de una importante suma que le dejó su padre como



compensación a su renuncia al ducado de Urbino. «La dote no es pequeña, especialmente si contiene las tres joyas que el papa dará pronto a su sobrino, y son: Génova, Milán y Nápoles. ¿No os parece que estas joyas son dignas de la hija de un rey?», comentó Strozzi.

Por fin Catalina hubo de abandonar Florencia para contraer matrimonio con el príncipe francés. A las once de la noche del 1 de septiembre de 1533, Catalina de Médicis salía de esa ciudad tras haber ofrecido un gran banquete a las damas de la nobleza. La comitiva era impresionante e incluía setenta caballeros enviados por el rey de Francia para dar escolta a la joven novia. El propio duque Alejandro de Florencia acompañó a la novia durante parte del trayecto. Según pasaba por las ciudades, estas ofrecían a la novia fiestas y banquetes, como sucedió en Poggio di Caiano, la primera parada, lo mismo aconteció en Pistoia. De este lugar partieron hacia Spezia, donde deberían embarcarse para hacer parte del camino por mar. Durante el trayecto vino al encuentro de la comitiva un enviado del rey de Francia, el cual traía consigo un obsequio del novio: un cofrecillo con joyas.



Busto en mármol de la renacentista y humanista Isabel d'Este

Así pues Catalina embarcó en la galera que venía a recogerla, al mando de la cual estaba su tío el duque de Albany. De Spezia la nave debía navegar hasta Villefranche, lugar en que la joven esperaba la llegada del Santo Padre. Este, a su vez, había partido de Liorna en una lujosa galera adornada con ricos paños y adornos de brocado. No iba solo, le daban compañía nada menos que una docena de cardenales entre los que se encontraba Hipólito de Médicis, el que fuera el primer amor de Catalina.

El duque de Albany, que como dijimos, era el responsable del viaje marítimo de Catalina, reforzó la escolta con al menos cuarenta veleros más, algunos españoles y otros genoveses. Los barcos, dispuestos en formación, dispararon salvas en honor al papa, y la flotilla zarpó con una galera al frente llamada *La Duchessina*.

La idea era que la boda se celebrara en Niza, pero el gobernador de la ciudad, el duque de Saboya, que era vasallo del emperador, frustró estos planes, de modo que finalmente se decidió cambiar el lugar por Marsella. Para adornar debidamente la ciudad, el condestable Montmorency

hizo derribar todo un barrio para levantar en su lugar un palacio provisional hecho de madera, en donde se alojarían todas las autoridades que acompañaban a la joven y a los nobles invitados de importancia.



Hipólito de Médicis, pintado por Tiziano

El 9 de octubre partió Catalina rumbo a Marsella, donde el rey Francisco I y su esposa la reina Leonor (hermana del emperador Carlos) y los príncipes y dignatarios de la corte estaban ya esperando la llegada de la futura duquesa de Orleans. Cuando tres días más tarde avistaban la flota, todas las campanas comenzaron a repicar, se dispararon trescientos cañonazos y una embarcación llena de músicos salió al encuentro de la novia.



El condestable de Montmorency hizo adornar la ciudad de Marsella ante la llegada de Catalina de Medici

A la mañana siguiente Clemente presidía la procesión oficial de entrada en la ciudad acompañado por Catalina, aunque de modo informal, porque en realidad la entrada oficial de la novia tendría lugar más tarde. El papa se desplazaba en su silla gestatoria siguiendo al Santo Sacramento, que era transportado por un caballo gris suntuosamente enjaezado. Detrás venían los cardenales en filas de a dos, seguidos por Catalina y su séquito. Entre los integrantes de la procesión figuraba Hipólito. Iba rodeado de su escolta de magiars y pajes ataviados a la turca, con turbantes, arcos y cimitarras, vestidos de terciopelo verde bordado en hilo de oro. Todo era pompa, ostentación y regocijo.



María Salviati, madre de Cosme de Médicis, abuela de Catalina

Fue el 23 de octubre de 1533 cuando Catalina hizo su entrada solemne precedida de una carroza de terciopelo negro, un medio de transporte que constituía un lujo extraordinario, pues por entonces aún resultaba una novedad en Francia.

Ocho pajes a caballo vestidos de terciopelo negro y pertenecientes al séquito personal de Hipólito seguían a la carroza. Tras ellos iban seis yeguas conducidas por las bridas, una de las cuales era completamente blanca y aparecía enjaezada de tisú de plata. Catalina cabalgaba en un caballo bayo, con arneses de brocado de oro y adornada la cabeza con seda carmesí. Avanzaba rodeada de guardias del rey y del papa, y con María Salviati, esposa de Juan de las Bandas Negras y madre de Cosme I de Médicis, el patriarca de la rama de grandes duques de los Médicis, con ella venían ellos y otras doce amazonas vestidas espléndidamente a la italiana.

Una calle separaba el palacio donde estaba alojado el papa del otro donde se alojaba el rey, y que era el de los condes de Provenza sito en la Place Neuve. Catalina desmontó frente al del papa, donde Francisco I se encontraba ya. El rey la recibió con gran afecto, la abrazó e hizo que también la besara su futuro esposo, este parecía escasamente ansioso por hacerlo. De los dos, él era la pieza sacrificada. Catalina, que acudía flotando en una nube y abrumada por el honor que se le hacía, encontró muy de su agrado al novio, pero lamentablemente el sentimiento no fue mutuo. Nunca lograría hacerse amar por Enrique.

El día 27 se firmó el contrato. El cardenal de Borbón solicitó el consentimiento de los esposos y pronunció la fórmula de unión. Al día siguiente Clemente VII asistió a la misa de los esponsales en la capilla de su palacio, pues quería dar él mismo la bendición a los contrayentes. Después de la misa, el rey, con un traje de raso blanco y un espléndido manto real adornado de oro y pedrería, acompañó hasta el reclinatorio a la desposada, que llevaba sobre su cabeza la corona ducal, regalo de Francisco.

Aquella noche el papa ofreció un banquete durante el cual la nueva duquesa de Orleans se sentó entre su esposo y su cuñado el delfín. El 28 de octubre de 1533, fue un gran acontecimiento marcado por la exhibición extravagante y la entrega de regalos. El príncipe Enrique bailó y participó en justas por Catalina. Después hubo un baile de disfraces del que los novios participaron poco. La reina de Francia, rodeada de sus damas, acompañó aquella noche a Catalina a la cámara nupcial, al ausentarse los recién casados, el baile pasó a convertirse en una orgía.

Mientras tanto, los novios eran asistidos con gran ceremonia. Ambos tenían tan solo catorce años, pero a pesar de su juventud el papa había deseado que el matrimonio se consumara inmediatamente: pensaba que, de no ser así, más tarde podría plantearse una posible separación. Para conjurar tal peligro, unió a los dos jóvenes esposos de modo que el matrimonio no pudiera deshacerse. El rey permaneció en la alcoba hasta que se dio por satisfecho con lo que había presenciado y declaró que «ambos habían demostrado coraje en la liza». El papa Clemente visitó a los recién casados en su cama al día siguiente y dio su bendición a los procedimientos de la noche.

## CATALINA EN LA CORTE DE FRANCIA

La corte de Francisco I se hallaba por entonces en todo su esplendor. El rey tenía treinta y nueve años y Catalina, su joven nuera, catorce. La corte era lujosa, bulliciosa y festiva. Fontainebleau, donde Catalina residía, era el centro de una corte brillante y espléndida en donde casi nunca se mencionaba a la legítima reina de Francia, doña Leonor, hermana de Carlos V. Las reinas de ese mundo eran las sucesivas favoritas, las hermosas damas que reinaban en los corazones —y los salones— del rey y de los nobles de la corte.



Margarita de Valois, hermana de Francisco I, brillante figura de la corte francesa

Era una corte ardiente, caballeresca, artística y divertida. Catalina, que había pasado años en un convento, estaba maravillada ante esa visión del mundo. La joven Catalina seguía al rey admirándole en sus aventuras y ocurrencias, incluso admiraba a la verdadera reina de ese reino de fábula: Margarita de Valois, hermana del rey Francisco y a quien este amaba fraternalmente.

Ella, viuda de Carlos de Alençon, había (en mayo de 1527) casado en segundas nupcias con Enrique de Albret, rey de Navarra y jefe de la casa de Borbón.

Margarita era inteligente, divertida y ocurrente; además gracias al amor que su hermano sentía por ella, Margarita ejercía un verdadero poder político. Junto con *madame* de Navarra ejercía el poder de sus encantos *mademoiselle* de Saint-Vallier, Diana de Poitiers (que por entonces tenía treinta y cuatro años), en esa corte galante y complaciente, les seguían otras bellas señoras, como

la duquesa de Etampes, que era dama de honor de la reina y algunas otras que no vienen al caso por no hacer la historia demasiado larga.

Catalina admiraba al rey y a su corte y deseaba encajar en ese ambiente mundano y artístico al tiempo, pero era difícil moverse sin suscitar envidias y maledicciones. Ella, como buena florentina, nadaba entre dos aguas haciéndose querer de todos sin herir a nadie. Catalina manifestaba su entusiasmo y admiración y ello junto a su inteligencia innata hizo que fuera muy bien recibida entre las damas de la corte. Había de evitar herir a las damas declinantes sin entrar en colisión con las potencias crecientes, a quienes había que lisonjear y agasajar. Todo esto fue una escuela para el disimulo y el fingimiento que ha de saber administrar aquel que ejerce el poder, como ella lo haría en el futuro.



Diana de Poitiers, Gran Senescal de Normandía, esposa que fue de Luis de Brézé, conde Maulevrier, tenía 31 años cuando Enrique, de 11 años, se prendó de ella

Gustaba Catalina de los deportes violentos y activos, como la equitación y la caza, y en ellos seguía con entusiasmo al rey Francisco, el cual se sentía halagado por la admiración que su joven nuera le manifestaba. Ella disparaba la ballesta, jugaba al mallo, y cuando no se hallaba en estas distracciones estaba imaginando nuevas danzas y teatrillos. Todas estas actividades, junto con la frescura de su juventud, hicieron que ella fuese una más de las damas que gozaban de prestigio por su inteligencia y creatividad en esa corte galante. Sabemos que una de las intervenciones de Catalina fue para apaciguar los celos que surgían entre algunos de los artistas mimados en la corte: Rosso, Primaticcio y Benvenuto Cellini. Ella les hablaba en la dulce lengua de su patria e intentaba aplacar los celos y envidias entre ellos, pues cada uno se consideraba único y mejor que los demás. Se ganó de tal modo el afecto de estos que algunos la tomaron como musa de su creación y así hay efigies de Catalina como Diana Cazadora y el Primaticcio tomó a Catalina como modelo para algunos rostros en su obra.



Catalina y Nostradamus

Otro de los entretenimientos de la época, sobre todo en Florencia, era la astronomía y la astrología. Era de buen tono tener un astrólogo, el cual diseñaba la carta astral de su señor —o señora— y le predecía su futuro.

Esta afición era propia de Catalina, quien ya en Florencia se había interesado por esa pseudociencia y que la trasladó a Fontainebleau, con gran acogida, como una novedad divertida e interesante. Todos los florentinos de alta cuna eran aficionados a la astrología y lo mismo que los Médicis de Florencia lo eran los Sforza de Milán. Ya estos primeros tiempos de su juventud se revela en Catalina la afición por la astrología y la superstición. Era el tiempo en que en los círculos cortesanos se hablaba de horóscopos, brujerías y se leían los libros de misteriosos arcanos y de alquimia.

Aun las mentes más preclaras creían en la transmutación de los metales y los reyes soñaban con convertir viles metales en oro con el que pagar sus enormes gastos. Todos los monarcas de la época se interesaron por la alquimia, por ejemplo Felipe II, que desde muy joven se rodeó de colaboradores y amigos claramente vinculados a ella (el cardenal Granvela, el duque de Ferrara, sus consejeros Ruy Gómez de Silva o Mateo Vázquez Leca, el embajador en Roma Juan de Zúñiga, los secretarios Francisco de Ibarra o Pedro del Hoyo). Tras ser proclamado rey, don Felipe propició los trabajos de algunos alquimistas destinados a obtener oro. También es sabido que se interesó por las doctrinas de Ramón Llull, cuyos escritos fueron recopilados para la biblioteca del Escorial.

Se leían con apasionamiento los libros de Nostradamus y se comparaban los signos del zodiaco entre unos y otros por ver bajo qué estrella habían nacido y cuál sería su destino. Otra característica de los tiempos era la afición a los perfumes y a los venenos. Se dice que era posible envenenar a una persona con un par de guantes embebidos en una poción e incluso al oler un perfume. En estas aficiones eran maestros —se dice— los italianos y Catalina trajo también esta moda a su nueva patria, la moda de los perfumes.





Tapiz de Diana Cazadora del cual se dice que Catalina de Médicis fue la inspiración

La corte, casi siempre en Fontainebleau, solo tenía el propósito de agradar al rey y mantener ese espíritu caballeresco distinguido y refulgente. Mientras, las guerras continuaron. Carlos V mantuvo las campañas contra Francisco I y los alemanes junto a los españoles invadieron la Provenza con enormes ejércitos; era tal la aversión entre los príncipes cristianos que apenas escucharon al papa cuando hizo un llamamiento contra el amenazador poder de los turcos; el turco de la Sublime Puerta esperó su ocasión para invadir Europa al grito de «¡Alá es grande!».

En la corte continuaba otra guerra, la que mantuvieron la bella e inteligente Diana de Poitiers, la hermosa y joven duquesa de Etampes y la reina Margarita, la hermana bienamada del rey Francisco I. En esta corte, Catalina tuvo que maniobrar para no significarse como perteneciente a uno u otro clan de admiradores y adoradores de una u otra dama y al tiempo ser bien considerada por unos y otros. Ella solo podía aspirar a un segundo rango entre las notables de la corte. Era solamente la duquesa de Orleans, de la familia real, pero sin más futuro. Acaso podría aspirar al ducado de Milán y ser una duquesa con verdadero mando como soberana de Milán, pero eso dependía del devenir de la guerra entre Carlos y Francisco. Mientras tanto solo le quedaba esperar, esperar e imaginar diversiones en una corte libertina y festiva.



La duquesa de Etampes, Enrique II y Francisco I. Cuadro de Pierre Révoil.

Algo vino, sin embargo, a alterar la consideración que tenía su esposo Enrique por Catalina: su valedor, el papa Clemente, falleció el 25 de septiembre de 1534 y esto minó la posición de Catalina en la corte francesa; el siguiente papa, Paulo III, rompió la alianza con Francia y rehusó pagar la enorme dote que el difunto Clemente había comprometido para la boda de Catalina, lo que llevó a Francisco I a lamentar que «la chica ha venido a mí desnuda». El valor de Catalina bajó considerablemente.

## CAMBIO DE SUERTE

Sin esperarlo, la suerte de Catalina cambió repentinamente. En 1536, el delfín, que a la sazón se hallaba en Tournon, en la guerra de Provenza, tras un ejercicio violento, bebió agua fría, quizás contaminada, y contrajo una pleuresía infecciosa, a resultas de la cual falleció.

Esto dejaba a Catalina como delfina del reino, ya que su esposo, Enrique, duque de Orleans, era el siguiente en la línea del trono tras el fallecido heredero. Como delfina, se esperaba de Catalina que diera a luz al futuro heredero al trono, la duquesa de Orleans se había casado en octubre de 1533 y aún no había quedado embarazada, ello comenzaba a preocupar en la corte. Según el cronista Pierre de Brantôme, «muchos recomendaron al rey y al delfín repudiarla, ya que era necesario continuar la línea sucesoria de la monarquía francesa», incluso se habló de divorcio y, en su desesperación, Catalina intentó todos los medios conocidos para quedar encinta, extraños medios como ponerse estiércol de vaca y cuernos de ciervo en su fuente de la vida o beber orina de mula. Fuesen los remedios o la naturaleza por sí misma, lo cierto es que Catalina quedó en estado de buena esperanza con gran alegría por parte de todos y, el 19 de enero de 1544, por fin dio a luz a un hijo. Tras quedarse embarazada una vez, Catalina no tuvo problema para hacerlo de nuevo, en lo que pudo recibir la ayuda del médico Jean François Fernel, que advirtió ciertas anomalías en los órganos sexuales de la pareja y les dio consejo médico para solucionar el problema.



Isabel de Valois hija de Enrique de Valois y Catalina de Médicis, futura esposa de Felipe II

Como quiera que fuese, Catalina pronto concibió de nuevo y el 2 de abril de 1545 nació su hija Isabel. Tuvo otros ocho hijos de Enrique, seis de los cuales sobrevivieron a la infancia, incluidos el futuro Carlos IX (nacido el 27 de junio de 1550), el futuro Enrique III (el 19 de septiembre de 1551) y Francisco, duque de Anjou (18 de marzo de 1555).

Con ello quedaba asegurado el futuro a largo plazo de la dinastía Valois, la cual había gobernado Francia desde el siglo XIV. A pesar de todo, la nueva capacidad de Catalina para concebir hijos no fue suficiente para mejorar su matrimonio.

Enrique, a la muerte de su padre heredó no solo el trono, sino una pasión: la que su padre sentía por la hermosa e inteligente Diana de Poitiers, el joven Enrique, con diecinueve años (en 1538), tomó como amante a Diana de Poitiers, de treinta y ocho, a la que amó el resto de su vida. A pesar de esto, respetó el puesto de Catalina como su consorte legítima.



Diana de Poitiers, pasó de amante del padre a amante del hijo

## CATALINA, REINA LEGÍTIMA Y DIANA DE POITIERS, AMANTE OFICIAL

Enrique no permitió intervenir en política a la reina Catalina y, aunque algunas veces ella actuó como regente durante las ausencias de su marido, sus poderes eran estrictamente nominales.

En lo demás, la reina era Diana, a esta dio el rey el castillo de Chenonceau, que Catalina quería para ella, y además en todo la situó en el centro del poder y por ello la corte la celebraba como verdadera reina, y como tal actuaba la de Poitiers, quien recibía homenajes y aceptaba favores.

El embajador imperial afirmó que con toda desfachatez, aun en presencia de invitados, Enrique se sentaba en el regazo de Diana para tocar la guitarra, charlar de política o acariciar sus pechos. Curiosamente, Diana nunca vio a Catalina como una amenaza, e incluso animó al rey a que cohabitase con ella para que engendrarse más hijos que aumentasen la futura gloria y la continuidad de los Valois. Catalina, por su parte, renunció a luchar contra esta pasión y aceptó el hecho sin entrar en disputas ni competencias con la amante oficial de su esposo.



Habitación de Diana de Poitiers en el castillo de Chenonceau

En 1556 Catalina estuvo a punto de morir dando a luz a dos gemelas. Los cirujanos salvaron a una de ellas rompiendo las piernas de la otra, que murió en el vientre. La hija superviviente falleció siete meses después. Después de este parto, Catalina ya no tuvo más hijos.

## EL REINADO DE ENRIQUE. CATALINA, REINA REGENTE

El 31 de marzo de 1547, falleció Francisco I, Enrique II le sucedió como rey de Francia y Catalina, como legítima esposa, se convirtió en reina consorte de Francia. Fue coronada en la basílica de Saint-Denis el 10 de junio de 1549. Durante la última parte del reinado de Francisco I todavía fue una época de guerras y rivalidades, el emperador Carlos V soñaba con la idea del imperio católico universal y Francisco I era el único capaz de presentarle frente y combatir contra ese arquetipo ideal de los Habsburgo. A lo largo de la lucha por la supremacía hubo treguas, pero nunca una auténtica paz.

Catalina era reina, pero su influencia era menguada, la verdadera reina y poseedora de influencia y poder era Diana de Poitiers. Enrique la elevó a duquesa de Valentinois, y mientras Catalina ejercía de dama piadosa y prudente madre, la duquesa animaba los palacios con su belleza, los caballeros se batían en los juegos, torneos y justas luciendo sus colores y a Diana le dedicaban los bardos sus canciones y poesías.



Alegoría de la Firma de la Paz de Cateau-Cambrésis

El reinado de Enrique II fue la continuación del de Francisco I, las guerras continuaron y al fin Enrique se vio en la necesidad de buscar una salida, pues el agotamiento de las fuentes de financiación se iba haciendo notar cada vez más y el pueblo estaba cansado de guerras y levadas. La necesidad de conversaciones se impuso y en 1559 se firmó la Paz de Cateau-Cambrésis<sup>14</sup>. En ella Francia renunció para siempre a sus ambiciones italianas y devolvió Saboya y Piamonte al duque de Saboya, Córcega a Génova y el Monferrato a Mantua. A cambio, conservó Calais. Francia y España decidieron trabajar acordes y activamente contra la herejía protestante, lo que propiciaría en un futuro próximo las guerras de religión francesas.

La Paz de Cateau-Cambrésis fue el tratado de mayor importancia de la Europa del siglo XVI, por la duración de sus acuerdos, que estarían vigentes durante un siglo, y porque daría lugar a una nueva situación internacional. Supuso el inicio de la preponderancia española, y por tanto un desplazamiento de los problemas hacia Occidente, gravitación aún acentuada por la unión de Portugal a la Monarquía hispánica en 1580.



Felipe II e Isabel de Valois en el Libro de Horas de Catalina de Médicis

Por el momento la guerra entre naciones se había terminado con el Tratado de Cateau-Cambrésis, pero aún faltaba por apaciguar el fuego que habían encendido las nuevas ideas, las opiniones que en todas partes se habían levantado contra la fe católica. El protestantismo preparaba una guerra aun más peligrosa contra las monarquías, la puesta en solfa del principio de autoridad. El libre examen prescindía de la autoridad religiosa en la búsqueda de la salvación y ello arrastraba tras sí el principio mismo en esta época en que la religión y el mando civil estaban fuertemente imbricados, de allí surgirían las guerras de religión que luego veremos.



Una representación del combate entre Enrique II y Montgomery

Para ratificar la Paz de Cateau-Cambresis, uno de los acuerdos que se tomaron entre Francia y España fue el matrimonio de la princesa Isabel de Valois con el rey de España. El casamiento por poderes se ofició en París el 22 de junio de 1559 celebrándose con grandes fastos, bailes, máscaras y cinco días de justas. El rey de España se hizo representar en la boda por el duque de Alba, quien de manera simbólica tomó posesión del tálamo de la joven princesa.

Con esta festiva ocasión, el rey Enrique tomó parte en los jubilosos torneos luciendo los colores blanco y negro de Diana. Derrotó el rey a los duques de Guisa y Nemours, pero el joven Gabriel, conde de Montgomery, lo golpeó y desmontó.

Molesto por la derrota, el rey insistió en volver a justar contra el conde, y esta vez el de Montgomery rompió su lanza en la cara del monarca, que se tambaleó con la cara sangrando y con astillas de gran tamaño clavadas en un ojo y la cabeza. Catalina, Diana y el príncipe Francisco se desmayaron. El rey fue transportado al castillo de La Tournelle, donde le extrajeron cinco astillas de la cabeza, una de las cuales había atravesado un ojo y el cerebro. Catalina se quedó junto al lecho del monarca, pero Diana se mantuvo alejada «porque temía ser expulsada del aposento del real herido por la reina Catalina».

Cuando Enrique fue herido de muerte en 1559, Catalina prohibió terminantemente a Diana visitarlo durante sus últimas horas. Al subir al trono Francisco II, Diana no tuvo más remedio que abandonar la corte y se retiró a su castillo de Chaumont-sur-Loire. No se le permitió asistir a los funerales de su amante y fue expulsada inmediatamente de Chenonceau y obligada a devolver todas las joyas de la corona con las que el rey Enrique le había obsequiado. Derrotada por la reina Catalina, Diana se retiró en sus últimos años a su castillo de Anet, donde murió un par de años más tarde, en 1566, a los 67 años de edad. Su hija mayor hizo erigir una estatua conmemorativa en su honor en la iglesia de la villa, que después fue trasladada en 1576 a la capilla del castillo, donde Diana recibió sepultura. En 1795, durante la Revolución francesa, su tumba fue profanada y sus restos mortales, junto con los de dos de sus nietas, fueron arrojados a una fosa común. Como curiosidad cabe mencionar que durante el año



2008, un equipo de científicos estudiaron los restos mortales de la duquesa de Valentinois y descubrieron que tenían inexplicablemente una concentración de oro muy alta. Según estos informes, resulta entonces muy posible que Diana terminase falleciendo de anemia debida a una intoxicación grave de oro líquido.

En los siguientes diez días el estado del rey mejoró y empeoró alternativamente, e incluso el real enfermo pudo dictar cartas y escuchar música. Sin embargo, lentamente perdió la vista, el habla y la razón; el 10 de julio de 1559 murió. Desde ese día, Catalina puso una lanza rota en su emblema y las palabras latinas *lacrymae hinc, hinc dolor* ('de esto vienen mis lágrimas y mi dolor'), además de vestir de negro todos los días de su vida en señal de luto por Enrique.

Aquellas celebraciones que habían comenzado de manera tan festiva terminaban de manera fúnebre con la viudez de la esposa que quedó sinceramente desolada. Catalina, aunque reina nominal de Francia, había estado siempre a la sombra y anulada por Diana de Poitiers, y no solo como reina de los salones y en el corazón de su esposo el rey y de los caballeros del reino, sino también como poder político.

Su única actividad política, si es que puede considerarse tal, había sido un acercamiento a los poderosos Guisa y a los jefes de los partidos católicos, ahora podía contar con ellos para asegurar la posición de su hijo en el trono. En la noche del 8 de julio, Catalina mandó un emisario a casa de Diana con el siguiente mensaje:

—Señora, soy un enviado de la señora Catalina. La reina desea que le devolváis las joyas de la Corona.

—¿El rey ha muerto?

—Todavía no.

—Entonces todavía no tengo amo. Mientras esto no suceda no las devolveré.

Aún le quedaba altanería a la antigua amante y reina efectiva de Francia. Pero a la muerte del rey Enrique II, Diana sabía que sus días de gloria habían terminado, e inmediatamente se apresuró a devolver a Catalina todas las joyas que eran propiedad de la Corona, junto a un extenso inventario de propiedades. Temiendo por su vida, Diana escribió una carta al rey, en la que le solicitaba perdón regio por los errores que hubiera podido cometer en el pasado y que le ofendaba su vida y sus bienes.

Inmediatamente, Catalina le quitó el castillo de Chenonceau y pasó a vivir en él, mientras que Diana regresó al antiguo castillo de Anet.

Ante esta carta, ella recibió la contestación a través del diplomático Giovanni Michiel que dice: «El rey ha ordenado que se informe a *madame* de Valentinois de que, debido a su perniciosa influencia sobre el difunto rey, su padre, ella merecería un severo castigo. Pero que él, en su clemencia real, no ha querido perturbarla más».

El heredero de Enrique era el mayor de los hijos de Catalina: Francisco II, un joven de dieciséis años, de hermosa figura y personalidad atractiva y a quien Catalina había educado con esmero.

Este, aunque muy joven, estaba casado con la reina de Escocia, María Estuardo hija de Jacobo V y María de Lorena<sup>15</sup>, que a su vez era hermana de los Guisa. Con esta boda Catalina, había acercado a los Guisa a la casa de Francia al tiempo que aseguraba un trono a su hijo. El joven rey

adoraba a su esposa y respetaba a su madre, por otro lado el duque de Guisa y el cardenal de Lorena, tíos del rey, representaban al pueblo y a la burguesía católica, preocupadas por el auge de la nobleza hugonote. Una alianza con un trono católico, en este caso el de Escocia, era deseable y por ello en este matrimonio se habían depositado grandes esperanzas. El 21 de septiembre de 1559, Francisco II fue consagrado en Reims por Carlos de Guisa. Pero las cosas no eran tan sencillas, los príncipes Antonio de Borbón, rey de Navarra, y su hermano Luis I de Borbón, príncipe de Condé, estaban ansiosos por alcanzar el trono de Francia, trono que ellos consideraban que les pertenecía por herencia y que, en su opinión, estaba ocupado por «ambiciosos extranjeros».



Francisco II, heredero de la corona de Francia, rey a los dieciséis años

Francisco II se convirtió en rey con solo dieciséis años. En lo que ha sido llamado un golpe de Estado, el cardenal de Lorena y el duque de Guisa tomaron el poder el día después de la muerte de Enrique II. El embajador inglés dijo unos días después que «la casa de Guisa controla todo lo concerniente al rey francés». Por el momento, Catalina trabajó con los Guisa por necesidad, pues no tenía derecho a un rol en el Gobierno del joven Francisco porque se consideraba que este tenía edad suficiente para gobernar por sí mismo. Sin embargo, todos los actos oficiales del rey comenzaron con estas palabras: «Es la buena voluntad de la Reina, mi señora madre, y apruebo toda opinión que ella manifieste, mandar que [...]». Investida de esta nueva autoridad, Catalina empezó a tomar medidas para deshacer todas las reformas llevadas a cabo por Diana incluso en el castillo de Chenonceau.



Francisco, duque de Guisa



Carlos IX de Francia

Desgraciadamente el joven rey no vivió lo bastante como para demostrar su valía en asuntos de Estado, pues sin apenas tener tiempo de llevar a cabo acción alguna de importancia, Francisco II falleció el 5 de diciembre de 1560 a causa de una otitis que le produjo un absceso. Apenas había reinado unos meses. Al morir Francisco II sin descendencia, su hermano, el duque Carlos de

Orleans, de diez años, le sucedió en el trono como Carlos IX. La viuda de Francisco II, María Estuardo, volvió a Escocia.



Antonio de Borbón, rey consorte de Navarra, casado con Juana de Albret

El breve reinado de Francisco II estuvo inmerso en los disturbios religiosos, que fueron más bien luchas por el poder. Los católicos (a su cabeza los Guisa), y los protestantes (dirigidos por Antonio de Borbón, Luis de Condé y Gaspar de Coligny), aprestaron sus ejércitos ante la posibilidad de una guerra declarada.

En marzo de 1560, los líderes protestantes dirigidos por La Renaudie organizaron la llamada Conjura de Amboise, pensada para llevarse al rey y sustraerlo de la influencia de los Guisa que otorgaba el poder a Luis de Condé. Sin embargo, no salió todo como se esperaba: uno de los conjurados, Pierre des Avenelles, les delató y los principales cabecillas fueron capturados y ejecutados (a excepción del príncipe de Condé). Antes de seguir adelante trataremos de aclarar la situación religiosa en Francia: la cuestión de los hugonotes.

## EL PROBLEMA DE LOS HUGONOTES

Hugonote es el nombre con que se designaban los que en Francia adoptaron las ideas de Juan Calvino. El origen de la palabra es dudoso: algunos la suponen derivada del vocablo *huguon*, con que se designa en Turena a las personas que transitan de noche por las calles, puesto que los primeros protestantes franceses solían celebrar de noche sus reuniones religiosas. Otros sostienen que el nombre procede de la pronunciación defectuosa de una palabra alemana que significa ‘confederados’. Otros afirman que los primeros hugonotes se llamaron así porque se reunían en bóvedas subterráneas cercanas a la puerta Hugon, en las afueras de Tours.

Hacia mediados de siglo la organización del culto y la disciplina de sus miembros habían dado a los hugonotes un gran poder de expansión. Poco a poco las nuevas ideas habían penetrado incluso en las filas de la nobleza. Una de las principales familias del reino, los Coligny, aliados de los Montmorency se convirtieron al nuevo credo y con su influencia proporcionaron distinguidos reclutamientos como los del Almirante Coligny, y el cardenal Odet de Châtillon.



La reina Juana de Albret

Pronto la reina de Navarra francesa, Juana de Albret, hija de Margarita de Navarra, profesó el calvinismo y lo introdujo en sus dominios a la fuerza. Su marido, Antonio de Borbón, el primer príncipe de la sangre, pareció que a veces se había pasado a los hugonotes, lo mismo que su hermano, el príncipe de Condé, quien nunca vaciló en su alianza con la nueva secta. Hasta en el

Parlamento de París, que había dirigido con vigor la lucha contra la herejía, hubo miembros que abrazaron la nueva doctrina.



El cardenal Odet de Châtillon que se convirtió al protestantismo

Llevadas las cosas a este extremo, parecía que era necesario tratar severamente la situación: algunos hugonotes fueron encarcelados, entre otros Antoine du Bourg. Pero en este momento murió el rey Enrique y dejó el trono a un delicado muchacho de dieciséis años.

Nada podía ser más ventajoso para los hugonotes, así que aprovechando el momento se formaron numerosos grupos en todos los distritos de Francia. El nuncio papal escribió a Roma que «el reino era algo más de la mitad hugonote», sin duda era una exageración, pero era evidente que los hugonotes no eran ya unos pocos individuos repartidos por el país y cuyo caso pudiera solucionarse con unos cuantos procesos judiciales. Más bien parecían convertirse en una fuerza imparable, un motivo de preocupación para el Estado.

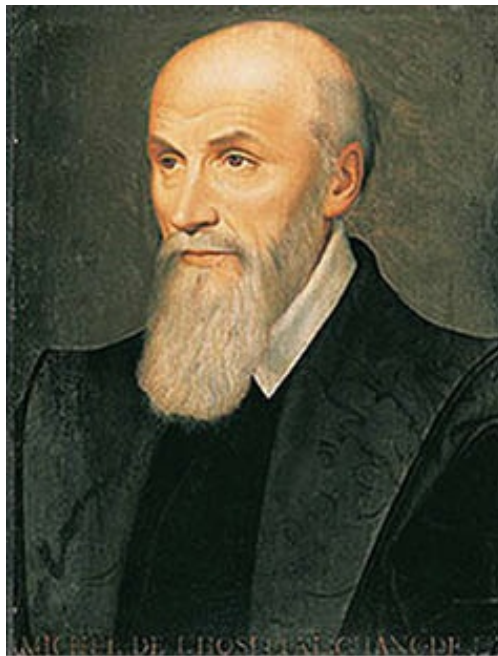
Los calvinistas, reforzados por los grandes señores, algunos de los cuales tenían acceso a la corte del rey, se convirtieron en un poder político que ejercía su actividad en asuntos nacionales y que tenía su propia historia. Tras el acceso de Francisco II al trono, los edictos contra los hugonotes se hicieron más severos por la influencia de la familia Guisa, muy poderosos con el rey y completamente dedicados a la fe católica. Un edicto real (del 4 de septiembre de 1559) ordenaba que las casas en las que se reunían las asambleas ilegales fueran registradas y los organizadores de tales asambleas condenados a muerte. Resentidos con tales medidas, los hugonotes aprovecharon cualquier ocasión de descontento para protestar contra el gobierno de los Guisa, y después de consultar a sus teólogos en Estrasburgo y Ginebra, decidieron recurrir a las armas. A este fin se organizó una conspiración, cuyo líder era el príncipe de Condé, aunque su organización se confió al Sieur de la Renaudié, un noble de Perigord, convicto de falsificación por el parlamento de Dijón, y que había huido a Ginebra, donde se había convertido en ardiente

calvinista. Este visitó Ginebra e Inglaterra y recorrió las provincias francesas para reclutar soldados y llevarlos juntos a la corte, porque el plan era capturar a los Guisa sin, como decían los conspiradores, poner la mano encima de la persona del rey.

Mientras eso sucedía, la corte, que deseaba desarmar la hostilidad de los hugonotes para desactivar su oposición, ordenaba a sus agentes que desistieran de las persecuciones y proclamasen una amnistía general de la que solo se exceptuaría a los predicadores y conspiradores; en estos momentos los Guisa fueron advertidos de la conjura que se estaba tramando y se les facilitó ahogarla en sangre de los conspiradores, que se estaban reuniendo en bandas por Amboise, donde estaba alojado el rey (19 de marzo de 1560). El resentimiento que siguió a la severidad de la represión y al nombramiento de Michel de l'Hôpital, un magistrado moderado, como canciller, llevó a la adopción de medidas menos violentas. El edicto de Romorantin (mayo, 1560) apaciguó mucho a los protestantes que tenían como abogados ante la asamblea de notables (agosto de 1560) al príncipe de Condé, canciller De l'Hôpital, y a los obispos de Velence y Vienne.

## CARLOS IX. CATALINA, REGENTE DE FRANCIA

Fue ese momento, cuando falleció el joven rey Francisco II, lo que dio lugar al advenimiento al trono de Carlos IX en diciembre de 1560. Era el nuevo rey menor de edad, aún más joven que el anterior rey y, en estas circunstancias, la totalidad del poder vino a quedar en manos de la madre del rey: Catalina de Médicis. Esto fue una suerte para los hugonotes, porque la regente era condescendiente en las cuestiones de doctrina y no sentía remordimientos al conceder cierto grado de tolerancia a los que practicaban la nueva religión reformada, siempre y cuando ello redundase en la paz del reino.



El canciller Michel de l'Hôpital

Bajo estas premisas permitió a Condé y Coligny practicar en la corte la religión reformada y hasta llamó para que predicara a Jean de Mouluc, obispo de Valence, un calvinista apenas oculto tras su mitra.

Al mismo tiempo ordenó al Parlamento de París que suspendiera las persecuciones y autorizó a los hugonotes el culto fuera de las ciudades hasta que se reuniera un concilio nacional que se pronunciase sobre el asunto.

En junio de 1560, Michel de l'Hôpital fue nombrado canciller de Francia. Este buscó el apoyo de los órganos constitucionales de Francia y trabajó junto a Catalina para defender la ley frente a la creciente anarquía.

La reina no vio la necesidad de castigar a los protestantes que oraban en privado y no tomó medidas contra ellos. El 20 de agosto de 1560, Catalina y el canciller defendieron esta política ante una asamblea de notables en Fontainebleau, ocasión que los historiadores recuerdan como un temprano ejemplo del sentido de Estado de Catalina. Mientras, Condé creó un ejército y comenzó



a atacar ciudades del sur en el otoño de 1560. Sabedora de ello, Catalina le ordenó presentarse en la corte y lo encarceló tan pronto apareció. Fue juzgado en noviembre, encontrado culpable de delitos contra la corona y sentenciado a muerte. Sin embargo, salvó su vida por la enfermedad y muerte del rey Francisco II. Cuando Catalina fue consciente de que Francisco iba a morir hizo un pacto con Antonio de Borbón, según el cual él renunciaría a su derecho a la regencia del futuro rey, Carlos IX, a cambio de la liberación de su hermano Condé.



Antonio de Borbón, teniente general del reino de Francia

Habiendo sido nombrada regente gobernadora de Francia por el Consejo Privado, escribió Catalina a su hija Isabel: «Mi objetivo principal es honrar a Dios en todas las cosas y preservar mi autoridad, no para mí, sino para conservar este reino y para el bien de todos tus hermanos».

Catalina de Médici era ahora la verdadera reina de Francia e investida de su poder y con toda prudencia, intentó por todos los medios posibles acabar con las divisiones internas, asegurar la autoridad real y restaurar el poderío de la monarquía francesa. No era pequeña la tarea que tenía entre manos. El heredero, el rey Carlos IX, solo tenía diez años, así que hasta la mayoría de edad de este Catalina tenía cuatro años por delante para dejar a su hijo un reino pacificado.

Con esta intención en mente, en primer lugar, Antonio de Borbón fue nombrado teniente general del reino y Condé liberado. El cardenal de Lorena fue separado del poder, pero Francisco de Guisa fue confirmado en la jefatura del Ejército. Por su parte, los Montmorency decidieron que podrían prosperar en el nuevo reinado. Así, la Casa Real y las principales familias de la nobleza lograron presentar un frente unido en los Estados Generales convocados en diciembre de 1560. No se logró resolver la desesperante falta de ingresos de la Hacienda, pero sí acabar con los abusos judiciales, eliminar aduanas internas, y unificar pesos y medidas. Asimismo, se acordó la reunión de los Estados al menos una vez cada cinco años.



*El Coloquio de Poissy*, pintado por R. Fleury, en el cuadro aparece el joven rey Carlos IX y Catalina de Médicis, reina efectiva. Hugonotes y católicos hacen acto de presencia.

A pesar de todos sus esfuerzos la reina no logró unir al dividido reino, la política conciliadora de Catalina solo sirvió para hacerla parecer débil a los ojos de los protestantes, que exigían más y más concesiones; y para alarmar a los católicos, cada vez más hostiles con ella y con los reformados. Mientras tanto, los Guisa se unieron a los Montmorency y al mariscal de Saint-André en abril de 1561, apoyados por España, para preservar la fe católica y emprender una cruzada contra el protestantismo.

Por entonces el calvinismo estaba en su apogeo: había más de dos millones de ellos, cada vez más politizados, irritados y violentos. La situación empeoró a ojos de los católicos cuando, tras la reunión de los Estados Generales en Pontoise, se reclamó la libertad religiosa, la confiscación de los bienes eclesiásticos y la instauración de altas contribuciones para el clero. El intento de negociación conocido como Coloquio de Poissy generó aún más división y descontento, lo que desembocó en nuevos disturbios en París y al sur de Francia.

Católicos y protestantes se armaron, y la violencia se multiplicó por todo el reino. El resultado fue que Catalina de Médicis promulgó el Edicto de Saint-Germain (17 de enero de 1562), un último intento de solución pacífica a la discordia religiosa. Se permitía a los hugonotes la práctica de su culto fuera de las ciudades y en sus casas particulares. Además, podían reunirse en sínodos, previa autorización real. Los ministros reformados eran reconocidos y, por último, los hugonotes podían constituir también corporaciones religiosas. Respecto a los nobles, se les permitía absoluta libertad de conciencia.

Desgraciadamente la tolerancia civil instaurada por la reina produjo el efecto contrario al que se buscaba. Los protestantes rechazaban una ciudadanía de segunda clase, los católicos estaban furiosos, y el Parlamento se negó a ratificarlo. Presionado, Antonio de Borbón decidió abandonar el protestantismo y unirse a los Guisa y los Montmorency. Finalmente, estalló la guerra civil. Entre 1562 y 1598 se produjeron ocho encarnizados enfrentamientos entre católicos y protestantes franceses.

## LAS GUERRAS

Como dijimos, al subir al trono Carlos IX apenas tenía nueve años, era Catalina la verdadera reina, fue ella la que se enfrenta a los hechos y a los problemas. Esta italiana, de gran sentido político, educada en el ejemplo de Florencia y Roma hubo de encarar las dificultades por las que atravesaba el país, que no fueron pocas. Madre apasionada, velaba por el patrimonio de sus hijos y procuraba no comprometer el futuro de la monarquía. De espíritu tolerante, al menos para salvaguardar la monarquía y la paz del reino, hizo firmar a Carlos IX el Edicto de Tolerancia, pero este se mostró inaplicable, los hugonotes no estaban satisfechos, pues con este edicto se consideraban ciudadanos de segunda categoría y allí donde predominaban los calvinistas, predicaban contra el Edicto en iglesias previamente desprovistas de ornamentos en el estilo iconoclasta.

Con esta actitud se destruyó una parte del patrimonio artístico de Francia. Hubo descontento entre católicos y calvinistas y concentraciones armadas en varios lugares y finalmente el 1 de marzo de 1562 se llevó a cabo la matanza de Vassy. Es la señal del inicio de las hostilidades. Los nobles hugonotes se unieron a Condé, que el 8 de abril de 1562 los llamó a las armas.

Aprovechando la sorpresa, los hugonotes estuvieron a punto de alcanzar el éxito y, aunque fueron expulsados de París, se apoderaron de las principales ciudades del reino y en todas partes la guerra ocasionó una cadena de violencias. Condé, para pagar a sus tropas se apoderó del tesoro de las iglesias; nobles y burgueses siguieron su ejemplo y el desorden cundió por doquier. Por su parte los campesinos se negaron a pagar sus diezmos y el pillaje y los ajustes de cuentas estaban a la orden del día.



Los predicadores calvinistas predicaban contra el Edicto de Tolerancia, que era, según ellos, insuficiente y los convertía en ciudadanos de segunda

Llegados a ese punto todos piensan en la ayuda extranjera, Felipe II prometió ayuda a la regente y a los católicos, en contrapartida los hugonotes entregaron El Havre a Isabel de Inglaterra, quien por su parte decidió ayudar a los rebeldes. No obstante, el golpe protestante fracasó y los

principales cabecillas fueron muertos o asesinados. Debilitados los hugonotes, la regente Catalina decidió que era el momento de reanudar su política de acercamiento y tolerancia, aunque hubo de tener en cuenta una dificultad no menor: la resistencia de los católicos, heridos y ofendidos por los hugonotes y su guerra.

En todo caso, el 19 de marzo de 1563, impuso a ambos bandos el Edicto de Pacificación de Amboise, que en resumen era menos favorable a los hugonotes que el anterior Edicto de Tolerancia. El culto reformado podía tolerarse en las afueras de las ciudades y solo en una ciudad por bailía. En cuanto a los señores nobles con poder, se les permitía libertad de culto tanto a ellos como a sus súbditos.

Tras los duros desórdenes, la política de apaciguamiento de Catalina parecía prosperar y el país llegó a disfrutar de unos años de paz.

## LA MIGUELADA Y AÑOS SIGUIENTES

Deseosa de aumentar el prestigio de la monarquía y hacer conocer al joven rey, Catalina llevó su hijo Carlos a un largo viaje por todo el país, viaje que duró dos años. Parecía que todo volvía a su cauce, pero Condé no había olvidado su causa y, temiendo que la amistad de la reina Catalina con España desembocase en nuevas dificultades para los calvinistas de Francia, caviló que para evitarlo sería una buena idea capturar al rey y al tiempo hacer asesinar a los principales católicos de Francia. Este plan debía llevarse a cabo el día de san Miguel, por lo que se conoce como la Miguelada.

Así pues, pese a la firma de la paz de Amboise, los jefes protestantes decidieron tomar las armas, lo que hicieron tal y como se había decidido el día de san Miguel de 1567. Tratándose del 30 de septiembre de ese año —relata L. Menard en su *Historia de Nimes*, citado por Léonard— ochenta sacerdotes y laicos católicos fueron asesinados en la corte del obispado. La condescendencia de Catalina de Médicis, empezó a abandonar a los hugonotes e inclinarse definitivamente por los católicos. Al fin escribió: «Cuantos más muertos, menos enemigos». Tras haber probado con una política de concordia, la reina madre se sintió ultrajada por el ataque de Condé y se decidió a castigar violentamente a los traidores.

En estas circunstancias, reforzados ambos partidos, se reanudaron las hostilidades, y las acciones militares se llevaron a cabo en torno a la Rochela, convertida por entonces en base protestante. El ejército real se quedó con el campo en repetidas ocasiones y si bien los hugonotes resistieron en algunos sitios, la mayoría del reino se les escapó de las manos.

También se hizo patente que era imposible eliminar a los hugonotes, pero, llegada a este punto, Catalina se niega a pactar una nueva tregua o firmar un pacto pues no confiaba en que estos lo respetaran ya que, no sin motivo, dudaba de la buena fe de los calvinistas.

Por fin el 8 de agosto de 1570, por el Edicto de Saint Germain, Catalina concedió a los hugonotes, por dos años, cuatro plazas de seguridad en donde tendrían derecho a mantener una guarnición. Esta concesión fue en realidad un grave atentado contra los derechos del Estado y ofendió a los católicos.

A partir de Saint Germain, se inició el declive de la reina madre. Carlos IX, que tenía ya veinte años, escuchaba los consejos del mariscal Coligny, que proponía intentar un audaz plan de reconciliación entre los franceses y realizar empresas exteriores a expensas del imperio español, tanto en América como en los Países Bajos. Ello podría conducir a un enfrentamiento entre España y Catalina, no sin razón, juzgaba que Francia no estaba en condiciones de enfrentarse al poderoso Felipe II en una guerra abierta, que por otro lado, probablemente contaría con el apoyo de los Guisa. Por fin, algunos consejeros y Catalina, lograron convencer al rey de la existencia de un complot y a resultas de este convencimiento, el soberano decretó el ajusticiamiento de Coligny y de todos los jefes hugonotes reunidos en París con motivo de la boda de Enrique de Navarra y Margarita de Valois. Boda que debía sellar la reconciliación.



Actos salvajes en la Miguelada



Actos salvajes en la Noche de san Bartolomé

La orden se llevó a cabo el día de san Bartolomé. Para muchos la matanza de san Bartolomé significaba la respuesta a la Miguelada<sup>16</sup>, pero también la ocasión de satisfacer rencores y hacer ajustes de cuentas. Entre las víctimas se hallan no solo personajes importantes, sino orfebres, banqueros, libreros y gente de todas las clases sociales. Tal día se dio rienda suelta a las pasiones que hasta entonces se habían reprimido ahogándolas en sangre. La matanza tuvo una gran repercusión en los países extranjeros, sobre todo en los protestantes, que recibieron oleadas de refugiados que huían de su país. Aun así, el partido protestante no quedó destruido.



Gaspar de Coligny, dirigente hugonote

En 1573, tras la muerte del gobernante polaco Segismundo II Augusto Jagellón, Jean de Monluc fue enviado como embajador de Francia a Polonia para negociar la elección de Enrique al trono polaco a cambio de apoyo militar contra Rusia, de asistencia diplomática en las relaciones con el Imperio otomano, y de ayuda financiera. Se eligió a Enrique en lugar de los candidatos de la casa de Habsburgo en parte con el fin de ser más agradable al Imperio otomano (un aliado tradicional de Francia a través de la alianza franco-otomana) y fortalecer así la alianza polaco-otomana, que también estaba en efecto. En una ceremonia en París, el 13 de septiembre de 1573, la delegación de Polonia le entregó el certificado de elección al trono de Polonia-Lituania. Pero hasta enero de 1574 Enrique no llegó a las fronteras de Polonia. El 21 de febrero se celebró su coronación, sin embargo, a mediados de junio 1574 Enrique se despidió de Polonia para regresar a Francia al enterarse de que había muerto su hermano, Carlos IX. La ausencia de Enrique provocó una crisis sucesoria que los nobles intentaron resolver diciéndole que perdería su trono si no regresaba de Francia antes del 12 de mayo de 1575.

En aquellos momentos el duque de Anjou, hermano del rey Carlos IX, acababa de ser elegido rey de Polonia y necesitaba el apoyo de los protestantes alemanes, por esta razón Carlos se avino a firmar un edicto en el que confirmaba de nuevo la Paz de Saint Germain. Enrique de Anjou fue elegido rey de Polonia el 11 de mayo de 1573. Sin embargo, cuando abandonó de mala gana la corte para ir a una tierra extraña, era ya evidente que el rey Carlos, cuya salud siempre fue

pésima, se moría. En medio de un clima de conspiraciones, la reina madre, Catalina, hizo que el rey Carlos reconociera al de Anjou como su presunto heredero, para así evitar cualquier jugada de sus hermanos. En espera de la muerte del rey se formó una camarilla constituida por el hermano menor del rey, el duque de Alençon, que codiciaba el trono, su hermana Margot, los Montmorency, Condé y Enrique de Navarra. Pero el talento de los conjurados no estaba a la altura de sus ambiciones, y se convirtieron al fin en un mero instrumento de políticos más sagaces, o más astutos, decididos a utilizar al príncipe para acabar con la reina Catalina.

Frustrado un torpe intento de esta camarilla para apoderarse de la persona del rey, Carlos emprendió una ofensiva contra los Montmorency arrestando a los líderes familiares, lo que resultó en la aparición de un nuevo partido contrario a la corona, los políticos. Todas estas circunstancias influyeron en la débil salud del rey, que ya se hallaba gravemente dañada. Su estado empeoró y los médicos no pudieron hacer remitir la fiebre, en sus últimas horas le costaba respirar, las hemorragias no cesaban y, finalmente, Carlos IX murió el 30 de mayo de 1574. Para acallar los rumores sobre de un posible envenenamiento, Ambroise Paré le hizo la autopsia al día siguiente y certificó que el rey había muerto de una pleuresía que había agravado una neumonía tuberculosa, a resultas de la cual había fallecido el joven monarca.



## EL NUEVO REY DE FRANCIA

A la muerte de Carlos, el inmediato heredero era Enrique (III), el hijo favorito de Catalina, cuyo camino hacia el trono ella ya había allanado.

Enrique abandonó Polonia precipitadamente y a su llegada a Francia halló una situación comprometida, no solo tuvo que hacer frente a los protestantes, sino a una facción encabezada por su hermano menor, duque de Alençon, conocido como Monsieur, hombre ambicioso, tornadizo y sobre todo desleal.

El nuevo rey intentó organizar el reino pero en todo momento se vio entorpecido por sus enemigos. Tenía el rey una inteligencia clara, pero una conducta reprobable, cuyos ecos se extendieron por el pueblo y le hicieron poco querido. Se dice de él que era medio hombre, medio mujer y se hablaba de sus costumbres desordenadas.



Enrique III rey de Francia

Enrique III, por consejo de Catalina, casó con la princesa Luisa de Lorena-Vaudémont, hermana de Guisa, ya que pensaba que esa boda sería la viva garantía de la alianza católica. El rey lucía a la princesa en todas las ocasiones posibles. En la Biblioteca Fontanieu se habla de

ello: «[...] luego el rey iba de un lado a otro a pasearse con la reina, a visitar los monasterios de monjas, rezando el rosario con toda devoción».

Pero todo ello no lo apartaba de su afición por las fiestas, las artes, la literatura y la belleza. El partido opositor hacía circular libelos al siguiente tenor:

Enrique, por la gracia de su madre, inerte rey de Francia, e imaginario de Polonia, portero del Louvre, mayordomo de Saint Germain-l'Auxerrois, juglar de las iglesias de París, yerno de Colás, almidonador de los cuellos de su mujer y rizador de sus cabellos, mercero de palacio, visitador de baños públicos, guardián de las cuatro órdenes mendicantes, y protector de los capuchinos [...].

Libelos como este preparaban el ambiente para un próximo levantamiento de los hugonotes, que esta vez planeaban una alianza con los llamados políticos, encabezados estos por el poderoso Enrique de Montmorency, gobernador de Languedoc y mariscal de Francia. El duque de Alençon, que había jurado solemnemente no tomar parte ni organizar una guerra civil, había huido refugiándose en Normandía, desde donde le era fácil entrar en contacto con los ingleses y acaso solicitar su ayuda.



Luisa de Lorena-Vaudémont, esposa de Enrique III

Catalina temía esto último, porque los protestantes lideraban un movimiento internacional y buscaban apoyo y ayuda unos en otros. Catalina también temía una invasión de los temibles lansquenets alemanes y procuraba apaciguar los ánimos, pero era en vano, pues los hombres estaban decididos a ir a las armas como último recurso, sin atender a las buenas razones de la reina madre. Tal y como temía Catalina, Condé pidió ayuda a los príncipes alemanes; la reina madre, intentando apaciguar los ánimos, ofrecía facilidades a los protestantes y corría la voz de que ella quería asegurar la libertad de cultos en Francia, cosa a la que se oponía el partido católico, que la acusaba por ello de blanda y contemporizadora.

La situación era explosiva y la reina estaba dispuesta a ir a encontrarse con el turbulento duque de Alençon para asegurar la paz. Ella escribió a su hijo Enrique: «Creo que la tregua es indispensable, aunque las condiciones sean duras, hay que impedir a toda costa los compromisos que el duque de Alençon va a contraer con la reina de Inglaterra y los príncipes de Alemania [...]». Los esfuerzos de Catalina dieron como resultado la tregua de Champigny, por la cual se concedía a Condé nada menos que cinco plazas de seguridad (Angulema, Niort, Bourges, la Charité y Mézières) trescientas mil libras de indemnización para los reitres y lansquenets y, lo que es más, la libertad de cultos y de conciencia.



Caricatura del rey Enrique que hace alusión a su rumoreada afición por el travestismo

Esto hirió profundamente a los católicos, que ya no se vieron representados por la reina Catalina o el rey Enrique y se agruparon alrededor de Guisa, quien era más combativo y no quería ceder ante los hugonotes. De este desencanto nació la asociación de la Liga como Gobierno político fuera de los Valois y los Borbón. El resultado fue una sublevación general contra Enrique III y hasta el papa dictó un edicto de excomunión contra el soberano. En la Sorbona los teólogos desligaron a los súbditos de su juramento de fidelidad; los predicadores, desde sus púlpitos, justificaban el tiranicidio.

Repartidas por toda Francia ya existían pequeñas organizaciones católicas que luchaban contra los protestantes, como la Ligue Picarde, creada en 1568. La concesión de localidades seguras para los protestantes provocó el descontento y la rebelión de los católicos contra el rey. Las cofradías del Santo Espíritu y otras ligas se unieron en nombre de la Santa Trinidad, para restaurar y defender a la Santa Iglesia católica, romana y apostólica. Fue una rebelión contra los edictos reales: Jacques d'Humières, gobernador de Péronne, se negó a ceder la ciudad a los protestantes y solicitó, para ello, la ayuda de los príncipes y prelados del reino, a fin de restablecer la religión católica y la obediencia de Su Majestad.

Este movimiento se extendió, rápidamente, por toda la Picardía, apoyado por España (los Países Bajos Españoles que llegaban, por aquel entonces, hasta el Artois), enseguida se implicó en ello toda Francia. En principio los afiliados a la Liga se declararon como leales y fieles al rey de Francia dado que este defendía a la Iglesia católica. El propósito de la Liga comprendía, además de la defensa de la Iglesia, la defensa del rey y la de los Estados Generales de Francia. En noviembre, el duque Enrique I de Guisa organizó la Liga de París. En diciembre de 1576 el rey Enrique III se puso al frente de la Liga reescribiendo su propio programa de intenciones (la parte en la que, el poder real, se somete a los Estados Generales). Al año siguiente la agitación general se calmó y la Paz de Bergerac se firmó en 1577. La libertad de conciencia se acordó con los protestantes, así como la libertad de culto, durante seis años, en la periferia y las localidades a ellos designadas.

Los Guisa, a la cabeza de la Liga, ganaban prestigio. Enrique III, para contrarrestar a la Liga, rechazó las ideas políticas de los Estados Generales y se lanzó a un catolicismo violento: firmó la Liga y se declaró su jefe, creía estar dando así un golpe maestro al suplantar a los Guisa. Con esta acción descendía del papel de rey al de jefe de partido declarando la guerra a los calvinistas. Se decidió la supresión del culto reformado. Esto suponía la guerra y la guerra requiere dinero del que el rey carecía para llevarla a cabo.

Surgió entonces la figura de Enrique de Navarra, con sus montañeses de los Pirineos. Era un excelente soldado que había conseguido todo a punta de espada y gracias a su fortaleza física. En materia religiosa era variable, habiendo abjurado varias veces de una religión a otra según su conveniencia política. Era tolerante por naturaleza y nada fanático. Decidió tomar partido por Enrique III y sus aliados contra los jefes de la Liga, a los que consideraba responsables de los males que sufría Francia.

El rey, finalmente, asesinó a Guisa pues creía que así cortaba el nudo gordiano de la situación. Satisfecho de la acción, creyendo haber solucionado lo peor del conflicto añadió sin poder contener la admiración que sentía por su enemigo: «¡Dios mío, qué grande era! ¡Parece más grande muerto que vivo!».



Enrique de Navarra

El rey convocó al duque de Guisa a Blois. Los amigos decían a Guisa que no se presentase, que no se fiase del rey. El rey citó al Consejo a las seis de la mañana, pero al mismo tiempo reunió a sus famosos cuarenta y cinco, que eran su guardia personal y de su total confianza, a estos dijo: «El duque de Guisa viene dispuesto a realizar un último esfuerzo por apoderarse de mi persona y del reino y para ello quitarme la vida. Hemos llegado a un extremo que es preciso que muera uno de los dos y que sea esta mañana. ¿Queréis servirme y vengarme?». Como un solo hombre aquellos cuarenta y cinco dijeron que estaban dispuestos a matar al rebelde, el rey distribuyó puñales entre ellos y los situó estratégicamente en su gabinete, su habitación y en la escalera. Llegó el duque, y entró en la sala del Consejo. Le hicieron pasar a la habitación donde se suponía que estaba el rey y, en el momento de abrir la puerta, uno de los cuarenta y cinco le sujetó el brazo y le hundió su puñal en el pecho. Luchó el de Guisa, pero aparecieron otros de los hombres de la guardia armados con puñales y lo acribillaron a puñaladas. En la lucha iban de un lado al otro. Guisa llegó en el curso de la pelea hasta el pie del lecho del rey, donde cayó. Una nube de puñales lo atravesó por todas partes. Al escuchar el ruido de la lucha el hermano del duque, el cardenal de Guisa, entró gritando: «¡Habéis matado a mi hermano!». No le valió su condición de cardenal. Fue detenido por la guardia personal del rey y al día siguiente matado a golpes de alabarda. Luego ambos cadáveres fueron quemados en una pira para que no se pudiesen hacer reliquias con sus restos. Estos hechos tuvieron lugar los días 23 y 24 de diciembre de 1588. Se dice de Enrique III que cuando vio el cadáver del de Guisa exclamó: «¡Ya no somos dos! ¡Ahora sí que soy el rey!».

Enrique III después de contemplar el cadáver de su enemigo fue a ver a la reina Catalina, que estaba moribunda en su lecho de enferma. «He vuelto a ser rey de Francia, pues hice matar al rey de París», dijo a su madre. A lo que débilmente respondió Catalina de Médicis: «No consiste todo en cortar, hijo mío, es preciso también recoser». Con ello quería decir que matar al duque de Guisa no era eliminar la Liga. «Muerto el perro se acabó la rabia», exclamaba Enrique III, pero se engañaba. Los Guisa sacaban su fuerza de la Liga y no la Liga de los Guisa.



Representación de una procesión de La Liga, en París en 1590

Tras el asesinato de Guisa el cardenal de Borbón fue arrestado (y ejecutado poco después), así como el príncipe de Joinville, hijo del duque de Guisa, su madre la duquesa de Nemours y su primo, el duque de Elbeuf. Muchos de los diputados de los Estados Generales fueron arrestados también. Estos hechos provocaron un sublevamiento general. Una vez más la Sorbona relevó a sus miembros de su deber de fidelidad al rey. Todas las provincias dominadas por la Liga (especialmente Lorena, sede de los Guisa), Champaña, el sur de Borgoña, Bretaña y Normandía (dominada por Philippe-Emmanuel de Lorraine, duque de Mercoeur, gobernador de Bretaña y cuñado del duque de Guisa) y la región de París, se sublevaron contra el tirano Enrique III.

La noticia del doble crimen llegó a París. El pueblo entero se levantó indignado y declaró a los dos hermanos Guisa mártires de Jesucristo. Los predicadores hicieron jurar a todos los parisinos que derramarían hasta la última gota de su sangre hasta vengar esas muertes. Una procesión de más de cien mil personas recorrió las calles de París llevando cirios encendidos y a una señal convenida fueron apagados todos al mismo tiempo a la vez que gritaban al unísono: «Dios extingue de esta misma forma la raza de los Valois». Los parisinos hacían figuras de cera que representaban al odiado rey y le atravesaban con agujas el corazón al mismo tiempo que pronunciaban palabras mágicas, con lo que esperaban que el rey muriese por este acto de magia negra. La gente murmuraba que el soberano tenía comercio con el diablo.

Catalina de Médicis murió en aquellos momentos. El papa lanzó la excomunión por el asesinato del cardenal de Guisa. El rey de Francia tuvo que ponerse en manos del rey de Navarra, a quien convino la muerte de los Guisa, cuyo triunfo hubiese ocasionado su ruina. El bearnés, como llamaban al navarro, exclamó, según se dice, esta frase: «El diablo anda suelto. Si yo no fuese hugonote, me haría turco. Este año es definitivo para mí». A poco del asesinato de los Guisa,

murió también asesinado el rey por la acción de un fraile desconocido hasta entonces que respondía al nombre de fray Jacques Clement. Con este rey acababa la casa de Valois, por la que Catalina tanto había luchado.

La noche anterior al asesinato el hermano Clement se había alojado en casa del procurador M. de la Guesle, pues al día siguiente tenía preparada una audiencia con el rey. Cenó el fraile con las gentes de la casa del procurador y utilizó para cortar la carne su propio cuchillo afilado que sacaba de la manga de su hábito. El martes 1 de julio de 1589 el hermano Clement durmió profundamente y a las seis de la mañana siguiente fue despertado y dijo misa. A las siete de la mañana, el procurador acompañó a fray Clement a presencia del rey en el Palacio de Gondi. Por el camino se les unió el cirujano del monarca Antoine Portail, que iba también a verle. En la antesala del monarca había varios cortesanos. El procurador preguntó al primer ayuda de Cámara del monarca si el rey podría recibir al fraile, que tenía algo muy urgente que decirle. El ayuda de Cámara salió al cabo de poco rato diciendo que Su Majestad les recibiría en su recámara. Por fin entraron en la habitación. El rey estaba acompañado por el señor de Bellegarde, vestido con su ropa de cámara leyendo un libro. El rey miró el pasaporte del conde de Brienne y la carta del presidente de Harlay. Leyó atentamente los documentos y los dio por buenos. Hizo un gesto a fray Clement para que se aproximase y presentase su petición, este se acercó unos pasos, siempre acompañado por el procurador. Bellegarde estaba al lado opuesto. Entonces La Guesle y Bellegarde retrocedieron para dejar avanzar al fraile. El rey se inclinó como para que le hablara en voz baja al oído. El fraile se aproximó para hablarle y entregarle una carta que parecía sacar de su manga, pero en lugar de la supuesta carta, sacó el filoso cuchillo que velozmente hundió en el bajo vientre del descuidado monarca. «¡Oh, Dios mío!», exclamó este. «¡Maldito monje, me habéis matado!». El rey, incorporándose, se arrancó él mismo el cuchillo de la herida por la que asomaban los intestinos y golpeó al fraile en la cara. Al mismo tiempo La Guesle y Bellegarde, sacando sus espadas, cayeron sobre el monje y le sujetaron por el cuello, sin querer acabar con él, ya que vivo les sería más útil para que revelase quién estaba detrás de él en aquel crimen. Pero al ruido de la pelea, entraron los hombres de la guardia real que estaban de guardia en la galería y cosieron a estocadas al jacobino, con lo que provocaron su muerte inmediata, y tiraron su cadáver al patio.

## JUICIO CRÍTICO SOBRE CATALINA DE MÉDICIS

El carácter de Catalina era amable y pacificador, por naturaleza tendía al acuerdo y a conciliar a los antagonistas, creía en el ideal humanista del sabio príncipe renacentista cuya autoridad dependía tanto de las letras como de las armas. Para ella su suegro, Francisco I de Francia, había sido un buen ejemplo, pues había reunido en su corte a algunos de los mejores artistas de Europa; grandes mecenas fueron también sus antepasados los Médicis, los más famosos protectores del Renacimiento italiano.

El ideal del príncipe renacentista fue glosado ya desde el siglo anterior por los principales pensadores, que adoptaron el género del consejo o del espejo de príncipes. En la segunda mitad del siglo xv Francesco Patrizi dedicó al papa Sixto IV su obra *El reino y la educación del rey*, y en 1471 Bartolomeo Sacchi dedicó *El Príncipe* a los duques de Gonzaga de Mantua. En España, Diego de Valera escribió para el rey Fernando II de Aragón su *Doctrinal de príncipes* (1476) y Gómez Manrique dedicó a la reina Isabel de Castilla su *Regimiento de príncipes*, obras cuyos contenidos no se distancian mucho de las escritas en Italia. Estos humanistas difieren de sus predecesores en cuanto a los propósitos que según ellos debían guiar al gobernante. La idea de conservar la libertad y la justicia como valores superiores de la vida política fue sustituida por la de mantener al pueblo en estado de seguridad y de paz. Para conseguirlo es preferible el gobierno de los príncipes al del pueblo. Por la misma razón, solo el príncipe debía poseer la *virtus*, considerada como fuerza creadora para conservar su Estado y rechazar a los enemigos. La virtud del pueblo se limitaría a la práctica de la pasividad benigna, que le alejaría de toda participación en la vida política. Por último, en todos estos espejos se mantenía la vieja idea de que el príncipe había de practicar de manera equilibrada las virtudes teologales y morales, y entre estas había de ejercitar la justicia, la equidad, la clemencia, la liberalidad, la firmeza, el cumplimiento de la palabra dada, el respeto a la verdad, el desdén de las cosas transitorias, etcétera. No obstante, esta escala de valores para guía de los príncipes no tardó en ser modificada.

El arte tenía más de una función: la belleza y la creación en sí misma y, en épocas de guerras civiles y declive de la monarquía, consolidar y acrecentar el prestigio de la monarquía en general y en este caso prestigiar el Gobierno de Catalina y los suyos en particular; esto lo hizo a través de una espléndida exhibición cultural. Para ello dispuso de las arcas del Estado, con lo que estuvo en posición de lanzar un programa de mecenazgo artístico que duró tres décadas, tiempo en el que la reina presidió lo más distintivo de la cultura del Renacimiento tardío francés en todas las ramas de las artes.

A su muerte se realizó un inventario de las obras de arte del Hôtel de la Reine, el cual reveló al público lo que ya se sabía en los círculos reales: que la reina había sido una gran coleccionista.



Entre sus posesiones había tapices, mapas, esculturas, tejidos de calidad, muebles de ébano con incrustaciones de marfil, juegos de porcelana china y cerámicas de Limoges.

Otra importante moda que Catalina llevó a Francia fue la de hacer pintar retratos, en su casa los había a cientos y ello hizo que la aristocracia copiara su gusto y así diera trabajo a los retratistas de la época, lo que dejó grandes muestras en los retratos de la corte y de los grandes personajes. Muchos de los retratos de su colección eran obra de Jean Clouet (1480-1541) y de su hijo François Clouet (c. 1510-1572), autor este último de los retratos de todos los miembros de la familia de Catalina y otros personajes de la corte. Después de la muerte de la reina se observa un claro descenso en la calidad de los retratos franceses.



El Hôtel de la Reine residencia de Catalina de Médicis

En las dos últimas décadas de su vida solo destacaron dos pintores: Jean Cousin el Joven (c. 1522-c. 1594), del que sobreviven muy pocas obras, y Antoine Caron (c. 1521-1599), que se convirtió en pintor oficial de Catalina después de trabajar con Francesco Primaticcio en Fontainebleau. El vívido manierismo de Caron, refleja la atmósfera neurótica de la corte francesa durante las guerras de religión. Muchas de las pinturas de Caron, como el *Triunfo de las Estaciones*, tratan temas alegóricos que se hacen eco de las grandes fiestas por las que fue famosa la corte de Catalina. Sus diseños para los tapices Valois celebran fiestas, picnics y simulacros de batallas de los *magníficos* espectáculos organizados por Catalina. Así, Caron refleja eventos como el que tuvo lugar en Fontainebleau en 1564, el de Bayona en 1565 para la cumbre con la corte española y el desarrollado en las Tullerías en 1573 durante la visita de los embajadores polacos que ofrecieron la corona de Polonia al hijo de Catalina, Enrique de Anjou.

Le gustaban los espectáculos, fuesen de teatro, naumaquias<sup>17</sup>, musicales y de fuegos artificiales. Su biógrafa Leonie Frieda sugiere que «Catalina, más que nadie, inauguró los fantásticos espectáculos por los que también serían famosas las monarquías francesas posteriores».



Representación de una de las grandes fiestas celebradas por Catalina de Médicis

Catalina hizo traer a la corte a los hombres más distinguidos de Francia, así como otorgó su protección a Montaigne. Manuscritos magníficos adquiridos por Lorenzo de Médicis vinieron a enriquecer por orden de Catalina la biblioteca real. También ordenó restaurar el palacio del Louvre y se empezó la construcción de las Tullerías. La regente hizo construir varios monumentos en distintas provincias, dirigiendo sus mentes hacia la belleza.

## ALGUNAS CURIOSIDADES

Poco se habla de la influencia de Catalina en la moda, no solo en Francia, sino en toda Europa.

Quizás debamos a Catalina el uso del rapé. Cuando desde el Nuevo Mundo llegó el tabaco, en 1560, ella recibió una muestra como obsequio de Jean Nicot, su embajador en Portugal, quien le informó de que para fumar había que enrollar las hojas secas muy prietas en papel. Se decía que la planta poseía toda clase de propiedades curativas. Pero Catalina no fumó, sino que hizo moler hojas secas hasta lograr un polvo. Decía que era un remedio muy eficaz contra los dolores de cabeza. Después de la reina madre, el tabaco fue adoptado por la corte y finalmente también por el pueblo, que lo llamaba *herbe de la reine* o *nicotiane*. Por lo tanto, gracias a Catalina de Médicis los franceses aprendieron a gustar del tabaco. A pesar de su fama de envenenadora, este es el único ejemplo demostrado de que usara algún tóxico.



Una naumaquia en Valencia

Catalina también introdujo en Francia la moda de montar en mujeriegas, con la correspondiente montura especial (aún faltaban años para que montara a horcajadas). Hasta entonces las mujeres francesas habían cabalgado prácticamente atadas a un molesto aparato, muy parecido a un sillón, que se sujetaba al lomo del caballo y apenas sí permitía realizar algún movimiento. La silla de amazona, en cambio, hizo que las mujeres pudieran cabalgar a la par de los hombres y, además, mostrar sus piernas.

Desde Florencia, la reina trajo a las mujeres de la corte la costumbre de usar una prenda íntima muy parecida al calzoncillo masculino. Ella quería danzar y desmontar del caballo sin perder su recato, de modo que, en vez de usar simplemente las tradicionales enaguas de algodón, adoptó una temprana versión de los calzones femeninos, con lo que evitaba mostrar accidentalmente algo más que una pierna bien torneada y enfundada en una lujosa media. Mandó confeccionar para su guardarropa calzones de los más diversos materiales, incluyendo las sedas con hilos de oro y plata, aunque usar estos últimos debe haber sido una verdadera tortura. La prenda fue adoptada por muchas mujeres francesas como una novedad a la moda.

Introdujo también el abanico plegable, que podía estar finamente decorado y se llevaba colgado de una cinta anudada a la cintura. En Inglaterra, el abanico hizo furor. También se le atribuye haber favorecido el uso del pañuelo, un accesorio que en el Renacimiento llegó a ser considerado parte fundamental de la elegancia. El pañuelo había nacido en Florencia, y era un objeto de lujo, cuyo uso solo estaba permitido a la alta burguesía y a la nobleza. Catalina poseía una enorme colección de pañuelos decorativos; todos tenían un pequeño paño central, que servía para sostenerlo, pero su verdadero atractivo estaba en las lujosas puntillas, bordados y encajes que lo rodeaban. Para los usos higiénicos se utilizaba en realidad un simple paño de lino; los pañuelos bordados eran para ser exhibidos.



Abanico

## CATALINA COMO REINA REGENTE

Los tres hijos de Catalina reinaron en una etapa de constantes guerras civiles y religiosas en Francia. Los problemas que enfrentaba la monarquía eran complejos y de enormes proporciones. En un principio, Catalina había prometido y hecho concesiones a los rebeldes protestantes franceses, o hugonotes, como empezaron a ser conocidos. Sin embargo, nunca comprendió las cuestiones teológicas que impulsaron su movimiento, y más tarde la ira y la frustración la llevaron a aplicar las líneas más duras de la política contra ellos. Por ello llegó a ser culpada de las excesivas persecuciones contra los protestantes desarrolladas durante los reinados de sus hijos, en particular de la Matanza de San Bartolomé de 1572, en la que fueron asesinados miles de hugonotes en París y por toda Francia.

Algunos historiadores han excusado a Catalina de culpa en las peores decisiones de la corona francesa, aunque evidencias de su crueldad se encuentran en alguna de sus cartas. En la práctica, su autoridad estuvo siempre limitada por la dureza de las guerras civiles, así que en gran parte sus decisiones políticas pueden considerarse como intentos desesperados por mantener a la dinastía Valois en el trono de Francia a cualquier coste, y su patronazgo de las artes un intento de glorificar a una monarquía cuyo prestigio estaba en franca decadencia. Es improbable que sin Catalina sus hijos se hubieran mantenido en el poder, y no en vano los años de sus regencias han sido llamados la era de Catalina de Médicis, y sin duda —y Mark Strage está de acuerdo— Catalina fue la mujer más poderosa del siglo XVI en Europa.

Fue sin duda una mujer inteligente. Aunque en toda ocasión su primera intención fue la de conciliar a los antagonistas, no siempre fue posible; por todos los medios intentó salvaguardar la herencia de los Valois, y conservar el trono para sus hijos. No sin razón, Enrique IV dijo de Catalina:

Te pregunto, ¿qué podía hacer una mujer, dejada con cinco niños pequeños en sus manos tras la muerte de su esposo, y dos familias de Francia codiciando la corona, nosotros mismos (los Borbones) y los Guisa? ¿No estaba obligada a tocar piezas extrañas para engañar primero a uno y luego al otro, para salvaguardar, como ella hizo, a sus hijos, que reinaron sucesivamente gracias a la conducta de esta astuta mujer? Estoy sorprendido de que nunca lo hiciera peor.

Jean-Baptiste Honoré Raymond Capefigue (que firmaba sus obras como M. Capefigue), escribió las biografías de Catalina de Médicis y de María de Médicis, dijo de ella unas palabras que podemos citar como corolario a nuestra historia:

[...] toda la historia, cuyos fragmentos he recogido, está dominada por la gran figura de Catalina de Médicis, y aquellos que hayan seguido con un poco de atención la inmensa serie de acontecimientos que se suceden, la influencia que ejerció la reina en las transacciones para conseguir la paz pública, han tenido necesariamente que colocar muy alto a tan egregia figura. Todo son enfrentamientos, la sociedad de aquel tiempo semeja un vasto campo de batalla cruel y sangriento y vemos como aquella mujer activa e inteligente, corre de un campo a otro, de un bando a otro, suavizando los rencores y odios, apaciguando los resentimientos.

Es la primera negociadora de aquellos tiempos de disturbios; de joven utilizó sus encantos a favor de la paz, de anciana de cabellos blancos, cubierta de arrugas, va en su litera o silla de manos recorriendo las tiendas de campaña de los beligerantes, serenando las pasiones con su experiencia. ¿Qué importa que

hiciese avanzar todo hacia la grandeza de su poder, que amase ese poder casi hasta la idolatría? ¿En qué consiste esta pasión en las almas fuertes? En la conciencia de lo que valen, en el sentimiento de que se puede hacer el bien y se quiere hacerlo.

Catalina amó el poder, pero lo usó para el bien de Francia, del trono, de sus hijos y, por fin, de ella misma. Pero siempre quiso hacer el bien, y en no pocas ocasiones supo hacerlo. También tuvo sus errores, no por ellos debemos juzgarle, sino más bien por el conjunto de su obra: como reina, como madre, como regente, como renacentista, como mecenas, en fin, como una gran mujer y una gran reina en un período especialmente tumultuoso.

[14](#) El tratado de paz fue firmado entre los reyes Felipe II de España, Enrique II de Francia e Isabel de Inglaterra. Las conversaciones se iniciaron en la abadía de Cercamp, luego se trasladaron al castillo de Cateau-Cambresis, de ahí su nombre.

[15](#) María, reina de Escocia, nacida el 22 de noviembre de 1515 y muerta en Edimburgo el 10 de junio de 1560, era hermana de Francisco de Guisa y del segundo cardenal de Lorena y era la mayor de los doce hijos de Claudio de Lorena, duque de Guisa y de Antoinette de Bourbon. Viuda en 1535, tras un año de matrimonio con Luis de Orleans, duque de Longueville, rehusó casarse con Enrique VIII, rey de Inglaterra, aunque por orden directa de Francisco I consintió en ir a Escocia a casarse (9 de mayo de 1538) con James V, rey de Escocia, cuya primera mujer, Margarita de Francia, había fallecido el año anterior. Con James V tuvo una hija, María Estuardo, y una semana después se quedó viuda y regente.

[16](#) En Nîmes (1567) el populacho hugonote sacrificó a setenta y dos prisioneros a pesar de las exhortaciones de los pastores y dirigentes. Al día siguiente cuarenta y ocho católicos más fueron sacrificados. En algunas poblaciones, a estos crímenes se conocen como la «Miguelada» por ser el día de san Miguel. Se recomienda *Los Hugonotes*, de Félix Benlliure Andrieux.

[17](#) La palabra naumaquia, en latín naumachia, del griego antiguo ναυμαχία/naumajía, literalmente ‘combate naval’, designaba simultáneamente en época romana tanto al espectáculo en el que se representaba una batalla naval como a la piscina, o el edificio, en el que esta se escenificaba. La naumaquias modernas eran mucho menos ambiciosas y se celebraba en lagunas o lagos acotados, con naves fabricadas de ex profeso para el espectáculo y batallas falsas con ruido y luces de fuegos.

## Capítulo 7

### Isabel la Católica (1451-1504)

Aunque fue persona encumbrada, sin embargo, era humilde, mansa, afable; aunque mujer, pero fuerte, varonil y constante; poderosa pero recta en la justicia y de ella inseparable; rica, pero dadivosa, no ávida de riquezas, si no obsequiosa, espléndida, liberal y magnánima...<sup>18</sup>

## UNA HEREDERA INESPERADA

Isabel no nació para reinar. Su padre, Juan II, tuvo dos esposas María de Aragón e Isabel de Portugal. De la primera había tenido cuatro hijos, tres mujeres y un varón, las mujeres habían fallecido todas, pero el varón y heredero —Enrique IV— vivía y era el sucesor legítimo del reino de su padre cuya heredad lo constituían los reinos de Castilla, de Toledo, de León, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Jaén, del Algarve, de Algeciras y los Señoríos de Vizcaya y de Molina.

Con la segunda esposa, doña Isabel de Portugal, tuvo el rey dos hijos, doña Isabel (1451) y don Alfonso. Aunque Isabel era mayor que su hermano, él venía antes que ella en la sucesión al trono ya que por ser varón tenía primacía sobre una hembra. La que sería luego Isabel la Católica, era la tercera en la línea sucesoria, y además, para poner las cosas más difíciles, era mujer.



Isabel I de Castilla

El hermano de padre de doña Isabel (Enrique IV), a su vez, tuvo dos esposas. De la primera, doña Blanca II de Navarra (1440-1453), no tuvo descendencia, ni siquiera pudo consumar el matrimonio y la segunda fue la hermosa —y al parecer liviana— doña Juana de Portugal (1455-1474).

El rey Enrique a la muerte de su padre (el día 22 de julio de 1454), sin saber qué hacer con la reina viuda, envió a su madrastra doña Isabel de Portugal y a sus dos medio hermanos, Isabel y Alfonso, a la fortaleza de Arévalo.

Por compañía en aquel encierro, pues no era otra cosa, el rey dio a su madrastra y medio hermanos la escolta y guardia del comendador de Montiel, Gonzalo de Chacón, que al tiempo hacía de educador y la compañía de un alcaide que también lo era del castillo de Maqueda:



Mosén Pedro de Bobadilla. Hija de este era Beatriz de Bobadilla, la que sería en el futuro la amiga incondicional de la reina, pues su familia vivía también en la fortaleza y así, aunque con diferencia de edades, puede decirse que ambas niñas, Isabel y Beatriz, crecieron juntas.



Enrique IV de Castilla, hermano de padre de doña Isabel

En 1462 había nacido al rey Enrique y a su esposa, Juana de Portugal, una niña: doña Juana a quien la historia denominaría Juana la Beltraneja porque las malas lenguas decían que no era hija del rey, sino de Juana de Portugal y del favorito real: Beltrán de la Cueva<sup>19</sup>.

Doña Isabel tenía unos once años cuando nació la infanta Juana, de la que fue madrina de bautismo. Con el nacimiento de la infanta Juana el lugar en la línea sucesoria para Isabel retrocedía otro puesto. Pero pronto sucedió que originado por el marqués de Villena, corre el rumor de que la nacida no es hija del rey sino de don Beltrán de la Cueva, la llaman la Beltraneja. No entraremos en los altibajos de la aceptación, o no, de Enrique IV de su hija como legítima heredera y en las sucesivas descalificaciones, que tan pronto reconocían a la infanta como sucesora o la recusaban como tal. La herencia del trono se hace cada vez mas enrarecida. El rey, vacilante e indeciso, acepta o recusa la legalidad de su hija. Hace falta un heredero legítimo lejos de toda tacha.

Entre tanto el príncipe Alfonso, que hubiese podido ser ese heredero, falleció en Cardeñosa el 5 de julio de 1468, tal vez envenenado, y la joven Isabel quedó como única heredera de su padre y de doña Isabel de Portugal.

El rey Enrique murió sin que quedase claro quién era el legítimo sucesor, él había firmado con su hermana Isabel en sucesivas ocasiones distintos pactos, el último fue el de los Toros de Guisando (18 de septiembre de 1468). Por este pacto, Isabel era proclamada princesa de Asturias y heredera legítima del trono de Castilla, ahora Isabel era la única heredera nacida de legítimo matrimonio y, si Enrique al morir no dejaba herederos, ella era la más propincua. Solo quedaba pendiente que la aceptase la levantisca nobleza. Ella tenía seguidores y también enemigos.

Enrique reconoció la bastardía de su hija Juana, aunque para salvar el honor del rey se dijo que el matrimonio de Enrique y Juana de Portugal no era válido y, por lo tanto, la infanta adolecía de ilegitimidad sobrevenida. Al no ser legítimo el

matrimonio la infanta Juana no podía ser la heredera legítima. Tal vez la frase era solo una ficción legal, pero al menos se salvaba el honor del rey.

## SEMBLANZA Y RETRATO DE LA REINA ISABEL

Nos ceñiremos a lo que de ella nos dice su coetáneo y cronista Hernando Pérez del Pulgar:

Esta reina era de mediana estatura, bien compuesta en su persona y en la proporción de sus miembros, muy blanca y rubia, los ojos entre verdes y azules, el mirar gracioso y honesto, las facciones del rostro, bien puestas, la cara muy hermosa y alegre.

Era mesurada en la continencia y movimientos de su persona, no bebía vino, era muy buena mujer y placíale tener cerca de sí mujeres ancianas que fuesen de linaje. Criaba en su palacio doncellas nobles, hijas de los Grandes de sus reinos, lo que no leemos en crónica hiciesen otro tanto reina alguna. Hacía poner gran diligencia en la guarda dellas y de las otras mujeres de su palacio y dotábalas magníficamente y hacíales grandes mercedes por casar bien. Aborrecía mucho las malas, era muy cortés en sus hablas. Guardaba tanto la continencia del rostro que aun en los tiempos de sus partos cubría sus sentimientos y forzábale a no mostrar ni decir la pena que en aquella hora sienten y muestran las mujeres.

Amaba mucho al rey, su marido, y celábalo fuera de toda medida. Era mujer muy aguda y discreta, lo cual vemos raras veces concurrir en una persona; hablaba muy bien y era de tan excelente ingenio que en común de tantos y tan árdulos negocios como tenía en la gobernación de sus reinos, se dio al trabajo de aprender letras latinas y alcanzó en un tiempo de un año, saber en ellas tanto, que entendía cualquier escritura o habla latina

Era católica y devota. Honraba las casas de oración, visitaba con voluntad los monasterios y casas de religión, en especial aquellas en que sabía se guardaba vida honesta.

Aborrecía extrañamente sortilegios y adivinos y todas personas de semejantes artes e invenciones. [...] Era muy inclinada a hacer justicia, tanto que le era imputado seguir [más] la vía de rigor que la de la piedad y esto lo hacía por remediar a la gran corrupción de crímenes que halló en el reino cuando sucedió en él [...]

Era mujer de gran corazón, encubría la ira y disimulaba, y por esto, que de ella se conocía, así los grandes del reino como todos los otros, temían de caer en su indignación. [...]

Era muy trabajadora por su persona, [...] era firme en sus propósitos de los cuales se retraía con gran dificultad [...] no daba vasallos de su patrimonio a los que le sirvieron, verdad es que con tanta diligencia guardaba lo de la corona real, que pocas mercedes de villas e tierras le vimos en nuestros tiempos hacer, porque halló muchas de ella enajenadas. [...]

Decía ella que a los reyes convenía conservar las tierras, porque enajenándolas perdían las rentas de que deben hacer mercedes para ser amados y disminuían su poder para ser temidos [...].

*Crónica de los señores Reyes Católicos, don Fernando y doña Isabel*

Pérez del Pulga

Esta es la opinión que de ella tenía un coetáneo que bien la conoció, opinión compartida por la mayoría de sus servidores y subordinados, así como personajes de alcurnia tanto de la Iglesia, de la que era hija fiel, como de nobles y ricohombres, sin que faltaran, por supuesto, enemigos que no participaban de esta opinión, unas veces por ambición y otras por envidia.

## PRETENDIENTES DE DOÑA ISABEL

Al no haber nacido para reinar el asunto del matrimonio de la infanta no era una cuestión de Estado más que en cierto sentido. Se la podía casar con alguien capaz de aportar algo al trono: dinero, poder, o bien para entroncar con algún soberano amigo o enemigo, o para firmar unas paces largamente deseadas e inclusive como una gran recompensa a algún favorito o ricohombre de don Enrique, cosa que, como veremos, se intentó más adelante.



Don Fernando de Aragón de joven. Este retrato, de autor desconocido, pertenece al palacio de St. Jame's, en Londres.

Así sucedió que la primera tentativa de casar, o prometer en matrimonio, a doña Isabel llegó cuando la infanta tenía apenas tres años, entonces se habló de casarla con Fernando, hijo de Juan II de Aragón. A los siete años se intentó un enlace con el heredero de Navarra, país con el que había relaciones difíciles.



Carlos, príncipe de Viana, visto por un pintor romántico

Otro casamiento se pensó para la princesa, esta vez un matrimonio con Carlos de Viana, hijo del infante [Juan de Aragón](#), hermano menor de [Alfonso V](#).



Don Pedro Girón, maestre de Calatrava

Pero Juan II (de Aragón) no vio con buenos ojos aquel matrimonio que daría una gran fuerza a su hijo Carlos, a quien obviamente no amaba demasiado, y procuró por todos los medios deshacer

el compromiso. Para ello trató de casar al príncipe de Viana con [Catalina de Portugal](#), hija del rey [Eduardo I de Portugal](#), pero esta alianza no era del agrado de Enrique IV, porque Catalina y Juana (esposa de Enrique) eran hermanas.

Para hacer unas paces con Pedro Girón y su hermano, Juan Pacheco, que con todo su poder se habían enfrentado al rey Enrique IV en la llamada farsa de Ávila, les ofreció que su hermana Isabel matrimoniara con el maestre de Calatrava, Pedro Girón. Era este hombre cuarentón, de mala fama y aunque por ser maestre de Calatrava debía permanecer célibe, tenía hijos<sup>20</sup> y llevaba públicamente una vida disipada. El matrimonio no se celebró porque el maestre falleció en el camino hacia la corte.

Los adversarios y descontentos con el rey se reunieron el 5 de junio de 1465 en el exterior de las murallas de [Ávila](#), para celebrar un acto sin precedentes en la historia de Castilla, una *descoronación* conocida como la farsa de Ávila. Entre los actores del episodio estaban el arzobispo de Toledo Alfonso Carrillo, su sobrino, Juan Pacheco marqués de Villena (hombre de confianza de Enrique IV hasta que fue sustituido por Beltrán de la Cueva), el conde de Plasencia y el conde de Benavente, vasallos de los nobles y público de Ávila.

Se levantó un gran estrado de madera y sobre esta colocaron una efigie de madera representando a un hombre vestido de luto, con una corona, un cetro y una espada, era supuestamente, el rey Enrique.

El infante de doce años Alfonso de Castilla (hijo de Juan II y de Isabel de Portugal y hermano de la infanta Isabel) estaba presente en el acto. Es de recordar que el infante ocupaba en aquel momento el lugar inmediato en la sucesión del trono detrás de su sobrina, Juana (la Beltraneja), la hija del rey. Si esta, por la razón que fuese, no llegase a heredar, él era el legítimo heredero.

En el estrado se acusó al rey de sentir simpatía por los musulmanes, de ser homosexual, de ser un hombre pacífico y de no ser el verdadero padre de la infanta Juana, y al ser esta espuria no tenía derecho a sucederlo como reina de Castilla.

Tras la lectura de estas acusaciones se llevó a cabo de forma simbólica la descoronación del rey. El arzobispo de Toledo se acercó a la estatua y le quitó la corona (símbolo de la dignidad real), seguidamente el conde de Plasencia le arrebató a la efigie la espada (símbolo de la administración de justicia). El conde de Benavente le desposeyó de su bastón (símbolo del gobierno del reino), el último, Diego López de Zúñiga —hermano del conde de Plasencia— derribó la estatua que representaba a Enrique IV mientras gritaba «¡A tierra, puto!».

Seguidamente proclamaron al infante Alfonso legítimo rey de Castilla. Esta farsa de descoronación no tuvo los efectos esperados. Ni dio paso a una Corte paralela ni a una guerra abierta entre el rey y su hermanastro. Tres años después, el infante Alfonso murió y su hermana Isabel se sometió a la autoridad de su hermanastro Enrique IV. Cuando Isabel subió al trono, los mismos que habían acusado a Juana de ilegítima, se pusieron a su lado proclamando su legitimidad para socavar la autoridad de la reina Isabel. Solo querían debilitar el poder real.

Se pensó también en casarla con Alfonso de Portugal, cuya concordia era muy necesaria, pero el matrimonio de Isabel con el rey Alfonso V de Portugal no llegó a buen puerto. En 1464, Enrique logró reunirlos a ambos en el Monasterio de Guadalupe, pero ella le rechazó, debido a la diferencia de edad entre ambos.



Alfonso V de Portugal, otro de los candidatos a la mano de doña Isabel



Los Reyes Católicos

En el acuerdo de los toros de Guidano, en que Enrique reconoce a su hermana Isabel como heredera al trono en preferencia a Juana, se estableció que Isabel casaría con el beneplácito de

Enrique, hubo varias ideas para casar a doña Isabel (en realidad para alejarla de Castilla), se intentó un matrimonio con el hermano (contrahecho) de Luis XI, Carlos de Guyena, de este modo Enrique pretendía emparentarla con Francia y así alejarla del trono de Castilla y León. De nuevo Isabel se negó<sup>21</sup> y no se celebraron esponsales ni mucho menos matrimonio.

Finalmente es por todos sabido cómo la infanta casó, en medio de grandes dificultades, con Fernando de Aragón. Con la ayuda de sus parciales pudieron llevar a cabo su enlace. Tras todas las propuestas recibidas, Isabel consideró que Fernando era el mejor candidato. El problema legal que podía surgir es que eran primos, aunque no primos hermanos (sus abuelos, Fernando de Antequera y Enrique III, eran hermanos). Habrían necesitado una bula papal que les dispensara esta consanguinidad, y el papa, aunque de acuerdo con el matrimonio de ambos príncipes, no se atrevió a firmar este documento, irresoluto y temeroso ante las posibles consecuencias negativas. Medroso y timorato, no quiso arriesgarse a suscitar la antipatía de los reinos de Castilla, Portugal y Francia, interesados todos ellos en desposar a la princesa Isabel con otro pretendiente. Pero como en realidad estaba de acuerdo, para favorecer el matrimonio ordenó a don Rodrigo Borgia dirigirse a España como legado papal para facilitar este enlace.

Isabel estaba muy vigilada en Ocaña, pero con el pretexto de visitar la tumba de su querido hermano Alfonso, ya difunto, salió de su encierro y se puso en camino. Fernando, que también temía ser interceptado, atravesó Castilla disfrazado de sirviente o mulero de unos vendedores o comerciantes. Los dos jóvenes, Isabel y Fernando, contrajeron matrimonio el 19 de octubre de 1469 en el Palacio de los Viveros en Valladolid. El asunto de la bula papal fue regularizado el 1 de diciembre de 1471 por medio de la Bula de Simancas, firmada por el papa Sixto IV. Con ella se disipaban todas las dudas en cuanto a la legalidad y legitimidad del matrimonio entre estos dos primos. Ya no había necesidad ni posibilidad de buscar otro candidato a la mano de la infanta. Tras tantos aspirantes a su mano, la boda se había celebrado con un candidato que Isabel había aprobado.



## EL SIGLO EN EL QUE LE TOCÓ VIVIR. INESTABILIDAD SOCIAL

El siglo xv fue un siglo de transición, terminó el Medievo y empezó la edad moderna, nada era fijo; ni había nacido la edad moderna ni había muerto la época medieval; las cosas, sin ser nuevas ya no eran como las antiguas, surgió el Renacimiento, curiosa figura que pretendía una modernidad, un cambio hacia adelante volviendo la mirada a lo antiguo, la filosofía, al latín, al griego, a las artes de hace muchos siglos: la escultura, la arquitectura de griegos y romanos...

Por otro lado una de las características de este período es la alteración social. La transformación económica de los siglos anteriores había determinado el colapso del mundo feudal (agrícola y de intercambio de bienes) y la aparición de una clase social distinta: la burguesía urbana en lugar de evolucionar de manera continua, tenía altos y bajos, avances y retrocesos, lo que dio lugar a clases sociales inestables en toda Europa, y de esta masa inestable se reclutaban los adeptos a cambios, a teorías revolucionarias en lo político, económico y religioso. Los reyes querían asentar su autoridad, la gran nobleza no quería perder sus prerrogativas y la burguesía buscó un sitio en el nuevo orden, por su parte el mundo rural fue donde se manifestó la alteración social de modo más claro y contundente.

Donde los siervos aún pervivían, los nobles intentaban cobrar las rentas agrícolas, no en especie, como era la anterior costumbre, sino en dinero, pero las sumas obtenidas daban réditos inferiores (por unidad de capital) a los obtenidos por el comercio bien marítimo o bien continental. Para conservar el patrimonio en las grandes casas nobiliarias se recurrió a la concentración de tierras (mayorazgos), al derecho de primogenitura en Francia, mientras la pequeña nobleza veía sus rentas cada vez más mermadas y su posición se hacía cada vez más incómoda. La concentración de riqueza de las grandes casas dio por resultados a los grandes en España, a los príncipes alemanes y franceses, los *landlords* ingleses, mientras que la pequeña nobleza se empobreció (el hidalgo castellano, los *Rittern* alemanes, etcétera).



Revueltas nobiliarias entre los siglos xv y XVI

De esta nobleza de segunda se nutría la burguesía ciudadana, entroncaban unos con los otros: los unos aportan el dinero y los otros los blasones. En otros países, la nobleza (empobrecida) intentaba conservar sus haberes mediante la ampliación inmoderada de sus derechos de antes. A finales del siglo la caballería constituía un elemento rival de la gran nobleza y que aspiraba a intervenir en los asuntos públicos, una clase socialmente revolucionaria. Gran parte de la masa evangelista alemana y calvinista francesa nutrió sus filas de la nobleza agraria arruinada.

Por otro lado, la Iglesia, los cabildos catedralicios, abadiazgos y prioratos salían de la Edad Media enormemente ricos debido a las donaciones seculares y herencia, legados y mandas otorgadas por los fieles, reyes, nobles o simples burgueses, así como de municipios y corporaciones. Esta riqueza eclesial fue la que indujo a muchos nobles a adoptar la reforma protestante. Junto a esta Iglesia rica coexistía la del proletariado clerical, que también tuvo su reflejo en la aparición del movimiento reformista. Por otro lado, la complicación del Estado requería una clase de especialistas, gente educada y preparada para la administración de un Estado cada vez más grande y complejo.



Agricultores de los siglos XIV, XV y XVI

Con la época de los descubrimientos y de los viajes en busca de materias primas o raras y exquisitas, la contabilidad se hizo necesaria en una escala nunca antes conocida. La recaudación de impuestos ya no podía ser hecha por un solo individuo a quien se le alquilaban los derechos de cobro, las nuevas tierras descubiertas y conquistadas requerían geodésicos, topógrafos, agrimensores; había que saber leyes para poder conocer y en su caso defender los distintos derechos que pudieran entrar en colisión en virtud de los descubrimientos. Ante esta oportunidad las clases medias, con la nueva clase urbana a la cabeza, se apresuraron a acudir a las universidades y así poder disputar a la gran nobleza los puestos que de antiguo se había asentado en varias familias sin conocimiento especial alguno (el adelantado de Castilla en la casa de los Padilla, el de Andalucía en la casa de Ribera, y el de Murcia en la casa de Fajardo, el almirantazgo mayor del mar en los Enríquez). Todo ello terminó por ser un título honorífico y para el oficio de verdad habían de ser verdaderos entendidos, habían de ser estudiosos de la materia, por estos aprendizajes y conocimientos se ascendía en la escala social: un abogado tenía las mismas prerrogativas que un noble: surgía así la nobleza togada.



La Iglesia tiene clérigos pobres y ricos según el lugar que ocupan

Aparecieron personajes eruditos como Francisco de Vitoria (1483-1546), dominico español [escritor](#) y [catedrático](#) de la llamada [Escuela de Salamanca](#), quien se destacó por sus ideas y contribuciones al [derecho internacional](#) y la economía moral basadas en el pensamiento humanista del realismo aristotélico-tomista. Este pensador tuvo gran influencia no solo en Castilla, sino en toda Europa.



Francisco de Vitoria

La dignidad y los problemas [morales](#) de la condición [humana](#) fueron el eje en torno al que se desarrolló su obra. Se está *repensando* la validez de la moral tal y como se entendía hasta entonces. Todo este cúmulo de sucesos provocaron entre los siglos XI y XVI una multitud de problemas, no solo en lo material si no también en lo moral. Cada país lo vivió de distinta

manera, sin embargo, en la península ibérica la acción de la reina Isabel la Católica hizo que los cambios no fueran tan violentos como en otros pueblos europeos. Las reformas de la Iglesia católica que ella patrocinó evitaron en el futuro las terribles guerras de religión que durante el siglo siguiente hirieron al continente y a las islas británicas.

Sus esfuerzos por sujetar a la gran nobleza ayudaron a evitar los levantamientos que tan comunes habían sido hasta entonces. La unificación de religiones (prescindiendo de judíos y sarracenos) en la Península tendía a evitar guerra futuras y la existencia de una quinta columna de enemigos africanos (piratas, etcétera) en la tierra misma en que ella era reina.

## LA ACCIÓN DE ISABEL EN EL CAMBIO DE COSTUMBRES EN LA IGLESIA

La reina doña Isabel era una persona cuya religión y piedad eran verdaderas y las sentía de corazón. Era firme en sus creencias y en su forma de actuar; al ser una estadista de gran inteligencia, como demostró a lo largo de su vida, tenía sentido de las prioridades y estas eran la reunificación del reino y la reforma de las costumbres y de la Iglesia.

Una de las reformas más necesarias era la de la Iglesia en todas sus formas, el sacerdocio, el monacato, los conventos, inclusive las relaciones con Roma habían de ser repensadas. Los Reyes Católicos buscaron la colaboración de la Santa Sede y obtuvieron de ella que primaran sus criterios en la elección de obispos: estos no debían pertenecer necesariamente a la gran nobleza ni ser segundones de familias notables, sino más bien debían llevar una vida ejemplar, ser eruditos, tener verdadera vocación y ocuparse personalmente de sus diócesis. El que los obispos o abades fuesen de grandes familias no era garantía de que fuesen piadosos o tuviesen vocación religiosa, al contrario, muy a menudo los hijos de grandes familias entraban en la vida religiosa porque esto les garantizaba gran poder y vida muelle; por esta razón otro requisito, en opinión de la reina, era que los clérigos, fuesen obispos, arzobispos, abades se debían dedicar con toda devoción al servicio pastoral, de este modo, debían abandonar la vida seglar en todas sus formas de lujo y refinamiento.

También se ocupó doña Isabel de que se proveyese con obispos o arzobispos allí en donde hicieren falta evitando las Sedes Vacantes que producían tanto mal en las diócesis. No se otorgarían diócesis a los ausentes ni a los que por sus circunstancias no pudiesen desempeñar el cargo.



Isabel en oración. Palacio de los condes de Gabia. Diputación de Granada.

Por último, se había de evitar que puestos de gran importancia en el escalafón de la Iglesia fuesen ocupados por extranjeros, los candidatos habían de ser españoles.

No era cuestión de volver a la etapa medieval, sino más bien de componer una Iglesia verdaderamente piadosa evitando los males que se habían detectado sobre todo entre los grandes mandatarios de la misma.

En 1436 el papa Eugenio IV ya había concedido que no se pudiera nombrar obispos sin consultar antes con el monarca, pero las negociaciones siguieron y en 1486 Inocencio VIII concedió a los reyes el derecho de patronazgo y de presentación de candidatos para todas las catedrales, monasterios o prioratos del reino de Granada y Canarias. A partir de entonces los clérigos seleccionados fueron notables por su piedad y dedicación a su tarea espiritual.

Las personas elegidas, salvo algunas excepciones (debido sobre todo a Fernando, que hizo nombrar a algún hijo natural como obispo<sup>22</sup>), fueron personas meritorias, notables por su piedad y por su preparación cultural y eclesial. Dando ejemplo de su preferencia por hombres austeros y piadosos y de virtudes evidentes, la reina Isabel eligió como confesor a fray Hernando de Talavera (1428-1507), sacerdote de la Orden de los Jerónimos, el cual había sido profesor en Salamanca y a quien eligió primero como obispo de Ávila y luego de Granada.



Alfonso de Aragón, obispo de Valencia. Hijo de Fernando el Católico

Podemos decir que fray Hernando es el prototipo de los sacerdotes que deseaba la reina, sobre todo para encabezar las diócesis. Lejos de aislarse en el palacio episcopal, él visitaba las circunscripciones a él confiadas, confesaba como cualquier otro capellán, y se preocupaba de la formación del clero bajo su responsabilidad. En Granada, preocupado por lograr conversiones

entre los musulmanes, buscó personas capaces para la catequización de estos y así demandó religiosos que a este fin hablasen el idioma árabe y de esta manera pudiesen hablar y comentar con los sarracenos en su propia lengua.

No seguiremos nombrando personalmente a otros muchos obispos y sus virtudes y actividades, solo hemos hablado de fray Hernando a modo de ilustración, dejaremos para otra ocasión hablar de Diego de Deza, de Gonzalo Jiménez de Cisneros que tanto influyó con sus *Constitutiones* en el cambio de las costumbres, y de otros hombres cultos y piadosos que influyeron en las prácticas de su grey.

Las *Constitutiones* cisnerianas imponían: la celebración anual del sínodo diocesano; la obligación para todos los sacerdotes de tener un confesor con el que confesarse; todo párroco, bajo pena de dos reales debía explicar la doctrina cristiana a los niños y el evangelio a los parroquianos todos los domingos; la Eucaristía debía ser reverenciada y adorada con la máxima diligencia; ninguna devoción, ningún treintanario podía autorizar la omisión de la celebración de la misa pro populo; se debe facilitar la absolución de la excomuniones; los clérigos no residentes debían ser castigados, porque de este abuso derivaban la disminución del culto divino y el daño de las almas. Un importante procedimiento se refería a la obligación, para toda parroquia, de tener un registro de los bautizados, y otro en el cual consignar a los que no cumplían el precepto pascual. Los arciprestes y vicarios debían hacer una relación de los incumplimientos de todos los beneficios de la zona encargada.





Fray Hernando de Talavera

Unos deseaban corregir las costumbres, otros hacían hincapié en los sermones dominicales y en la enseñanza del catecismo, pero todos habían de residir en sus diócesis y dedicarse a sus parroquianos y a fomentar las verdaderas vocaciones haciendo caso omiso y persiguiendo a las falsas, con lo que evitaban las vocaciones de personas que solo deseaban medrar dentro de la Iglesia y no servirla de corazón.



Sacerdote en su prédica

La reina estuvo de acuerdo en que no bastaba con obispos santos, era necesario bajar otros escalones, también había que instruir y reformar al clero secular, al sacerdote que tenía una simple parroquia o al que atendía a sus feligreses en un pueblo lejano y para ello se acudió a instituir reuniones fijas en donde se darían normas y se vigilaría el comportamiento de la diócesis y sus clérigos: los sínodos; y se hizo hincapié en la enseñanza de las verdades de la fe y los modos de comportamiento de un verdadero sacerdote, para lo cual se instituyeron los llamados colegios. No era suficiente mandar y prohibir, había que formar, así que se proyectaron casi veinte colegios para Alcalá, que al fin quedaron reducidos a siete. Hubo buenos colegios en Sigüenza, Sevilla, Toledo, Granada y luego siguieron otros muchos de norte a sur.

También los conventos de monjas fueron objeto de atención de la reina que acostumbraba a visitarlos de vez en cuando, y con las monjas cosía y bordaba y asistía a los oficios y a veces aprovechaba para hablarles de su interés sobre las costumbres del clero y de las personas consagradas.



Estudiantes de una universidad en el siglo XV

Toda esta actividad en relación con el cambio de costumbres no solo entre el clero, sino también entre la grey, dio por resultado que en el siguiente siglo las sangrientas guerras de religión no tuvieran lugar en la Península. No es que no llegaran los vientos de pensamientos heterodoxos, pero no había esa necesidad perentoria de un cambio real, este, en términos generales, ya se había hecho.

## OTROS OBJETIVOS DEL REINADO

A más del cambio de costumbres en lo religioso, la reina se planteó, junto con don Fernando, otros objetivos no menos importantes: modernizar el sistema de Gobierno, lo que presuponía el aumento de la autoridad real, y, no menos importante, la unificación del territorio.

Para prestigiar la autoridad real todo era útil. Desde el nombramiento de personas fieles a la corona, hasta la presentación de la misma ante el pueblo. Desde la destrucción de castillos de las casas rebeldes a la autoridad real, a la concesión de mercedes a los fieles. También era eficaz usar de los servicios de la pequeña nobleza que no competía en poder con los soberanos y dar puestos de responsabilidad a la burguesía urbana.

Así, por ejemplo, los reyes se presentaban ante la gente con gran pompa y lujo, para hacer notar su majestad y poderío: las vestimentas y ornamentos manifestaban de manera simbólica su imperio, y ello fue así desde el mismo momento en que fueron reconocidos como personas reales (1474). Doña Isabel prefería como colores el oro y la plata así como el rojo carmesí de la realeza castellana y el púrpura, colores, por cierto, de los más caros por su rareza y por tanto la dificultad de obtener esos tintes.



Isabel la Católica con un vestido bordado con colores oro y joyas como símbolo de poder y riqueza

Otros símbolo de poder y riqueza eran la joyas que no solo se mostraban como anillos, prendedores, collares y pulseras, sino también cosidos a las vestiduras, con lo que el soberano — soberana en este caso— lucía como un joyel en su busto y provocaba la admiración de las gentes. A la muerte de su hermano Enrique IV ella se presentó de negro, pero pasó del luto al lujo con gran rapidez:

[...] se vistió de luto, más oficial que la pompa, bien verdadera, de la exaltación al trono [...] terminadas las fúnebres ceremonias quitaron los negros paños y apareció de repente la reina vestida con riquísimo traje, y adornada con resplandecientes joyas de oro y piedras preciosas que realzaban su peregrina hermosura [...].

*Crónica de Enrique IV*

Alonso de Palencia

Entre los símbolos del poder real, tenía gran importancia el vestido, ya que se trataba de un modo muy visual de representar la preeminencia de cada cual en los actos ceremoniales. También los que asistían a actos protocolarios vestían de manera distinta a como lo harían todos los días. Cuando asistía el rey a un acto (o la reina en este caso) los concejos se encargaban de gestionar un vestuario adecuado a sus regidores, y no dudaban en utilizar vestidos de terciopelo negro si era posible, además se intentaba que los espectadores también vistiesen de manera adecuada a las ocasión para prestar realce al acto y circunstancia.



Músicos de la corte (*Cantigas de Alfonso X el Sabio*)

Con esto se aseguraba la máxima espectacularidad en la celebración, lo que redundaba en el prestigio de la monarquía.

También la música jugaba un papel importante en las apariciones de los reyes, se hacían preceder de trompetas y atabales, así el día en que Isabel se presentó «de repente la reina revestida con riquísimo traje, y adornada con resplandecientes joyas de oro y piedras preciosas que realzaban su peregrina hermosura, Alonso de Palencia añade que hizo su aparición entre el

redoble de atabales y el sonido de trompetas y clarines [...]». Y esta música acompañaba a las personas reales en todos los actos oficiales y en sus apariciones públicas. En palacio contaban con intérpretes que tocaban composiciones más acordes a cada ocasión, maestros de música que no solo distraían a los reyes, sino que enseñaban música a los jóvenes de la corte y especialmente a los infantes. Importante papel desempeñaba la música polifónica en la capilla de la reina.

Todos los hijos de Isabel la Católica tañían algún instrumento y alguno cantaba, como el príncipe Juan, que según las crónicas gustaba de hacerlo «y porfiaba por cantar en el coro» y que tuvo por maestro de capilla a Juan de Anchieta, el cual atestiguó que el príncipe tenía «linda voz de tenor». Sabemos que en la cámara del príncipe había un clavicordio y varias vihuelas y H. Anglés, autor de un libro titulado *La Música en la Corte de los Reyes Católicos*<sup>23</sup>, nos dice que el infante «tenía música de tamborinos y dulzainas de arpa y un rabelito muy precioso».



Juan de Anchieta, maestro de capilla de Isabel la Católica

Una vez que mediante este protocolo de colores, lujo y música el aspecto visible de la realeza y el poder estaba acorde a lo que la reina deseaba exteriorizar, era el momento de proceder a regular el poder, sobre todo el poder de los otros, la nobleza y el de los otros países que, como Francia, podía disputarle el primer puesto en el concierto de naciones y reyes. Para ello había de acudir a otros medios, esta vez políticos.

En relación con la política interior lo primero que había de hacerse para llegar a buen fin era afianzar su autoridad y prestigio. Mientras Fernando en la Corona de Aragón consiguió aumentar su autoridad gracias al nombramiento de virreyes (en Aragón, Cataluña y Valencia) y apartó del poder a los nobles de siempre, Isabel tuvo más problemas, también su reino era más extenso.

En primer lugar había de controlar las zonas rurales amenazadas continuamente por el bandidaje, había que crear una seguridad o al menos el sentimiento de que se trabajaba por ello. Con este fin se creó la Santa Hermandad bajo el patrocinio de la realeza; este grupo armado no dependía ni necesitaba el concurso ni ayuda de los hombres propios de la nobleza. Con esta institución se disminuía el prestigio de los señores locales y de los grandes ante los ojos del

pueblo; era la reina, mediante la Santa Hermandad, la que velaba por la seguridad de los caminos y con ello del comercio y de las ferias, tan necesarias para la vida económica del país.



Cuadrillero de la Santa Hermandad

Ante la situación anárquica del país, Juan Alonso de Quintanilla participó con Juan de Ortega, a instancias de las Cortes celebradas en 1475 en [Madrigal](#), en el restablecimiento de la [Santa Hermandad](#), algo más que una mera institución encargada del orden público en el ámbito rural. La Santa Hermandad era un grupo de gente armada, pagada por los [concejos](#), para perseguir a los criminales. Con ella se unificaban las distintas hermandades que habían existido desde el [siglo XI](#) en los reinos cristianos. Fue, posiblemente, el primer [cuerpo policial](#) realmente organizado de [Europa](#).



Grabado que representa la Real Audiencia de Lima

Otra institución para asentar la autoridad real fue la de la Real Audiencia, máxima institución judicial dependiente de la reina, con lo que se pretendía prestigiar a la justicia.

También se creó la Contaduría Real, que centralizaba el cobro de los impuestos y gabelas, sin su recepción a los judíos, nobles, banqueros, clérigos, etc. La racionalización de este cobro hizo que la recaudación se acrecentara sin subir los impuestos. En esto también tuvo mucho que ver el fiel Quintanilla, que había sido nombrado contador mayor del reino.

Por último, para controlar los municipios, se creó la figura del corregidor. Entre sus muchas funciones estaban las de promover y ejecutar todo tipo de [obras públicas](#), mantener la salubridad y la policía, garantizar los abastos de las poblaciones, establecer los precios según los criterios escolásticos de la época (precio mínimo, máximo y medio). Se evitaba de esta manera la usura y el acaparamiento, verificar pesas y medidas, evitar el contrabando, las mercancías prohibidas y en general guardar los buenos usos del comercio que incluían la prohibición taxativa de la usura, todo esto según el criterio de la nominada [Escuela de Salamanca](#) y las respectivas leyes.

La Real Audiencia fue un [órgano judicial](#) creado por la [Corona de Castilla](#). Formalmente, la primera audiencia nació en [Valladolid](#) el año [1371](#). [Isabel la Católica](#) en [1494](#) la dividió en dos: la [Audiencia de Valladolid](#), con [competencia](#) al norte del [río Tago](#), y [la de Ciudad Real](#), con competencia al sur del mismo río. En [1500](#) se decidió trasladar esta última a [Granada](#), lo que se verificó en [1505](#).





Real Audiencia y Chancillería de Granada

En cuanto a la política exterior de los reyes, se concretó en su política matrimonial, es decir, cómo casar a sus hijos en beneficio de la Corona; también en afrontar el desafío con Francia, que era el principal competidor de su reinado y la expansión territorial mediante la recuperación de territorios musulmanes en el sur (Granada) las tierras de Navarra en el norte, y la expansión hacia el Mediterráneo (Nápoles).

En cuanto a la política matrimonial<sup>24</sup>, se trataba en términos generales de rodear a Francia con un cinturón de hierro que le impidiera crecer y competir con el Imperio español. Para ello casaron a Juan (el heredero) con Margarita, la hija mayor del emperador Maximiliano de Austria, y a Juana con el heredero de Maximiliano: Felipe el Hermoso; a Catalina le tocó ser reina de Inglaterra, pues la casaron con el heredero, de Enrique VII, Arturo, príncipe de Gales. Si luego se casó con su hermano Enrique, fue una jugada del destino, pues Arturo murió de las fiebres del sudor. A la hija mayor de los Reyes Católicos, Isabel, le tocaba fortalecer los lazos con Portugal, así que se le prometió al heredero luso: Alfonso, de catorce años. Se casó tal y como se había programado, pero al año quedó viuda, y para la infanta hubo un nuevo matrimonio con el nuevo heredero, primo del anterior esposo: Manuel el Afortunado. La última princesa, María, a la muerte de su hermana Isabel se casó de nuevo en Portugal.

Desgraciadamente, prácticamente ninguno de estos matrimonios surtió el efecto deseado. El príncipe Juan murió de joven y sin descendencia, lo que malogró el destino de la nación entera.

Su hermana doña Juana no tuvo ninguna influencia con su marido Felipe el Hermoso (o Felipe de Borgoña) al contrario, este resultó amigo y vasallo del rey francés, a quien los Reyes Católicos habían deseado minar su influencia con su política matrimonial. El Hermoso produjo en Castilla más quebraderos de cabeza y conflictos que soluciones. No entraremos a comentar la supuesta locura de Juana, pero al pasar la corona de la rama de los Trastámara a la de Borgoña cambió el rumbo de la historia de España para siempre.

En Inglaterra, la infanta Catalina sufrió lo indecible tanto antes de casar con Enrique VIII (tanto por la tacañería y avaricia de Enrique VII como por la de su padre Fernando el Católico) como al final de su matrimonio. Su influencia ante su marido para favorecer a la corona de Castilla terminó por ser nula.

En Portugal, Isabel cumplió su destino y murió al dar a luz. María, también en Portugal, fue una esposa respetada pero los mayores problemas de sus padres ya no venían de Portugal así que su matrimonio, en cierto sentido, vino a ser inútil.

Todo este gran edificio se había levantado para frenar a Francia, ya que la monarquía francesa, superada la crisis del segundo feudalismo, se había revelado como la primera potencia europea y el imperio regido por Isabel y Fernando no estaba dispuesto a ceder la primacía. Era un asunto difícil. Francia era el país más rico, poblado y homogéneo de toda Europa; el reino de los Reyes Católicos, el más moderno. La desavenencia con Francia se extendería a los siglos siguientes y daría motivo a escribir varios libros.

## LA REINA ISABEL: SU FAMILIA

Hija de Isabel de Portugal y de Juan II de Castilla y León, nació en Madrigal de las Altas Torres el 22 de abril de 1451. Dos años más tarde nació su hermano, el infante Juan.

Poco pudo disfrutar doña Isabel de su padre el rey, pues Juan II falleció en 1454. Ya dijimos que su hermano (hermanastro), Enrique IV, que heredó el trono, sin saber qué hacer con la reina viuda y sus medios hermanos los envió lejos de la corte a la villa de Arévalo. Cuando más tarde, su hermano Enrique IV llamó a los jóvenes Isabel y Alfonso a la corte, ellos hubieron de acudir y la vida que descubrieron allí era hartamente diferente de la vida recatada y casi oscura que habían llevado en Arévalo. Pronto se dieron cuenta de las simulaciones de la corte y de los peligros que encerraban las deslealtades y las disimuladas traiciones de la nobleza siempre atenta a disminuir la autoridad del rey y aumentar la propia. La competencia entre don Beltrán de la Cueva y el marqués de Villena podrían llenar todo un libro, en medio estaba el rey, débil, mudable y con fama de corrompido y disoluto.

La princesa Isabel era presa apetecible, pues podía constituir un arma potente en manos de los bandos y banderías nobiliarias, pero ella no se dejó manejar ni convencer y se mostró siempre fiel al hermano que ostentaba la corona, aunque defendió su derecho a heredar en defecto de varón o de heredero legítimo, como era la costumbre.

Su madre había perdido la razón, al menos tenía ataques de enajenación y no podía ser de gran ayuda a la joven princesa, además, estaba lejos, pues la reina viuda no abandonó su residencia-prisión de Arévalo. Su hermano mayor, Enrique, no sabía a ciencia cierta si su hija Juana era o no hija suya, y suponemos que al menos debió de tener dudas razonables para aceptar (aunque luego se volviera atrás) la ilegitimidad de Juana, la heredera. En cuanto a su querido hermano Alfonso, este falleció demasiado pronto (tal vez asesinado por el marqués de Villena) e Isabel quedó sola con su propio juicio y entender para afrontar una situación que tenía la nación entera dividida y en continuas guerras nobiliarias.

Afortunadamente pudo soslayar todos los matrimonios proyectados para ella y eligió para esposo a un príncipe de una edad parecida a la suya y que consideró que podía ser el marido adecuado a una reina, ya que tras los acuerdos de Guisando era obvio que ella era la heredera más propinqua. Sin embargo, había prometido que no se casaría sin el consentimiento de su hermano Enrique y sin ese consentimiento se casó con su primo, don Fernando de Aragón, rey de Sicilia por entonces, lo que le acarreó la enemistad del rey, su hermano. Enrique, ofendido y molesto, dio por no firmado el acuerdo por el que la reconocía como heredera, ya que ella no había respetado los términos del mismo. No es este el lugar para describir los altibajos de la relación en aquellos momentos. Bástenos recordar que finalmente hicieron las paces, justo a tiempo, pues casi enseguida falleció don Enrique y dejó un reino crispado e inquieto con banderías y ambiciones por muchos lados de parte de personajes poderosos, un reino dividido en unas manos que parecían inexpertas.



La reina viuda Isabel de Portugal con sus hijos Alfonso e Isabel en Arévalo. Pintura de Pelegrín Clavé.

## EL CÓNYUGE, DON FERNANDO

Don Fernando (1452-1516) fue el consorte perfecto en esta situación, buen político y guerrero ayudó a pacificar el reino deteniendo las ambiciones tanto de los nobles como las de Portugal, que reclamaba el reino de Castilla como propio de doña Juana La Beltraneja, con quien había matrimoniado el rey de Portugal.

Pero don Fernando no fue amado como mereció por sus súbditos castellanos. Ni cuando vivió ni luego a lo largo de la historia: maquiavélico, desconfiado, mujeriego incorregible y conspirador avezado. El carácter del rey Fernando el Católico ha merecido a lo largo de la historia elogios y críticas, según fuera el historiador, tal vez haya que esperar algún tiempo hasta que, estudios desapasionados, aclaren su verdadera personalidad. A la muerte de su primera esposa, Isabel, tan amada de sus súbditos, los castellanos prefirieron a Felipe el Hermoso antes que ser regidos por don Fernando, este, amargado, se retiró, pero bien es cierto que volvió y que él colaboró, si es que no tramó, junto con Cisneros (que aún no era cardenal) el encierro de Juana para poder ejercer de rey y, por tanto, cobrar el dinero de Castilla que tan necesario le era para la guerra de Nápoles. Él seguiría cobrando durante la minoridad de su nieto, Carlos, el hijo mayor de Juana. También es cierto que abandonó a su hija Catalina en manos del avaro rey inglés Enrique VII, quien la maltrató y humilló porque la dote no había sido pagada en su totalidad. Arguyó el rey aragonés que «era cuestión de Castilla, no de Aragón el pagar lo debido». Entre uno y otro, su padre y su suegro, amargaron la vida de la princesa haciéndole pasar un verdadero calvario de miseria y humillaciones, hasta que por fin se casó con Enrique VIII, y cuyo fin ya sabemos todos.



Imagen de Fernando el Católico por Joaquín Domínguez

Es cierto que don Fernando luchó por la heredad de su esposa tantas veces como fue necesario, sobre todo contra Portugal, y que fue hombre considerado buen guerrero y fino político. Como quiera que sea, queda mucho por desbrozar en cuanto a su carácter. Si tuvo méritos, tuvo también muchos defectos. De la labor de los reyes hablaremos más adelante toca ahora hablar, aunque sea someramente, de la descendencia de Isabel y Fernando, aunque ya hemos hablado de ellos al tocar el asunto de la política exterior de los reyes.

La reina Isabel tuvo varios hijos, aunque no todos sus embarazos llegaron a buen término, pues ella era reina harto andariega y perdió algún hijo por estos viajes.

## ISABEL, LA HIJA MAYOR. PRINCESA DE ASTURIAS (1470-1498)

Fue doña Isabel la primera de los herederos nacidos a la real pareja. Ella fue por dos veces princesa de Asturias, pues hasta que naciese su hermano, ocho años más tarde, fue la legítima heredera al trono de sus padres.

Tras la muerte de su hermano Juan, fue de nuevo la heredera del trono, por ser primogénita y no haber otro hermano varón.

Pasados cinco años desde el nacimiento de la princesa sin que hubiese nacido un varón se le hizo jurar como princesa de Asturias en 1475 por las Cortes reunidas en la ciudad de Madrigal, el texto de tal nombramiento es el que sigue:

[...] Y otrosí bien sabedes como es uso e costumbre en estos nuestros Regnos que los Prelados, Cavalleros y ricos omes y los Procuradores dellos, cada e quando son para ello llamados, han de jurar al fijo o fija primogénita de su Rey e Reyna por Príncipe Primogénito heredero, para lo qual sois tenidos eso mesmo á embiar á nuestra corte los dichos procuradores para jurar a la Princesa doña Isabel, nuestra muy cara e muy amada fija por Princesa é Primogénita heredera destos reynos [...] e otrosí por rescibir é jurar a la dicha Princesa, nuestra fija é Primogénita heredera destos nuestros reynos de Castilla é de León é por Reyna dellos para después de los días de mi la dicha Reyna, en defecto de varón [...]<sup>25</sup>.

En cuanto a la educación recibida por la infanta doña Isabel, fue muy esmerada, pues ella era la heredera del trono mientras no naciese un hijo varón, así que se la preparó para reinar. Todas las infantas fueron preparadas con el máximo cuidado y diligencia, y no repetiremos esta aseveración con cada una ni entraremos en detalles cada vez. Bástenos recordar las opiniones de sus contemporáneos en relación a este asunto que puede aplicarse a cada una de ellas.

Juan Luis Vives escribió «la edad nuestra vio aquellas cuatro hijas de la reina doña Isabel tener muy buenas letras». Martín de Aldecoa sostiene que Beatriz Galindo enseñó latín a las cuatro hijas de la reina.

Lucio Marineo Sículo asegura que las jóvenes en la corte de la reina «eran educadas a expensas de la reina».

Jerónimo Münzer, nacido en Feldkirch, educado en Italia, viajó a la corte de Isabel en 1494, según su testimonio *Sobre sus hijas* (las infantas) «la educación que les da su madre, con excelentes maestros, hace esperar que sean muy virtuosas [...]».



Doña Isabel, hija mayor de los Reyes Católicos

El inglés Garrett Mattingly dice «[ellas] se iban a casar con reyes y a darles hijos, uniendo España con lazos de amistad y de sangre con las mayores coronas de Europa. Iban a ser reinas y embajadoras de España en la cristiandad, Isabel las educaba para estas tareas tan seriamente como educaba a Juan».

Doña Isabel había nacido en Dueñas, el 8 de octubre de 1470, y tras el nacimiento de su hermano Juan (1478) se decidió que la infanta ya podía casar fuera de Castilla, pues su *valor* era menor que cuando era la heredera del trono, así que se pensó que se había de casar en Portugal, la razón es que en 1479 el problema más urgente que se les planteaba a los soberanos era el de las relaciones con este país. Por el tratado de Alcaçovas firmado el 4 de septiembre de 1479, el rey de Portugal reconocía por reyes a Isabel y Fernando y denunciaba su compromiso con Juana (la Beltraneja). Se acordaba también que doña Juana renunciaba a los títulos de Castilla y se le daba a elegir entre casarse con don Juan, hijo de los Reyes Católicos o profesar.

Para reconfirmar estas buenas relaciones con Portugal se decidió el matrimonio de la infanta con el heredero luso. Cuando el joven Alfonso de Portugal heredero de la corona cumplió catorce años (la mayoría de edad) se llevó a cabo la ceremonia en la ciudad de Sevilla el 18 de abril de 1490, de esta ciudad se fueron a Estremoz, en donde se celebraron de nuevo las bodas del príncipe y la infanta y las fiestas se repitieron en Évora. Parecía abrirse un camino de rosas para los contrayentes entre el júbilo del pueblo y de los reyes. Pero el destino tenía otra idea, el 12 de



julio de 1491 el joven heredero murió a causa de una caída de caballo y dejó a la infanta Isabel viuda y sin hijos tras la breve convivencia.



Beatriz Galindo

Cuatro años después de la muerte del príncipe murió su padre, Juan II de Portugal y el nuevo rey fue don Manuel, a quien la historia conoce como Manuel el Afortunado. Los reyes Isabel y Fernando pensaron casar a su hija María con el nuevo rey luso, pero se sorprendieron cuando este, aunque de acuerdo en la boda con una infanta, prefirió como esposa a la infanta Isabel, a quien los portugueses ya conocían.

Una vez más Isabel casaría con un rey portugués, el 22 de septiembre de 1497 partieron los padres de doña Isabel desde Medina del Campo hacia la raya de Portugal a fin de entregar a la infanta en un matrimonio que tanto les interesaba, pero mientras tanto el príncipe heredero, Juan, había caído gravemente enfermo y el padre, don Fernando, hubo de abandonar precipitadamente la comitiva de la boda para acudir al lado del hijo. Desgraciadamente el joven príncipe murió a poco de llegar el padre y esto fue motivo de gran dolor para los reyes. Nunca se repondrían de este golpe. El trono quedaba sin heredero varón, aunque la esposa Margarita quedaba embarazada, pero el esperado niño hijo de Juan y Margarita no llegó a nacer y ello fue otro golpe para los reyes.



Límites fijados por el tratado de Alcaçovas

La nueva reina de Portugal, doña Isabel, tuvo buenas noticias: esperaba un hijo. Al fin dio a luz a un muy esperado heredero: don Miguel, pero el sino de los hijos de los reyes era nefasto. La reina, doña Isabel de Portugal, la hija mayor de los Reyes Católicos y princesa de Asturias, falleció tras el parto. El niño nacido a los reyes de Portugal y nieto de los Reyes Católicos, el pequeño don Miguel, era ahora el heredero de las coronas de Portugal, Castilla, León, Aragón y todas las tierras de allende los mares, tanto portuguesas como españolas (en las tierra de las Indias orientales y occidentales y en el Mediterráneo) en todos los continentes conocidos, una herencia fastuosa, como no se había visto nunca, pero la muerte lo alcanzó antes de cumplir dos años. Era la cuarta muerte que hería a los reyes: Juan, su heredero, Isabel, y ahora Miguel. Con su muerte murió también la posibilidad de que todos los reinos de la [península ibérica](#) se unieran bajo un monarca común y que se produjese el tan buscado sueño de la [unificación ibérica](#).

## JUAN, EL HEREDERO (1478-1497)

El segundo nacido a doña Isabel fue el príncipe Juan. Ocho años tras el nacimiento de Isabel habían esperado sus padres antes de que llegase el tan deseado varón. Y no es que la reina no se hubiese quedado en estado de buena esperanza, es que entre una y otro perdió más de un hijo.

En 1478 los Reyes Católicos se hallaban en Sevilla preparando la campaña de Andalucía cuando la reina, que estaba esperando un hijo, dio a luz a su primer hijo varón: don Juan. Era el 29 de julio de 1478.

No solo se alegraron los padres, también el reino entero. ¡Un varón! Era lo que más deseaban los habitantes de los reinos y hubo gran alegría, satisfacción y júbilo. El cronista Pérez del Pulgar lo consideró digno de reseñarse y lo hizo así: «Por el nacimiento deste Príncipe se fizieron grandes alegrías en todas las cibdades e villas de los Reynos de Castilla, et de Aragón e de Sicilia e de todos los otros señoryos del rey et de la Reyna porque plugo a Dios darles heredero varón en ellos [...]»<sup>26</sup>.

Tanto fue el contento que el Ayuntamiento de Sevilla se hizo partícipe del regocijo de la nación entera y corrió con los gastos diciendo que «lo que costase todo esto, e las albricias que se avían de dar, se buscasse donde se pudiese».

Naturalmente al príncipe se le prodigaron toda suerte de cuidados durante toda su niñez y desarrollo, pero el infante nunca fue fuerte y no disfrutó de buena salud, aunque su ayo don Juan Zapata (quien tenía por función principal aleccionar al niño en las artes y normas caballerescas y todo lo que tenía que ver con la vida militar y su entrenamiento) y su maestro fray Diego de Deza le prodigaron siempre exquisitos cuidados nunca pareció un muchacho fuerte y enérgico como debe ser un niño sano.

Sus educadores fueron escogidos cuidadosamente y lo mismo sus lecturas. La reina gustaba de las obras de caballería, lo que puede afirmarse, no solo porque las tenía en su biblioteca, sino porque animó a su hijo a leer el *Libro del caballero Zifar* (lecturas de libros de caballería que desaprobaba totalmente fray Diego de Deza). Al lado de estas, y con la intención de instruir, encontramos también otras que con mayor o menor énfasis, se ocupan de otros asuntos. Entre ellas, el libro del condestable don Álvaro de Luna sobre *Las Virtuosas Mujeres*; y aquellas obras que estaban destinadas a la formación de caballeros, como los escritos didácticos de Alonso de Cartagena, los libros de cetrería y montería y los que se refieren a los caballeros de la Banda y a la orden de Santiago. Relacionado con esto hay que recordar el entrenamiento militar y la ejercitación en esas artes, a través de prácticas precisas, juegos y justas. Los niños se iniciaban en el manejo de las armas aleccionados por maestros.

Don Manuel Gómez Imaz<sup>27</sup> escribió un libro titulado *Noticias referentes al fallecimiento del príncipe Juan y el sepulcro de fray Diego de deza, su ayo*, en él nos participa datos sobre la educación del príncipe:

En edad el príncipe de ilustrarse, era de ver como lo rodearon de mancebos hijos de las más ilustres casas para que con el trato de ellos fuese adquiriendo el hábito de mundo y deseos de sobresalir y en forma de Academia o Escuela, reunidos todos, recibir la enseñanza sabia del docto Pedro Mártir de Anglería, al que los Reyes confiaron la educación del príncipe en cuanto a la enseñanza de las buenas letras é de la Historia, maestra de príncipes, consejera de grande experiencia [...] Si atendieron a cultivar

el ingenio felicísimo de D. Juan, no olvidaron menos la educación física y toda clase de adornos propios de un gentil príncipe bajo la dirección de caballeros muy expertos y avezados en todo el linaje de ejercicios, endurecía el cuerpo con los saludables de la equitación, el manejo de las armas, el simulacro de justas y torneos, todo esto alternando con los pasatiempos cultos y amenos del trovar y de la música.

Y con esta discreta enseñanza, los nobles consejos y sabia doctrina que en su alma generosa infundía Fray Diego Deza, su natural bizarro, la influencia de aquella corte brillante donde descollaban hombres eminentísimos en armas y letras y sobre todo el ejemplo, que es la más grande enseñanza, de los Reyes, sus padres, hicieron de D. Juan un dechado de Caballeros, tan perfecto, que apenas llegado a la flor de la edad, ya era el príncipe, por sus buenas prendas, la esperanza y el regocijo de sus reinos [...].

También el humanista Alonso Ortiz escribió al efecto educativo otro libro que intituló *Diálogo sobre la educación del príncipe Don Juan, hijo de los Reyes Católicos* (hoy día entre los documentos de la Universidad de Salamanca, Ms.368) y a él remitimos a los estudiosos y no hacemos más hincapié en la muy excelente preparación del príncipe.

No sabemos la fecha de nacimiento del maestro Ortiz, tan solo que nació en Villarrobledo, provincia de Albacete, sí que falleció alrededor de 1507, suponiendo que viviese unos cincuenta o sesenta años, como era la mayoría de los ancianos del siglo XVI, habría nacido entre 1447 y 1457. En 1493, en Sevilla publicó *Los Tratados* (son cinco), los cuales le dieron gran fama. Fue hombre de formación humanística, poseyó más de seiscientos libros (cantidad apreciable en esos tiempos en que casi no había libros impresos), los que legó a la Universidad de Salamanca, donde había estudiado y conseguido el doctorado en ambos derechos. Entre sus muchas obras están, además, el *Misal* y el *breviario mozárabe* (*missale mixtum secundum regulam beati isidori, dictum mozarabis*). Toledo, 1500.



*La educación de Juan de Trastámara por parte de Isabel la Católica* cuadro hoy día en el Senado



Margarita de Austria

Al ser varón desplazó a su hermana Isabel de la primogenitura y fue jurado como heredero y príncipe de Asturias. En abril de 1480 se celebraron Cortes en Toledo y se aprovechó la solemne ocasión para la ceremonia de la jura del príncipe que así quedaba legalmente investido como heredero de doña Isabel. Luego fue nombrado heredero de don Fernando y se llevó a cabo la jura del príncipe en Calatayud el 7 de abril de 1481.

En cuanto a las bodas posibles y útiles a los fines de los Reyes Católicos, se gestionó una boda del príncipe con la heredera de Navarra (doña Catalina), pero toda tentativa se estrelló contra la oposición de la madre de la princesa Catalina, quien optó por la candidatura de Juan de Albret, con lo que Navarra pasaba a la órbita de Francia<sup>28</sup>, ya que la madre, la princesa de Viana, era hermana del rey de Francia.

También se pensó en casar al infante Juan con la duquesa de Bretaña, e incluso se había hablado, cuando apenas tenía un año, de casarlo con Juana la Beltraneja (por la diferencia de edades ella prefirió el convento), pero las relaciones en que entraron los reyes con los soberanos de Europa y que produjeron la Liga Santa para expulsar a los franceses dieron a Fernando e Isabel la idea de casar a sus hijos con algunas de las principales familias reinantes.

A este fin se decidió el casamiento del príncipe heredero de España con la princesa Margarita de Austria (hija de Maximiliano, Rey de Romanos) y a Juana, segunda hija de los Reyes Católicos con el Archiduque Felipe, el hijo y heredero de Maximiliano. Al ser una doble boda se llegó al acuerdo de que ninguna de las hijas llevase dote.

En 1497, Margarita de Austria desposó al príncipe Juan (1478-1497), único hijo varón y heredero de los Reyes Católicos. Pero desgraciadamente el joven esposo murió seis meses después estando Margarita embarazada. Sumida en una profunda tristeza, la joven viuda dio a luz prematuramente a una niña que no sobrevivió al parto.

Un matrimonio que se presentaba esperanzador, pues los cónyuges se amaron nada más verse, terminó en tragedia no solo para la familia, sino para la nación entera. No en vano a la muerte del

príncipe Juan escribió Pedro Mártir de Anglería: «Aquí yace la Esperanza de España».

Isabel, que amaba a su hijo sobre todas las cosas, y a quien llamaba «mi ángel», recibió con ello un golpe de muerte. Andrés Bernáldez, conocido como el Cura de los Palacios, hablando de la Reina Católica tras la muerte de Juan nos dice: «desde entonces vivió sin placer la muy ínclita y muy virtuosísima e muy necesaria en Castilla Reyna doña Ysabel, y se acortó su salud».

Andrés Bernáldez, nacido en [Fuentes de León, Badajoz](#), hacia 1450, falleció en [Los Palacios](#), 1513), conocido como el cura de los Palacios, fue un eclesiástico e historiador español. Fue [capellán](#) de [Diego de Deza](#), [arzobispo de Sevilla](#). En su *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel* recogió aspectos importantes de la Castilla de finales del siglo xv: la [guerra de Granada](#), la expulsión de los judíos y las vicisitudes de [Cristóbal Colón](#) (del que recoge haber sido amigo personal, haberle alojado varias veces en su casa de Los Palacios y Villafranca, y trabajar sobre testimonios y documentos proporcionados por él mismo de primera mano; es una de las fuentes que más claramente recoge el origen genovés del Almirante).

## JUANA (1479-1555)

El tercer hijo nacido a doña Isabel fue otra niña: Juana. Tenía un hermano varón (Juan), quien heredaría el trono de sus padres, y una hermana, también mayor que ella (Isabel), que heredaría dicho trono si el varón desapareciese (como así sucedió).

Todos los hijos que les nacieran a sus hermanos mayores (Juan e Isabel), tenían preferencia sobre ella en cuanto a heredar el trono de sus padres, así que en principio no estaba destinada a reinar. Nació doña Juana en Toledo el 6 de noviembre de 1479. Se le impuso el nombre de Juana, pues san Juan era el patrón del linaje, así que de este santo se esperaban especiales bendiciones para la infanta.

Era Juana hermosa, inteligente y en la familia la que más apreciaba la elegancia, los colores fuertes, la pompa y el fausto. Se hacía llevar en andas o en alto siempre que era posible y ello le parecía bien a la Reina Católica, pues todo ello exaltaba el poder y la magnificencia de la realeza. Su educación fue completa, pues, aunque no se esperaba que heredase la corona, sí que fuese reina en algún reino extranjero en donde prestigiaría a la corona de Castilla.

Estudió como los otros hermanos y hermanas. Era su madre reina por derecho propio y ejercía como tal, así que no se le ocurrió pensar que la educación no beneficiaría a las mujeres igual que a los hombres. El asunto de la educación del príncipe era motivo de análisis y discusión durante el Renacimiento. En cuanto a la socialización de los príncipes (o princesas), el primer lugar en que se iniciaba era la Corte. La etiqueta en la mesa, los juegos, la forma de vestir, una expresividad controlada que implica no gritar ni reír a carcajadas o en exceso, la mesura en la gesticulación y un movimiento armonioso fomentado por clases de danza, son elementos de la buena educación cortesana y ello concernía tanto a los varones como a las mujeres.

Si la reina patrocinaba la educación de jóvenes donceles en su corte, también lo hacía con las doncellas. No solo las infantas, también otras nobles damas recibieron formación en la corte, una educación sufragada por los reyes, en una escuela para hijos de nobles<sup>29</sup>. Para la formación de todos ellos fueron llamados a la corte Pedro Mártir de Anglería y Lucio Marineo Sículo, Beatriz Galindo, Andrés de Miranda, los hermanos Giraldino y fray Diego de Deza, todo un plantel de talentos, y se usó la gramática de Nebrija en las enseñanzas de la lengua.



Juana de Castilla, pintada por Juan de Flandes con motivo de su matrimonio con el archiduque

Cuando Juana llegó a los Países Bajos fue la admiración de las gentes, pues dominaba varios idiomas y sobre todo el latín, idioma culto y de los embajadores y los reyes.

También tocaba el clavicordio y otros instrumentos, y cuando hubo de partir, llevó consigo músicos que le interpretasen melodías que ella amaba.

Fue Juana desgraciada. Su esposo, el archiduque, pronto se cansó de ella y le fue infiel con gran disgusto de la archiduquesa. Las noticias de estas desavenencias pronto llegaron a la reina Isabel y la llenaron de pesadumbre. Además, el archiduque tenía prácticamente presa a la infanta; ni siquiera el embajador de Castilla enviado por los reyes para saber la exacta situación podía verla, con el pretexto de que era ella la que «no deseaba verle».

Tuvo doña Juana abundante descendencia, y todos ellos llegaron a ceñir corona: Leonor (1498-1558), reina de Portugal y reina de Francia; Carlos (1500-1558), rey de España y emperador del Sacro Imperio; Isabel (1501-1526), reina de Dinamarca; Fernando (1503-1554), emperador del Sacro Imperio; María (1505-1558), reina de Hungría y Bohemia y Catalina (1506-1578), reina de Portugal.





Hijos de doña Juana y Felipe El Hermoso

Tras las repetidas muertes de los sucesivos herederos de los Reyes Católicos, se hizo patente que los archiduques Juana y Felipe habían de heredar las coronas de sus padres, ello con gran disgusto de Isabel y Fernando, que sabían que Felipe el Hermoso había prestado juramento de vasallaje al rey de Francia, su mayor enemigo.

Tras las muertes de los otros herederos y muchas vicisitudes, los archiduques vinieron a Castilla para ser jurados príncipes de Asturias. Como Juana estaba esperando un hijo, no volvió a Flandes con su esposo y ello fue motivo de mucho pesar y congoja para la infanta.

La reina Isabel, su madre, intentó convencerla de que permaneciese al menos un tiempo en Castilla, pero ella tuvo un ataque de rebeldía que desembocó en abierto desacuerdo y oposición a los consejos de sus padres. Por fin Juana tuvo un grave enfrentamiento con doña Isabel y hubo de partir, no sin antes adquirir fama de loca por su rebeldía y modo de comportarse.

No entraremos en detalles, pues el libro no trata de la biografía de Juana, solo recordar que el archiduque murió inesperadamente y Juana fue, por derecho propio, la heredera de la corona, o coronas, de su madre. Nunca se ha sabido por cierto si Juana adoleció de los trastornos que se le achacaban.



Doña Juana, la archiduquesa

Nunca fue declarada incapaz por las Cortes ni se la desposeyó del título de reina. Es cierto que era débil ante su padre y su marido y que no hizo valer sus derechos con energía; al contrario, se plegó primero a la voluntad de su esposo y luego a los deseos de Fernando de Aragón y, una vez que su madre y su marido hubieron muerto, firmó todo lo que don Fernando le presentó a su rúbrica y consentimiento. Pero esto no era suficiente para don Fernando, ella podía en cualquier momento reclamar el trono y él necesitaba el dinero de Castilla para sus guerras en Italia, así que finalmente, la reina Juana fue llevada a Tordesilla por órdenes de su padre, en donde terminó sus días tras muchos años y tristes avatares, algo que sería muy largo de enumerar. Falleció en Tordesillas el 12 de abril de 1555 tras cuarenta y seis años de encierro.

## LA INFANTA DOÑA MARÍA (1482-1517)

Tras haber tomado la plaza de Alhama, se dirigía don Fernando hacia Córdoba para encontrarse con su esposa, la reina, que a su vez había partido desde Medina del Campo para encontrarse con él, cosa que sucedió el 23 de junio de 1482. Se hallaba la reina esperando un nuevo hijo, el cual vino al mundo seis días más tarde, el 29 de junio de ese mismo año. Fue una nueva niña a la que pusieron por nombre María. Treinta y seis horas más tarde nació un segundo niño que no vivió. Era el cuarto heredero vivo que le nacía a la reina Católica tras Isabel, Juan y Juana.

Estaban los padres de la princesa ocupados en la conquista de Granada y hacia 1486 se decidió dar otro paso importante: la toma de Málaga. Sabemos que a pesar de la corta edad de sus hijos mayores los llevaban con ellos. Isabel y Juan estaban ambos en la línea de la sucesión y era prudente irlos fogueando en los avatares de tal función. En el camino hacia Málaga pasaron los reyes por Almagro a recoger a las otras niñas, Juana, María y Catalina, de siete, cuatro y dos años respectivamente. Era costumbre de Isabel llevar a sus hijos con ella siempre que fuera posible y las enseñanzas que se les impartían a los infantes no se interrumpían durante estos desplazamientos, pues los tutores se movían con ellos. Varias veces tenemos noticias de que la pequeña María viajaba con los reyes y sus hermanas. De doña María se sabe poco, en realidad fue la más afortunada de todos los príncipes, ya que no tuvo una vida llena de avatares como la tuvieron los otros hermanos y no se vio forzada a casarse varias veces.

Su educación fue tan esmerada como la de los otros hermanos, a los seis años comenzó sus estudios junto a su hermana doña Juana compartiendo como tutor al dominico doctor Andrés de Miranda. Al año siguiente dejó de estudiar con Juana y se unió a Catalina, que era de una edad más parecida a la suya. Fue entonces tutor de ambas el erudito italiano Alejandro Giralдино, que desempeñó el cargo desde 1493 hasta 1500, año en que María partió rumbo a Portugal.



La infanta María de Trastámara

Las relaciones con Portugal seguían siendo de la máxima importancia para los reyes, así que, habiendo enviado por dos veces a la infanta doña Isabel a casarse con dos de los herederos consecutivos al trono luso, y fallecida la buena reina Isabel al dar a luz a su primer hijo, se optó por ofrecer a la infanta María, quien fue aceptada de buen grado por el viudo Manuel el Afortunado.



Manuel el Afortunado, rey de Portugal, que casó con doña María, infanta de Castilla

Se pidió una bula de dispensa papal (Alejandro VI) para dispensar el grado de parentesco y se realizó la boda por poderes en Granada el 24 de agosto de 1500. Tenía la novia diecisiete años y

hacía dos que había fallecido doña Isabel.

Fue María la única de todos los hijos de los Reyes Católicos que fue afortunada en su matrimonio. Fue amada y respetada, vivió en Portugal una época de expansión en una corte renacentista, dio numerosos hijos a su esposo. Desde 1500 a 1517 tuvo diez hijos. Pero el sino nefasto que perseguía a todos los hijos de Isabel y Fernando le llegó con una temprana muerte, no tenía aún treinta y cinco años cuando falleció en Lisboa un 7 de marzo de 1517.

## LA INFANTA DOÑA CATALINA (1485-1536)

La última de las hijas nacidas a doña Isabel fue la infanta Catalina. Tenía la madre ya treinta y cinco años cuando esta nació el 15 de diciembre de 1485 en Alcalá de Henares. En cuanto a su educación, al igual que Isabel y María, gozó de una formación exquisita, y como ella donde quiera que estuviese fue la admiración de las gentes.

No entraremos en todos los avatares de su agitada vida como princesa de Gales y como reina de Inglaterra<sup>30</sup>.

Se casó dos veces, ambas en Inglaterra, la primera vez con Arturo, el heredero del trono y por ello príncipe de Gales y, muerto del mal del sudor, con su hermano Enrique que luego fue Enrique VIII.

Mujer de gran temple y preclara inteligencia fue la más parecida a su madre Isabel la Católica. En Inglaterra hubo de soportar grandes infortunios, desprecios y aun miseria. Entre su primer y su segundo matrimonio se vio privada de todo, relegada a viviendas impropias, falta de ropas y de lo necesario, alojada en casas húmedas e insalubres, y todo, muerta la reina Isabel, por la falta de entendimiento entre Enrique VII y Fernando el Católico, ambos mezquinos y cicateros. No se había terminado de pagar la dote de la infanta y el de Inglaterra decía que al no ser la infanta persona notable en Inglaterra, pues no había tenido hijos y había muerto el esposo, no tenía obligación alguna de mantenerla, así que le importaba bien poco cualquier penalidad de la princesa española.

Por su lado, don Fernando argüía que la dote era pagadera por Castilla y que fuese Castilla quien la pagase, él era rey de Aragón y no se sentía concernido. Doña Juana, reina de Castilla en teoría, tampoco podía atender las necesidades de su hermana, pues era su padre el que tenía el poder y el dinero. Era una salida imposible. Un círculo infernal.

El 23 de abril de 1502 había muerto el príncipe de Gales y no fue hasta el 24 de junio de 1509 cuando Catalina contrajo matrimonio con Enrique (VIII). Ese lapso de siete años de miserias y humillaciones la forjó como mujer fuerte y resistente en toda clase de adversidades.



## Doña Catalina de Aragón

Doña Catalina, siguiendo el ejemplo de su madre, patrocinó el Renacimiento en su nueva patria. Cuando Catalina llegó a Inglaterra, apenas había caballero alguno que pudiese con propiedad llamarse renacentista, exceptuando, acaso, a lord Mountjoy. En cuanto a doña Catalina, Erasmo dijo de ella que su erudición era más impresionante que la de su esposo, aunque él presumía de ello. Lord Mountjoy<sup>31</sup> presentó a la reina todos los personajes con los que se podía contar para galvanizar a la nación e introducir el Humanismo. Uno de ellos era el doctor Thomas Linacre, que había estudiado griego en la corte de Lorenzo el Magnífico bajo la tutela de Policiano. Se había doctorado en Medicina y escribía en griego y latín.

El médico personal de Catalina, Fernán López de Escoriaza, se asoció con Linacre para fundar el primer colegio de médicos que hubo en el mundo.

Admiradora de Erasmo, la reina intentó que este se quedase en Inglaterra sobre todo porque el sabio había vivido en París en donde había entrado en contacto con Luis Vives y con otros eruditos europeos vinculados al nominalismo científico. Catalina no consiguió interesar a Erasmo, pero sí consiguió que fuese a Inglaterra Luis Vives y que con su patronazgo llegase a profesor en Oxford. Su obra cumbre en Inglaterra la escribió por encargo de la reina: un tratado sobre la educación de la mujer.



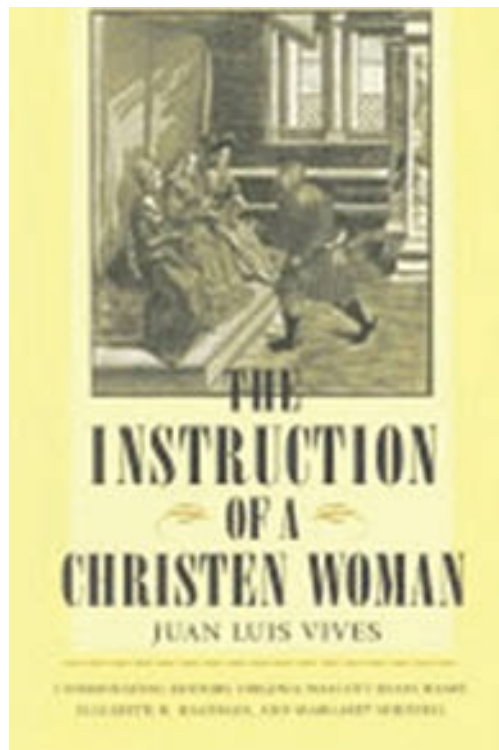
El avaro Enrique VII de Inglaterra, suegro de Catalina de Aragón, pintado por Michael Sittow

En él, prescinde el sabio de la danza, la música y el dibujo, hasta entonces el principal adorno de las féminas educadas:

[...] la joven ha de aprender sobre todo a leer en su propia lengua, y si tiene talento, en latín [...] después de aprender los preceptos de la filosofía moral en los escritos de Platón, Cicerón, Séneca y Plutarco [...] leerá a Aristóteles [...] a Fidelfo y Vergerius en lo relativo a la educación de los niños, todas,

incluso las reinas han de aprender a calcetar, cocinar y administrar los primeros auxilios y cuidados médicos [...].

La reina deseaba una guía para la educación de la princesa María (Tudor), la educación del príncipe era una cuestión muy comentada y debatida en el Renacimiento. Se suponía que un príncipe sabio sería como lógica consecuencia un príncipe justo, pues había aprendido de los grandes filósofos los principios sobre justicia y moral. El libro sobre la educación de la mujer — no solo la de las princesas— fue una novedad, un aldabonazo en las conciencias europeas.



*The instruction of a christen woman* de Juan Luis Vives: ‘Tratado sobre la educación de las mujeres’

Parecida a su madre, la Reina Católica, Catalina fue a la guerra cuando su marido estaba en el continente y Escocia intentó invadir a Inglaterra pues sabía que el rey estaba ausente. Ella reunió el dinero, levantó un ejército, arengó a los soldados y estuvo en el frente. Y por fin, cuando cayó en desgracia por el asunto de Ana Bolena (y por la astucia de Wolsey), ella misma se supo defender ante el tribunal como el mejor abogado, pues sabía de leyes y teología mejor que los acusadores. Murió un 7 de enero de 1536. Reina bienamada de sus súbditos, renacentista, valerosa y desgraciada donde las hubiera.



## REINA MECENAS. ALGUNAS NOTAS SOBRE EL RENACIMIENTO BAJO LA REINA ISABEL

No debemos terminar este somero estudio sobre tan grande personaje como fue doña Isabel de Castilla sin mencionar su labor de mecenas y su amor por el arte en todas sus manifestaciones.

Empezando por su protección a los saberes, no solo se ocupó de los estudios de sus hijos, sino que los extendió a todos los jóvenes que con ella convivían en su corte itinerante: tras cesar en sus servicios, por edad o porque ya no los necesitaba, la reina pensionó a más de un erudito y renacentista, así como a creadores de las artes plásticas y otras como la arquitectura o la música.

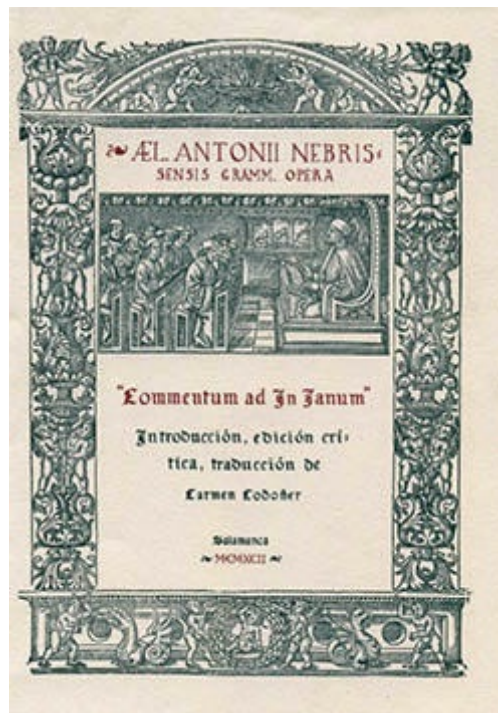


Una de las obras de Lucio Marineo Siculo, educador en la corte de Isabel y protegido de la reina

Si bien el conde de Tendilla se trajo a Pedro Mártir de Anglería, desde 1492 este renacentista y latinista ya dependió de la corte de Isabel y del mecenazgo real. En cuanto a la protección que dispensó a los escritores, podemos decir que la primera noticia que de esta afición tenemos es de la fecha en que la princesa encargó a Gómez Manrique unos momos para celebrar los catorce años de su hermano<sup>32</sup>. De ahí en adelante puede decirse que esta actividad nunca se interrumpió. Solo nombraremos a unos cuantos como ejemplos y dejaremos si no en el olvido, sí tranquilos a otros muchos que recibieron su apoyo, de palabra y con su dinero.



Obra de Pedro Mártir de Anglería, protegido de la reina Isabel, educador en la corte y embajador de Castilla en Egipto



Una de las obras de Antonio de Nebrija, a quien apoyaba inclusive con su dinero la reina doña Isabel

Fue protectora de Lucio Marieneo Sículo, renacentista y maestro de artes liberales, que con el apoyo de la reina fue, incluso, nombrado embajador temporal en Egipto, muestra del real aprecio y la confianza depositada en este erudito. Asimismo, figura Pedro Mártir de Anglería que, junto con el anterior aparece como preceptor de sus hijos y estaban en el rol de pagos como maestros, instructores o preceptores de los infantes e infantas<sup>33</sup>.

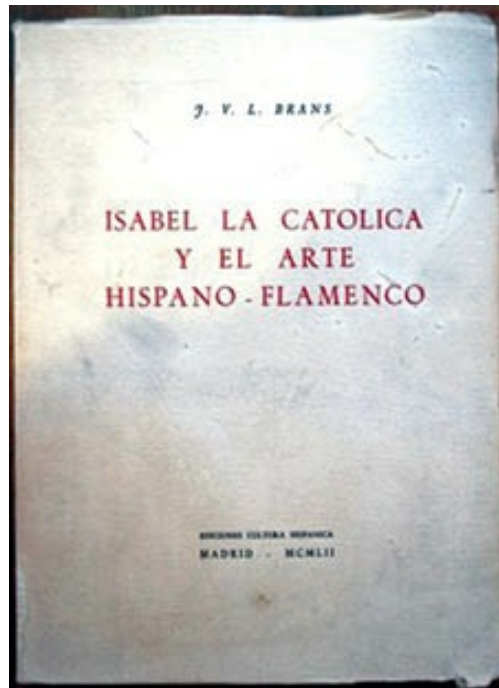


Retablo de la Cartuja de Miraflores. Arte hispano-flamenco

Estaban también como protegidos de Su Alteza los hermanos Giral dini, tanto Alessandro como Antonio, ambos fueron maestros de las infantas Catalina y María. Gozaba de un sueldo Hernando de Ribera, quien seguía a las tropas de los Reyes Católicos para glosar sus hazañas; protegió a Antonio de Nebrija, quien le dedicó unas palabras en un introducción (*introductiones latinae*) de las que se desprende que la reina había apoyado este libro con su peculio. También se hizo por la misma mano un encargo a Palencia para la composición de un glosario: *Universal Vocabulario en Latín y Romance*.

Otra persona pensionada por la reina fue Beatriz Galindo, profesora de latín de la reina y al menos de una de las infantas, pues figuraba en su casa como maestra, con el consiguiente pago. Seguramente fue maestra no de una, sino de todas las infantas.

Casi todos los datos que tienen que ver con cuestiones monetarias han de buscarse en la Biblioteca Nacional (Madrid) en los libros del contador real, don Gonzalo de Baeza, en donde con el seco lenguaje de los números se halla reflejada la generosidad de la reina para con sus protegidos. Hay que notar que la munificencia de la reina no solo se refiere a los escritores hispánicos, sino también a muchos extranjeros que para ella trabajaron y que ella llamó a sí por su fama de eruditos.



*Isabel la Católica y el arte hispano-flamenco* de J. V. L. Brans. Obra donde se refleja el gusto de la reina por el arte hispano-flamenco

En *El Libro del Limosnero*, confeccionado por el obispo de Málaga, Pedro de Toledo (1486-1487) se anotan las ayudas a pobres «vergonzantes», aunque también hay apuntes de mecenazgo literario, y en general de todos los aspectos de naturaleza cultural: artes plásticas, arquitectura, música, etc. Era la reina amante del arte hispano-flamenco<sup>34</sup>, tanto en las representaciones de pinturas religiosas como profanas.

En pintura el estilo hispano-flamenco se caracteriza por un gran realismo y la profusión de detalles, permitidos por la nueva técnica de la pintura al óleo. Los colores son vivos, los trazos vigorosos, los fondos dorados. Esos fondos relucientes y centelleantes de oro eran especialmente apropiados para representar la gloria de los cielos y la luminosidad de los cuerpos gloriosos en los altares de las iglesias así como en las capillas privadas de palacios y casas nobles.

En tiempo de Isabel proliferaron los retablos de tipo sacro (Alonso Berruguete formó parte, junto con Diego de Siloé y Bartolomé Ordóñez, del denominado grupo de las águilas del Renacimiento español) y gustaba también de imágenes de talla, tanto en las iglesias, como en los palacios. También apreciaba y protegía la arquitectura, esa que hoy se conoce como estilo Reyes Católicos, aunque en la arquitectura debemos reseñar que se considera el gótico como lo moderno, lo más creativo del momento. Estructuralmente permanece y se hace resaltar el adorno: el gótico flamígero o gótico florido. Lo romano, el clasicismo, vendría después.



La capilla del Condestable. catedral de Burgos

En cuanto a la colección de libros y manuscritos iluminados de la reina hay que comentar que no existió una biblioteca como tal, dado el carácter itinerante de la corte, siempre viajera, siempre en batallas y desplazamientos. Los libros eran trasladados o dejados en las varias residencias reales y en esos viajes muchos desaparecieron.

En un brevísimo resumen diremos que se han hallado unos setecientos cuarenta ejemplares, número muy considerable dado el tiempo, pues casi todo se escribía a mano y los libros impresos eran aún muy raros. Unos ochenta son manuscritos iluminados de gran calidad, entre los cuales se hallan varias obras de miniaturas españolas y europeas medievales, miniadas o no. Muchos salieron de España por la rapiña napoleónica.

En términos generales, Isabel fue una gran coleccionista comparada con sus coetáneos de la península ibérica, en donde no había gran amor por los libros de lujo. Es difícil decir con exactitud cuáles pertenecieron a la reina, pues a su muerte se describía más el lomo de estos, la encuadernación, etcétera, que el contenido. Muchos han sido identificados por anotaciones o comentarios en sus hojas, más que por otros detalles e inventarios.



Códice Iluminado. El breviario de la reina Isabel

En cuanto a los libros de materias varias que constituían la colección real, se han dispersado y están —los que han sobrevivido— en distintos lugares y colecciones.

En tiempos de Isabel la música se dividía en vocal e instrumental, pero gustaba más la vocal, luego, con el desarrollo de ceremonia de la corte y los actos que ensalzaban a la realeza fue cobrando prestancia la música instrumental, tanto para la música sacra como la profana. En cuanto a la música religiosa, en un principio continuó con las formas de la época medieval y la escuela franco-flamenca derivada del ars nova. En la iglesia a menudo se cantaba *a capella*, aunque podía acompañar el órgano. Las interpretaciones más frecuentes eran la misa y motetes varios tratados de forma polifónica.

Dentro de los compositores de música religiosa en España las figuras más importantes fueron Cristóbal de Morales y Tomás Luis de Victoria, si bien cultivaron música religiosa otros los compositores como Urreda, Anchieta y otros.



Los músicos daban lustre a los actos protocolarios impresionando con la majestuosidad del sonido a los circunstantes, pero junto a las grandes obras litúrgicas a cargo de los cantores e instrumentistas de la capilla o de palacio, hubo otra música más íntima confiada a los ministriles bajos, los tañedores de laúdes y bandurrias, flautas y dulcemeles, vihuelas de arco y de mano, rabeles...

Dentro de los instrumentos más comunes en la época podemos citar algunos. De cuerda: viola, vihuela y mandora o guitarra árabe; de teclado: órgano, clavecín, espineta; de viento: flautas de distintos tipos, chirimía, bombardas, sacabuche, serpentón, trompeta, trompa; de percusión: tambores, timbales, panderos...



Libro donde se recoge diferentes tipos de obras musicales tanto instrumental como vocal

Tanto la reina Isabel como todos sus hijos sabían tocar algunos instrumentos<sup>35</sup> y tuvieron maestros de capilla tan pronto como se les adjudicó casa propia. Según la reina, «la música templó el espíritu y aleja la tristura».

No seguimos con más detalles, pues nuestra intención solo era hablar someramente de esta y hacer notar que la reina también se interesó en mantener músicos en sus desplazamientos y que sus hijos y protegidos en la corte supieran todos ellos tañer instrumentos y dominar el arte musical.

Sin duda fue no solo una gran reina cuyas acciones han repercutido a través de los siglos, sino que fue en parte artífice de la historia de España y también una gran mujer, estadista y mecenas.

<sup>18</sup> Lucio Marineo Sículo. *De Rebus Hispaniae memorabilibus*. Compluti, per Michaellem Eguía, mense maii, anno MDXXXII. Alcalá 1533. Flos. 105v, 122 ry v. (Vers. Rodríguez de Valencia, pp. 2012-204).

<sup>19</sup> A este respecto ver el libro de Orestes Ferrara: *Un Pleito Sucesorio*. Ediciones La Nave, 1945.

[20](#) Pedro Girón tuvo cuatro hijos con Inés de las Casas, que serían legitimados por [Enrique IV](#) y por el papa [Pío II](#) en 1459: [Alfonso Téllez-Girón de las Casas](#), que heredó el mayorazgo hecho por su padre y fue nombrado [conde de Ureña](#), el cual murió en 1469 a la edad de dieciséis años. [Rodrigo Téllez Girón](#), que sucedió a su padre como maestre de la Orden de Calatrava. Murió en 1482 herido en batalla con 26 años de edad. [Juan Téllez Girón](#), que a la muerte de su hermano Alfonso heredó sus propiedades y el título. Y una hermana de estos, María.

Que se sepa, también tuvo al menos otra hija natural, Inés Girón, dama de la reina Isabel la Católica, que fue una de las esposas de [Francisco Enriquez de Quiñones](#), señor de la Vega de Ruy Ponce.

[21](#) Ante el rechazo de Isabel, el monarca francés pidió la mano de Juana la Beltraneja para su hermano, el duque de Guyena. Los esponsales se realizaron en Medina del Campo, pero el duque murió en 1470, antes de conocer a la novia.

[22](#) Alfonso de Aragón, hijo natural del rey Fernando el Católico y de Aldonza Iborre, había nacido en Cervera (Barcelona) en 1470. A instancias del rey Fernando II el Católico, el Papa Julio II (1503-1513) nombró a Alfonso de Aragón arzobispo de Valencia, el 23 de enero de 1512. A los siete años recibió el título de arzobispo de Zaragoza. En 1482 fue nombrado lugarteniente del reino y poco después canciller de Aragón, y virrey de Aragón Valencia y Cataluña.

[23](#) *La música en la corte de los Reyes Católicos*. Barcelona. Instituto Español de Musicología, 1960.

[24](#) Para este aspecto ver nuestro libro *El Trágico Destino de los Hijos de los Reyes Católicos*. Ed. Aguilar. Santillana Ediciones Generales, 2008.

[25](#) Texto cedido muy generosamente por don Manuel María Rodríguez de Maribona, de su libro *Los herederos de la corona española, historia de los príncipes de Asturias*.

[26](#) Fernando Pérez del Pulgar, *Crónica de los Reyes Católicos*, Edición Juan de Mata. Carriazo I, 8, página 325.

[27](#) *Algunas noticias referentes al fallecimiento del Príncipe D. Juan y al sepulcro de Fr. Diego Deza, su ayo*. Sevilla, E. Rasco, 1890.

[28](#) El primer intento de los Reyes Católicos de lograr una unión dinástica con Navarra había fracasado, el reino de Navarra no se incorporó a Castilla hasta 1515.

[29](#) Para saber más sobre este asunto ver nuestro libro *Mujeres Renacentistas en la corte de Isabel La Católica*. Editorial Castalia, 2005.

[30](#) Para saber más de la vida de Catalina ver nuestro libro *El Trágico Destino de los Hijos de los Reyes Católicos*. Santillana Ediciones Generales, 2008.

[31](#) William Blount, lord Mountjoy, fue alumno (y mecenas) de Erasmo, quien le llamó *inter nobiles doctissimus* ('el más docto entre los nobles'). Entre sus amistades se contaban [John Colet](#), [Thomas More](#) and [William Grocyn](#).

[32](#) Datos de Morales Muñiz, Carmen. *Alfonso de Ávila Rey de Castilla*. Diputación de Ávila. 1988.

[33](#) Para saber más sobre estos eruditos y su papel en la Corte, acudir a nuestro libro *El trágico destino de los hijos de los Reyes Católicos*. Ed. Santillana, 2007.

[34](#) Juan de Borgoña, que pintó en el retablo mayor de la catedral de Ávila, [Nicolás Florentino](#) y [Nicolás Francés](#). [Juan de Flandes](#) y [Michael Sittow](#) fueron los principales [pintores de corte](#) de [Isabel la Católica](#) ([retablo de Isabel la Católica](#)).



[35](#) Para saber más sobre los gastos y organización de la Capilla Real, véase nuestro libro: *Mujeres renacentistas en la corte de Isabel la Católica*. Ed. Castalia. Madrid, 2005.

# Bibliografía

AASEN, Elisabeth: *Barokke damer*. Oslo: Editorial Pax, 2003.

ADAMS, Simon, *Leicester and the Court: Essays in Elizabethan Politics*, Mánchester: Manchester University Press, 2002.

ALCALÁ, Ángel y SANZ, Jacobo: *Vida y muerte del príncipe Juan. Historia y Literatura*. Valladolid: Junta de Castilla y León, 1998.

ÁLVAREZ, F. «Una extranjera en el trono ruso». En: *Historia y Vida*, 2002; n.º 407.

ANES, Gonzalo. *Sobre Alonso de Quintanilla, Contador Mayor de Cuentas y del Consejo de Sus Altezas don Fernando y doña Isabel*. Madrid: Real Academia de la Historia, 1994.

ARAM BETHANY: *La reina Juana. Gobierno, piedad y dinastía*. Marcial Pons, 2001.

AZCONA, Tarsicio. *Isabel la Católica. Vida y reinado*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2002.

BECEIRO PITA, Isabel. «[Educación y cultura en la nobleza](#): siglos XIII-XV». En: *Anuario de estudios medievales*, 1991; n.º 21: pp 183-194.

BENNASSAR, M. B.; JACQUART, J.; LEBRUN, F.; DENIS, M.; BLAYAU, N. *Historia moderna*. Madrid: Editorial Akal, 2005.

BENSEN, Amanda. *Cixí. The woman behind the throne*. Washington D.C.: Smithsonian Institution Scholarly Press, 2008.

BERTELE VON GRENADENBERG, Úrsula. *La Reina Cristina de Suecia*. Madrid: Marcial Pons, 2009.

BERTINI, Giovanni María (ed.); ORTIZ, Alonso. *Diálogo sobre la educación del príncipe Juan, hijo de los Reyes Católicos*. Madrid: José Porrúa Turanzas, 1983.

BIANCONI, Lorenzo. *Historia de la Música, 5. El siglo XVII*. Madrid: Turner Música, 1986.

BLACK, J.B. *The Reign of Queen Elizabeth*. Oxford: Clarendon, 1936.

BLAND, J.O. et al. *La Última Emperatriz de China. Grandes biografías*. Madrid: Espasa Calpe, 1956.

- [BRANTÔME, Pierre de Bourdeille](#). *Illustrious Dames of the Court of the Valois Kings*. Traducido al inglés por Katharine Prescott Wormeley. Nueva York: Lamb, 1912.
- BROWNING, Reed. *The War of the Austrian Succession* Palgrave Macmillan. New York, 1995. (En inglés)
- BUCKLEY P. *Historia de China*. Madrid: La esfera de los libros, 2009.
- BYRNE, James M. *Religion and the Enlightenment: from Descartes to Kant Westminster*. Louisville: John Knox Press, 1997.
- CASTELLANOS DE ZUBIRÍA, Susana. *Mujeres Perversas de la Historia*. Bogotá: Grupo editorial Norma, 2008.
- CHAMBERLIN, Frederick. *Elizabeth and Leycester*. Nueva York: Dodd, Mead & Co., 1939.
- CHANG, Jung. *Empress Dowager. The concubine that launched modern China*. Nueva York: Ed. Alfred Knopf, 2013. (En español: Madrid: Ed. Taurus, 2014).
- CHUNG, Sue Fawn. *The Much Maligned Empress Dowager: A Revisionist Study of the Empress Dowager Tz'u-Hsi (1835-1908)*. Modern Asian Studies. T. II. Cambridge: Cambridge University Press, 1979.
- CHURCHILL, Winston. *Historia de los pueblos de habla inglesa. El Nuevo Mundo*. Vol. 2. Barcelona: Ed. Luis de Caralt, 1960.
- COLLINSON, Patrick. *Elizabeth I (1533-1603)*. Oxford: Oxford Dictionary of National Biography, 2008 -2011.
- COLLINSON, Patrick. *Elizabeth I*. Oxford: Oxford University Press, 2007.
- [CRANKSHAW, Edward](#): *María Theresa*. Londres: Longman publishers, 1969. (En inglés)
- CROFT, Pauline. *King James*. Basingstoke y Nueva York: Palgrave Macmillan, 2003.
- DAWSON BEALES, Derek Edward. *Enlightenment and reform in 18th-century Europe*. Londres: I.B.Tauris, 2005.
- DORAN, Susan. *Monarchy and Matrimony: The Courtships of Elizabeth I*. London: Routledge, 1996.
- DUFFY, Christopher. *The army of María Theresa: The Armed Forces of Imperial Austria, 1740-1780*. Nueva York: Hippocrene Books, 1977.
- DUFFY, Christopher: *Frederick the Great: a military Life*. Londres: Routledge & Kegan Paul Ltd, 1985.
- EARL, Alan. *Breve historia de Rusia*. Barcelona: Ed. Plaza y Janés, 1967.
- EDWARDS, Philip. *The Making of the Modern English State: 1460-1660*, Basingstoke y Nueva York: Palgrave Macmillan, 2004.
- ELLENIUS, Allan. *European Science Foundation: The Origins of the Modern State in Europe: 13th to 18th Centuries*. Oxford: Oxford University Press, 1998.
- ESPINEL SOUAREZ, Anastasia. *Catalina II La gran leyenda de Rusia*. Madrid: Panamericana Editorial, 2005.
- FAIRBANKS. J.K. *Historia de China siglos XIX y XX*. Madrid: Alianza, 1990.

- FERNÁNDEZ Luzón, Antonio. «La zarina ilustrada». En: *Historia, National Geographic*, 2007; n.º 35.
- FRASER, Antonia. *Marie Antoinette: the journey*. Nueva York: Anchor Books, 2001.
- FRASER, David. *Frederick the Great: King of Prussia* Londres: Allen Lane, 2000.
- FUERTES ARIAS, Rafael. *Alonso de Quintanilla, Contador Mayor de los Reyes Católicos. Estudio crítico acerca de su vida, hechos e influencia en la reforma económica, política y militar de la monarquía española*. Oviedo: Tip. de la Cruz, 1909.
- GEORGE, Margaret. *Isabel I*. Barcelona: Ediciones B, 2011.
- GOODWIN, A: *The New Cambridge Modern History* Cambridge: Cambridge University Press Archive, 1976.
- GOYAU, Georges. «The Ligue», en *The Catholic Encyclopedia*, Volumen IX. Published 1910. Nueva York: Robert Appleton Company. Nihil Obstat, 1910.
- HAMMER, P. E. J. *The Polarisation of Elizabethan Politics: The Political Career of Robert Devereux, 2nd Earl of Essex, 1585-1597*. Cambridge: Cambridge University Press, 1999.
- HEYDEN-RYNSCH, Verena von der. *Cristina de Suecia. La reina Enigmática*. Barcelona: Tusquets, 2001.
- HILL, John W. *La Música Barroca. Música en Europa Occidental, 1580-1750* Madrid: Editorial Akal, 2008.
- HOBBSAWM, Eric. *La Era del imperio, 1875-1914*. Buenos Aires: Editorial Planeta, 2001.
- HOLT, Mack P. *The French Wars of Religion 1562-1569*. Cambridge: Cambridge University Press, 2005.
- IGLESIA DUARTE, José Ignacio de la (ed.). *La enseñanza en la Edad Media* Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, 2000.
- INGRAO, Charles W. *The Habsburg monarchy, 1618-1815*. Cambridge: Cambridge University Press, 2000.
- JENKINS, Elizabeth. *Elizabeth the Great*. Pensilvania: The Chaucer Press, 1965.
- JORGENSEN, C.; PAVKOVIC, M. F.; RICE, R. S.; SCHNEID, F. C.; SCOTT, C. L. *Técnicas bélicas del mundo moderno*. Madrid; Editorial Libsa, 2007.
- KAMEN, Henry. *El siglo de hierro: cambio social en Europa 1550-1560*. Madrid: Alianza Eitorial, 1977.
- KANN, Robert A. *A history of the Habsburg Empire, 1526-1918*. California: University of California Press, 1980.
- KENT, Princesa Michael: *Diana de Poitiers y Catalina Médicis, rivales por el amor de un rey del Renacimiento*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2005.
- KLOSSOWSKI DE ROLA, Stanislas. *Alquimia*. Madrid: Ediciones de Prado, 1993.
- LELAND GOLDSMITH, Margaret. *María Theresa of Austria A. Barker*, ltd. London.1936 (En inglés)
- MADARIAGA, Isabel de. *Russia in the age of Catherine the Great*. Londres: Yale University Press, 1981.
- MAHAN, J. Alexander. *María Theresa of Austria* Kessinger Publishing. Montana: LLC. Whitefish, 2010.

- MARK, Strage. *Women of Power: The Life and Times of Catherine de edici*. Nueva York y Londres: Harcourt, Brace Jovanovich, 1976.
- MATAMORO, Blas. *Consejos maternas a una reina. Epistolario 1770-1780*. Madrid: Fórcola Eddiciones, 2011.
- MAURA GAMAZO, Gabriel (duque de Maura). *Alfonso de Quintanilla, Contador Mayor de los Reyes Católicos*. Alicante: Biblioteca Virtual, Miguel de Cervantes, 2006.
- MEDICI, Lorenzo. *Los Médicis, Nuestra historia*. Barcelona: Plaza & Janés, 2002.
- MILIUKOV, P. *Histoire de Russie* (3 vols.) París: E. Leroux, 1932.
- MORALES MUÑIZ, Dolores Carmen. *Alonso de Quintanilla, un asturiano en la corte de los reyes católicos*. Madrid: Editorial Persevante de Borgoña, 1993.
- MORALES MUÑIZ, Dolores Carmen. *Alonso de Quintanilla: la forja de un político de fines de la Edad Media*. Bogotá: [Ministerio de Cultura](#), 2011.
- MORENO GARCÍA, Julia. *El Extremo Oriente. Siglo xx*. Madrid: Síntesis, 1992.
- NEVILLE, Williams. *The Life and Times of Elizabeth I*. Londres: Weidenfeld and Nicolson. 1992.
- ORTIZ-MORENO, Federico. «Grandes Personajes». En: *El Porvenir*, 1989.
- PICK, Robert. *Empress María Theresa: the earlier years, 1717-1757*. Nueva York: Harper & Row, 1966.
- RAEMOND, Florimond de. *L'Histoire de la naissance, progresz et decadence de l'Herecie de ce siecle*. París: Veuve Guillaume de la Nove, 1605.
- RAMÍREZ DE VILLA-Urtutia, Wenceslao. *Cristina de Suecia*. Madrid: Espasa Calpe, 1941.
- ROBERT BIDELEUX, Ian Jeffries. *A History of Eastern Europe*. Nueva York: Routledge, 2007.
- ROBERTS, J. M. «La respuesta de Asia a la europeización del mundo». En: *Historia Universal II*, 2009; pp. 304-334.
- RUSSELL RICHARDS TREASURE, Geoffrey. *The making of modern Europe, 1648-1780*. York: Taylor & Francis, York University, 1985.
- TAYLOR HEADLAND, Isaac. *Court Life in China: The Capital. Its officials and People*. Nueva York: F.H. Revel, 1909.
- TESTA, David W del; Lemoine, Florence; Strickland, John: *Government leaders, military rulers, and political activists, Part 107*. California: Greenwood Publishing Group, 2001.
- TOMAS, Natalie R. *The Medici Women: Gender and Power in Renaissance Florence*. Aldershot: Ashgate, 2003. Troyat, Henri Troyat. *Catalina la Grande*. Barcelona: Editorial Vergara, 2008.
- TROYAT, Henry. *Las Zarinás: Poderosas y depravadas*. Barcelona: Editorial Vergara, 2003.
- VALLOTON, Henry. *María Teresa Emperatriz de Austria*. Madrid: Espasa Calpe. Madrid, 1966.

WEDGWOOD, C. V. *The Thirty Years War*. Nueva York: The New York Review of Books, 2005.

WILSON, Mona. *La Reina Isabel*. Madrid: Espasa Calpe, 1947.

WILSON, Peter H. *The Thirty Years War*. Londres: Penguin Books, 2009.

Las imágenes se insertan con fines educativos.  
Se han hecho todos los esfuerzos posibles para contactar  
con los titulares del *copyright*.  
En el caso de errores u omisiones inadvertidas,  
contactar por favor con el editor.

# LOS MEJORES REYES FUERON REINAS

Cinco siglos de historia a través del reinado de siete grandes mujeres monarcas. Una visión imparcial de la historia a partir de siete reinados que sentaron en muchos casos las bases de la monarquía modernas

Vicenta Márquez de la Plata

Se ha dado poca importancia al papel de la mujer. Históricamente se la ha ignorado, cuando no despreciado. Se le ha considerado *materia débil*, incapaz de abstracción por su misma naturaleza y por su misma debilidad incapaz asimismo de ejercer la *potestas*. Pero he aquí que se presenta un catálogo de magníficos soberanos con sentido político que condujeron a sus países a altas cotas de modernidad, «ellos» fueron ellas. Reinas y emperatrices a quienes nunca ignorará la historia.

El lector conocerá de la mano de Vicenta Márquez de la Plata el devenir de las monarquías tanto de Occidente como de Oriente y su influencia en la historia: sin Catalina de Médicis los Valois habrían salido del trono francés antes, el reinado de Isabel la Católica sentó las bases de la nación española, Cristina de Suecia fue una gran mecenas de las artes y las letras, los reformas de María

Teresa de Austria contribuyeron a la grandeza de su país, Tz'u-hsi, última emperatriz de China, fue la gran reformadora de China e impulsora de su modernización y crecimiento; Catalina la Grande además de tener pensamientos ilustrados, introdujo la vacuna y concilió la relación entre Rusia y Europa. Cada una marcó un hito en los anales de su país.



HISTORIA  Incógnita

Visita la web y descarga fragmentos gratuitos de los libros, participa en los foros de debate temáticos y mucho más.

[www.HISTORIAincognita.com](http://www.HISTORIAincognita.com)

  
nowtilus  
[www.nowtilus.com](http://www.nowtilus.com)

